AUTORA *BEST SELLER*

PORTIA MACINTOSH



LUNA DE MIEL PARA UNO



Cuando todo se viene abajo, el paraíso llama...

ODISEA

Portia MacIntosh

Luna de miel para uno

Traducción de
Isabel Fuentes



Para mi increíble familia

Capítulo 1

El día de mi boda

El día de tu boda es el comienzo del viaje de tu vida y, como cualquier otro viaje, requiere mucha planificación.

Lo primero, y más importante, es saber a dónde vas y cómo vas a llegar hasta allí. ¿Sigues un camino de una sola vía hacia la vejez en pareja, o tienes pensado hacer paradas en mascotas, bebés o mudanzas?

En un viaje normal lo que quieres es contratar un seguro, pero para el largo viaje del matrimonio, lo que de verdad necesitas es estar segura. ¿Lo estás haciendo con la persona adecuada? ¿Se quedará a tu lado en la prosperidad y en la adversidad? ¿En la riqueza y en la pobreza? ¿En la salud y en la enfermedad?

Cuando los planes ya están sobre la mesa y llega la hora de embarcarse en esta maravillosa y salvaje aventura, lo único que te queda por hacer es preparar la maleta; pero viaja ligera de equipaje.

Por desgracia, en este vuelo directo hacia el felices para siempre, los exnovios no caben en los compartimentos superiores, por mucho que hayas analizado y desgranado la relación. Todo el equipaje debe ser destruido antes de embarcar; está totalmente prohibido subir mochilas emocionales a bordo de un matrimonio.

Antes de pasar por el altar, en la aduana te confiscarán todo tipo de contrabando que lleves encima, lo que incluye, entre otros, hilos de WhatsApp de tonteo y demás armas de diversa índole.

Yo hoy viajo ligera. Lo único que llevo es mi algo viejo (un collar que mi abuela me dejó en herencia), mi algo nuevo (los pendientes

de zafiro) y mi algo prestado (un pañuelo de mi madre, que voy a guardar en el bolsillo de mi vestido de novia, porque ya te digo yo que me he encargado de que mi vestido lleve bolsillos ocultos). Mi algo azul es (por lo visto) mi mejor amiga, Ali, que ahora mismo está tirada en la *chaise longue* a los pies de la cama en mi habitación de hotel.

—Ay, Lila —dice de forma dramática—. ¿Seguro que quieres hacer esto?

Le sonrío a mi reflejo en el espejo. La mayoría de las mejores amigas son damas de honor atentas y te apoyan en todo. Ali me demuestra su amor y su apoyo cuestionando a cada momento si estoy haciendo o no lo correcto. Pero tampoco querría que fuera de otra manera.

—Bastante segura —le digo—. Me aseguré de estarlo antes de gastarme miles de libras en una boda y en una luna de miel.

—Ya, bueno, eso imaginaba —contesta—. Pero... no sé, creo que no pensaba que fueras a llegar hasta el final.

Me echo a reír.

—Y, sin embargo, aquí estamos —digo con una sonrisa.

—Daniel está..., ya sabes, bien —dice.

—Bien —le repito. Justo lo que una novia quiere oír el día de su boda.

—Sí, está bien... pero igual *solo* está bien, ¿no?

Mi mejor amiga no ha esperado hasta el día de mi boda para decirme esto; lleva años repitiéndome que Daniel es demasiado aburrido como para sentar la cabeza con él. Me da que esta es una conversación del tipo «habla ahora o calla para siempre», aunque lo segundo no se parece ni por asomo a algo que Ali haría.

—Ya sé que piensas que es aburrido —le digo—. Pero a lo mejor los «chicos aburridos» son con los que acabas sentando la cabeza. Fíjate en ese banquero *playboy* que conociste el fin de semana pasado: no te casarías con él, ¿verdad?

—Bueno, está claro que alguien sí lo hizo —señala—. Había una alianza en el baño de su hotel.

—¿Había? —me atrevo a preguntar.

—Sí, la tiré por el retrete —dice con total naturalidad—. Me toca mucho las narices que me mientan.

Ali es de armas tomar.

—Sé que solo vas medio en serio con lo de intentar quitarme las ganas de casarme —empiezo—. Pero, la verdad, me lo he pensado muy bien. Lo quiero, somos felices juntos... Vale, puede que nuestra relación no sea una locura, pero en el fondo de mi corazón sé que ya va siendo hora de dejar a los banqueros sexis y *playboys* atrás.

—Ahí detrás es justo donde me gusta ponerlos a mí —dice Ali, moviendo las cejas de forma sugerente.

Sé que Ali solo quiere que sea feliz, pero consideré todo esto antes de aceptar casarme con mi prometido, Daniel Tyler. Y cuando digo que lo consideré antes de aceptar, me refiero a que, literalmente, le pedí un momento para pensarlo antes de darle mi respuesta. El motivo es que me tomo el matrimonio muy en serio. Mis padres tienen sesenta y cinco años y llevan casados desde los diecinueve. Puede que yo tenga treinta y un años, pero quiero casarme una sola vez y para toda la vida. Me lo pasé en grande durante mis veintitantos; Daniel y yo nos fuimos a vivir juntos cuando yo tenía veintinueve y ahora, habiendo asimilado con total

normalidad el hecho de que he entrado en la treintena, por fin me siento preparada para pasar por el altar.

Cuando algunas mujeres dicen que llevan años planeando su boda, a lo que en realidad se refieren es a que se disfrazaban con las cortinas de casa cuando eran pequeñas y a que, de adultas, se han pasado la vida buceando por Pinterest en busca de arreglos florales. Bueno, pues yo sí que llevo años organizando bodas..., más o menos. No mi propia boda, y desde luego no soy organizadora de eventos.

Soy autora de comedias románticas y, aunque las bodas con las que trabajo puedan ser ficticias, no solo he planeado muchísimas, sino que también he arruinado otro tanto. Ya he escrito diez libros, así que se puede decir sin miedo a equivocarse que he tenido en cuenta cada posible triunfo, cada pequeño contratiempo y cada fracaso épico que mi mente romántica a la par que retorcida ha podido conjurar.

Así que, sí, aunque he investigado sobre flores, tartas y vestidos, y he hecho las modificaciones pertinentes (¡bolsillos! Sinceramente, esto va a marcar un antes y un después), no solo sé lo que necesita esta boda, también sé lo que no necesita. Obsesionarse con el sabor de la cobertura de la tarta es una tontería; al fin y al cabo, eso es solo la guinda del pastel. Lo que de verdad debe preocuparte son las cosas que escapan a tu control.

Básicamente, he analizado a la inversa todas las bodas sobre las que he escrito para asegurarme de que mi boda real sea perfecta. Es una jugada casi maestra.

Sé a ciencia cierta que la tía Susan y la tía Carole, las tías de Daniel, se odian a muerte. Y cuando digo a muerte, es a muerte.

También sé que Ali montaría en cólera si supiera que Alex, su exnovio, está invitado a la boda. Pero, gracias a mi elección del recinto —y, más en concreto, del salón—, es probable que no lleguen a cruzarse jamás. Sé que a ninguna de sus tías le gusta bailar, así que las he sentado en extremos opuestos del comedor, con varios pilares de por medio para bloquear el campo de visión de ambas. La misma estrategia funcionará con Ali y Alex, aunque con él he tenido que echarle un poco de imaginación con unos globos para mantenerlo fuera del radar de ella. Puede que él no tenga las mejores vistas para los brindis, pero me daría las gracias si supiera que esto le va a ahorrar tener que recoger a pedazos sus dientes de entre el salmón. Además, solo es cuestión de tiempo. Una vez que Ali haya bebido lo suficiente, y mi chica bebe de lo lindo, ni siquiera lo reconocerá... qué demonios, seguro que hasta intenta tontear con él.

Alguien llama a la puerta de la habitación. Miro de reojo a Ali, que me devuelve la mirada a la expectativa.

—Esto..., ¿puedes abrir? —le pregunto.

Me pone mala cara, como una adolescente a la que le da pereza recoger su cuarto. Viéndola, jamás adivinarías que es una agente literaria de muchísimo éxito (aunque no la mía, me apresuro a aclarar).

—Aún sigo en ropa interior —le hago saber.

Ya me han peinado y maquillado, ahora solo estoy esperando a que mi madre aparezca con el vestido. Ali ya está lista del todo; no le va a enseñar nada a nadie si abre la puerta. Aunque sospecho que igual se lo plantearía si el que se encontrara al otro lado estuviese bueno.

—Vale, vale —contesta, poniéndose de pie con cuidado en su traje de dama de honor. Está que rompe con ese vestido rojo intenso que eligió para ponerse hoy. Sus largas extensiones de pelo rubio cuestan más que mi teléfono móvil, pero no puedo evitar asombrarme de lo naturales que se ven. Mi propia y larguísima melena rubia de verdad se ve natural, sin duda, pero no en el sentido en el que a ti te gustaría; es más bien del tipo de naturalidad en la que un poco de sol o de lluvia hace que se encrespe y se infle como una bomba de baño, que es justo el motivo por el que hoy me he decantado por una trenza de espiga de lo más pulida.

Durante la etapa de organización de la boda tuvimos todo un debate, en el que participaron varias amigas nuestras, sobre si era o no apropiado llevar un vestido rojo vivo a una boda..., sobre todo si eras dama de honor. Yo solo quería que mis damas de honor estuvieran felices y, si Ali quería ponerse un vestido rojo, pues quería que se pusiera un vestido rojo. Supongo que debería estar llorando a moco tendido, preocupada por la estética de mi boda, o temiendo que mi amiga me robe el protagonismo, pero no es así. Simplemente estoy feliz.

Ali abre la puerta a regañadientes y deja pasar a mi madre y a mi hermana, Mandy. Las dos tienen pinta de acabar de bajarse de una montaña rusa.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome en el taburete del tocador.

—Ha pasado algo —anuncia mi madre de manera solemne.

—¿El qué? —insisto. Crear suspense dramático es un recurso narrativo, no una forma apropiada de dar malas noticias en la vida real.

Mandy da un paso a un lado para dejar a la vista a mi sobrina de tres años, Ruby, que está de pie escondida detrás de ella.

Ruby es mi niña de las arras. Además, se empeñó en llevar un recogido igual que el de su madre, así que le enrollamos sus rizos rubios dorados en una corona de flores. Y digo «enrollamos» porque su corona parece haberse esfumado por arte de magia y sus rizos tienen un aspecto tan asilvestrado que no entiendo cómo fuimos capaces de domarlos en primer lugar.

—Ay, madre mía —chillo, antes de llevarme una mano al pecho y la otra a la boca.

—Hermanita, lo siento muchísimo —empieza Mandy—. La dejé en los jardines con June, pero se ve que estaba demasiado ocupada deslizando a la derecha en el maldito Tinder como para vigilarla, ¡y la ha atacado una dichosa abeja!

—Estaba en mi cabeza —explica Ruby con timidez.

June es nuestra prima de diecinueve años. Creo que no ha levantado la vista de su iPhone desde los catorce. Una pésima elección como niñera, sin ninguna duda.

—Tenéis que relajaros todas —digo, abandonando mi teatro de falsa consternación—. No pasa nada, Ruby está preciosa así. Me da igual que no lleve la corona de flores, es una niña; bastante me sorprende que le haya durado tanto tiempo puesta.

—Lila Rose, ¿qué te tengo dicho de ser sarcástica? —me regaña mi madre mientras se recupera del susto.

No dejo de repetirles a todas que no se preocupen tanto. Tengo todos los frentes cubiertos. Hoy no va a salir nada mal. Desde luego, no voy a montar un numerito porque una niña de tres años no consiga aguantar con las flores en el pelo.

—¿No querrás decir Lila Tyler? —apunta mi hermana.

—Lila Tyler —repite Ali en tono de burla—. Lila Tyler, Lila Tyler.

Vale, lo admito, no es el apellido de casada ideal, y siempre le he tenido muchísimo cariño a Lila Rose porque no solo es un nombre precioso, sino que encima suena como si hubiera nacido para ser escritora de novela romántica. Pero si mi nuevo nombre va a ser Lila Tyler, pues entonces eso será. Más me vale ir acostumbrándome.

—Bueno, crisis evitada —zanjo—. ¿Ha llegado ya la hora de ponerme el vestido?

Me hace muchísima ilusión poder ponerme mi vestido por fin. Aparte de un par de veces probándomelo, metiendo las manos en los bolsillos y dando vueltas frente al espejo, siento que todavía no he podido disfrutarlo de verdad.

—Sí —responde mi madre—. Perdona, está en mi habitación. Voy a buscarlo.

—Y yo me voy a cargar un cepillo en el pelo de esta —dice Mandy, señalando a Ruby con la cabeza.

—Quiero mis flores —exige Ruby.

—Te las daremos para la ceremonia —le contesta su madre.

—No, mis flores del pelo. Quiero mis flores del pelo.

—Pues entonces no deberías habértelas quitado y dejado por ahí tiradas en el jardín —le reprocha Mandy.

Ruby hace un puchero.

—A ver, no puedo tener a una niña de las arras de mal humor, ¿verdad? —digo en tono divertido—. Iré a buscarlas yo.

—Estás preparándote —salta Mandy—. No seas loca.

—No pasa nada —insisto—. Es que las quiere.

Y yo quiero que todo salga a pedir de boca, así que, si Ruby quiere sus flores, iré a por ellas; si resulta más fácil que lo haga yo misma, entonces lo haré. De verdad de la buena, hoy no hay ninguna necesidad de que las cosas se tuerzan.

—Gracias —dice mi hermana—. Estaban junto a la fuente.

Cojo mi chándal negro de encima de la cama, me pongo los pantalones de un salto, me subo la cremallera de la sudadera y bajo las escaleras para rescatar la corona de Ruby de las garras de la enorme y furiosa abeja que supuestamente la obligó a quitársela.

Elegí el Hotel Victoria para mi boda —un impresionante (como era de esperar) edificio victoriano, enclavado en su propio bosque privado— porque estaba cerca de Londres, pero era de fácil acceso desde el norte del país, y contaba con muchas habitaciones para que los amigos y familiares de Daniel pudieran bajar desde Yorkshire y pasar la noche aquí. En serio, no estoy dejando margen para las quejas por parte de ninguna de las familias.

Bajo por la escalera de caracol, acariciando el sedoso y suave pasamanos de madera. No porque lo necesite, sino porque quiero saborear este día hasta la última gota. Quiero recordar cada imagen, cada olor, cada tacto. He contratado a dos fotógrafos, los dos con áreas de especialización distintas, para asegurarme de que no se nos escape ni una sola foto, para tener un recuerdo de cada instante. Solo voy a hacer esto una vez en la vida, así que voy a asegurarme de que valga la pena.

Estamos en julio, así que las espuelas de caballero del jardín están en flor, en distintos tonos rosados y morados. Barajé la posibilidad de incluirlas en mi ramo de novia, pero recordé haber leído que eran tóxicas para los humanos y, aunque no tenía ninguna

intención de comérmelas, el mero hecho de pensar en llevar algo tan venenoso al altar en el día más feliz de mi vida me echó bastante para atrás.

Dicho y hecho, junto a la gran fuente de piedra, diviso la corona de flores de Ruby tirada en el suelo. La recojo, la examino y, por suerte, está intacta. Y digo por suerte no porque a mí me importe, sino porque a Ruby sí. He hecho todo lo que estaba en mi mano para asegurarme de que el día de hoy rozara la perfección, así que estoy bastante segura de que nada de importancia puede salir mal. Si sale mal cualquier pequeñez, no pienso preocuparme por ello. No voy a dejar que me arruine el día.

Hoy hace un día precioso. Cálido, pero con una ligera brisa. Por supuesto, justo por eso elegí este día, aunque una nunca puede fiarse de las previsiones meteorológicas, ¿no crees?

Me tomo un momento para admirar los jardines. Siempre huelen muchísimo mejor en verano, ¿verdad? Y los colores son increíbles. Las flores, la fuente... Me encanta el sonido de la fuente, el suave murmullo del agua. Estoy a punto de sacar una foto rápida con mi teléfono cuando de pronto capto otro sonido distinto, una voz a gritos, que viene desde el interior del laberinto de setos. Estoy justo al lado de la entrada, así que me acerco un poco más.

A medida que me acerco, la voz me va resultando más familiar. Es Daniel, mi prometido...

Capítulo 2

Es imposible escribir ficción sin meter un poco de vida real en ella. Escribir sobre lo que conoces siempre mejora tu trabajo y, en cuanto te das cuenta de eso, dejas de escribir sobre las cosas que has vivido y empiezas a buscar experiencias sobre las que escribir.

Con los diálogos pasa prácticamente lo mismo. En cuanto descubres que, sentada en el tren o en un baño público, puedes oír auténticas joyas, te das cuenta de que puedes reunir un material brillante con solo observar la naturaleza humana, escuchar conversaciones, mirar a la gente con toda la concentración que le dedicarías a un documental apasionante de David Attenborough.

Suelo meter las narices en las conversaciones ajenas, pero hoy no me siento tan mal por ello. La voz que oigo es la de mi prometido..., ¿no convierte eso en asunto mío? Puede que escuchar a escondidas a alguien que conoces sea una invasión de su intimidad, pero se supone que él debería estar preparándose y...

—No me puedo creer que estés haciendo esto.

—Tengo que hacerlo —responde Daniel con vehemencia—. ¿Cómo no voy a hacerlo?

Una sensación gélida me recorre las venas.

Estoy tan pegada al seto perfectamente recortado que noto cómo las ramas cortas y puntiagudas me arañan el cuerpo a través de la sudadera.

Ahora oigo sus voces con total claridad, pero necesito ver. Me asomo por la esquina, lo justo para echar un vistazo.

Apenas unos metros dentro del laberinto, Daniel camina de un lado a otro. Está guapísimo con el traje de boda, pero su cara cuenta otra historia. Ha perdido todo el color del rostro y se rasca frenéticamente la barba de hípster, como hace siempre que está nervioso.

Delante de él está nuestra amiga Eva. Lleva un vestido largo plisado hasta los pies, de un rojo descaradamente provocador. Imagino que es porque insistí muchísimo en que ir de rojo a una boda era perfectamente aceptable y ahora querrá demostrar algo. Tiene un escotazo que le llega prácticamente hasta el ombligo y no creo haberla visto nunca vestida de una forma tan sexy. Supongo que el vestido no pretendía ser tan largo, pero con su metro cincuenta y poco todo debe de quedarle demasiado largo. Daniel siempre ha estado decepcionado por no llegar al metro ochenta y tres. Aun así, la supera por mucho. Mientras él se pasea delante de ella de un lado a otro, Eva se limita a quedarse quieta, abrazándose a sí misma.

Diría que Eva era más amiga mía que de Daniel, aunque, si soy sincera, más bien es una amiga-enemiga. Antes salía con Paul, un amigo de Daniel. Cuando lo dejaron y Paul se mudó a Canadá, ella consiguió seguir en nuestro grupo por alguna extraña razón. Pero ninguno de los dos es tan cercano a ella. Desde luego, no tan cercano como para una «conversación de caras largas, escondidos en un laberinto, a menos de una hora de una boda».

—¿Qué pensabas que iba a pasar? —le pregunta él.

—Pensé... bueno, no sé lo que pensé —responde ella—. Pero no pensé que pasaría esto.

—Estoy a punto de casarme —le recuerda.

Eso seguro que ya lo sabe o no estaría aquí con ese vestido de fresca. Me freno. No tiene nada de malo su vestido. Solo me pongo a la defensiva porque no entiendo qué hace aquí con él, ahora.

—No te cases con ella —dice.

Entorno los ojos, furiosa, mientras mi ánimo salta de un extremo al otro del espectro, de budista a bárbara. Quiero agarrarla de ese pelo rojo fuego y arrastrarla hasta la fuente. ¿Pero quién coño se cree que es para decirle a mi prometido que no se case conmigo? Y, por mucho que quiera enfrentarme a ella, no puedo, porque antes quiero oír todo lo que tenga que decir.

—Te dije hace meses que la dejaría por ti, pero tú me pediste que no lo hiciera —replica él de mala manera.

¿Cómo?

—Porque no iba a decirte yo que la dejaras. No me correspondía a mí. Tendrías que haberla dejado sin más —contesta ella.

—Eva, esta boda lleva meses reservada. No puedo cancelarla así como así..., tendremos que pagarlo todo igualmente. ¿Por qué me estás diciendo esto ahora?

—Porque te quiero y no puedo dejar que te cases con ella —responde, cruzándose de brazos—. No voy a dejar que te cases con ella. Sé que al principio solo iba a ser una tontería, pero...

Me obligo a soltar el aire, pero no puedo. No puedo respirar, no puedo moverme, no puedo gritarles...

—Yo también te quiero —responde él—. Pero ahora no puedo echarme atrás.

Un pitido me ensordece. Lo único que oigo es un chillido dentro de mis oídos, un sonido que ojalá pudiera soltar yo también, pero no

puedo. Siento que voy a desmayarme, pero no me desmayo. No puedo permitirme apartar la vista. Necesito ver esto.

Cuando Eva le coge las manos y tira de él para besarlo, no sé muy bien por qué, pero mi reacción inmediata es sacar el teléfono del bolsillo y hacer una foto. Reviso la imagen para asegurarme de que está enfocada: hago de todo menos ponerle un maldito filtro de Instagram. Bueno, yo misma dije que quería captar hasta el último segundo de hoy, ¿no? Desde luego, esto sí que es un momento Kodak.

Eva, la mujer escarlata, le agarra el culo a mi prometido mientras se besan y, por fin, se me activa el instinto de huida. Mientras salgo de allí corriendo, se me cae la corona de flores de Ruby —ahora mismo ya no parece importante— y me tapo la boca con las manos para no echarme a llorar hasta dejar de oírlos y para no vomitar encima de las flores.

Atravieso el hotel sin el más mínimo cuidado ni atención, justo lo contrario de cómo lo había recorrido apenas quince minutos antes. Desbloqueo el móvil y la foto sigue en la pantalla. Da igual: es lo único que veo. La veo en los cuadros de las paredes, en el dibujo de la moqueta. Si pestañeo, puedes apostar lo que quieras a que veo una imagen congelada de ellos dos juntos.

Llamo a Ali y le pido que se quite de encima a mi madre y a mi hermana. Me limito a decirle que tenemos que hablar. Para cuando llego a la habitación del hotel, ya no los veo besándose, sino que los imagino juntos en el dormitorio, arrancándose la ropa, ella tirándolo sobre la cama antes de subirse encima, con el pelo rojo cayéndole por el cuerpo mientras se inclina y...

—Ese cabrón, ese puto mentiroso —despotrico al irrumpir por la puerta.

—No te preocupes, tu sobrina de tres años ya no está en la habitación —bromea mi amiga con torpeza. Ali es la alocada, la que siempre está metida en algún drama, la que sufre una crisis semanal, cuando no dos por semana, por algún hombre u otro.

—¡Mentiroso! ¡Ese puto mentiroso...! —sigo.

Ali me agarra por los hombros y me sienta en la cama.

—Cuéntamelo, tía.

—Daniel... —empiezo, pero entonces vuelve esa sensación enfermiza. Me sube desde el estómago, me quema el esófago y me llega a la boca, pero cuando por fin sale de entre mis labios, lo único que brota de mí es emoción. Grito y lloro, y es un llanto feo, nada de esa mierda cinematográfica de «una sola lágrima resbalando por la mejilla». Gemidos, sollozos, ojos desbordados, nariz moqueando. Soy un desastre asqueroso y lamentable, y lo único que impide que me venga abajo del todo es mi mejor amiga, frotándome el hombro a ciegas y secándome la nariz. Sigue sin tener ni idea de qué está pasando.

—Daniel me está engañando —sollozo—. Me engañaba, quizá todavía lo hace...

—Perdona, ¿Daniel te la ha pegado? —pregunta, incrédula—. Ese tío lleva ligando muy por encima de sus posibilidades desde el día en que te conoció. Tú eres un pibón.

Le aprieto la mano a Ali. Un cumplido así, viniendo de alguien tan despampanante como ella, vale muchísimo. Si te dijera que Ali había sido conejita de *Playboy*, no te costaría creértelo. Creo que ronda los cuarenta, pero no lo aparenta en absoluto. Una vez intenté mirarle el

pasaporte y no me habló en una semana. Desde sus ridículas extensiones hasta sus pechos operados gigantescos y sus labios rellenos, Ali ha invertido muchísimo tiempo y dinero en su aspecto, y el resultado es impecable. Yo no soy tan perfecta.

Odio caer en el tópico, y ojalá pudiera decir que no lo hice, pero me puse a dieta muy estricta en los meses previos a mi boda. El esfuerzo dio sus frutos, eso sí —aparte de perder una copa de sujetador, momento en el que Ali dijo de inmediato que me pasaría la tarjeta de su cirujano—, y estaba convencida de que iba a llegar al altar como la versión más segura de mí misma que había sido nunca. Pero ni siquiera eso ha impedido que mi prometido me ponga los cuernos, ¿verdad? Ahora mismo tengo la autoestima tan baja que se ha quedado abajo, en recepción.

—¿Quién coño iba a tener una aventura con él? —pregunta Ali, antes de añadir deprisa—. Sin ánimo de ofender.

—La puta Eva —le digo.

—¿Eva? —chilla—. Sinceramente, es la tonta del bote más grande que he conocido.

Lo es. Cuando estaba con Paul, una vez quedamos todos para una noche de juegos y Eva estaba convencidísima de que Gales no formaba parte del Reino Unido.

—¿Y no se mudó Paul a Canadá solo para perderla de vista? —continúa.

—Bueno, parece que superó lo de Paul metiéndose en la cama con Daniel —respondo.

—Qué cabrón —dice—. ¿Cómo te enteraste?

—Simplemente... me los encontré en los jardines, teniendo una charlita a escondidas. Se metieron en el laberinto para tener

intimidad, supongo, pero apenas entraron. Son idiotas de remate.

—Probablemente les preocupaba no encontrar la salida —dice con media sonrisa.

—Dijeron que estaban enamorados el uno del otro —empiezo con voz débil, todavía temblorosa—. Ella dijo que no iba a dejar que siguiera adelante con la boda y él le dijo que tenía que hacerlo. Luego... luego se besaron.

Ali me seca los ojos con un pañuelo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—Te diré lo que no voy a hacer —empiezo, sustituyendo un poco de tristeza por rabia—. No voy a casarme con él.

—Menos mal —dice Ali con una sonrisa—. Porque llevas el maquillaje hecho mierda.

No puedo evitar reírme, y sienta bien, pese al dolor de ese puñetazo traicionero en el pecho.

—No puedo enfrentarme a nadie —susurro.

—Y no tienes por qué —responde Ali.

—¿Puedes encargarte tú? ¿Puedes decírselo a la gente, cancelar la boda? Yo... ni siquiera sé por dónde empezar.

—Créeme, sé cómo va esto —dice—. He cancelado unas cuantas bodas en mi vida.

Y no miente.

—Gracias —digo—. Solo quiero irme de aquí, pero no sé dónde. No puedo volver a casa, a la casa... ¿Qué pasa con la casa?

—No te adelantes —insiste Ali—. Ya resolveremos todo eso.

—Solo quiero salir de aquí, salir de Londres...

—Necesitas unas vacaciones —dice Ali.

—Pues ya he pagado unas, ¿no? Mi estúpida luna de miel, que ahora no va a existir.

Inclino la cabeza al ocurrírseme una idea de locos.

—Todavía podría irme de luna de miel —digo.

—¿Qué, en plan viaje de reconciliación? —pregunta—. Porque no me parece buena idea.

—No, podría ir yo sola —digo—. Podría irme, desconectar, intentar averiguar qué se supone que tengo que hacer ahora. He ido aplazando la escritura del libro porque he estado demasiado ocupada organizando esta boda. Podría tomármelo como una especie de retiro para escribir.

Nunca fue mi intención escribir durante la luna de miel. He descuidado bastante el trabajo por planificar y —casi— celebrar mi boda, pero estaba tranquila porque sabía que, al volver, tendría unas semanas para terminar el libro antes de la fecha de entrega. Habrían sido unas semanas bastante intensas, así que casi mejor aprovechar este tiempo extra para escribir sin el reloj martilleándome en la oreja.

Ali sonríe de oreja a oreja.

—Entonces, ¿te vas a ir sola a Italia?

—¿Por qué no? —respondo—. He organizado yo sola toda esta boda, incluida la luna de miel. Los billetes están en casa, el hotel está reservado a mi nombre, porque lo reservé yo, porque... ahora que lo pienso, él no ha querido opinar sobre absolutamente nada de la organización de la boda. Yo creía que solo estaba siendo el típico tío al que le dan igual esas chorradas de bodas...

—Cabrón —dice ella.

—Sí.

Mi vestido de novia, colgado en el armario a nuestro lado, me llama la atención. Mi vestido de novia de Vera Wang, de los que te dejan sin aliento. No quería nada demasiado aparatoso ni con demasiado vuelo, pero sí algo especial. Mi vestido blanco es palabra de honor y ceñido hasta los muslos. El tercio inferior está hecho a mano, con más de sesenta metros de capas de organza cortadas al bies y fruncidas en forma de roseta por delante y por detrás. Tiene exactamente el volumen justo, y me destroza no poder ponérmelo.

—Te lo guardaré en algún sitio seguro —dice Ali.

—No lo harás. Te lo llevarás a casa y te harás fotos con él —bromeo.

—Puede que haga las dos cosas —responde—. ¿De verdad te vas a ir sola a Italia?

—Creo que sí —respondo. ¿Creo? —. ¿Puedes cancelar todo lo de aquí y, además, asegurarte de que me dé tiempo a ir a casa, coger las maletas e irme?

—No se me ocurre una tarea para la que esté más hecha —dice mientras me da un abrazo apretado—. Bueno, quizá ser la mujer de Tom Hardy.

—Se te daría genial —le digo—. Y eres una amiga increíble.

—Y tú te vas sola a tu luna de miel —dice con un chillido, incapaz de creerse lo que está saliendo de su boca.

—Sí —digo, incapaz de creerme lo que está saliendo de la mía.

Sí. Me voy de luna de miel completamente sola.

Capítulo 3

Lo primero que hago es arrancar el cartel de «Bienvenidos a casa, señor y señora» que cuelga sobre la puerta principal. En el mejor de los casos, resulta jodidamente bochornoso; en el peor, parece una especie de celebración macabra de mi corazón roto, y es justo lo que no necesito ahora mismo.

Me remonto a cuando compramos esta casa hace dos años. Llevábamos juntos un par de años, así que yo (creía) sabía que éramos felices, pero este era mi primer gran paso de adulta, un paso de verdad, y estaba aterrorizada.

No diría que mi veintena fuera el mejor ejemplo de madurez. Conocí a Ali por unos amigos en común cuando yo tenía veintiún años. Creo que ella tenía veintiocho por aquel entonces, pero dice que tiene veintiocho ahora y, como su mejor amiga, juraré siempre que es verdad. Yo tenía algunos amigos, pero no una mejor amiga. Sé que suena un poco inmaduro, pero no lo digo en ese sentido. O sea, tenía a mucha gente a la que podía llamar amiga, gente con la que quedar y pasarlo bien, pero no tenía a esa persona especial con la que poder contar en cualquier momento, a quien poder contarle cualquier cosa. Nadie con quien contar en tiempos de crisis, como cuando necesitas un hombro sobre el que llorar al pillar a tu prometido, ese cabrón mentiroso y traidor, besándose con una de tus amigas menos favoritas dentro de un laberinto el día de tu boda. Ya sabes, lo típico.

Antes de conocer a Daniel, pasábamos casi todo nuestro tiempo juntas. Alquilamos un piso juntas, íbamos de compras juntas,

comíamos juntas... Disfrutábamos de noches de fiesta salvajes y de veladas caseras de chicas. Por supuesto, todo eso tuvo que cambiar cuando conocí a Daniel; al fin y al cabo, es parte de madurar, ¿no?

Dedicarle más tiempo a mi novio implicaba dedicárselo menos a mi amiga, pero no menos del que cualquier persona normal les habría dedicado a las suyas. Y, aunque a Ali no le importaba que tuviera novio, sí le importaba que fuera Daniel. Imaginé que, sencillamente, ninguno era santo de la devoción del otro. Ali es una fiestera empedernida con predilección por las faldas cortas y las relaciones aún más cortas. Daniel trabaja en recursos humanos y pasa su tiempo libre jugando al golf o viendo el fútbol. Tal vez debería haberme fiado del criterio de mi amiga cuando me dijo que no me convenía. Que, solo porque me daba seguridad y no mareaba la perdiz, no significaba que fuera una opción inteligente para casarme. Pero la vida no es una comedia romántica. No me esperaba tenerlo todo en común con él, ni que llegara a casa del trabajo con ramos de flores enormes, ni que me llevara de escapada romántica los fines de semana. Esa no es la realidad, ¿verdad? Yo simplemente le quería, y eso era todo lo que me importaba. Pero parece que el queridísimo Daniel no estaba tan satisfecho como yo; tuvo que salir a buscar algo más.

Embuto el cartel en el contenedor de basura y lo arrastro hasta el final de la entrada. Al llegar, me maldigo a mí misma. ¿Por qué he hecho eso? A ver, sé por qué lo he hecho, y desde luego ha sido con el piloto automático, pero lo hice porque en el fondo de mi mente sé que me voy y que la recogida de basuras es esta tarde, y que a Daniel se le olvidará sacarla, porque es evidente que se le ha olvidado esta mañana.

Niego con la cabeza mientras vuelvo hacia la casa; una casa que se suponía que iba a ser la de mis sueños.

Compramos nuestro precioso y pequeño adosado en las afueras con grandes planes. Íbamos a ampliarlo, un tema que solía salir cuando hablábamos de tener hijos, de qué nombres nos gustaban, mientras nos reíamos imaginando qué tipo de padres seríamos. Daniel dijo que convertiría una de las habitaciones en un despacho inmenso para mí, donde podría colgar las portadas de mis libros en las paredes y deslizarme en mi silla ergonómica para llegar de un extremo a otro de mi enorme escritorio. Aún no nos hemos puesto con ello, porque después de comprar la casa (*spoiler*: comprar casas es caro) y de empezar a reformar las habitaciones que ya teníamos, como la cocina y el baño, que necesitaban obras a la desesperada, lo de mi despacho acabó bastante abajo en la lista de tareas pendientes.

Me detengo a pensar un momento.

Aún no nos *habíamos* puesto con mi despacho; no «nos hemos» puesto. Se me olvidó cambiar el tiempo verbal porque, con toda la mierda que me zumba en la cabeza, por un momento olvidé que, además de no tener prometido, mi situación doméstica también va a cambiar de forma drástica. Uno de los dos tiene que irse, y yo no quiero renunciar a esta casa en la que tanto he trabajado; pero, por otro lado, no sé si podré asumir la carga económica de una vivienda que aún necesita reformas, una hipoteca y todas las facturas..., no con un sueldo de escritora, que es imposible de predecir de un mes para otro.

Al otro lado de la puerta, nos esperan nuestras maletas. Miro la de Daniel con el mismo asco que le dedicaría a él en persona. Me da

rabia cada segundo que invertí en organizar esta luna de miel por él. Cada viaje a las tiendas para comprarle las cosas que necesitaba. Me cabrea muchísimo haberle hecho yo la maleta. No solo porque me esté dando cuenta de que yo me encargué de todo lo de esta boda, sino por lo que eso implica. Creía que simplemente era un vago o que la situación le venía grande. En cambio, parece que, en realidad, le daba exactamente igual. Que estaba demasiado enfrascado con Eva como para pararse a pensar en cómo iba a ser el resto de nuestras vidas juntos.

Arrugo la nariz, desprecio su estúpida maleta y me dirijo al comedor (donde mi minúsculo escritorio de trabajo está encajado a presión) y cojo mi portátil y el cargador. Los meto en mi bolso de mano, por si necesito alguna distracción durante mi vuelo en solitario. Luego voy a nuestro cuarto de baño recién terminado —y cuando digo recién terminado, me refiero a que la lechada de la bañera ni siquiera estaba seca cuando me quise dar un baño la semana pasada—.

Mirarme al espejo me da un susto de muerte. ¿Quién es esa persona que me devuelve la mirada? Esa mujer con cara de tristeza y unos ojos de color rojo intenso (normalmente son verdes, lo juro), con el maquillaje corrido por toda la cara y los mocos cayéndole aún por la nariz; porque, sinceramente, ya ni siquiera sé qué hacer con eso, no dejan de salir.

La gente siempre me dice que aparento menos edad de la que tengo. Siempre me he preguntado si se deberá únicamente a ese estilo tan peculiar que probablemente sea exclusividad mía. Siento verdadera debilidad por los accesorios extraños: cosas excéntricas que no encuentras en las tiendas de ropa convencionales, como

collares con un ojo de muñeca colgando de la cadena (que, de hecho, se cierra cuando te tumbas) o pendientes que parecen peces de feria metidos en bolsas de agua. Es difícil aparentar tus (casi) treinta y dos años cuando llevas pendientes de pececillos de feria.

Mido un metro sesenta y ocho, por encima de la media, y gracias a mi dieta preboda logré mantener un poco a raya mis curvas, lo que me hizo sentir más segura, pero lo bastante «buenorra» aún, como dicen los chavales. Esta mañana rebosaba confianza, estaba tan emocionada por hacerme fotos con mi precioso vestido. Ahora me limito a mirar a este monstruo llorón en el espejo y a preguntarme si, sin el maquillaje, sin el largo pelo rubio y sin todos esos accesorios distractores, de verdad aparento la edad que tengo; si las pequeñas líneas de expresión que empiezo a notarme alrededor de los ojos se están haciendo evidentes, si mis pechos naturales están más caídos de lo que solían estar. Dios, ahora mismo podría pasarme horas mirándome al espejo y sacándome defectos si tuviera tiempo.

Cojo una toallita desmaquillante y empiezo a borrarme la cara de ciento cincuenta libras que una maquilladora increíblemente experta me aplicó con sumo cuidado hace solo un par de horas. En algún momento, durante mis ataques de histeria iniciales, me he convertido en un retrato de Picasso. Tengo raya de ojos en la barbilla, pintalabios en la frente... El brillo supuestamente sutil que me pusieron en los párpados se ha reproducido de algún modo y ahora me cubre cada centímetro de la cara, dándome el aspecto de una bola de discoteca triste y roja. Al menos, mi pelo sigue impecable; mi preciosa y larga trenza rubia de espiga sigue en su sitio, cayendo por un lado de la cara. Así que no ha sido una pérdida de dinero total, ¿eh?

Me quito todo lo que puedo antes de aplicarme un poco de base de maquillaje. No es que me importe en absoluto mi aspecto ahora mismo, pero sí que quiero que me dejen subir a un avión. No quiero parecer inestable o dar la impresión de tener algún tipo de infección altamente contagiosa que hace que te exploten los ojos, te gotee la nariz y se te ponga la cara roja y llena de manchas. La base de maquillaje es un éxito rotundo: ahora tengo un tono de piel uniforme y parezco deprimida.

Me llega un mensaje de Ali, pidiéndome que le avise en cuanto me vaya para poder darle la noticia a todo el mundo allí. Le digo que me iré de aquí en cinco minutos y le pido que dé la noticia con delicadeza. No por el bien de Daniel, sino por mi familia, especialmente por mi madre. Le pido a Ali que le explique a mi madre que estoy bien y que le diga a ella, y solo a ella, adónde voy.

Al volver a bloquear el móvil, reparo en el anillo de compromiso que llevo en el dedo. De repente lo noto apretado, incluso pesado. Es un recordatorio de lo que he perdido, algo que no necesito. En realidad, no solo no necesito el recordatorio; tampoco necesito el anillo. ¿Para qué quiero un anillo de compromiso? Me lo quito y lo meto de momento en el joyero, para devolvérselo a su comprador más adelante.

Al salir de la habitación, miro mi cama con recelo. Mi cama... Mi colchón extragrande y supercómodo en el que tanto insistí. Daniel no pensaba que necesitáramos una cama *super king*, decía que con subir a una *king* era suficiente, pero no hay mucha diferencia entre un colchón doble estándar y uno *king*, así que al final acabé convenciéndolo. En cuanto llegó, me dio la razón en que era una de las mejores compras que habíamos hecho nunca, pero ahora en lo

único que puedo pensar es en si él y Eva se acostaron juntos en ella. No creo que ni siquiera Daniel llegara a caer tan bajo.

De camino hacia aquí llamé a la compañía de taxis y les pregunté si podían enviar el coche un poco antes, y a nuestra casa en lugar de a la finca. A ver, tendría que estar loca para pagar un taxi a la estación de tren cuando ya tengo uno reservado y pagado. Y más con los asfixiantes gastos de la boda, que no hay forma de que me reembolsen y en los que aún no me he atrevido a pensar. Mi plan es ir a la estación, coger el tren hacia el hotel (una de las pocas aportaciones reales de Daniel a la boda fue señalar dónde podíamos recortar gastos y ahorrar dinero; eso debería haber sido una señal de alerta) y esconderme del mundo hasta mañana, momento en el que podré subirme a un avión y escapar de mi desastrosa vida por un tiempo, al menos hasta que averigüe qué hacer.

Me dirijo hacia la puerta, cojo mi maleta y la dejo fuera en el bordillo de la acera, lista para que el taxi venga a recogerme y a alejarme de todo esto. Estoy a punto de echar la llave a la puerta principal cuando la maleta de Daniel vuelve a llamarme la atención. Vuelvo a entrar, la cojo y la arrastro hasta el final de la entrada, donde está la mía.

El Mercedes Clase C blanco no tarda en aparecer, cubierto de globos blancos y con las palabras «Recién casados» engalanando la luna trasera. Soplo el aire inflando las mejillas. Tenía que habérseme ocurrido decirles —cuando lo reservé— que ese coche nos iba a llevar del banquete de bodas a la luna de miel. Supongo que el conductor no se cuestionó los motivos por los que adelantaba el viaje tantas horas ni por qué quería que me recogiera en mi casa, y

seguro que el coche estaba allí aparcado, listo y esperando para salir.

—Hola, cielo —dice el conductor al bajar—. Enhorabuena.

Aún no me ha mirado a los ojos, ya que se ha puesto a correr alrededor del coche para abrir el maletero, así que no sabe la gigantesca carga de equipaje emocional que voy a suponer para él.

—Gracias —respondo. La verdad es que no sé qué más decir.

—Así que vamos a la... Oh.

Se ha fijado en mi cara.

—Sí.

—Y, el, eh... —Parece tan incómodo que me da pena—. El, estooo... ¿El otro pasajero?

—Solo yo —digo, poniendo mi cara de mayor valentía y alargando la mano hacia mi maleta.

—Déjeme que la coja yo —dice, como si quisiera ayudarme —ayudarme de verdad—, pero esta es la única forma en la que sabe hacerlo. A fin de cuentas, soy una perfecta desconocida y no tiene ni idea de lo que ha pasado; da por hecho que es algo malo, eso sí, y no se equivoca en absoluto.

Espero de corazón que el hotel sea el último lugar en el que Daniel piense buscarme, si es que siquiera intenta buscarme, así que probablemente esté a salvo allí. Puedo esconderme en mi habitación, o apalancarme en la barra del bar, o comer algo de verdad, con calorías y grasas, por primera vez en meses.

El taxista vuelve a por la maleta de Daniel.

—Ah, no, esa no —le digo.

—¿Va a dejar esa ahí? —pregunta confundido.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Con los cubos de la basura?
—Sí —respondo—. Esa es basura. Hay que tirarla.

Capítulo 4

Un café con leche, un sándwich del M&S, una bolsa de patatas fritas, una botella de agua, dos hamburguesas con queso del McDonald's (las sencillas, me apresuro a añadir), unas patatas fritas, una bolsa tamaño familiar de Maltesers y, no sé, quizá cinco *porn star martinis*. Eso es todo lo que he comido y bebido desde que huí de mi boda; si lo hubiera consumido antes, ni de broma habría podido salir corriendo.

En defensa de la cantidad de alcohol que he consumido, es importante señalar que lo he hecho a lo largo de muchas horas y que lo he acompañado con un montón de comida.

En defensa de la cantidad de comida que he ingerido, necesitaba mucha para empapar todo el alcohol.

En defensa de todo lo anterior, me siento en la miseria, llevo meses a dieta, mi vida se cae a pedazos y no tengo nada mejor que hacer.

¿No es increíble cómo un objeto o un lugar puede albergar tantos recuerdos?

El hotel *boutique* 22 Hampton es donde Daniel y yo pasamos nuestra primera noche fuera. Está en Londres, así que no es que esté exactamente a millones de kilómetros de casa, pero en aquel entonces ambos compartíamos piso y queríamos que nuestra primera vez fuera algo especial. No estoy muy segura de cómo surgió, pero decidimos esperar un poco antes de intimar. Bueno, ninguno de los dos buscaba simplemente algo casual, así que estábamos encantados de conocernos primero... o tal vez fue solo

porque teníamos compañeros de piso y no gozábamos de mucha privacidad. Tengo cierta tendencia a recordar las cosas bajo una luz positiva (no necesariamente precisa).

Así que salimos a cenar, a tomar algo, y luego Daniel me trajo aquí para que por fin pudiéramos pasar la noche juntos.

Recuerdo la primera vez que vine aquí, cómo me enamoré de los muebles desparejados y las vigas de roble a la vista. En algunas de las habitaciones todavía cuelgan del techo vigas y engranajes industriales; al parecer, este lugar solía ser algún tipo de fábrica. Recuerdo haber leído sobre ello totalmente maravillada la primera vez que vinimos. Al principio, cada vez que nos alojábamos aquí, lo absorbía todo con fascinación. Cuando la relación ya estaba más avanzada, lo único que absorbíamos era la botella de vino blanco de cortesía antes de arrancarnos la ropa el uno al otro, y para cuando esas ganas se apagaron, ya vivíamos juntos. Es curioso, de verdad, que una vez que nos mudamos juntos y podíamos tener sexo todo lo que queríamos, no nos lanzáramos exactamente a la piscina siempre que teníamos ocasión. Supongo que simplemente di por sentado que, ya sabes, cuando estás en una relación estable, estas cosas se enfrían. Resulta que el fuego de Daniel no se había apagado, sino que se lo estaba encendiendo otra. ¡Y sabe Dios desde cuándo!

Aquí me siento segura, porque solo Ali sabe dónde estoy. Por suerte, reservé este sitio como regalo de bodas para Daniel. Tuve la estúpida idea de que el primer lugar donde tuvimos sexo como novios debía ser el primer lugar donde tuviéramos sexo como marido y mujer. La única persona que hay aquí esta noche para acostarse conmigo soy yo misma; creo que fingiré que me duele la cabeza. Seguro que mañana por la mañana me dolerá de verdad.

Ni siquiera me siento tan borracha, supongo que porque ha sido una borrachera prolongada y a medias. Lo único que siento es que estoy hinchada y que quiero lavarme los dientes.

Es una pena que comiera y bebiera tanto de camino, porque alguien ha tirado la casa por la ventana en la habitación para dejarla perfecta para una noche de bodas. Champán enfriándose en la nevera, bombones en el aparador, pétalos de rosa esparcidos por todas partes, aceites esenciales y albornoces mullidos. Podría haberme ahorrado un buen dinero en la estación de tren y haberme dedicado simplemente a comer y beber demasiado aquí sola.

Supongo que podría tomarme otra copa, o...

El sonido de mi teléfono me saca de mis malas decisiones. He bloqueado a Daniel en todas las plataformas —a Eva también— para no tener que escuchar ninguna de sus patéticas excusas. No hay nada que ninguno de los dos pueda decirme ahora mismo que me haga sentir mejor. Aun así, miro el móvil con recelo durante un momento antes de echarle un vistazo a la pantalla y darme cuenta de que es mi madre.

—Hola —digo, tan natural como siempre.

—Lila, ¿estás bien? —pregunta mi madre.

—Oh, ya sabes —respondo, poniendo voz de valiente—. ¿Tú cómo estás?

—Ay, cariño. Tengo a Mandy aquí también, ¿puedo ponerte en altavoz?

—Claro —contesto—. Hola, Mand.

—Lila, ¿estás bien? —pregunta ella.

—Es que... Creo que sigo en *shock*. No me lo puedo creer. Siento haber desaparecido. Ali dijo que se encargaría de todo. Solo quería

huir de allí.

—Te entendemos perfectamente —dice mamá—. No te preocupes por nada. Ali estuvo fantástica. Tenemos todas tus cosas aquí y había muchísimos regalos. Los tengo conmigo.

Ay, Dios, me había olvidado por completo de los regalos.

—¿Podéis devolverlos por mí? No quiero que la gente piense que me los voy a quedar.

—Por supuesto que podemos —responde mi madre—. No te preocupes por esas cosas. Nos preocupas tú. Ali dice que te vas de luna de miel sola.

—Sí. Pero, sinceramente, mamá, creo que me vendrá bien. Es el mejor sitio para mí. Podré relajarme, trabajar e intentar averiguar qué hacer ahora.

—Tienes tiempo de sobra para pensar en lo que pasará ahora —me dice Mandy—. Tú céntrate en pasarlo bien, digo yo.

—¿Ha hablado Daniel con alguna de las dos? —no puedo evitar preguntar.

—No, puso pies en polvorosa bastante rápido en cuanto todos se enteraron —dice mi madre—. Tu padre estaba furioso, nunca lo había visto tan cabreado. Creo que Daniel se asustó.

—Es un cobarde —interviene Mandy—. Eso es lo que es. Un cobarde de los pies a la cabeza.

—Esa es una forma de llamarlo —exclamo.

—¿Has sabido algo de él? —pregunta mi madre.

—No —digo—. Aunque lo he bloqueado, así que no podría aunque quisiera. Supongo que en algún momento lo desbloquearé, cuando me deje de dar vueltas la cabeza, para escuchar qué tiene que decir en su defensa.

Digo eso porque es lo que suena correcto, pero no quiero volver a escuchar su voz nunca más. La idea de que Daniel me llame me pone literalmente enferma, porque no quiero hablar con él bajo ningún concepto. Sin embargo, pensar que ni siquiera ha intentado llamarme... de alguna manera me parece aún peor. No puedo dejar de preguntarme cuánto le pude importar, si fue capaz de engañarme durante sabe Dios cuánto tiempo (y también me aterra pensar en eso), así que parece bastante posible que no haya intentado llamar en absoluto. El único consuelo que me queda ahora mismo es el control que tengo sobre la situación. El hecho de que yo lo dejara a él es lo único a lo que puedo aferrarme.

—¿Estás segura de que quieres irte de luna de miel sola? —pregunta Mandy.

—Solo pensé que sería mejor que quedarme en casa aguantando el chaparrón —digo—. Poder disfrutar de mi luna de miel es lo mínimo que merezco, ¿no?

—Por supuesto —responde mi madre—. Pero mantente en contacto, avísanos de que estás bien.

—Lo haré. Siento muchísimo todo esto.

Siento cómo la emoción se cuela en mis palabras, haciendo que se me quiebre la voz.

—No tienes de qué disculparte —insiste mi madre con firmeza—. Ahora vete y pásatelo bien, ¿vale? Te queremos muchísimo.

—Te quiero, hermanita —exclama Mandy.

—Yo también os quiero a las dos —respondo—. Gracias.

Guau. Por algún motivo me siento aún peor después de escuchar sus voces. Sé que probablemente debería sentirme reconfortada al oír a las personas que me quieren, pero yo también las quiero, y

oírlas tan disgustadas hace que me enfurezca aún más con Daniel. Los cuernos no solo afectan a las dos personas implicadas; las ondas expansivas llegan mucho más lejos. Escuchar a mi madre tan alterada me hace pasar de nuevo de la tristeza a la ira. Daniel tiene suerte de que lo haya bloqueado, por si acaso estuviera intentando llamar ahora mismo.

Saco el móvil del bolso y busco por millonésima vez el destino de mi luna de miel en solitario. Al principio, lo miraba constantemente, dudando una y otra vez sobre si era o no el lugar adecuado para reservar. Después, una vez hecha la reserva, me pasaba por la web con anhelo al menos una vez al día, maravillándome con las impresionantes fotos y contando los segundos que faltaban para ir. Ahora solo busco para ver hasta qué punto puede ser una idea estúpida ir sola.

Justo frente a la costa de Nápoles hay una isla privada llamada San Valentino, o Valentine Island, como la llaman en la web y en los folletos en inglés. El nombre en italiano es mucho mejor, ¿verdad? Es un nombre precioso, suena muy sexi. Por desgracia, no suena tan genial con mi acento del norte de Londres, así que he acabado llamándola por su nombre guiri y turístico en inglés, Valentine Island.

Valentine Island es un *resort* de lujo de cinco estrellas diseñado para parejas locamente enamoradas: la web dice que es perfecto para viajes de novios, y por eso lo reservé. Se autodenomina «el lugar más romántico del mundo», algo en lo que también coincide cada reseña que he leído, así que debe de ser un sitio especial. Se supone que está lleno de actividades repletas de acción, si ese es tu rollo, o que puede ser el lugar definitivo para relajarte con tu media

naranja. Perfecto para un descanso extremo en un país cálido y soleado.

Ay, va a ser taaan romántico cuando aparezca sola. Podré comer sola, dormir sola... la única persona con la que tendré que hablar seré yo misma, y en cuanto al sexo de luna de miel —supuestamente el mejor sexo de tu vida—, bueno, ya veremos cómo de bueno es conmigo misma, ¿no? Sospecho que entonces también me dolerá la cabeza.

Nunca me he ido de vacaciones sola, y mucho menos de luna de miel. Sola. Al lugar más romántico del mundo. Ahora que estoy aquí, con las maletas hechas y esperando a coger el vuelo por mi cuenta, me pregunto si es o no una buena idea... pero tampoco puedo volver a casa, ¿verdad? No cuando todavía no estoy lista para dar la cara ante Daniel.

Capítulo 5

Día 2

Fui una novia/prometida cojonudamente buena. Puede sonar un poco creído por mi parte decirlo, pero lo fui.

Le he sido leal a Daniel desde el día en que nos conocimos. No le he puesto los cuernos; ni siquiera he sentido la tentación de hacerlo. Hice todo lo que pude por él, e incluso me convertí en una auténtica Cenicienta y me ocupé de toda la cocina y la limpieza. No porque él me obligara, ni siquiera porque esperase que lo hiciera (al menos al principio), sino porque él tenía el ajetreado trabajo de oficina, con los madrugones y el horario fijo, y yo trabajaba desde casa. Podía hacer mi trabajo a cualquier hora. Podía hacer pausas para vaciar la lavadora o limpiar los cristales siempre que quisiera. Si tenía tareas pendientes, podía hacerlas cuando me viniera en gana, fuera de día o de noche, después de que Daniel se acostara. Y dejadme que os diga una cosa: por mucho que yo fuera Cenicienta, esa mierda de Disney es totalmente falsa, aquí no vienen criaturitas del bosque a ayudarte a limpiar. De hecho, desde que nos mudamos a las afueras, lo más parecido que hemos tenido ha sido un zorro en la cocina, y precisamente hizo todo lo contrario a ordenar.

Así que soy como una especie de ama de casa, pero con un trabajo a tiempo completo. Con la excepción de que, cuando teletrabajas, aunque la gente sepa que trabajas desde casa, en realidad siguen sin creerse que des ni golpe. Se piensan que te sientas a ver la tele, a beber té, o que sales a comprar y a hacerte las uñas. A veces, la gente se queda perpleja de que en mi casa

pueda haber una sola cosa fuera de su sitio, porque por lo visto tengo muchísimo tiempo libre. Como si los libros se escribieran solos.

Tal vez sea por mi edad, mi género, mi profesión y mi gusto personal tan específico, pero creo que Carrie Bradshaw tiene mucha culpa de esto. A lo largo de todo el universo de series y películas de *Sexo en Nueva York*, ella se pegaba la gran vida con un sueldo de escritora, mientras que aparentemente nunca le dedicaba demasiado tiempo a escribir. Yo solía tener una columna semanal en el periódico local y más o menos me daba para comprar comida a domicilio una vez a la semana. Puede que su barrio fuera más grande, pero en su vida ella disfrutaba de bastante más que de un simple Deliveroo. Tal vez la clave sea un Mr. Big... Cuando le pregunté a una colega escritora en mis inicios si tenía algún consejo para mí, me soltó un simple «cásate bien». Pero, por desgracia, yo no tengo un Mr. Big; lo que tengo es un Mr. Gran y Jodido Mentiroso, y, técnicamente, ya ni siquiera lo tengo a él.

No fui solo una buena pareja para Daniel, fui una estupenda. Siempre me esforzaba al máximo por cocinarle las cosas que le gustaban o comprarle detallitos, solo para demostrarle que pensaba en él, pero de la forma más normal del mundo, sin exagerar. Supongo que el hecho de que a veces fuera tan sutil podría ser la razón por la que tan a menudo pasaba desapercibido.

Siempre me dejaba la piel para hacer que sus cumpleaños fueran especiales y planeaba sus regalos de Navidad con meses de antelación. Naturalmente, traté nuestra boda y nuestra luna de miel con el mismo mimo y atención. Quería que fueran absolutamente increíbles para él. Quería coger cada pequeña fantasía que había

plasmado alguna vez en mis novelas y cada indirecta sobre lo que le podía gustar que dejaba caer en nuestras conversaciones, e inventar algo verdaderamente especial.

Y mirad adónde me ha llevado todo ese duro trabajo. En serio, si alguna vez ha habido un buen argumento a favor de hacer el puto mínimo esfuerzo, mi situación actual sería el ejemplo perfecto.

El motivo por el que tengo esto en la cabeza ahora mismo no tiene tanto que ver con la falta de gratitud de Daniel como podríais pensar. Tiene más que ver con el hecho de que, en un intento de hacer que esta luna de miel fuera verdaderamente mágica, hice todo lo que estuvo en mi mano para asegurarme de que fuera perfecta, y ahora me enfrento a tener que pasar por todo esto yo sola.

Un hombre alto y guapo sube al avión y se sienta a mi lado, en el asiento que debería haber sido para Daniel. Le dije al personal del aeropuerto que Daniel no iba a volar, y me comentaron algo de liberar el asiento para la lista de espera. Al menos alguien podrá sentarse en él, supongo.

—*Ciao* —dice el hombre al sentarse a mi lado.

Se parece un poco a un Joe Manganiello más joven, pero sin la barba.

—Hola —respondo.

Parece sacado de una comedia romántica: una mujer con el corazón roto que huye del escenario de su boda, y un apuesto desconocido acaba sentándose a su lado en el avión. Si hubiera justicia en el mundo, nos enamoraríamos perdidamente en algún punto sobrevolando el canal de la Mancha.

Una vez en el aire, la situación se vuelve un poco incómoda cuando una azafata nos trae dos copas de champán.

—Aquí tenéis —dice—. Avisadme si puedo traeros algo más, ¿de acuerdo?

De algún modo, se nota sin más que nos está hablando como si pensara que estamos juntos.

—Oh, no venimos juntos —me apresuro a aclarar.

—De acuerdo —responde la azafata, desconcertada—. Bueno, os atenderé a los dos igualmente si alguno necesita algo.

Puede que en realidad no nos estuviera hablando como si fuésemos pareja; me pregunto por qué me he puesto tan a la defensiva.

—¿No quieres que piense que soy tu novio? —pregunta el hombre con una risita. Tiene un fuerte acento italiano, pero su inglés es perfecto.

—Oh, no, no es eso en absoluto, todo lo contrario —contesto avergonzada—. Esperaba que este asiento fuera para mi marido.

—Oh, eh... —dice, y me encojo por dentro al ver cómo sufre para elegir las palabras adecuadas—. Es decir... No busco esposa. Tengo novio, en Londres.

No sé qué es más embarazoso: si haber considerado hipotéticamente durante un segundo que el primer desconocido guapo que conociese pudiera enamorarse de mí y ser la respuesta a todos mis problemas, o el hecho de que este pobre chico gay piense que acabo de pasar de insistir en que él no es mi novio a decirle que quiero que sea mi marido. Me bebo la copa de un trago, presa de la ansiedad.

—Oh, no, te vas a reír cuando escuches esto —empiezo a explicarle—. Hoy he cancelado mi boda.

El hombre abre de par en par sus grandes ojos castaños. Me doy cuenta de que esta explicación a medias puede haber empeorado aún más las cosas. Ahora lo más probable es que piense que me quiero casar con él porque estoy de rebote.

—Espera, puedo explicarlo mejor —digo. Le quito su copa intacta y me la bebo también de un trago. ¿Cuándo, oh, cuándo terminará hoy este calvario?—. Se suponía que me iba a casar hoy, pero pillé a mi prometido besándose con una de nuestras amigas. Por lo que decían, debían de llevar liados sabe Dios cuánto tiempo.

—Lo siento, eso es muy duro —responde.

—Lo es —le doy la razón—. Así que... no sé por qué, pero pensé que sería buena idea irme de luna de miel de todos modos, solo que por mi cuenta.

Veo cómo una ola de alivio inunda literalmente a este hombre cuando ata cabos y se da cuenta de lo que está pasando. Primero, su postura tensa se relaja; luego, la expresión de angustia de su rostro se desvanece.

—O sea que este asiento era para tu marido...

—¡Sí! Pero si no hay marido, hay un asiento libre... ¿Estabas en la lista de espera?

—Sí —responde él—. Vuelvo a casa para una boda. Mi hermano se casa. Siento mucho lo de la tuya.

—Bueno, si esto no me hubiera pasado a mí, tú no habrías podido coger el billete y seguirías tirado en Londres. Así que, al menos, de todo esto ha salido algo bueno —digo.

—Es una buena forma de verlo —responde—. Pero, aun así, lo siento por ti.

—Gracias —digo—. Bueno, ya he hecho bastante el ridículo por hoy. ¿Por qué no me hablas de ti?

—Me llamo Angelo y tengo veintiún años —empieza a contarme —. Soy estudiante de arte en Londres. Conocí a mi novio, Liam, estudiando. ¡Es una maravilla de persona!

Sonrío. Resulta extrañamente agradable ver a alguien tan enamorado. Cualquiera pensaría que sentiría envidia, estando yo tan amargada, pero consuela ver que el amor verdadero sigue vivito y coleando en algunas personas. Los únicos que están enfermos son los que yo conozco —y yo misma ahora, claro— y, a riesgo de contagiar a Angelo de mi amargo cinismo, decido que es mejor no hablar más de mi vida amorosa.

La azafata se da cuenta de que nuestras copas están vacías y nos las rellena. Probablemente sea mejor que me lo tome con calma durante un rato.

—Así que tu hermano se casa, ¿no?

—Sí, Antonio. Conoce a su novia desde el colegio. Son muy felices juntos. Me habría roto el corazón perderme su boda, y he perdido el vuelo anterior. Leí mal la hora. Antonio es mi gemelo; somos como dos mitades de la misma persona. Soy su padrino. Le habría arruinado el día.

—O sea que hoy he hecho una buena obra —digo con una sonrisa.

—Sí, *bella*, has hecho una obra muy buena.

Me recuesto en el asiento, capaz de relajarme al menos un poquito. No saco el portátil como tenía planeado. Simplemente no me siento de humor para escribir romance ahora mismo. Cualquier cosa que intente escribir va a salir amarga y horrible; a lo máximo

que aspiro es al sarcasmo, que no es precisamente el tono más romántico del mundo.

—Es muy valiente irse de luna de miel sola —dice Angelo, por fin lo bastante a gusto como para disfrutar de su champán gratis—. Eres una mujer valiente.

—Mmm, no estoy tan segura de eso —respondo—. Que quede entre nosotros... No lo hago por valiente, lo hago porque estoy muerta de miedo. Tengo miedo de enfrentarme a mi prometido..., o exprometido, o lo que sea. Tengo miedo de lo que pasará después. No quiero hablar con él sobre qué hacemos con la casa, ni de cómo nos repartimos nuestra colección de Blu-rays, ni de quién se queda con el carísimo colchón que acabamos de comprar y por el que, sinceramente, creo que va a tener que pelear físicamente conmigo, porque me encanta.

Angelo se ríe.

A medida que iba soltando aquella frase, sentía que se volvía cada vez más trágica, y que mis palabras se llenaban de más y más emoción. Dar un giro de ciento ochenta grados hacia una broma (basada en algo real, como todas las buenas bromas) era mi única opción.

La verdad es que, aunque me asustan todas esas cosas, hay algo que me da aún más miedo. Es la idea de hablar con Daniel, y de que una pequeña parte de mí piense que podemos arreglarlo porque a lo mejor las cosas no están tan mal... pero él dijo que la quería, y si la quiere a ella, ¿acaso me quiere a mí? ¿Es siquiera capaz de quererme? Y si no me quiere, en fin, tampoco podría volver con él por mucho que quisiera, ¿verdad?

—Deberías olvidarte de él —sugiere Angelo—. Pásatelo bien. Nápoles es preciosa. Puedes hacer turismo, comer bien, ir a bailar...

—Esto... En realidad no me quedo en Nápoles —respondo—. Allí cojo un barco para ir a San Valentino.

Me sonrojo un poco al decirle palabras en italiano a un italiano de verdad, sabiendo que lo más probable es que las haya destrozado.

—Anda, ¿vas a ir allí? —pregunta.

—Sí...

—He oído hablar mucho de ese sitio —continúa, con cara de inseguridad.

—¿Es bonito?

—Es bonito para una luna de miel —responde encogiéndose de hombros.

—Vaya.

—Aun así puedes pasártelo genial —me dice—. Es verano y hay un montón de cosas que hacer, incluso sin un hombre. Y casi todo el mundo es turista, así que habrá mucha gente que hable inglés; no estarás sola.

—Gracias —respondo.

No sé cuánto de lo que dice es verdad y cuánto está pensado solo para hacerme sentir mejor, pero se lo agradezco de todas formas.

Supongo que lo único que puedo hacer ahora es intentar sacarle el máximo partido a todo esto, aunque me dirija al lugar más romántico del mundo absolutamente, totalmente y cien por cien sola.

Capítulo 6

Después de aclarar el malentendido en el avión, las cosas ya no me parecieron tan insoportables. Lo mismo ocurrió con el tiempo que pasé en el aeropuerto de Nápoles, donde tuve a Angelo a mano para que hiciera de traductor.

Recorrimos juntos el aeropuerto y al final encontramos a los padres de Angelo, a su hermano y a algunos otros familiares que lo esperaban para darle la bienvenida. Me presentó a todos, pero nadie más hablaba inglés. Su madre me dio un beso en cada mejilla y no solo me dio las gracias por ayudar a su hijo, sino que además me invitó a la boda familiar (algo que Angelo tuvo que traducirme). Me lo pensé por un instante. Parecía algo sacado de una de mis novelas de comedia romántica, el típico escenario en el que conocería al amor de mi vida, pero me di cuenta de que, en la realidad, la situación sería bastante incómoda. No conocería a nadie ni hablaría el idioma. La gente me preguntaría por qué estaba allí y sería un lío muy difícil de explicar.

Antes de irse, Angelo se ofreció a ayudarme a buscar el transporte para ir a la isla, pero le dije que me apañaría bien sola.

Pero entonces, de repente, tras todo el ruido y el alboroto, me sentí muy sola —completamente sola— en un país extranjero del que no hablo el idioma, y me maldije por haber sido tan estúpida de irme de vacaciones por mi cuenta. Sentía que hacía falta ser una persona bastante fuerte y segura para irse de vacaciones sola, pero para hacerlo con el corazón roto..., bueno, para eso tenías que ser idiota.

Aun así, no entré en pánico, porque eso solo habría empeorado las cosas y, tras un par de conversaciones con unas personas bilingües muy amables, logré averiguar cómo coger el servicio de traslados que me llevaría hasta el barco, que a su vez me llevaría a San Valentino.

Ahora que estoy en el barco me siento un poco mejor, no solo porque me siento a salvo y siento que sé a dónde voy, sino porque Ciara, nuestra guía turística de la isla, es irlandesa. Charlé un momento con ella antes de zarpar. Me contó que antes trabajaba en Magaluf, hasta que se enteró de que había trabajo aquí en el barco. Desesperada por cambiar a los jóvenes ruidosos por gente romántica, aceptó la oferta, pero resulta que nunca ha llegado a bajarse de la embarcación. Se dedica a llevar y traer a los huéspedes, contándoles historias sobre la isla, sobre cómo surgió y por qué es famosa, además de presentarles todas las diferentes actividades que ofrece, pero jamás ha puesto un pie en tierra firme allí. Si la cosa con Angelo no me hubiera salido tan estrepitosamente mal, a lo mejor le habría preguntado si le apetecía venirse conmigo.

Tenía la esperanza de que el viaje en barco no resultara tan raro, pero lo es. Esperaba mezclarme sin más con el resto de los turistas, pero los asientos están emparejados y el que tengo al lado está vacío. Todos los demás viajan con su media naranja, apoyando la cabeza en el hombro de su pareja o con las manos entrelazadas mientras escuchan a la guía o miran por la ventana..., no es que haya nada que ver a estas horas de la noche. Solo una inmensa amplitud, igual que el asiento vacío a mi lado. Aun así, mirándole el lado positivo, me he tomado dos copas de champán en lugar de una. ¡Punto para la soltera! Diría que voy ganando, pero,

metafóricamente hablando, siento como si todos los de aquí estuvieran jugando al ajedrez con su pareja y yo estuviera jugando a las damas conmigo misma. Así que no es que esté ganando exactamente, ¿verdad?

Todavía hace bastante calor, aunque ya es de noche. Así es el sur de Italia en julio, tampoco sé qué más esperaba. Me pasó por la cabeza venir cuando hiciera un poco más de fresco, pero tratándose de bodas en la alegre y vieja Inglaterra, no quería jugármela con el clima de allí, así que julio parecía la opción más segura.

Me parece increíble que tuviera más control sobre la meteorología que sobre el novio el día de mi boda.

Es tarde cuando por fin llegamos a la isla. Nos guían desde el barco por un sendero tenuemente iluminado hacia el imponente edificio del hotel. Siento como si el sonido envolvente de las olas rompiendo contra la playa me estuviera empujando hacia el edificio iluminado por los focos, pero no puedo evitar quedarme un poco rezagada. Dicen que la unión hace la fuerza, pero yo estoy aquí sola.

Me quedo merodeando fuera, en la entrada, dejando tiempo suficiente para que todas las demás parejitas enamoradas hagan el registro antes que yo, porque la simple idea de registrarme sola, con una cola detrás de mí llena de parejas deseando meterse en la cama, me supera un poco hoy, después de todo lo que ha pasado.

Entro en el inmenso vestíbulo del hotel, de altísimos techos y relucientes suelos de mármol. Es un espacio diáfano y ultraminimalista, pero está tan lleno de plantas que parece que sigo al aire libre. El ambiente de la estancia debe de cambiar con las horas, porque la iluminación es románticamente tenue, y el techo

está decorado con lucecitas parpadeantes que imitan las estrellas del cielo nocturno.

No sé por qué me preocupaba que me oyeran; es como si esperase encontrar un único mostrador con una cutre cola delimitada por cordones rojos de terciopelo. En su lugar, hay múltiples mostradores, todos ellos ocupados por un personal que se ve muy atento. Me dirijo directo al del medio, para no parecer que tengo favoritos.

—Hola —digo, tanteando el terreno para ver si habla inglés. Suelto un suspiro de puro alivio cuando veo que sí.

—Hola, *signora* —responde. Detecta mi nerviosismo—. No se preocupe, aquí casi todos sabemos hablar inglés con nuestros huéspedes angloparlantes.

Qué gran alivio. Ya me fijé en el barco en que todo se anunciaba en un puñado de idiomas, pero el inglés iba primero. Supongo que para mí es genial, pero casi me siento culpable de hablar un idioma que mucha gente se toma la molestia de aprender. Todo lo que yo tengo en mi haber es un suspenso en francés en el instituto. Si queréis que os describa mi dormitorio o que pida algo en una panadería, soy vuestra chica, pero si buscáis tener una conversación real en francés, en fin, a mi vocabulario le falta bastante... *je ne sais quoi*.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta.

Me quedo mirándolo en blanco. Debo de tener pinta de que me ha pasado un camión por encima, y de haberme pasado todo el camino llorando.

—Estupendo —miento con educación—. Gracias. Tengo una reserva a nombre de Lila Rose.

Él comprueba su ordenador.

—Ah, los Tyler —dice con alegría. Un segundo después se da cuenta de que estoy aquí de pie yo sola—. ¿El señor Tyler está con usted?

—Al señor Tyler le ha surgido un contratiempo en casa —miento, porque, en primer lugar, este pobre hombre no tiene ninguna necesidad de oírme dar la tabarra sobre mi vida privada y, en segundo lugar, de repente me da miedo que me echen por estar soltera—. Se reunirá conmigo más tarde.

—No hay problema, señora Tyler —responde el hombre—. Necesito una firma, *per favore*.

—Me sigo apellidando Rose —le digo con amabilidad, esperando que pille la indirecta.

—Ya veo —responde—. Aquí en Italia, la mujer también conserva su apellido de soltera al casarse.

Ay, pobre muchacho. No se lo voy a explicar con pelos y señales; solo conseguiría que se sintiera mal. Me limito a sonreír y asentir.

—Se aloja en una de nuestras villas de lujo, ¿verdad?

—Así es —respondo.

—*Bene* —dice—. Ya está todo listo para usted. Savino le ayudará con el equipaje y le enseñará el camino.

—*Grazie* —digo; una de las dos únicas palabras en italiano que he logrado asimilar. La otra, por supuesto, es *ciao*.

Un italiano bajito, de veintitantos años, aparece casi de la nada. Los dos intercambian unas palabras en italiano. No tengo ni idea de lo que están diciendo, pero parece que hay algún tipo de malentendido.

—Mis disculpas, Savino aún está aprendiendo —me dice—. La acompañará ahora.

Savino lleva una camisa color crema con una placa dorada con su nombre, pero no imagino que vaya a descubrir mucho más sobre él.

—Inglés, solo un poco —me explica mientras me guía hacia fuera, hasta un carrito de golf.

—No pasa nada —respondo.

Tampoco tengo muchas ganas de hablar. No solo porque esté de mal humor, sino porque aquí hay muchísimo que asimilar.

Valentine Island es todavía más preciosa que en las fotos, incluso a estas horas de la noche. Unas lucecitas iluminan los senderos que recorren el complejo. Una de las cosas que más me atrajo fue que afirmaban que este lugar lo tenía absolutamente todo. Múltiples piscinas, playas, rutas, actividades, deportes, *spas*, tiendas, restaurantes con cocina de todo el mundo... y luego está el alojamiento. Cuando hice nuestra reserva, me pasé mucho tiempo mirando las distintas opciones. Había un montón de habitaciones diferentes en el hotel del que acabamos de salir, pero también estaban las villas por las que estamos pasando ahora. Me inclinaba más por las villas, que contenían tres apartamentos cada una, uno por planta. Me gustaba la idea de tener nuestro propio saloncito, con cocina para hacernos nuestra propia comida (comprada en el supermercado de la isla; ¡este lugar es un sueño!) y un balcón para tomar un poco el sol en privado.

Pero entonces vi las villas de lujo. No solo eran mucho más grandes que las normales, sino que venían con su propia piscina privada... y uno solo se va de luna de miel una vez en la vida, ¿no? O eso creía yo, inocente de mí, cuando la reservé.

Resulta un poco difícil asimilar el lugar tan tarde por la noche, y con mis ojos llorosos y doloridos. Creo que me limitaré a dormir a pierna suelta y ya exploraré mañana.

Subimos la colina hacia donde están las villas de lujo. Un camino de entrada envuelto en vegetación conduce hasta un precioso y alargado edificio blanco con el tejado de tejas de terracota. El edificio logra encontrar, de algún modo, el equilibrio perfecto entre lo moderno y lo rústico; las paredes son de un blanco reluciente, con plantas trepadoras enredándose por ellas y alrededor de los ventanales arqueados y de sus postigos, también blancos.

Para acceder a la villa, hay que pasar por los soportales de una galería cubierta de un follaje frondoso, donde Savino me abre la puerta y me invita a pasar.

Nada más cruzar la puerta llegamos directamente a un precioso salón diáfano. Lo primero es la zona de cocina-comedor, con relucientes encimeras blancas y una mesa de comedor cuadrada con tan solo dos sillas, una a cada lado.

Savino me enseña primero el piso de arriba, un dormitorio en un altillo. Un lado del dormitorio está abierto del todo y da a la sala de estar de abajo. El otro es de cristal en su totalidad, con vistas a una piscina infinita, que a su vez tiene vistas a la playa. Tengo unas vistas al mar que me imagino que se extenderán durante kilómetros y kilómetros, porque ahora mismo, donde dejan de reflejarse las luces de la playa en el agua, lo único que veo es un océano que parece negro, solo un poco iluminado por la luna.

La cama, para mi fastidio (aunque es un detalle precioso), está cubierta de pétalos de rosa y bombones. Hay una pequeña nevera al lado de la cama con una botella de champán dentro y dos copas en

la mesilla de noche. Si es solo para mí, lo más probable es que no necesite ni una copa, y mucho menos dos.

De vuelta abajo en la zona de la cocina, unos pocos escalones bajan hasta una zona de estar, donde hay un enorme sofá rinconero de color crema, con un lado orientado hacia el televisor de pantalla plana de la pared y el otro hacia las puertas plegables que dan a la piscina. Toda la parte trasera de la villa es puro cristal; me muero de ganas de verla de día.

—Baño —dice Savino secamente, señalando hacia una puerta—. Y, esto, *piscina*.

—¿La piscina? —digo mientras él abre la puerta que da al agua, separada tan solo por un pequeño patio.

—Sí, la piscina —responde—. Solo para usted.

Tener mi propia piscina privada es como un sueño hecho realidad. Vamos a ver, piénsalo. Puedes hacer lo que te dé la gana: nadar unos largos, flotar por ahí en una colchoneta... da igual, porque no te estás interponiendo en el camino de nadie ni nadie se está interponiendo en el tuyo. Y luego está el plus añadido de que da igual la pinta que tengas. No tienes que meter tripa mientras vas andando hacia la piscina, ni intentar por todos los medios asegurarte de que la parte de arriba del bikini se quede en su sitio al salir, porque no hay nadie mirando. Solo estás tú, tu piscina infinita y el horizonte.

Fantaseo con estar en la piscina, viendo la puesta de sol sobre el océano. Había soñado despierta con hacer esto con Daniel cuando probablemente debería haber estado escribiendo mi libro. Espero que la experiencia no se me haya arruinado ahora.

Antes de irse, Savino se da cuenta de que sigue agarrando mi maleta, así que la deja en la zona de estar. Me dejo caer en el sofá de al lado.

Hay mucho silencio aquí. Muchísimo. Quizá demasiado, dadas mis circunstancias particulares. Antes deseaba desesperadamente escapar de mi vida, pero ahora que estoy aquí, siendo tan tarde y con la villa un poco apartada... me siento muy sola. Y no solo aquí, sino también cuando por fin vuelva a mi vida real.

Cuando abro la cremallera de la maleta, algo me llama la atención de inmediato. Mi mente vuela de vuelta al aeropuerto, cuando una empleada me preguntó si había hecho el equipaje yo misma. Le dije que sí porque así fue. Me siento tan, tan afortunada de que nadie mirara dentro, porque parece que mi querida amiga Ali me ha colado un regalo de luna de miel; me imagino que fue cuando se pasó a colgar la pancarta. Empiezo a arrepentirme de haberle dejado la llave para que me regara las plantas... Oh, un momento, ahora no la va a usar.

Saco el enorme consolador morado de la maleta y lo planto en la mesa. Está hecho de un plástico suave, pero a la vez es muy duro y pesado. Se alza erecto sobre la mesa, y debe de medir unos veinte centímetros. Conozco a Ali lo bastante bien como para saber que esto seguramente fue su idea de una broma. No creo que nos mirase a mí y luego a Daniel y pensara: *Sí, seguro que agradecen una enorme y castrante polla de plástico morado en su luna de miel*.

Aquí sola, lo único que hace es entristecerme, lo cual suena raro, pero me imagino lo que se le pasaba a Ali por la cabeza cuando lo metió ahí, y luego me imagino lo que habría dicho Daniel al encontrarlo. Ni de broma le habría hecho gracia, lo cual habría hecho

que a mí me hiciera más gracia todavía. Pero, sobre todo, simplemente hace que eche de menos a mi amiga.

Le saco una foto a mi nuevo amigo morado, posando muy digno en la mesa de centro, y se la envío a Ali con el texto:

«He llegado sana y salva, el sitio es precioso. Gracias por el regalo, pero ¿qué cojones se supone que hago con eso? Jaja. Un beso.»

Solo me da tiempo a sacar una toalla de playa de la maleta antes de que me llegue su respuesta.

«¿Necesitas que te envíe un croquis? ¡Jaja! Me alegro de que hayas llegado bien. ¡Deja de lamentarte y diviértete un poco! Un beso.»

Lamentarme es justo lo que estoy haciendo ahora mismo; hay que ver lo bien que me conoce.

Lanzo el móvil a un lado rápidamente, sin ganas de ver ni una sola palabra, mensaje bienintencionado o foto más de la boda.

Cojo la guía del complejo turístico de la mesa y le echo un vistazo. Solo contiene la misma información que he mirado en la web un millón de veces, con un pequeño y práctico mapa para orientarse, pero leer sobre el bar abierto veinticuatro horas sí es algo nuevo para mí.

Es tarde... ya pasan de las diez de la noche... ¿Podría ir al bar? No porque necesite beber desesperadamente —creo que ya he tenido suficiente por hoy—, sino por hacer algo. Algo que no sea llorar hasta quedarme dormida en el piso de arriba.

Me miro el chándal y me pregunto si puedo ir al bar con estas pintas. No es exactamente una sudadera andrajosa con unos pantalones anchos; es un chándal de Victoria’s Secret extrañamente

sexi, hecho de una tela negra increíblemente suave. Y sigo llevando el peinado de la boda, lo que ayudará bastante a que parezca presentable. En cuanto a mi cara, bueno, probablemente sea mejor que no me la mire. Hace un rato que no lloro, así que mis ojos seguramente estén bien, y la base de maquillaje seguirá perfecta, porque la vida me cambió el día que empecé a gastarme un buen dinero (léase: demasiado) en maquillaje. Simplemente luciré una especie de... estilo natural poco natural, eso es todo.

O podría irme a la cama. Seguramente debería...

Pues no, a la mierda, voy a echarle un vistazo a ese bar de veinticuatro horas. No voy a perder ni un segundo más llorando por el puñetero Daniel Tyler.

Al menos esta noche no.

Capítulo 7

Si tuviera que caminar por las calles de Londres a estas horas de la noche, estaría aterrorizada. Llevaría el móvil bien agarrado en una mano y la alarma de pánico en la otra, lista para hacer ruido y pedir ayuda al menor atisbo de peligro. Aquí, sin embargo... nunca me he sentido tan segura caminando sola.

Supongo que es por el hecho de que se trata de una isla privada. Se supone que las únicas personas en la isla deben estar aquí. Al personal le pagan por trabajar en este lugar, y cualquiera que se aloje aquí no va a necesitar atracarme por los pocos euros que llevo en el bolso, porque si se pueden permitir este sitio, no van a recurrir a la delincuencia de poca monta en un futuro próximo. A menos que sean como yo, que todavía tengo que pagar gran parte de una boda carísima.

El mapa, fácil de seguir, me ha llevado directa al bar de veinticuatro horas, que está dentro del edificio principal del hotel. Por desgracia, está completamente vacío.

Estoy a punto de irme y de maldecirme por haberme arrastrado hasta aquí cuando un hombre con camisa blanca sale de los baños.

—Ah, ¿está abierto el bar? —pregunto.

—Claro que sí —responde él—. Siempre está abierto.

El camarero tiene un marcado acento estadounidense, de la costa oeste. Me encanta lo diverso que es el personal aquí; parece que han reclutado a gente de todo el mundo.

—Genial —respondo, sentándome en un taburete—. ¿Puedes prepararme un *porn star martini*, por favor?

—Puedo —responde con una carcajada.

No pretendía insinuar que no pudiera.

—Perdona, claro que puedes. Gracias.

El hombre parece desconcertado por mi torpeza.

¿Qué me pasa que siempre hago el ridículo delante de hombres guapísimos? Primero fue Angelo en el avión y ahora es este chico de aquí. Es como si se me hubiera olvidado cómo hablar con los hombres mientras estaba en una relación, y ahora, ahora que más o menos importa cómo me perciben (bueno, solo si alguna vez quiero a otro, y el jurado aún está deliberando sobre eso), me frustra lo rara que estoy pareciendo.

—¿Y por qué no? —dice el hombre, pasando detrás de la barra.

Siento como si lo hubiera pillado a punto de tomarse un descanso o algo así, pero ya ha empezado a prepararme la bebida, buscando los distintos utensilios e ingredientes detrás de la barra.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Lila —respondo—. ¿Y tú?

El hombre sonríe.

—Soy Freddie.

Freddie es alto, quizá mida uno noventa. También parece bastante ancho de espaldas, lo que me hace preguntarme qué estará pasando debajo de su camisa. Me doy cuenta, mientras agita mi bebida, de que debe de ser bastante musculoso; unos músculos que seguro que ha conseguido levantando cosas mucho más pesadas que una coctelera. Tiene una maraña de pelo castaño en la cabeza, que se aparta de los ojos con el dorso de la mano. Curiosamente, a pesar de ser el típico hombre alto, moreno y guapo, tiene los ojos azules más intensos que he visto nunca.

Freddie me pilla perdiéndome en sus ojos. Cuando me dedica una sonrisa descarada, me fijo en los hoyuelos que se le forman en las mejillas.

Puede que sean mi corazón roto y el alcohol quienes hablan, pero es posiblemente el hombre más guapo que he visto nunca en la vida real. Parece rebosar encanto y calidez, y hay algo en su forma de ser que..., no sé, me hace sentir como si lo conociera.

—Un *porn star martini* —dice, dejándolo sobre la barra, delante de mí.

El cóctel es de un color rosa muy vivo, y el vasito de chupito con champán burbujea a su lado.

—¿Cuánto te debo? —pregunto.

Él simplemente sonríe y se echa a reír.

—Invito yo —responde—. Creo que te acompañaré con uno, ¿si no te importa?

—Estaré encantada de tener compañía —admito.

Freddie rodea la barra con su bebida y se sienta a mi lado.

—Y bueno, ¿cómo te bebes el tuyo? —inquiere con curiosidad.

En este momento la respuesta es «rápido y a lo loco», pero hoy no es un día normal.

Observo cómo Freddie exprime la fruta de la pasión en su bebida. Vierte el chupito de champán antes de removerlo todo con el dedo. Me mira, esperando una respuesta, mientras se chupa suavemente el dedo impregnado de alcohol afrutado. Quizá tengo más sed de la que creía.

—Yo, estoooo... —*Recomponte, Lila*—. No lo hago así. Yo me los bebo por separado. Un *porn star martini* es como pedirte una bebida que viene con una minibebida gratis. Normalmente, mi mejor amiga

y yo usamos el chupito para brindar por algo antes de tragárnoslo de golpe.

Hoy, en el aeropuerto, estaba brindando sola. Por mí, por haberme librado de mi cabrón de prometido. Por mis vacaciones, que no tengo que compartir con nadie. Por el resto de mi vida, que tiene pinta de que voy a pasar completamente sola. Pronto dejé de brindar, cuando me di cuenta de que, con cada copa, los brindis se volvían más deprimentes.

—Una minibebida gratis. —Freddie se ríe para sí mismo—. Nunca había oído eso. Me gusta.

Sonrío y, por alguna razón, de repente me siento un poco nerviosa. Entonces me doy cuenta de que estoy acomplejada por mis pintas.

—Perdona, me imagino que no mucha gente entra aquí con este aspecto —digo, señalando mi chándal.

—A estas horas no entra casi nadie, la verdad —responde él—. Las parejas están todas en la cama. Después de días tan ajetreados, no creo que a nadie le apetezca un martini en mitad de la noche. Tienes un pelo muy bonito.

Su cumplido me pilla totalmente por sorpresa.

—¿Ah, esto? —digo, sintiéndome de pronto aún más cohibida mientras me paso suavemente la mano de arriba abajo por la larga trenza rubia de espiga—. Ayer estuve en una boda. Ahora me siento un poco estúpida con este peinado. Parezco Elsa de *Frozen*.

Freddie se echa a reír a carcajadas.

—Bueno, ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

—¿El qué?

—Suéltalo.

Me quedo mirándolo con una mezcla de diversión y desconcierto.

—Como la canción, la de la peli...

—Ya lo sé —me río—. Solo me sorprende que tú la conozcas.

—A ver, los hombres de treinta y dos años también pueden disfrutar de *Frozen* —señala.

—Yo cumpliré treinta y dos dentro de poco —respondo. No sé por qué se lo digo, como si fuera increíble tener nuestra edad en común, así que vuelvo rápidamente al tema—. ¿Sabes qué? Voy a soltarme el pelo.

Primero me quito las horquillas que han mantenido el pelo recogido tan pulcramente en su sitio. Luego suelto la goma elástica de plástico transparente de la punta y dejo que la trenza se deshaga, como lo ha hecho mi vida.

Mientras me ahueco el pelo recién liberado, me doy cuenta de que la trenza me ha dejado una especie de efecto encrespado. Me paso las manos por encima, pero puedo notar lo voluminoso y ochentero que debe de verse.

—Ay, Dios, ha sido un error, ¿verdad? —digo. Freddie solo se ríe por lo bajo—. ¿Debería habérmelo dejado recogido?

—Sí, seguramente —bromea—. Aunque sigues estando preciosa.

Noto cómo me arden las mejillas, así que desvío la atención hacia mi bebida y por fin doy un sorbo.

—Hala —suelto—. Es el más rico que he probado en los últimos dos días.

Y he tomado muchos.

—¿Has tomado muchos? —pregunta él entre risas.

Siento como si me estuviera leyendo la mente, lo que envía un extraño cosquilleo por todo mi cuerpo.

—Eh, no —respondo—. Solo un par.

—Bueno, me alegro de que te guste —responde. Da un sorbo al suyo—. Ah, sí, está muy bueno. Hacía tiempo que no probaba uno.

—¿No preparas muchos de estos?

—Ya no, qué va.

Me sorprende que no sean más populares aquí. En mi país, sigue siendo uno de los cócteles *du jour*, aunque el *espresso martini* le pisa los talones. Empiezo a pensar que uso un montón de francés casual, para alguien que cree no recordar mucho francés... y que está en Italia.

—¿Cómo es que se te da tan bien? —pregunto, sin esperar realmente una respuesta. Sin embargo, Freddie tiene una.

—Aprendí del segundo mejor, que a su vez aprendió del mejor —explica—. Antes trabajaba en un bar de Los Ángeles, llamado Dionysus. Es un bar famosísimo allí. Al dueño, el hombre que me formó, le enseñó a prepararlos el mismísimo inventor. Decía que era una bebida supersencilla, pero muy fácil de fastidiar si no se hacía bien.

—Pues tú lo haces bien —afirmo. Me doy cuenta de que me lo estoy bebiendo bastante rápido, pero no es como antes, que estaba ahogando mis penas, sino porque de verdad sabe increíble.

—Ojalá supiera preparar cócteles —comento—. En vez de tener que pagar doce libras por cada uno en los bares de Londres.

—La verdad es que no es tan difícil una vez que le pillas el truco —me asegura—. ¿Te gustaría que te enseñase?

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Claro, ¿por qué no? —responde—. Esta semana las noches han estado tan tranquilas por aquí que te garantizo que no entrará

nadie.

—Esto... vale, claro —respondo con entusiasmo.

—Venga, vamos allá.

Siento que ando como pisando nubes mientras sigo a Freddie hacia el interior de la barra. Esto es lo último que pensé que estaría haciendo esta noche.

—El Negroni es uno de mis cócteles favoritos —empieza—. Así que he pensado que, ya que estamos en Roma —o razonablemente cerca, supongo—, ¿por qué no preparar algo italiano?

—Suena genial.

Freddie echa un vistazo por la barra, buscando las cosas que necesitamos. Es raro; para ser alguien que hace unos cócteles tan increíbles, le cuesta un poco encontrarlo todo.

—Vale, vamos a preparar un *Negroni Sbagliato* —explica—. El Negroni es bastante fuerte y a ti parecen gustarte las bebidas dulces, así que vamos a probar con este.

—Suena aún mejor.

Freddie coloca unas cuantas botellas delante de mí.

—Campari, vermú dulce, champán —enumera—. Sigue mis pasos.

Observo a Freddie con atención, haciendo exactamente lo que él hace, solo que con mucha menos seguridad y, seguramente, cero estilo.

—Y bueno, ¿a qué te dedicas? —me pregunta.

—Escribo libros —respondo.

—Ah, qué bien. ¿De qué género?

—Romántica contemporánea —digo—. Comedias románticas.

—¿Nada que ver con *Edge of Eden*, entonces? —pregunta.

—No —me río—. Todo el mundo siempre me pregunta si son como esos libros... O eso, o como *Cincuenta sombras de Grey*. Mis libros no son precisamente para todos los públicos, pero desde luego tampoco son libros guarros.

—¿Libros guarros? —se ríe por lo bajo—. Me encanta tu acento, Lila. El acento inglés tiene algo muy atractivo.

—¿Estás seguro? —pregunto—. Me imagino a las americanas suspirando por Hugh Grant, pero... siempre pensé que yo sonaba un poco a chulapa de barrio.

No se me ocurre una forma mejor de describir un marcado acento de Londres.

—Creo que no voy a pillar todas tus bromas, ¿verdad? —pregunta Freddie, desconcertado.

—No eres la primera persona que lo dice, no te preocupes.

—Esa sí la he pillado —responde él con una risa.

Mantenemos el contacto visual por un instante, intercambiando sonrisas. Me siento atraída hacia él, cada vez más y más profundamente.

—Y ahora, ¿qué toca? —pregunto, sacándonos del embrujo.

—¿Dónde están las naranjas? —se pregunta a sí mismo mientras rebusca por ahí.

Adornamos las bebidas con una rodaja de naranja. Tienen un aspecto increíble, huelen de maravilla... Me pregunto cómo sabrán.

—Vamos a probarlos —dice.

Alargo la mano hacia mi vaso, pero Freddie me detiene.

—No, no, tú te bebes el mío y yo el tuyo —indica.

Lo miro con la misma incomodidad que le dedicarías a alguien de quien sospechas que te ha echado algo en la copa, pero lo que de

verdad me preocupa es que un camarero pruebe una bebida preparada por mí, una aficionada. No es que importe, no estoy intentando conseguir trabajo aquí. Pero hay algo en Freddie, algo que me gusta... algo que hace que quiera impresionarlo.

—Esto... —digo dubitativa.

—Así puedo decirte si has hecho un buen trabajo —dice—. Por lo que parece, llevas todo el día bebiendo sin control; no vas a ser muy buena jueza de la calidad, ¿no?

Ay, Dios, me encanta que me pique.

—Venga —insiste, empujando su bebida hacia mí.

—Vale, de acuerdo, pero si está asqueroso, por favor, finge que está bueno. Es mi primera vez. No querrás minar mi confianza, ¿verdad?

—Seré delicado —me asegura.

Cuando deslizo mi bebida hacia Freddie, él alarga la mano al mismo tiempo y chocamos. Deja su mano sobre la mía y es una sensación muy agradable... hasta que mi cerebro lo arruina todo.

Acabo de darme cuenta, de golpe, de que mientras he estado aquí he apartado a Daniel por completo de mi cabeza. Siento una extraña culpabilidad por estar aquí con este chico, sintiéndome feliz y con ganas de coquetear, cuando sé que, técnicamente, ahora mismo debería estar celebrando mi noche de bodas. Estoy haciendo todo lo contrario, ¿y encima disfrutándolo? No parece correcto.

Retiro la mano a toda prisa y doy un trago demasiado grande de mi copa.

—Uf, qué rico —digo—. Aunque creo que ya he tenido bastante por hoy. Debería irme a la cama.

—Vale —responde—. ¿Dónde te alojas? Puedo acompañarte.

—No, no seas bobo. Quédate aquí.

—Aquí no hay nada que me retenga —contesta—. No es ninguna molestia.

—Que no, en serio, estoy bien —insisto, levantándome y acercándome a la puerta—. Gracias por las copas.

—De nada —me grita a mis espaldas.

Mientras subo la colina hacia mi villa, me doy bofetadas mentalmente por sentirme culpable y por guardarle lealtad a Daniel cuando es lo último que se merece. Puede que a él le diera igual que tuviéramos una relación o que fuera el día de nuestra boda, pero yo no puedo sacarme esas cosas de la cabeza, al menos no durante más de un par de minutos.

Por muy deliciosos que estuvieran esos cócteles, no hay duda de que hoy he bebido demasiado. Circunstancias atenuantes, señoría, pero aun así sigo sintiendo náuseas, y mañana me espera una resaca monumental.

Entro en la villa y me desplomo en el sofá.

—¿Qué coño miras? —le pregunto al enorme consolador morado.

No responde.

Estoy tan cómoda en el sofá que no quiero ni levantarme. En su lugar, cojo la toalla de playa que he sacado antes de la maleta y me tapo con ella. Esta noche no me veo con fuerzas de dormir en esa cama, no con toda esa mierda romántica encima y alrededor. Mañana lo limpiaré todo e intentaré hacerlo mejor. Solo necesito sobrevivir a esta noche y estoy segura de que, por la mañana, las cosas no me parecerán tan graves.

O eso espero...

Capítulo 8

Día 3

No sé qué me duele más, si la cabeza o el estómago.

Abro los ojos y respondo de inmediato a mi propia pregunta: la cabeza; la cabeza es lo que más me duele. Siento como si me hubieran golpeado con un objeto contundente, como un...

Me fijo en el consolador sobre la mesa. Probablemente sería un arma excelente, pero creo que me arriesgaré sin ella. ¿Qué coño se supone que voy a hacer con el aparatito? Aparte de la sugerencia de Ali, no tengo ni idea. Tengo que tirarlo en alguna parte. Quizá podría meterlo en la papelera, pero es tan grande que seguro que la señora de la limpieza lo vería. En el mejor de los casos, pareceré una pervertida. En el peor, parecerá que he tenido una bronca tremenda con mi pareja y se me ha ido la olla. Si te digo la verdad, no ando muy lejos de tener un arrebato de esos. Daniel tiene suerte de estar en Inglaterra y yo aquí.

Este sitio es impresionante, pero como la pared que da al mar es toda de cristal, parece un invernadero, incluso con la puerta de la terraza que anoche me olvidé de cerrar. En cuanto ponga el aire acondicionado, seguro que me sentiré mucho mejor, pero, ahora mismo, el calor me está provocando náuseas.

Miro el móvil. Son las diez y media de la mañana y ya hace tantísimo calor que me quito de encima la toalla que he estado usando de manta toda la noche.

Desde donde estoy puedo ver mi piscina privada, brillando a la luz del sol. Apuesto a que el agua está deliciosa y refrescante ahora

mismo. Quizá un baño me haga sentir mejor. Desde luego que me refrescaría, y puede que hasta me distrajera un rato. Así a lo mejor conseguiría avanzar algo de trabajo.

Me pregunto qué haría en una situación así una de mis protagonistas femeninas fuertes. Algo liberador, para demostrar lo mujer soltera y empoderada que es. Como, no sé, quitarse toda la ropa y tirarse a la piscina, como una especie de bautismo antes de empezar de nuevo con su vida, siendo una versión mucho mejor de sí misma.

Ojalá tuviera las agallas para hacer algo así. Ni me imagino lo bien que debe de sentar. Ahora que lo pienso, tengo mi propia piscina privada. No hay riesgo de exhibicionismo indecente, ni hay nadie que me vaya a ver la barriga hinchada por toda la porquería que comí ayer... Puedo tener un momento de «mujer fuerte» si quiero. ¿Sabéis qué? Creo que lo haré. A la mierda. Voy a hacerlo y va a ser increíble.

Me quito el chándal y la ropa interior. Al sacarme la sudadera, me doy cuenta del volumen tan bestial que tiene mi pelo. Debía de tener una pinta graciosísima anoche.

Me quedo unos instantes junto al sofá, mirando fijamente la piscina e intentando autoconvencerme de hacerlo, porque no hay duda de que me estoy acobardando.

Pero, en serio, ¿por qué no iba a hacerlo? Voy a hacerlo. Sí. Voy a hacerlo ahora mismo. Aunque sigo aquí plantada, cambiando el peso de un pie al otro.

¡Allá voy!

Corro hacia la piscina con un nivel de atletismo del que no he hecho gala desde... nunca. Para cuando llego al borde, no podría

parar ni aunque quisiera. Salto; no sé si de cabeza o de pie. Supongo que de ninguna de las dos maneras. No parece una maniobra muy grácil, pero lo he hecho, y estoy orgullosísima de mí misma.

En cuanto el agua helada golpea cada centímetro de mi cuerpo como un millón de cuchillos diminutos, me arrepiento un poco de haberlo hecho. No me siento liberada, me siento como si fuera a pillar una hipotermia. Pero, en cuanto salgo a coger aire y nado hacia el borde de la piscina infinita, por fin disfruto de las increíbles vistas de la playa y el mar, allá abajo. Todo el mundo parece minúsculo desde aquí arriba, y me siento a un millón de kilómetros de todos. Solo somos mi piscina y yo, y es alucinante.

—Buenos días, Lila.

Me doy la vuelta y veo a Freddie, de pie junto a la piscina, sosteniendo un recogedor de hojas. Está tan bueno que me dan ganas de morderme el labio. Su cuerpo está cincelado: ¡tiene músculos por todas partes, músculos sobre los músculos! Creo que nunca he visto a nadie con un cuerpo así en la vida real. Y, dado que no lleva nada puesto aparte de un bañador pequeño y ajustado, puedo ver bastante.

Y entonces recuerdo lo que llevo puesto yo. Nada.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunto.

Con cero elegancia, chapoteo hacia él para poder esconder mi desnudez tras el muro de la piscina. Si logro aferrarme a un ápice de dignidad, me doy por satisfecha.

—Estoy pescando mosquitos de la piscina —responde él—. ¿Qué parece que estoy haciendo?

—Parece... parece que te estás comportando como un pervertido —replico. No sé si tengo la cara roja de ira o de vergüenza; creo que un poco de ambas.

Lo último que esperaba ver aquí fuera era al camarero de anoche limpiando mi piscina. Supongo que tiene varios trabajos aquí, y ya sé que tiene que ganarse la vida, pero ¿no debería limpiar la piscina cuando nadie tiene pensado usarla? Me da igual lo buenísimo que esté.

—¿Yo soy el pervertido? —dice él—. ¡No soy yo el que se está bañando en bolas!

—¿Tienes permitido hablarme así? —le pregunto.

Freddie se limita a echarse a reír y se sienta en una tumbona. Se recuesta y cruza las manos detrás de la cabeza. Me distraigo por un momento con el volumen de sus bíceps, que tienen aún mejor aspecto sin una camiseta que los cubra.

Suelto un gritito de incredulidad.

—Y ahora, ¿qué? ¿Te pones a tomar el sol?

—Qué lista eres —dice con sarcasmo.

—¿Qué crees que dirá tu jefe cuando llame y le diga que el camarero está tomando el sol junto a mi piscina? —inquiero.

A Freddie le cambia la cara por un momento. Con suerte, la amenaza de llamar a sus superiores hará que se largue con la música a otra parte. Se arrastra hacia el extremo de la tumbona.

—Lila... ¿de verdad te crees que soy camarero? —pregunta.

—Eh, sí —respondo, aunque ahora ya no estoy tan segura—. Me pusiste una copa en un bar.

—Tú me lo pediste.

—Porque eres el camarero.

—Nop.

—¿Qué? —digo—. Estoy perdidísima. O sea, ¿eres el chico de la piscina?

Freddie se ríe con tantas ganas que se deja caer de espaldas sobre la tumbona.

—Ay, Lila, me matas —dice—. Yo también soy un huésped. Me alojo en la *suite* de al lado de la tuya.

Ay, Dios. Aaaay, Dios.

Miro hacia la villa. No había asimilado de verdad lo inmensa que es en comparación con el tamaño tan reducido de mi apartamento. Es una villa entera, pero con varias *suites* en su interior. Bueno, estaba oscuro cuando llegué y, después de mi primera copa posboda, no estoy muy convencida de haber estado completamente sobria un solo segundo a partir de entonces. Observando el edificio ahora, diría que quizá haya tres *suites* distintas en esta vieja villa. Y hay tres escalerillas de acceso a la piscina, una delante de cada par de puertas plegables.

—El portero me dijo que esta era mi piscina privada —digo.

—Es la piscina privada de la villa —me explica—. Las tres *suites* la comparten.

—Ay... Dios... mío, me muero de vergüenza.

Aún apoyada en el bordillo de la piscina, me hundo la cara entre las manos.

—Tiene gracia —insiste—. No te preocupes.

—Tierra, trágame —replico.

Creía que ayer había tocado fondo, pero no. Este es el fondo. Tiene que serlo.

—¿Te cojo una toalla? —pregunta.

—Sí, por favor. Hay una en mi sofá.

Freddie entra a toda prisa en mi parte de la villa para cogérmela, y de pronto oigo que suelta una carcajada. ¿Qué hace tanta gracia ahí dentro?

Ay, Dios. Aaaay, Dios. No, por favor, Dios, no. Ha visto el consolador. O sea, ¿cómo coño no iba a verlo?

Sale con mi toalla, luciendo la sonrisa más grande de la historia. Me dan ganas de borrársela de un tortazo.

Me tiende la toalla.

—Aquí tienes —dice, aguantándose la risa.

—Cierra los ojos —le exijo.

Freddie hace lo que le pido, así que salgo a toda leche de la piscina, le arranco la toalla de las manos y me envuelvo bien con ella antes de salir corriendo hacia mi apartamento.

—Oye, al menos el agua te ha quitado un poco del volumen del pelo —bromea. Hoy, sus burlas solo me tocan las narices.

No contesto.

—Oye, Lila... —empieza a decir, siguiéndome hacia mi puerta.

—Déjalo —lo corto.

—Perdona, solo pensaba...

—Por favor, vete y ya está —le espeto.

—Vale, de acuerdo —responde, pillando la indirecta—. Os dejaré a solas a los dos.

Freddie se retira de vuelta a su porción de la zona de piscina. Yo cierro la puerta tras de mí.

No me puedo creer que pensara que era el camarero. Pero, si no lo era, ¿por qué me preparó una copa? Y no es que me preparara

una copa normal y corriente; me preparó un pedazo de cóctel, uno de verdad, uno increíble. Sabía lo que se hacía.

Vuelvo a desplomarme en el sofá y me escondo la cara entre las manos. Así que esto es tocar fondo. He tenido un par de falsas alarmas, pero esta es la buena. Este es mi punto más bajo. A partir de aquí, la cosa solo puede mejorar.

Aunque de una cosa sí estoy segura: no quiero volver a ver a Freddie jamás de los jamases. Creo que no podría mirarle a la cara.

Capítulo 9

Miro el cursor de texto parpadeando en la página en blanco de mi documento de Word. Llevo tanto tiempo mirándolo fijamente que estoy convencida de que los latidos de mi corazón se han sincronizado con él. Me doy cuenta de que probablemente es un ritmo demasiado lento para un latido, pero así es como lo siento. Me da la sensación de que me estoy rindiendo, como si mi pulso estuviera a punto de detenerse por completo. Va a apagar los motores, igual que ha hecho mi cerebro. De hecho, creo que se han puesto en huelga después de todo lo que les he hecho pasar en este último par de días. Entre el desamor, darle tantas vueltas a las cosas, la borrachera y el atracón de comida, mi pobre cuerpo ha sufrido muchísimo.

Tras el embarazoso incidente en la piscina con Freddie, pensé que lo mejor era esconderme y ponerme a trabajar. He bebido muchísima agua y he pedido que me traigan una ensalada a la *suite* para comer, algo que mi cuerpo ha agradecido bastante. Aunque hay un solo problema... mi libro. O, más bien, la falta de él.

Tengo que entregar la novela en unas cinco semanas, y voy a pasarme dos de ellas aquí. Aunque admito que he estado descuidando el trabajo porque las cosas se volvieron una locura durante los preparativos de la boda (aunque, en retrospectiva, no tan locas como podrían haber sido), en realidad tengo escritos dos tercios del manuscrito y mi plan era redactar el último tercio después de la luna de miel. Pero no puedo hacerlo; sencillamente no puedo. ¿Cómo coño se supone que voy a escribir una historia de amor

cuando ahora pienso que el amor es estúpido y que probablemente no existe? Una cosa es escribir ficción y otra inventárselo todo de buenas a primeras. No puedo intentar vender el rollo del «fueron felices y comieron perdices» en el que siempre he creído, ahora que ya ni siquiera estoy segura de que exista.

Así que voy a empezar de cero. No me queda otra opción. No hay manera de que pueda terminar de escribir la historia de amor que empecé cuando yo misma estaba superenamorada y feliz. Todo lo romántico que escribí, lo hice con Daniel en la cabeza. Mi mentalidad ha cambiado por completo. No puedo retomar la historia donde la dejé: el tono sería completamente distinto.

Le he mandado un mensaje a mi madre para avisarla de que había llegado bien y le he prometido que la llamaría por la mañana. Ya es por la tarde y estoy segura de que debe de estar preocupada por mí. No puedo aplazar más hablar de lo que pasó, por mucho que intente esconder la cabeza bajo el ala trabajando... o intentándolo, al menos.

—¿Sí? —contesta mi madre al primer tono. Me siento culpable, como si hubiera estado esperando junto al teléfono a que yo llamara.

—Hola, mamá —digo con falsa alegría. Ella me cala al instante.

—Ay, cariño, ¿estás bien? —pregunta.

—Sí, estoy bien —digo, intentando seguir quitándole hierro al asunto—. Solo me lo estoy tomando día a día.

—¿Sigue bloqueado? —me pregunta.

—Sí —respondo—. Aunque a lo mejor le desbloqueo a ver si intenta llamar; para ver qué tiene que decir en su defensa ahora que he superado la conmoción inicial.

Bueno, no es que la haya superado del todo, pero al menos estoy algo más tranquila.

—Su madre dice que está escondido —continúa—. Me llamó para disculparse. Estaba muerta de vergüenza. No paraba de pedir perdón. Desde luego, esa falta de educación no la ha heredado de su madre.

Es tan típico de Daniel esconderse de sus problemas... Tras charlar un rato con mi madre, decido que voy a desbloquearle para darle la oportunidad de llamar, pero dudo que lo haga, no si está escondido. Me pregunto si pensará que darme espacio hará que toda esta tormenta pase.

Me masajeo las sienes un momento antes de volver a mirar fijamente la pantalla. Menos comerse el tarro y más mantenerse distraída. Eso es lo que necesito.

De pronto, algo más arrastra mi mirada lejos del cursor parpadeante: una cosa que bailotea frente a mi ventana. Parece un palo con... unos calzoncillos blancos en la punta.

Me levanto del sofá y me acerco a mirar. Cuando llego a la puerta, me doy cuenta de que es Freddie. Creo que viene en son de paz.

Noto cómo mis mejillas intentan tirar de mi boca para formar una sonrisita. Abro la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Vale —respondo—. Pero deja tus calzoncillos fuera.

Freddie arquea las cejas, pero se resiste a hacer ningún comentario descarado.

Vuelvo a sentarme en el sofá. Freddie se sienta a mi lado.

—Anda, ¿estás escribiendo tu próximo libro? —pregunta, asintiendo con la cabeza hacia la pantalla.

—Intentándolo —digo—. Pero no me va muy allá. Es la historia de mi vida últimamente, la verdad.

Freddie lleva unos pantalones bastante cortos que dejan a la vista sus musculosas piernas. En la parte de arriba lleva una camiseta blanca de tirantes muy escotada; no tengo ni idea de cuándo empezó esta moda de que los hombres enseñen «escote», pero estoy tan confundida por ello como secretamente encantada. Como siempre, lleva el pelo alborotado y las mismas gafas de sol Ray-Ban negras que esta mañana. Los cristales son de espejo, así que cuando intentas mirar a Freddie a los ojos, solo te ves a ti misma. Sus ojos tienen algo hipnótico; el hecho de no poder ver esos dos lagos azules y resplandecientes nos pone en igualdad de condiciones.

—Solo quería pedirte perdón, por lo de antes —empieza a decir—. Y por lo de anoche, supongo. Pensé que a lo mejor estabas tonteando al pedirme que te preparara una copa. No me di cuenta de que te creías que era el camarero de verdad. Pero no ha sido más que un malentendido tonto y no quiero que te sientas mal por ello, ¿vale?

—Vale —respondo—. Gracias.

—Y siento si te he avergonzado hoy. No sé muy bien qué ha pasado...

—Yo diría que la culpa ha sido toda mía —le contesto.

—Tuya y de tu amigo —dice, señalando con la barbilla hacia el consolador.

—De verdad que tengo que quitar eso de ahí —digo con un profundo suspiro—. No es mío. Bueno, supongo que sí lo es. Fue

una especie de regalo de luna de miel de coña, de parte de mi mejor amiga.

A Freddie le cambia la cara un segundo, antes de sonreír con más ganas que nunca.

—¿Estás de luna de miel? ¡Enhorabuena! Debería habérseme ocurrido que estarías aquí con alguien —dice—. Yo estoy solo. Creo que se me olvida que se supone que este sitio es para parejas.

—¿Estás aquí solo?

—Sí. —Se ríe, un poco incómodo—. Buscaba algo de tiempo a solas y, en fin, un sitio lleno de parejitas empalagosas me pareció el lugar ideal para que me dejaran tranquilo.

—Pues la verdad es que tiene mucho sentido —respondo—. Yo también estoy sola; aunque no tanto por elección propia, sino más bien porque se suponía que mi boda iba a ser hace un par de días, pero al final no se celebró, así que decidí venir sola a la luna de miel.

—Vaya —dice él—. Siento que las cosas no salieran bien.

Freddie se quita las gafas de sol.

Lo miro fijamente durante unos segundos.

—Me suenas muchísimo de algo —le digo—. ¿Te han dicho alguna vez que te pareces a alguien? No caigo en quién puede ser.

Freddie se ríe.

—Tengo una de esas caras —explica, antes de volver rápidamente a nuestro tema de conversación anterior, sin detectar (o tal vez simplemente ignorando) mi intento de cambiar de tema—. Me cuesta creer que tú también estés aquí sola.

—Seguro que pasa a menudo —respondo.

—La verdad es que no —dice—. Estuve hablando con alguien que trabaja aquí y me dijo que nadie viene solo. ¿Por qué iban a hacerlo?

Es un lugar diseñado para parejas. Pensé que no lo notaría, aparte de que hay parejas por todas partes, pero es increíble lo evidente que resulta.

Me encojo de hombros.

—De todos modos, tengo mucho trabajo que hacer. Supongo que no me daré cuenta —le digo. Es cierto a medias, y también una indirecta muy directa para que se vaya. Puede que hayamos aclarado las cosas, pero sigo sintiéndome tan, tan avergonzada, y ahora mismo estoy superincómoda.

—¿Te apetece ir a tomar algo o a comer? —pregunta.

—¿Me estás invitando por descarte, porque soy la única que también está sola aquí?

—No, ya te lo he dicho, he venido aquí para estar solo —responde, y suena casi dolido por mi insinuación.

—Si hubieras venido aquí y mi marido estuviera conmigo, ¿nos habrías invitado a cenar a los dos?

—Si os hubiera visto desnudos a los dos, entonces sí —bromea—. Lila, te lo pregunto solo porque ambos estamos aquí solos, y da la impresión de que has pasado unos días de mierda, con un gran susto...

—Estoy bien —miento—. De verdad que sí. Solo quiero seguir con mi trabajo y que me dejen en paz. Seguro que lo entiendes, si es por eso por lo que estás aquí, ¿no?

—Vale, sí —responde poniéndose de pie—. Lo entiendo perfectamente. Bueno, estoy justo al lado, por si me necesitas.

—Gracias —respondo.

Freddie se marcha y me deja con mi documento en blanco.

Espero no haber sido demasiado dura con él al decirle que quiero estar sola, pero incluso si no estuviera todavía absolutamente mortificada por todo lo que ha pasado hasta ahora, me parece rarísimo y muy inapropiado siquiera considerar la idea de cenar con otro hombre..., y encima en mi luna de miel. O sea, ya sé que técnicamente no es mi luna de miel, aunque se suponía que iba a serlo, pero, como es lógico, me está costando mucho asimilar mi nuevo estado civil.

¿Por qué no me ha llamado Daniel? Eso es lo que no me puedo quitar de la cabeza. Ya lo he desbloqueado, así que ¿por qué no está llamando a mi teléfono sin parar? Si me llamara, me pondría mala, me entraría el pánico, no le contestaría, no quiero volver a hablar con él nunca más..., pero ¿por qué no ha llamado? ¿Por qué le da igual? ¿Cómo pueden nuestros cuatro años juntos significar tan poco para él como para arruinar nuestra boda y luego no llamarme, ni para disculparse, ni para darme explicaciones, ni tan siquiera para asegurarse de que estoy bien?

Ya sé que Freddie es guapísimo y que es una coincidencia muy rara que él también esté aquí solo, pero ¿cómo voy a ir a cenar con él, con todo esto en la cabeza y con todo este trabajo por hacer?

Es una buena idea, pero creo que simplemente necesito quedarme a mi aire. Seguro que Freddie estará bien; después de todo, él también vino aquí sin acompañante. Sin embargo, lo que no puedo evitar preguntarme es... yo sé por qué he venido sola, pero ¿de qué huye Freddie?

Capítulo 10

Día 4

Hoy es un nuevo día, y el primero de verdad en el que salgo de mi suite de día. El sol brilla, no hay ni una nube en el cielo y corre una brisa maravillosa.

Puede que no esté enamorada, pero esta mañana me he enamorado de Valentine Island. Me he levantado temprano, me he dado una ducha, me he puesto mi precioso vestido veraniego de color crema nuevo, me he armado de valor y he abandonado los seguros confines de la villa para explorar la isla.

A la gloriosa luz del día, puedo ver que la parte superior del camino de entrada a las villas de lujo está bordeada de columnas blancas. Unos pulcros setos verdes descansan sobre ellas, formando arcos. Con el cálido sol acariciándome suavemente, siento que me mejora el humor. Entro y salgo de las columnas para divertirme, embriagada por el olor a mar. Hay algo en eso de sentir el sol en los hombros y llenar los pulmones con el aroma salado del océano que relaja a cualquiera al instante; es insuperable.

A la derecha del muro hay un ejército de árboles, el comienzo del inmenso bosque de la isla, donde puedes ir en bici, hacer senderismo o simplemente perderte en la naturaleza. A la izquierda está la zona urbanizada.

Llego al primer mirador, a un tercio del camino. Todavía estoy bastante arriba, así que desde aquí puedo verlo todo. Entre el punto donde me encuentro y el océano, veo las villas, los restaurantes, las

piscinas y las pistas de tenis. También veo la playa, que ya rebosa de gente.

Al acercarme a la zona que vendría a ser el «pueblo» principal del resort, oigo un ruido extraño. Una especie de chillido que viene de los arbustos. Me acerco con cautela, pero cuando me asomo y veo lo que estaba haciendo ese ruido, me derrito. Ni siquiera el ardiente sol de verano podría derretirme de una forma tan eficaz: ¡nada iguala a unos gatitos! Tumbados en un pequeño montón en el suelo hay cuatro gatitos diminutos. Son atigrados, con unas naricitas blancas adorables y unas barriguitas blancas monísimas. No pueden tener mucho tiempo, y me imagino que son callejeros. Alguien ha puesto un platito marrón junto a ellos. Supongo que tendría comida para la madre cuando lo dejaron ahí, pero ya no queda nada. Es reconfortante saber que alguien cuida de ellos, aunque su madre no esté cerca. Ahora mismo están durmiendo, así que no los toco. Los dejo en paz y sigo mi camino. Aunque dudo que pueda resistirme a volver a verlos cuando estén despiertos.

Me fijo en un sitio llamado Sabatini, que debe de ser uno de los muchos restaurantes italianos de los que presume la isla. La sensación de entrar en un local con aire acondicionado, después de haber estado fuera bajo el sol abrasador, es un verdadero subidón. El suave cambio de temperatura, de la cabeza a los pies, es una auténtica oleada de algo inexplicablemente maravilloso. Igual empiezo a entrar y salir de los edificios solo para conseguir ese subidón.

El camarero que me recibe parece un poco sorprendido de que venga a desayunar sola, pero me acompaña a una mesa. Me

pregunta si alguien me acompañará, pero le digo que no. No hace más preguntas.

Me encanta lo frondoso y verde que es todo aquí, tanto dentro como fuera. En el interior del restaurante, una gran variedad de plantas bordea las paredes y cuelga de los techos. Me chifla cómo huelen; hace que el aire parezca muy limpio.

Pido un *cornetto*: un bollo italiano, parecido a un cruasán, pero mucho más tierno, relleno de una crema pastelera muy espesa y amarilla. Está absolutamente delicioso, y el *cappuccino* con el que lo bajo lo complementa a la perfección.

Siento que mi estrés y mi tensión se esfuman. Me siento más ligera por momentos, pero apuesto a que un masaje me haría sentir aún mejor y más rápido. Sé que hay un spa dentro del edificio del hotel. Creo que un masaje es justo lo que necesito para dar esos últimos pasos hacia el modo vacaciones. El par de manos adecuado no tendrá ningún problema en quitarme las preocupaciones de mi tenso cuello y mis hombros.

Noto el frescor del aire acondicionado al cruzar las puertas, pero esta vez viene acompañado del maravilloso olor a manteca de cacao. Ahora sí que siento que estoy de vacaciones. Me apetece que me embadurnen con ella, de la cabeza a los pies.

Pero mientras hablo con la empleada del spa que está sentada tras el mostrador de recepción, noto que el estrés vuelve a apoderarse de mí con más fuerza.

—¿Que solo ofrecen masajes para parejas? —respondo, incrédula.

—Este es un resort romántico —me informa la chica del mostrador. Es una joven italiana con un uniforme rosa brillante. Sus cejas son casi tan marcadas como su bronceado artificial; imagínate

ser de color naranja por el autobronceador cuando vives en un país tan cálido y soleado.

—Entonces, ¿solo ofrecen masajes para dos personas?

—Bueno, sí —responde ella—. Técnicamente.

—¿Y si solo una persona quiere un masaje? —pregunto.

—Son masajes para parejas —me repite—. La gente no viene a Valentine Island a hacer cosas sin su pareja. Nunca nos lo habían pedido...

Creo que la pobre chica no sabe qué decir.

—O sea, ¿no puedo hacer que dos personas me den un masaje a mí a la vez? —pregunto.

—¿Está segura de que no prefiere volver con su pareja? —pregunta—. La mayoría de las parejas están encantadas de acompañar a sus seres queridos.

Mi pareja ni siquiera fue capaz de serme fiel; y eso es prácticamente la regla número uno del manual de parejas. Es increíble, de verdad, que haya gente por ahí dispuesta a hacer cosas que no quiere hacer solo para que su media naranja sea feliz. Yo nunca conseguí que Daniel hiciera nada que no quisiera hacer.

Estoy segura de que, si insistiera, no me negarían el masaje, pero el hecho de que ella haya dicho que nadie viene aquí solo, que a las parejas de la gente les encanta venir con ellos... Me siento avergonzada, como si probablemente estuvieran pensando que mi pareja no quiere estar aquí conmigo. Técnicamente es así, y darme cuenta de ello me inunda de oleadas de tristeza, rabia y vergüenza. Me rindo y doy media vuelta hacia un panel de información turística que he visto antes. Puede que no me den un masaje, pero seguro que hay un montón de cosas que puedo hacer.

Al mirar el panel, me doy cuenta de que tal vez no haya un montón de cosas que pueda hacer. De verdad parece que absolutamente todo lo que hay que hacer aquí está diseñado pensando en parejas. Todo requiere de dos personas, desde los deportes hasta las actividades de relajación. Incluso en las sesiones de yoga se ven posturas que implican a parejas: ¿qué voy a hacer, aparecer sola y tumbarme boca arriba con las piernas en alto sin venir a cuento? Eso suena igual que mi vida sexual. No, gracias.

Oigo el tintineo del timbre de una bicicleta, así que me aparto rápidamente del camino. Dos hombres pasan en un tándem junto a mí.

—*Buongiorno* —me saluda uno de ellos.

Hay que joderse, hasta las bicicletas están hechas para dos.

En el mundo real, te preocupas por si tu valor como persona está ligado a tu estado civil. Sabes que no debería ser así, pero como mujeres nos educan para creer que necesitamos encontrar a un hombre. Supongo que sí lo necesitamos, en un sentido técnico, por algunas razones. Si queremos tener hijos, por ejemplo, es una lástima, pero resulta que solo los hombres tienen uno de los ingredientes clave. Por supuesto, hay otras formas de conseguirlo si estás soltera, pero es agradable tener una pareja, alguien que te haga sentir querida y que siempre te cubra las espaldas.

Estar soltera no es realmente algo a lo que la gente aspire, es lo que somos por defecto. La naturaleza humana hace que queramos encontrar a alguien, y que nos sintamos decepcionados si no podemos, o si las cosas no salen bien. Lógicamente, te sientes (equivocadamente) un poco como un fracaso si no puedes encontrar a la persona adecuada para ti. Yo no puedo hacer que te sientas

mejor —no vas a aceptar consejos sentimentales de alguien como yo, ¿verdad? Mira en qué lío estoy metida—, pero sí que te puedo prometer que puedes sentirte peor. Ven a Valentine Island si quieres ver lo pequeña e insignificante que eres. Aquí, estoy demasiado soltera incluso para montar en bici.

Hay algunas cosas que puedo hacer aquí que no requieren una pareja. Puedo ir a las tiendas, comprar un montón de comida y volver a mi villa y comérmela.

¡Aunque, joder, eso ya lo podría haber hecho en casa!

Capítulo 11

Como era de esperar, se me ha olvidado encender el aire acondicionado antes de salir de la villa, así que, cuando vuelvo, es como entrar en un horno. Hace tanto calor aquí dentro que me sorprende que mi consolador no se haya quedado mustio.

Abro de par en par las puertas plegables. Fuera hace mucho calor, pero dentro todavía más. No hay manera de que me quede aquí sentada, al menos hasta que refresque un poco.

Me quito el vestido de playa y me quedo en bikini. Una de las mejores cosas de irte de vacaciones es que también te tomas vacaciones del sujetador. Cuando estoy en un sitio cálido, intento llevarlo el menor tiempo posible, y el bikini es una forma estupenda de conseguirlo.

Fuera de la puerta trasera de mi villa tengo mi propia parcela para tomar el sol, separada por árboles, justo al lado de la piscina, así que cojo las gafas de sol y la bolsa con la compra y salgo fuera a atrincherarme en mi tumbona.

Las baldosas ardientes de la terraza me abrasan las plantas de los pies mientras corro casi de puntillas hasta mi sitio. Justo cuando llego, me fijo en que Freddie está haciendo largos en la piscina. Estoy a punto de salir disparada de vuelta por donde he venido cuando me ve.

—Hola, Lila —me llama.

—Hola —respondo con educación mientras me siento.

Bueno, ahora ya no puedo volver a meterme dentro o sabrá que lo estoy evitando.

Mientras saco la bebida y la bolsa de patatas fritas, veo que nada hacia mi lado de la piscina. Cuando se acerca, apoya los brazos en el borde y la barbilla sobre ellos.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta, señalando con la cabeza mi almuerzo.

—San Pellegrino de higo chumbo y patatas fritas San Carlo.

—Uy, qué bien —contesta—. Hace muchísimo que no como patatas fritas. He estado a dieta.

—Sí, yo también —le digo—. Por eso me las estoy comiendo ahora. La dieta ha terminado oficialmente.

—Estoy de vacaciones, ¿no? Deberían permitirme unas patatas fritas.

—¿Quieres? —le pregunto.

Lo veo debatirse entre si es buena idea o no. Se le dibuja una expresión traviesa en la cara. Se nota que quiere decir que sí.

—No dejes que te arrastre al mal camino —añado enseguida—. Yo solo quería una bolsa, pero solo las vendían en pack doble.

—Parece que eso te indigna —dice, frunciendo el ceño.

—Sí, normalmente no me indignarían unas patatas de regalo —admito—. Es solo por este maldito sitio.

—Bueno, tú pareces necesitar charla y yo parezco necesitar patatas, así que me uno —dice, antes de salir apresuradamente de la piscina como un niño pequeño emocionado.

Técnicamente yo no le estaba pidiendo que se uniera a mí, solo iba a darle parte de mis patatas sobrantes. Pero ya no me veo capaz de herir sus sentimientos, ahora que se ha sentado en la tumbona de al lado.

—Entonces, ¿por qué te ha sentado tan mal encontrar una buena oferta de patatas fritas? —pregunta mientras abre la bolsa.

Me pillo mirándolo mientras las gotas de agua le recorren el cuerpo, y me echo la bronca. *Los ojos los tiene ahí arriba, Lila. Esos ojos azules tan sexis...*

—Ha sido la gota que ha colmado el vaso hoy —le digo—. Me he levantado antes, iba de maravilla, superilusionada con el día que tenía por delante.

—¿Y entonces? —pregunta Freddie entre bocado y bocado.

—He pensado en darme un masaje, salvo que no puedo porque estoy soltera —le cuento—. He pensado en ir en bici, pero no, tampoco puedo, porque estoy soltera. Todos los deportes... no es que me apetezca practicar ninguno, la verdad, pero todos son por parejas, ¡para parejas!

—¡Ya! —responde, entusiasmado—. Eso es exactamente con lo que me he encontrado yo desde que llegué. Lo único que puedo hacer es estar por aquí, nadar, ir a la playa y visitar los bares. Quería paz y tranquilidad, pero supongo que aquí me sobra.

—No valemos nada porque hemos venido solos —le digo.

—No es que no valgamos nada —replica—. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Pensé que podría venir sola a mi luna de miel y pasármelo bien, pero sin mi prometido... no puedo hacer nada. Y empiezo a pensar que eso va a convertirse en un tema recurrente de ahora en adelante.

—¿Qué pasó con tu prometido? —pregunta, y enseguida añade—: Si no te importa que te lo pregunte.

—Se suponía que nos íbamos a casar... en cuestión de minutos, de hecho. Yo estaba eufórica, nada iba a arruinarme el día. Mi sobrina perdió las flores y dije que iría yo a buscarlas, en vez de dejar que lo hiciera otra persona; pensé que se despistaría o se perdería, o algo así. No quería dejar nada al azar, así que me aseguré de tener el control absoluto de todo. Lo gestioné todo aquel día... Lo único que no era responsabilidad mía era Daniel, mi prometido. Lo único que tenía que hacer él era ponerse el traje y presentarse. Ah, bueno, y supongo que también ser sincero, fiel y no tirarse a nuestra amiga.

—Ah —responde.

—Ah, en efecto —digo yo—. Así que fui a buscar las flores y, por pura casualidad, allí estaba él, escondido detrás de un puto arbusto, hablando con ella de cuánto se querían y bla, bla, bla.

Empiezo a estar un poco harta de darle vueltas una y otra vez.

—Lila, eso es horrible. Lo siento muchísimo. Y además, qué manera tan espantosa de enterarte.

—Fue horrible, pero me siento tan aliviada de haberlo descubierto siquiera... —respondo.

—¿Entonces nadie tenía ni idea?

Qué pensamiento. No me había planteado si alguno de nuestros amigos podría saberlo. Supongo que Gerry, su mejor amigo y padrino, podría haber estado al tanto del secreto. Tiene sentido pensar que Daniel se lo habría contado a alguien y, ahora que caigo, seguro que le habría cubierto alguna vez. También pienso en los demás del grupo. Me jugaría la vida a que Ali no lo sabía; no soporta a los infieles, cosa que agradezco muchísimo. Así es como debería ser, ¿no? Todo lo que quieran hacer los adultos que consienten me

parece estupendo, siempre que todo el mundo esté de acuerdo y nadie salga herido.

Hay sinceridad en la voz de Freddie. A mitad de todo eso me ha preocupado arrepentirme de haberle contado nada en cuanto las palabras me salían de la boca, pero me alegro de haberlo hecho. Está bien hablar de ello, o quizá no esté bien hablar de ello, pero sí que está bien hablar con alguien, en general.

—Gracias —digo.

—¿Has conseguido escribir algo? —me pregunta, cambiando de tema.

—Pues no —admito.

—Lo siento —dice—. No se me está dando muy bien eso de animarte, ¿verdad?

—No, pero las patatas sí —bromeo.

—Me gusta verte sonreír —dice—. Aquella primera noche, cuando nos conocimos, parecías tan feliz. Aunque, claro, creías que estabas ligando con un camarero.

—Sí, perdona si estuve un poco rara. Ese era, en realidad, el día de mi boda. Vine aquí directamente.

—Vaya, entonces lo tienes todo muy reciente —dice—. Mira, iba a volver a tantear si te apetecía cenar conmigo, pero entiendo perfectamente que ahora prefieras estar sola. Así que voy a dejarte tranquila, y si te apetece un poco de compañía, avísame, ¿vale?

—Vale, gracias —respondo.

—Y gracias por las patatas —dice, volviendo hacia su lado del jardín—. Ahora voy a tener que nadar otra hora.

Le sonrío, aunque ya se está alejando.

Freddie no puede evitar que se le note que le doy lástima; yo también me daría lástima, así que no puedo enfadarme por ello.

Podría estar bien tener a alguien con quien cenar... pero es que no puedo. No me veo capaz de ir a cenar con un hombre; no me parece bien. Y sé que él no está interesado en mí románticamente. Quiero decir, míralo. Parece un dios griego y yo un jarrón griego.

Simplemente no me parece bien... y, tal y como me siento ahora, no estoy segura de que vaya a parecérmelo nunca.

Capítulo 12

Estas vacaciones están resultando no ser ni una distracción divertida de mi vida ni un retiro tranquilo para escribir. No me estoy relajando. No estoy avanzando con el trabajo. No tengo muy claro en qué punto me quedo entre esos dos extremos, pero desde luego no me lo estoy pasando demasiado bien.

Mentiría si dijera que no me he divertido nada... aquella primera noche con Freddie, por lo que recuerdo, fue muy divertida, y hablar con él antes ha estado bastante bien, aunque solo haya sido por tener un poco de interacción humana con alguien que no me estaba rechazando en un spa o vendiéndome patatas fritas en pack ahorro.

No me extraña que me esté costando escribir una novela romántica, después de todo lo que he pasado. Antes he tenido alguna racha puntual de bloqueo de escritora por estrés, pero nada como esto. Lo que normalmente me ayuda es relajarme, así que voy a intentar hacer un montón de esas pequeñas cosas que suelo hacer para calmarme. Siempre trabajo mejor cuando estoy relajada.

Normalmente probaría solo un par de técnicas, pero estas no son circunstancias normales, así que voy a intentar absolutamente todo lo que se me ocurra..., siempre que pueda hacerlo sola, claro.

Por fin he descorchado el champán de bienvenida que nos dejaron en el dormitorio a mi marido y a mí. Bueno, no es como si de verdad fuera a aparecer más tarde, tal como le dije al chico de Recepción, ¿no? Y tampoco es que lo esté reservando para la compañía de ningún caballero. Así que me he servido una copa mientras se llena la bañera.

Alcohol: hecho. Baño: hecho.

El baño aquí es increíble, porque claro que lo es, porque aquí todo es increíble salvo su política antisolteros.

La bañera tarda un poco más en llenarse que una bañera normal, porque esta es enorme. Imagino que la diseñaron pensando en dos personas, igual que todo lo demás. Así que tengo cantidad de champán para dos en una bañera para dos: por fin siento que vuelvo a remontar.

Meto un dedo del pie para comprobar la temperatura del agua antes de dejar la copa en el borde, meterme y recostarme. El agua es tan profunda, no como en la bañera de casa. Hace poco pusimos una nueva, exactamente del mismo tamaño que la anterior, porque solo tenemos el espacio que tenemos, pero al menos la nueva no tiene la dejadez del anterior inquilino convertida en moho alrededor de los bordes. El problema es que, como es relativamente pequeña, es imposible darte un baño hondo, y siempre se me salen del agua las tetas y las rodillas como islas desiertas. Pero esta bañera... es tan profunda que podría sumergirme entera, si quisiera. De momento, me conformo con el agua hasta la barbilla.

La anterior ganadora de mis premios totalmente ficticios a la mejor bañera fue la de la habitación del hotel cuando nos fuimos de vacaciones a Tailandia el año pasado. Bueno, digo que estaba en la habitación, pero en realidad estaba en el balcón de fuera, y aquello era de lo más surrealista. Era como si supieras que estabas sentada en una bañera, pero pudieras sentir el calor del sol y contemplar las vistas, con árboles hasta donde alcanzaba la vista.

Fueron unas vacaciones preciosas; me lo pasé increíble. Hasta que volvimos a casa, ahora que lo pienso.

Aterrizamos de vuelta en Inglaterra a última hora de la tarde, así que ya era de noche cuando llegamos a casa. Teníamos tanto *jet lag* que creo que nunca me he sentido tan agotada. Yo solo quería llegar y meterme en la cama, pero Eva celebraba una reunión por su cumpleaños en su piso y Daniel dijo que teníamos que ir. Intenté convencerlo de que no fuéramos, le dije que no teníamos tanta relación, que a ella le daría igual que no estuviéramos. Y ahora no paro de pensar si ya tenían algo entonces, y si por eso insistió tanto en ir. No puedo dejar de repasar cada vez que los he visto en la misma habitación, intentando recordar su lenguaje corporal o las conversaciones que tendrían. Ahora que lo pienso, no creo haberlos visto interactuar nunca, no de verdad. Los he visto intercambiar saludos y despedidas educados, pero nada más. Y ahora me doy cuenta de lo raro que es eso.

Lo único peor que intentar imaginármelos cuando estábamos todos juntos es cuando empiezo a imaginármelos juntos cuando yo no estaba. Debían de verse muchísimo cuando yo no andaba cerca. Ni siquiera estoy segura de cuándo podía sacar tiempo para verla; sinceramente, nunca tuve la sensación de que él no estuviera. Iba a trabajar, jugaba al golf... Supongo que Eva podría haberle quitado horas de golf, y eso hay que reconocérselo. Un hombre que practica el deporte más aburrido del mundo consiguió encontrar algo todavía más aburrido que hacer en su lugar: Eva. Daniel se cree listísimo, y quizá lo sea, por haber encontrado la forma de hacer lo que le diera la gana mientras yo confiaba ciegamente en él, pero es que Eva es una bimbo. ¿Qué hacían realmente cuando pasaban tiempo juntos? ¿De qué hablaban? Seguramente solo follaban, ¿no? Y eso me revuelve el estómago. No es que él no se acostara conmigo, así que

debía de encontrar tiempo para acostarse con las dos. Eva no solo le quitaba tiempo al golf; también me estaba robando mi tiempo. Todas esas veces que volvía a casa demasiado cansado para tener sexo, y yo sin sospechar ni una puta cosa. Me siento idiota.

Cuando noto que el estrés empieza a subir otra vez, doy otro sorbo al champán y echo aún más espuma de baño de cortesía con ese delicioso aroma a higo al agua.

Solo tengo que dejar de torturarme con los detalles, porque no me hacen sentir mejor y no lo van a hacer nunca.

Después de cuarenta minutos en la bañera, decido que no sirve de nada. Si la mejor bañera del mundo no consigue hacerme sentir mejor después de tanto rato, no va a ayudarme. Apurar la copa tampoco me ha ayudado gran cosa, pero, después del otro día, no pienso volver a emborracharme en mucho tiempo.

Me envuelvo en uno de los albornoces grandes y mullidos que cuelgan en el baño y vuelvo arriba.

Rebusco en la maleta, que todavía no he deshecho. Seguramente ni la deshaga, porque total voy a tener que volver a hacerla. Y cuando vuelva a casa, probablemente tampoco la desharé en siglos. ¿De verdad has estado de vacaciones si no dejas la maleta tirada en el suelo del dormitorio, sin deshacer, durante seis meses?

Algo dentro de la maleta me llama la atención y siento como si hubiera visto un fantasma. Pero no es un fantasma, es la lencería blanca de encaje que me compré para mi noche de bodas. Un bodi blanco de encaje, semitransparente y ceñido. Cuando me lo probé, antes de comprarlo, me sentía tan bien con él, tan segura de mí misma. Me hacía casi tanta ilusión ponérmelo como el vestido de novia, y ahora me siento idiota.

Decepcionada, después de haberme gastado hace nada una pasta en tanto trapo blanco que no voy a estrenar, decido ponérmelo. ¿Por qué no puedo simplemente llevar ropa interior sexy? ¿Por qué tiene que hacer falta un hombre para eso?

Me quito el albornoz de los hombros y me meto en el bodi, antes de mirarme de arriba abajo en el espejo de cuerpo entero del dormitorio.

No estoy mal, ¿no? Quiero decir, voy camino de los treinta y dos, así que contra el tiempo poco puedo hacer. No puedo conseguir que mi copa D esté más firme —no sin un préstamo del banco y la ayuda del cirujano de Ali—, y esas estrías pequeñitas de las caderas ya están ahí, no se van a ir a ninguna parte... pero sigo sin estar mal. Me siento genial por haber perdido algo de peso. Siento que estoy bastante bien... así que ¿qué tenía yo de malo? ¿Por qué no le bastaba? Me miro de arriba abajo y, aunque no veo qué tiene de malo mi cuerpo, de repente me cuesta ver qué tiene de bueno. Solo soy una mujer adulta normal. No soy una cosita mona como Eva. ¿De verdad es eso lo que quieren los hombres, una bimbo mona y pequeñita? Y luego hablan de los cánones irreales para las mujeres... ¿Se supone que tengo que quitarme las tibias y reventarme con ellas unas cuantas neuronas?

Me dejo caer en la cama, donde mi portátil me espera con aire expectante. Todavía no he escrito una sola palabra.

Si no soy capaz de escribir algo romántico, quizá podría escribir algo sexy. El sexo suele llegar antes que el romance, al fin y al cabo, y con esto me siento sexy. A lo mejor, si consiguiera arrancar...

Sí que hay escenas de sexo en mis libros, solo que no suelo meterme en el momento en que se ponen manos a la obra. Hay

besos descritos con detalle, puede que empiece a caer alguna prenda, pero en cuanto está a punto de pasar algo... Uy, lo siento, querido lector: fin del capítulo. Es que no me veo capaz de escribirlo.

Me quedo mirando la pantalla con las manos suspendidas sobre el teclado. Intento pensar cosas sexis, pero no acaba de pasar. Lo juro, esto no me pasa nunca... sí, la excusa de toda la vida.

Bostezo, fruto de una mezcla de cansancio y del aburrimiento de intentar escribir sin llegar a ninguna parte.

Miro el móvil para ver si hay algún mensaje de Ali. Estuvimos chateando antes, pero me dijo que se iba a acostar temprano. Mañana tiene una cita con un tipo cuyo padre es dueño de unos grandes almacenes (con lo que cree que conseguirá zapatos gratis), que le ha estado mandando mensajes subidos de tono sobre su pasión por practicar tantra (razón por la cual se acuesta temprano hoy).

No tengo nada que hacer ni nadie con quien hablar... Supongo que en la puerta de al lado está Freddie. El guapo y sexy Freddie, con sus músculos, su pelo alborotado y su descarado encanto.

Miro mi ropa interior con enfado. *Tú me estás haciendo esto, provocándome pensamientos impuros.*

Me acomodo mejor mientras el sueño empieza a apoderarse de mí.

Supongo que debería dormir mis ocho horas para estar guapa; después de todo, seguro que mañana me espera un gran día... de no hacer absolutamente nada.

Capítulo 13

Día 5

Me siento de golpe en la cama. ¿Qué ha sido eso?

El sol que entra por las ventanas del dormitorio me indica que ya es de día. Ojalá hubiera cerrado las persianas anoche, porque siento la luz como si me estuviera disolviendo las pupilas. Mientras espero a que mis ojos se acostumbren, vuelvo a oír ese ruido extraño. Ahora es más bien un alarido. Parece provenir de una mujer; una mujer en apuros.

Me pongo la bata a toda prisa porque, por alguna razón, me siento aún más vulnerable estando tan desvestida.

Mientras bajo las escaleras a hurtadillas, vuelvo a oírlo. Esta vez, el ruido es un chillido agudo, parecido al que hace un cerdo.

Justo delante de mí, noto que la puerta está abierta, lo que me hace pensar que alguien ha entrado mientras dormía. Al acercarme al final de las escaleras, me doy cuenta de que hay alguien aquí ahora mismo.

Savino, el portero que me trajo hasta aquí, está de pie en la cocina.

—¿Hola? —le digo. La cara le cambia por completo.

—¿Lila?

Una voz de mi pasado no tan lejano me hiela la sangre. Es la voz de Daniel, no cabe duda. Me sorprende alegrarme de oírla, y me conmueve que me haya seguido hasta Italia. Creo que me había estado diciendo a mí misma que, si alguna vez aparecía, lo tiraría a la piscina, pero ahora que está aquí, a lo mejor viene a disculparse...

Al darme la vuelta para mirarlo, me fijo en que Eva está de pie a su lado. Los dos traen sus maletas.

—¿Qué... diablos... hacéis vosotros dos aquí? —pregunto mientras me acerco lentamente.

Oigo a Savino farfullar algo frenéticamente para sí mismo en italiano antes de salir pitando.

—Lila —vuelve a decir él.

—No dejas de decir mi nombre como si me conocieras —empiezo, soltando una de esas carcajadas de enfado verdaderamente aterradoras, de esas en las que se te abren los ojos de par en par y se te tensan los músculos de la cara—. Solo que parecía que no sabías quién era yo el día de nuestra boda. Y, curiosamente, parece que tampoco recuerdas con quién se supone que deberías estar de vacaciones, porque estás aquí plantado con... ella.

Ni siquiera soy capaz de pronunciar el nombre de Eva.

Eva se mantiene en silencio. Lleva un vestido largo de color blanco con la parte de arriba del bikini asomando por debajo, y tiene unas gafas de sol puestas en la cabeza; si ese no es el símbolo universal de una mujer de vacaciones, ya me dirás tú qué lo es.

—No sabía que estarías aquí —dice Daniel mientras se le enrojecen las mejillas—. Simplemente desapareciste y, bueno, al pasar un par de días y ver que no volvías, y como sabía que esto ya estaba reservado... Me pareció una pena dejar que las vacaciones se echaran a perder.

Al principio, me planteo si yo soy igual de mala que él, porque tuve una idea parecida, que es como he acabado aquí. Pero Daniel no solo no se merece estar aquí —porque todo este desastre es culpa suya—, sino que el hecho de que se haya traído a su amante a

nuestra luna de miel, que encima pagué yo... Oh, no, no, no, no, no. Ni de coña.

—Lila, te esfumaste sin más —dice.

—Con un buen motivo —replico.

Noto cómo la rabia empieza a burbujear en mi interior. No creía que pudiera estar más cabreada o disgustada que en el laberinto el día de mi boda, pero que se presente aquí con ella... es como una especie de broma macabra.

—Soy consciente de que ahora mismo tenemos nuestras diferencias —empieza a decir. No le dejo terminar.

—¿Diferencias? —suelto—. Daniel, me has estado engañando durante... ¿cuánto tiempo?

—Esa no es una conversación para tener ahora mismo —dice.

—Nuestros problemas van mucho más allá de unas simples «diferencias». Nunca me había sentido tan humillada.

Daniel se rasca la barba con ansiedad. Lleva puesta la ropa de vacaciones que le compré, así que supongo que los basureros no se llevaron su maleta, lo cual es una verdadera lástima.

—Bueno, desde luego que te tomaste la revancha en la ceremonia —dice, adoptando un tono a la defensiva. Eva le pone una mano tranquilizadora en el antebrazo, lo que me da unas ganas inmensas de arrancársela—. Aquello fue bastante humillante.

—Bueno, no me iba a casar contigo, ¿no?

—Pero la forma en que cancelaste todo...

—Daniel, os vi a los dos juntos, en el laberinto, hablando, confesándoos vuestro amor, besándoos... ¿Debemos tener esta charla estando ella aquí presente?

Él ignora esa última parte.

—Yo estaba allí plantado, esperando a que caminaras hacia el altar. Sonó la música, las damas de honor avanzaron por el pasillo, todo el mundo ocupó su lugar. Empezó a sonar la «Marcha nupcial», pero la novia nunca apareció.

—Ali me dijo que te había avisado —replico.

—Me lo dijo, sí, al final. Pero primero dejó que me preocupara. Fingió no tener ni idea de dónde estabas, me dijo que justo un instante antes estabas detrás de ella. Sabía lo alterado que estaba y me dejó entrar en pánico... hasta que anunció, delante de todo el mundo, que no ibas a venir. Cuando le pregunté por qué, les soltó a todos que yo estaba teniendo una aventura con Eva. ¡Dijo su nombre! ¡La señaló con el dedo!

Madre mía, es Ali en estado puro.

—Ay, Dios mío, Daniel, Eva, cuánto lo siento, debió de ser un día asqueroso para vosotros. Si os sirve de consuelo... —levanto la voz— ¡para mí fue peor!

—Lila, me dejaste en evidencia delante de mi familia. ¡De mis padres, de mi abuela! Llamaste zorra a la pobre Eva delante de todos; ella se echó a llorar.

Me encojo de hombros. Probablemente no deberías tirarte a los prometidos de otras, si eres una florecilla tan delicada que no puedes lidiar con las consecuencias. Lo mismo vale para Daniel. Me imagino que debió de ser horrible para su abuela oír lo que había hecho, y enterarse de esa manera, pero si él no lo hubiera hecho, no habría pasado. Estaban jugando a un juego peligroso. Se lo buscaron. Los dos.

Es absolutamente increíble que tenga los cojones de traerse a su lío a nuestra luna de miel, y que encima me eche la bronca porque

fue muy embarazoso cuando la gente se enteró.

—Yo de todos modos me iba a casar contigo —dice. Eva ni se inmuta ante este comentario; simplemente se queda ahí plantada, con aire de suficiencia, tan pancha.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —pregunto.

—Preciosa, ¿quieres ir a darte un baño? El agua está de maravilla —me dice Freddie mientras entra desde la terraza, por la puerta trasera que Daniel y Eva deben de haber abierto.

¿Qué narices...?

Parece que Freddie no lleva puesto nada más que una toalla. Está empapado, como si acabara de salir de la ducha. Se acerca a nosotros y, al llegar a mi lado, me da un beso en la mejilla.

Me quedo mirándolo fijamente mientras se pasa una mano por el pelo mojado y alborotado. Juro por Dios que saca bíceps al hacerlo, y no de forma natural; está, literalmente, fardando delante de todos los presentes en la habitación.

Daniel parece tan desconcertado por esto como me siento yo. Eva se ha quedado totalmente pasmada.

—¿Quiénes son tus amigos, preciosa? —me pregunta Freddie.

Me doy cuenta de que me está hablando a mí, pero no tengo ni idea de a qué se refiere. Cristo bendito, debe de ser algún tipo de sociópata. Actúa como si fuéramos pareja o algo así, y encima parece creérselo de verdad. Sé que hace mucho tiempo que no estoy soltera, pero no me había dado cuenta de que regalarle a un hombre una bolsa de patatas fritas significara que teníamos algo. Está claro que las reglas han cambiado mucho desde la última vez que salí al mercado.

Freddie me da otro apretón sugerente. Al soltarme, me fijo en que tanto Daniel como Eva me miran fijamente el cuerpo. Bajo la vista y veo que se me ha abierto la bata, dejando al descubierto mi sexi lencería blanca. Me aprieto el cinturón a toda prisa.

—¿Y tú quién eres? —le pregunta Daniel, incapaz de ocultar sus celos.

—Encantado de conocerte, tío. Soy Freddie —dice.

—Eres Freddie Bianchi —dice Eva, atónita.

¿Cómo narices sabe Eva su nombre? ¿Acaso ha intentado tirárselo a él también?

—Ese soy yo —responde él.

—¿Quién? —pregunta Daniel, aún más cabreado ahora que parece que Eva lo conoce.

Freddie Bianchi, estoy segura de que me suena ese nombre, es...

—Soy una gran admiradora tuya —le dice Eva—. ¡Enorme!

—¿Y este quién coño es? —le pregunta Daniel.

—Freddie Bianchi —dice ella, como si la repetición de su nombre fuera a activar algún resorte en su cabeza—. Ya sabes, de la película *Edge of Eden*.

Oh, Dios mío. ¡Claro que es él!

Edge of Eden fue el primer libro de una saga de novelas eróticas que lo petó a lo bestia; tanto, que hicieron una película de la primera entrega. No he leído los libros ni he visto la película, pero recuerdo vagamente haber visto el cartel en el cine con una mujer rubia menudita y un tiarrón musculoso e imponente dominándola desde su altura. Me parece recordar que se le veía un poco distinto en los carteles, como si tuviera el pelo más oscuro, o engominado hacia atrás, o ambas cosas...

—Sí, ese soy yo —dice con una risa incómoda.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Eva.

—Lila y yo nos conocimos en el avión —les cuenta—. No sé qué fue, pero tuvimos un flechazo al instante. No podíamos despegar las manos el uno del otro, ¿a que no?

De repente me doy cuenta de algo... Freddie está actuando. Imagino que mi cotilla vecino estaba fuera y ha oído nuestra conversación. Ayer le conté todo sobre Daniel, así que, si estaba escuchando, sabía lo verdaderamente mortificante que era este momento para mí antes de intervenir. ¿De verdad está haciendo esto solo para que pueda salvar mi orgullo?

—No podíamos —respondo.

—Y seguimos sin poder —dice Freddie. Se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Mientras esconde la cara en mi cuello, no puedo evitar maravillarme de lo gran actor que debe de ser. Hasta yo me lo creo, y sé que es mentira—. Bueno, preséntame a tus amigos, preciosa.

—Bueno, esta es mi querida amiga, Eva —le digo. De repente, he recuperado la confianza. Ya no soy una ruina emocional al borde de las lágrimas. Estoy estupenda, tranquila, y se lo estoy restregando por la cara—. Y este es Daniel.

—Su prometido —dice Daniel.

—Exprometido —le corrijo—. Tuvimos algunas «diferencias».

—Vaya, así que este es el ex —dice Freddie—. Me han contado todo sobre ti, tío.

Daniel empieza a caminar de un lado a otro. A la cuarta vuelta que le da a la habitación, se fija en el consolador que hay sobre la mesa.

—¿Qué coño...?

—Cariño, tienes que ver la película —le dice Eva con entusiasmo a modo de explicación.

Joder. Creo que necesito ver la película ahora que sé que Freddie es la estrella. No sé mucho de *Edge of Eden*, solo que es un relato erótico sobre un abogado amante del sadomasoquismo que tiene una aventura con la mujer a la que defiende. Creo que está acusada de asesinato o algo así; vamos, la historia de siempre.

No me puedo creer que haya estado pasando el rato con una estrella de cine todo este tiempo... ¡No me puedo creer que me haya visto desnuda! Ay, Dios mío, no me puedo creer que le pidiera que me sirviera una copa. Probablemente sea uno de los hombres más famosos del planeta ahora mismo y yo le pedí una maldita copa. A ver, también es verdad que me la preparó sin rechistar, pero aun así...

—Eva, Dan, ¿os quedáis a comer? —les pregunta Freddie, bailando conmigo en tono juguetón—. Nosotros normalmente volvemos a la cama a estas horas, pero...

Nos interrumpe un empleado del hotel, que entra de sopetón por la puerta con Savino pisándole los talones.

—Por favor, permítanme que me disculpe —dice el hombre—. Ha habido un malentendido terrible. Nunca nos había pasado algo así, instalar a unos huéspedes en una habitación en la que ya se alojan otros clientes. El señor Tyler llamó para avisar de que llegaría un par de días tarde, y la señora Tyler también mencionó que el señor Tyler se incorporaría más adelante...

Mierda, es verdad que dije eso, ¿no? Aunque no tenía ni idea de que se le iba a ocurrir presentarse de verdad, ni de que llamaría

antes para avisar de que le esperasen.

Observo cómo la atención del pobre hombre pasa del grupo al juguete sexual que hay sobre la mesita baja. Tengo que tirar ese trasto al mar. El tipo simplemente se encoge de hombros, restándole importancia, como si estuviera curado de espanto. No se va a dejar impresionar por un triste consolador del montón.

—Como gesto de buena voluntad, nos gustaría instalar a nuestros nuevos huéspedes en una habitación nueva. Aquí, en San Valentino, solo queremos amor.

—Oh, estupendo —dice Eva.

—Reservé una suite —insiste Daniel, redirigiendo su enfado hacia el empleado del hotel—. Reservé una suite, así que quiero una suite.

—La suite la reservé yo —puntualizo.

—Tenemos una disponible justo al lado —responde el hombre—. Pero habría que pagarla...

—El dinero no es un problema —replica Daniel.

Eva sonríe de oreja a oreja. Seguro que se cree que ha caído de pie.

—Ni se te ocurra tocar nuestra cuenta bancaria conjunta —le advierto—. Y menos para pagarte unas vacaciones con tu amante.

El pobre empleado del hotel tiene pinta de desear estar en cualquier otra parte.

—De hecho, mis padres nos regalaron dinero por la boda —responde Daniel—. Usaré ese.

Hiervo de rabia. Qué cabrón más grande. No sé si este es su verdadero yo o tan solo una reacción instintiva a la situación con Freddie, que parece estar encajando sorprendentemente mal.

—Por favor, vengan por aquí —les dice el empleado—. Y están todos invitados a cenar en el Ristorante Sabatini. Quizás mañana por la noche.

—Fantástico —dice Freddie.

Mientras acompañan a Daniel y Eva hacia la puerta, él se gira para mirarme, clavándome los ojos con verdadero resentimiento.

En cuanto se van, Freddie me suelta de inmediato. El espectáculo ha terminado oficialmente.

—Lo siento, espero no haberme pasado de la raya —dice a toda prisa—. Lo he oído desde fuera y... no sé, he pensado que a lo mejor si fingía que estábamos juntos...

—Gracias —digo, limpiándome la lágrima que se me ha escapado. Sin embargo, a Freddie no le ha pasado desapercibida.

—Oye, ¿quieres que me vaya? —dice—. ¿Prefieres quedarte a solas y luego me paso a ver cómo estás?

—Gracias —le digo.

Freddie me da un suave apretón en el hombro antes de volver a salir.

Al principio, ver a Daniel solo me dio rabia. Luego, cuando Freddie intervino, empecé a sentirme triunfante. Pero no era un triunfo genuino. En el fondo, no me estoy acostando con una estrella de cine. Aun así, fue genial que los dos me vieran aquí con un actor de Hollywood de verdad, en vez de hecha un mar de lágrimas abrazada a una botella de champán y un bote de Nutella.

Ahora que se están instalando en la suite de al lado... solo siento náuseas. La idea de compartir pared con ellos me pone enferma; saber que están ahí detrás juntos, oírlos al otro lado...

Siento como si tuviera un pie en el paraíso y el otro en el infierno, y ahora lo único que quiero es volver a casa.

Capítulo 14

Día 6

Siempre puedes confiar en tu mejor amiga para que te dé un buen consejo, y el consejo de Ali respecto a la aparición de Daniel fue: «Que le follen. Que le follen a él y a la estúpida barbie de su novia también».

No imagino que lo dijera en sentido literal, pero con Ali nunca se sabe.

Me dijo que bajo ninguna circunstancia se me permitía abandonar estas vacaciones solo porque ellos hubieran aparecido. Dice que yo estaba aquí primero y que debería mantenerme firme.

Decidí no contarle lo de Freddie, porque me imagino que su consejo habría sido exactamente el mismo: «Que le follen», y esta vez lo diría en sentido literal. Ali es una firme defensora de que la mejor forma de superar a un hombre es poniéndose debajo de otro, pero yo no puedo hacer eso. Incluso si pensara que es una buena idea, no creo que fuera lo bastante valiente para intentarlo. Ahora mismo no es que tenga la autoestima rindiendo a plena potencia, precisamente.

Le respondo al mensaje, le digo que no se preocupe por mí y que disfrute de su cita de esta noche. No tiene sentido que las dos estemos sin vida amorosa, ¿verdad?

Alguien que no carece de vida amorosa es Daniel, mi ex. ¿Debería llamarlo mi ex ahora? Supongo que se me hace raro porque nunca rompimos formalmente, pero vaya si lo hemos hecho; y, si me

quedaba alguna duda, el hecho de que pueda oír a Eva chillar a través de la pared es toda la confirmación que necesito.

Unos golpes en la puerta principal me sacan de mis pensamientos.

Llevo atrincherada aquí desde ayer y solo he abierto la puerta una vez, anoche, para dejar entrar al servicio de habitaciones. E incluso entonces solo la abrí unos segundos, y apenas lo justo para tirar del pobre repartidor hacia dentro antes de cerrarla rápidamente a sus espaldas. Imaginé que aquello podía resultar un poco extraño, así que tuve la previsión de ocultar mi (no) consolador, pero solo treinta segundos antes de abrir la puerta, por lo que ahora mismo reside debajo del sofá.

Sin embargo, esta mañana no he pedido nada (todavía), y obviamente no espero visitas. Me tienta fingir que no estoy, pero, a decir verdad, esta no es mi casa.

Al abrir la puerta, la luz brillante del sol me abrasa los ojos y me hace entrecerrarlos. He tenido todas las cortinas y persianas cerradas desde ayer, porque odiaba la idea de que Daniel y Eva estuvieran retozando por ahí junto a la piscina, miraran hacia dentro y me vieran sola o, peor aún, que ni siquiera se les pasara por la cabeza mirar en mi dirección porque están demasiado absortos el uno en el otro.

—No sabía que eras un vampiro —oigo decir a Freddie.

Al obligarme a abrir los ojos, lo veo de pie frente a mí, con la luz del sol creando una especie de resplandor angelical alrededor de su cuerpo.

—No sabía que eras una estrella de cine —respondo—. Así que lo dejaremos en empate.

—No te lo estaba ocultando —me dice—. Al principio creí que lo sabías, y luego, cuando me di cuenta de que en realidad no tenías ni idea de quién era, resultó bastante agradable.

Supongo que puedo entenderlo, y tampoco siento que intentara engañarme; solo me da vergüenza no haberme dado cuenta de que era él.

—Gracias por lo de ayer —le digo—. Me hiciste un favor enorme. No tenía ni idea de que iban a aparecer. Fue supervergonzoso.

—Siento que ahí hay un tema de conversación —dice.

—Lo hay —respondo. No creo que tenga ganas de oírlo—. Bueno, gracias. No tiene gracia estar soltera en esta isla, pero tiene menos gracia aún que aparezca tu ex.

—Por eso estoy aquí, en realidad —dice él.

—¿Ah, sí?

—¿Puedo pasar?

—Sí, perdona —digo apartándome a un lado—. Pasa.

—Primero probé por la puerta de la terraza —comenta al pasar a mi lado.

—Sí, me estoy escondiendo —confieso—. Y, después de lo de ayer, tenerla abierta es como invitar a los problemas a entrar.

Freddie toma asiento en la mesa del comedor, así que me siento frente a él.

—Bueno, ¿qué te parecería salir de tu escondite? —pregunta.

—No me entusiasma la idea.

—Sabes que ayer te hice un gran favor... —empieza.

—Sí...

—Bueno, y no es por eso por lo que lo hice, pero he estado pensando que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Se te ha presentado alguna ex a la que quieras dar celos conmigo? Porque, francamente, yo no sirvo para eso.

Me río torpemente de mi propia broma autodespreciativa. Ali siempre me echa la bronca por burlarme de mí misma. Dice que las mujeres ya tienen bastante con lo que lidiar y a suficientes personas riéndose de ellas, así que no deberíamos hacerlo nosotras. Creo que no le falta razón. Ali es auténtica sin pedir disculpas, y es una de las personas más felices que conozco. Le da igual lo que la gente piense de ella y, desde luego, no necesita la validación de ningún hombre. Si algún hombre se atreviera a dejarla, ni siquiera tendría que echarse a temblar (aunque ella puede dar bastante miedo), porque simplemente a Ali le importaría un bledo. No quiere estar cerca de gente que no quiere estar cerca de ella. Siempre he deseado ser más como Ali, pero me faltan agallas. Tal vez ahora que vuelvo a estar soltera y voy a tener que endurecer la piel, debería esforzarme un poco más por ser como ella; al menos en las cuestiones del corazón.

—Nada de eso. —Freddie se echa a reír—. Tengo muchísimas ganas de darme un masaje, pero, como ya sabes, no puedo porque son solo para parejas.

—¿Quieres que te dé un masaje?

Freddie se ríe aún con más fuerza.

—No, Lila, quiero que vengas a darte un masaje conmigo. Piénsalo: podemos hacer todas las actividades de pareja juntos. Y, como beneficio adicional para ti, cabrearás a tu ex.

Ay, Dios, seguro que ahora se piensa que quiero darle un masaje. Aparto la vergüenza de mi mente y sopeso su propuesta.

—No le hizo mucha gracia vernos juntos, ¿verdad? —digo.

—Cuando te abracé y se te abrió el albornoz... maldita sea, pensé que iba a reventar de rabia.

Y de verdad que lo parecía. Nunca lo había visto echar chispas de esa manera.

—Fue un buen detalle, por cierto. No es asunto mío por qué lo llevabas puesto para empezar, pero... —Creo que me ve hacer una mueca—. Hagas lo que hagas, creo que vas a disfrutar tocándole las narices.

—O sea, que vamos a fingir que estamos juntos solo para poder hacer las cosas de pareja, ¿no? —pregunto para aclarar, porque me preocupa haberme montado una película yo sola.

—Exacto —responde con entusiasmo—. ¿Por qué deberíamos sufrir por estar solteros?

Me parece increíble que una estrella de cine nos meta en el mismo y triste saco de solterones. En serio, podría tener a la chica que quisiera. Supongo que estando aquí, rodeado de parejas, no hay chicas solteras a las que pueda echar el lazo, aparte de mí por alguna extraña coincidencia; y, vamos a ser sinceros, ni siquiera se molestaría en mirarme dos veces. Y ya ni me meto en lo de nuestras ligas en lo que a atractivo físico respecta (*spoiler*: no jugamos en la misma liga). Hasta ahora, lo único que ha visto de mí es que soy una pesadilla andante, que me presento aquí con más equipaje que Mariah Carey y que me paso el día discutiendo con mi ex, quien, por cierto, ya ha pasado página. Ahora mismo no estoy en mi momento de mayor atractivo, y sin duda la única razón por la que Freddie me ha invitado a pasar el rato con él es por descarte, pero no pasa nada. Quiero hacer todas las cosas divertidas que ofrece la isla y, por supuesto, quiero restregárselo a Daniel un poquito por la cara. Al

fin y al cabo, es lo que él me está haciendo a mí al quedarse aquí con Eva. Si fuera un hombre de verdad, cuando apareció por aquí y descubrió que yo estaba en el resort, se habría dado la vuelta y se habría marchado a casa. Aunque supongo que, si fuera un hombre de verdad, para empezar no me habría puesto los cuernos.

Tengo el extraño reflejo de intentar recuperarlo. No porque lo quiera, sino porque me fastidia que sea feliz con su amante. No me puedo creer que fuera a seguir adelante con la boda; eso es lo que no me cabe en la cabeza. Tal vez lo quería absolutamente todo, y Eva se lo iba a permitir. Me pregunto cuánto tiempo habría seguido jugando a dos bandas si no lo hubiera pillado. Ahora mismo estaríamos aquí sentados, dándonos la gran vida en el paraíso, sin ninguna preocupación en el mundo. Yo viviría en la dichosa ignorancia mientras él se escabullía para llamarla a escondidas.

Uf, la rabia me retumba en las entrañas y busca a gritos una forma de salir. ¿Sabes qué? Un masaje es exactamente lo que necesito.

—Un *showmance* parece divertido —le digo.

—¿*Showmance*? Me gusta —responde—. ¿Quieres ir a darte uno ahora?

Dudo un instante.

—Tienes que ir con la cabeza bien alta —me dice—. Te mereces algo mucho mejor que él, y ella no te llega ni a la suela de los zapatos.

—De acuerdo, vale, vamos —digo con una sonrisa incómoda—. Tampoco hace falta que me bombardees a base de halagos. Voy a prepararme.

—Vale, genial —responde—. ¿Abro las cortinas?

—Claro —digo. Ya estoy lista para enfrentarme al mundo.

Freddie abre la cortina y deja a la vista a Daniel y a Eva en la piscina exterior. Sus movimientos captan la atención de la pareja y hacen que miren hacia dentro. Freddie les dedica una enorme sonrisa y un saludo con la mano; Daniel lo ignora, pero Eva se lo devuelve con tanto entusiasmo que se cae de la colchoneta.

No puedo evitar sonreír... ante todo eso.

Freddie se vuelve y me guiña un ojo.

—¿Lo ves? —comienza—. Esto lo va a volver loco.

Capítulo 15

Por lo general, se me da bastante bien meditar las cosas. Puede que no sea la más organizada del mundo ni tenga las mejores ideas, pero reflexiono sobre mis decisiones e intento hacerlo lo mejor posible.

Tomemos como ejemplo mi boda... bueno, mi intento de boda. Hice absolutamente todo lo que estaba en mi mano para asegurarme de que el día saliera bien. Desde la distribución de los asientos hasta la comida, pasando por el lugar del evento. Lo pensé a fondo.

Lo mismo ocurre con mi casa. Podría haber insistido en que la primera habitación que decorásemos fuera mi despacho; eso fue lo que dijo Daniel que podíamos hacer cuando me convenció de que hiciéramos una oferta de compra. Pero luego, cuando nos mudamos y nos dimos cuenta de que teníamos que vivir allí, dejé lo de mi despacho en un segundo plano para poder tener una cocina y un baño decentes, porque puedo escribir con el portátil en cualquier sitio, pero solo puedo usar el baño como baño, ¿no?

Siento que estos ejemplos fueron decisiones y planes que tomé con la cabeza despejada y una mentalidad positiva. Todos ellos formaban parte de un plan más general, pensados para hacer que el resto de mi vida fuera mejor.

Hoy, no creo haber pensado bien las cosas, pero claro, hoy tampoco estaba pensando en el panorama general.

Cegada por la necesidad de venganza y el deseo de disfrutar de los lujos de la isla, decidí emparejarme con Freddie. En teoría, todos

salimos ganando en esta situación, porque consigo darle celos a Daniel y, de paso, me dan un buen masaje.

En la práctica, no me puedo creer lo poquísimo que lo he pensado. Llevo días persiguiendo un masaje en el spa del hotel, y con Freddie a mi lado por fin puedo recibir un masaje en pareja... pero ahí radica precisamente el problema. Freddie está a mi lado; justo a mi lado.

Lo único que pensé respecto a los masajes en pareja era que debía tener pareja para recibir uno. Lo que no tuve en cuenta fue que un masaje en pareja implica que a los dos nos den un masaje a la vez, y para que nos den el masaje a la vez, estamos tumbados el uno al lado del otro, completamente en pelotas.

Estamos tumbados bocabajo en las camillas, y solo unas pequeñas toallas blancas nos cubren el trasero. Ha sido un poco incómodo cuando nos han dicho que nos quitáramos la ropa, porque las dos personas que iban a darnos el masaje nos dieron algo de intimidad, pero nosotros no teníamos ninguna intimidad entre nosotros. Pasamos tanto tiempo intentando averiguar cómo desnudarnos sin enseñarle nada al otro que las masajistas dieron por hecho que ya estábamos listos y entraron mientras intentábamos tumbarnos de manera torpe y sin habernos desnudado del todo.

Nos mostramos tan torpes, de hecho, que cuando colocaron el pequeño reposabrazos entre las camillas, diseñado para que las parejitas enamoradas puedan cogerse de la mano mientras reciben el masaje, no nos quedó más remedio que hacerlo. De lo contrario, habríamos parecido aún más raros.

Así que aquí estamos Freddie y yo. Le doy la mano a un hombre que conocí hace solo unos días, en esta habitación iluminada con

velas, con música romántica sonando en el ambiente y el dulce aroma a manteca de cacao inundando nuestras fosas nasales, mientras nos dan un masaje.

El masaje en sí es una gloria, pero la incómoda situación con Freddie me hace sentir estresada. Me da pena la masajista que me atiende, porque tan rápido como ella disipa mis nervios amasándome, mi cerebro crea nuevas dosis de estrés.

Tenemos las almohadas colocadas a la perfección para que podamos mirarnos a los ojos. En su mayor parte, yo he mantenido los míos cerrados, pero, cuando los abro un segundo, Freddie me sonríe o pone muecas de dolor en tono de broma. Supongo que esto podría haber sido mucho más extraño con un desconocido diferente. Por suerte, ambos sabemos a la perfección dónde encajamos en esta relación falsa: estamos incómodamente cerca el uno del otro, pero de forma estrictamente platónica.

Gracias a Dios, antes de empezar nos avisaron de que iba a ser un masaje silencioso. Nos animaron a cogernos de las manos y a mirarnos fijamente a los ojos, pero a intentar no hablar y a centrarnos, en cambio, en el ambiente relajante y en el amor que había en la sala.

Sé que solo estoy aquí con Freddie por pura necesidad, pero si las cosas hubieran salido según lo planeado, estaría aquí con Daniel y, si soy completamente sincera, no puedo imaginarme estar aquí con él.

Conocí a Daniel hace cuatro años, en un momento en el que no esperaba conocer a nadie. Fue justo antes de firmar mi primer contrato editorial, cuando me desvivía por conseguir que me publicaran. Una vez que escribes tu primer libro y empiezas el desmoralizador proceso de tratar de encontrar un agente, una

editorial o ambas cosas, te das cuenta de que escribir el libro en realidad fue la parte fácil.

Nunca he sido de las que piensan que todo saldrá bien solo porque lo deseo con fuerza. Así que no es que enviara mi libro al mundo pensando que iba a conseguir un contrato editorial, pero no lo habría mandado si no pensara que era bueno; magnífico, incluso.

Lo envié y la espera se convirtió en una agonía... Y entonces empezaron a llegar las cartas de rechazo, lo que fue muchísimo peor.

Lo primero que te dice la gente es que J. K. Rowling recibió un montón de cartas de rechazo antes de que se publicara el primer libro de Harry Potter, y ahora es la primera autora multimillonaria. Supongo que, a nivel técnico, aquello debería haber sido un consuelo, pero sé que por cada J. K. Rowling hay un montón de autores que no lo logran jamás, y me preocupaba acabar convertida en uno de ellos.

Creo que albergaba fantasías sobre dejar el trabajo que odiaba para convertirme en una novelista de éxito mundial. Ahora sé que la cosa no funciona así; hacen falta años y años de duro trabajo y unos cuantos libros publicados antes de poder vivir cómodamente de este oficio.

Yo no me imaginaba que, justo cuando decidí que estaba a punto de rendirme, me hallaba a pocos días de firmar mi primer contrato editorial. Pero antes de recibir la buena noticia, tomé la decisión de que necesitaba encontrar otro empleo, de modo que concerté una cita con un técnico de selección de personal.

Con mi licenciatura en Literatura Inglesa y unos cuantos años trabajando en redes sociales a mis espaldas, decidí probar suerte y

buscar un puesto de redactora. Podía no ser lo que yo quería escribir, pero se trataba de escribir algo de más de ciento cuarenta caracteres.

Entré a la reunión con el técnico de selección y me sentaron frente a un chico de aspecto hípster. Estaba delgado, tenía el pelo peinado hacia atrás y una larga barba desaliñada. Llevaba un traje que le hacía parecer recién salido de *Peaky Blinders*, como si en lugar de estar en una empresa de recursos humanos debiera estar trabajando en alguna barbería de precios astronómicos. Por no hablar de su marcado acento de Yorkshire del Sur, que parecía tan fuera de lugar entre tanto sureño y le hacía destacar aún más como alguien recién llegado de una época pasada. Era Daniel.

Al principio, me hizo preguntas sobre mi experiencia laboral y mis metas profesionales, pero después las preguntas se volvieron un poco más personales. Empezó a preguntarme qué hacía para divertirme y cuáles eran mis comidas favoritas. Pensé que era un método un tanto poco ortodoxo, pero le seguí la corriente; después de todo, quería cambiar de trabajo a toda costa, y Daniel era un regalo para la vista.

No conseguí el trabajo, pero sí una cita con Daniel. La buena noticia sobre el libro llegó unos días después de esa primera cita, y a medida que mi trabajo iba viento en popa y mis sentimientos por Daniel crecían, me sentí en la cima del mundo.

Daniel no era como los demás chicos, algo que me gustaba y me resultaba algo frustrante a partes iguales.

Me gustaba que no fuera el típico machito de turno. Jamás soñaría con irse a Magaluf a pasar unas vacaciones desmadradas con los colegas, para acabar volviendo quemado por el sol, rojo

como un tomate y con un grave caso de clamidia. Aunque le gustaba ver el fútbol, era lo más opuesto a un *hooligan* que te pudieras imaginar, y la palabra «cachondeo» sencillamente no existía en su vocabulario. Nunca me preocupó que fuera por ahí picoteando de flor en flor, haciendo malabares con tías en *Match*, *Tinder*, *Plenty of Fish* y *Bumble*, encadenando citas con un montón de chicas a la vez que salía conmigo. Creo que por eso su infidelidad me ha dejado en tal estado de *shock*, porque en el fondo te esperas que la persona con la que sales vea a otras en los primeros tiempos, pero a Daniel simplemente no le interesaba nadie más y no tardamos mucho en oficializar nuestra relación y hacerla exclusiva.

Por otro lado, de lo que no estaba tan segura con Daniel era de su falta de expresividad emocional. Tardé un poco en darme cuenta de que de verdad estábamos saliendo. Al principio, las cosas parecían mucho más informales, y Daniel no es que mostrara precisamente su lado cariñoso. Tuve que dar yo el primer paso para nuestro primer beso; y también para la primera vez que nos acostamos, semanas después, algo bastante más lento de lo que cabría esperar del hombre promedio. Al final sí que me expresó sus sentimientos en voz alta, pero ese aspecto más mimoso y de contacto físico que me suele encantar en una relación nunca llegó. Pero así era Daniel. Supuse que simplemente era el típico hombre reservado, el estereotípico tío del norte, de esos que no van mostrando sus sentimientos a flor de piel.

Así que, supongo que, como a Daniel nunca le han entusiasmado las cursilerías, sabía que venir aquí solo iba a ser romántico hasta cierto punto. Creo que tenía la esperanza de que estar en Valentine

Island sacara a relucir un poco más su lado tierno, pero en el fondo sabía que jamás conseguiría que hiciera algo así.

Supongo que, pensándolo bien, incluso si la boda hubiera seguido adelante, en realidad no tendría a nadie con quien hacer este tipo de cosas y estaría en la misma situación que ahora. Y, si cargara con un maridito, de ninguna manera habría podido llegar a un acuerdo con Freddie para pasar las vacaciones fingiendo ser una pareja de amigos.

De repente, me siento un poco menos estresada. Justo cuando termina el masaje.

El masajista y la masajista se retiran para que Freddie y yo podamos volver a vestirnos.

—Bueno, eso ha sido raro, ¿no? —bromea, todavía tumbado bocabajo en la camilla.

Yo tampoco hago el menor amago de moverme.

—Un poco —digo—. No me había dado cuenta de que un masaje en pareja fuera una actividad tan de parejitas.

—Bueno, pues ahora ya lo sabemos.

—Ahora ya lo sabemos —respondo, devolviéndole la sonrisa.

—¿Prefieres levantarte primero o segundo? —pregunta.

—Mmm, primero —digo, incapaz de encontrar un motivo para ninguna de las dos opciones, aparte de volver a vestirme lo antes posible.

Freddie entierra la cara en el cojín de la camilla para darme la mayor intimidad posible. Me pongo a toda prisa el bikini, los *shorts* vaqueros y mi *crop top* blanco de Hollister.

—Lista —digo mientras me suelto el moño, dejando que mi largo pelo me caiga alrededor de la cara.

—Qué rápida —responde.

—Sí, he aprendido la lección de antes, cuando nos pillaron intentando escondernos detrás de unas toallas.

—Entonces yo también seré rápido —contesta.

Me doy la vuelta, obediente, mientras Freddie se viste.

Frente al aparador donde guardan todas las cremas, me quedo admirando las velas que hay encima. Además del relajante parpadeo de su luz, desprenden un olor absolutamente delicioso; no sabría decir exactamente de qué es. Al acercarme para aspirarlo bien, me encuentro a la altura del espejo, y en el reflejo veo a Freddie de espaldas, completamente en pelotas. Se le ve tan en forma y tan musculoso, como un auténtico superhéroe...

Me asusto al pillarme a mí misma de mirona accidental y me enderezo de golpe. Al hacerlo, mi pelo golpea una de las velas y la derriba, lo que hace que, en un abrir y cerrar de ojos, una toalla sobre la mesa empiece a arder.

—¡Mierda! —suelto de sopetón.

Freddie, que se ha puesto los pantalones cortos a toda velocidad, empapa rápidamente otra toalla en el lavabo y la coloca sobre la que está ardiendo para apagar las llamas. Lo consigue, pero no sin que antes se dispare la alarma de incendios del techo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, justo en el momento en que los empleados del hotel, presos del pánico, empiezan a irrumpir en la sala.

—Yo, estoooo... No lo sé —miento.

A ver, no voy a contarle el sofoco que me ha provocado con esas vistas, ¿verdad?

Capítulo 16

Esta noche, Freddie y yo vamos a cenar juntos... y, por raro que parezca, estoy aterrada.

Al tener mi ruptura tan reciente, y al haber sido tan inesperada, no he tenido mucho tiempo para pensar en qué pasará a continuación, pero supongo que en algún momento deberé tener una cita con otro hombre, a menos que quiera morir sola. Y nadie quiere eso, ¿verdad?

En cierto modo, tener una cita con Freddie supone mucha menos presión porque no hay nada romántico entre nosotros, así que no es como si necesitara que saliera especialmente bien. Por otro lado, que no necesite que salga bien no significa que no deba aspirar a ello.

Fijémonos en lo de antes, por ejemplo. Si esa hubiera sido mi primera cita con Freddie, habría sido un desastre absoluto (o, si por algún milagro hubiéramos seguido juntos, una historia de la leche para contarles a nuestros nietos). En primer lugar, fue incómodo. Muy incómodo. Desde lo de desnudarnos el uno delante del otro hasta lo de darnos la mano a la fuerza; y luego está la guinda del pastel, ya sabes, cuando le prendí fuego a la habitación. No creo que yo jamás tuviera una segunda cita con alguien que hubiera provocado un incendio simplemente por ser una persona torpe, por muy estrella de cine que fuera. Lo que me lleva a mi siguiente punto...

Ahora mismo, Freddie es uno de los hombres más deseados del mundo, tanto por lo famoso que es como por lo increíblemente sexi

que resulta. Por un lado, en el mundo real, Freddie jamás se fijaría dos veces en una chica como yo; de hecho, ni siquiera acabaría en la misma habitación que una chica como yo. Así que es increíble que haya terminado compartiendo con él una mesa para cenar a la luz de las velas. Si vas a tener una primera cita de prueba con alguien, ¿por qué no practicar con el hombre más sexi del mundo, verdad? Y no son palabras mías (aunque me tienta decirlo), sino de la revista *People*, en su reportaje anual del «Hombre más sexi del mundo».

Mientras estaba en la bañera arreglándome para esta noche, he hecho lo que haría cualquier chica que se precie. He investigado a fondo a mi cita, aunque no sea una cita de verdad. Normalmente me limitaría a escribir el nombre de mi cita (o, en los últimos años, el nombre de la cita de Ali, porque ella no es tan previsora con su seguridad como yo) en las redes sociales para cotillear fotos de sus exnovias y de sus vacaciones. Con Freddie, averiguar lo que quiero saber sobre él es lo más fácil del mundo, porque internet está plagado de todo lo que pudieras querer saber sobre Freddie Bianchi, y cuanto más leo, más quiero saber.

Si hay algo que sé sobre los libros de *Edge of Eden*, es que han sido los responsables del despertar sexual de muchísimas mujeres. En el fondo lo sabía cuando el primer libro se convirtió en un bombazo, y todo el mundo y su tía (literalmente, su tía, lo cual no es una imagen mental muy agradable para nadie) no paraban de hablar del tema, de lo increíble que era su lectura y de cómo había reavivado sus vidas sexuales. A mí nunca me ha ido mucho la literatura erótica, así que siempre me he mantenido al margen de la saga; y luego, cuando la película se estrenó a finales del año pasado, también pasé de verla.

Puedo perdonarme por no haber reconocido a Freddie. En la vida real, no se parece demasiado al personaje que interpreta: Edward Eden, un importante abogado con afición a la justicia y al BDSM. Freddie parece una mezcla entre un surfero de Los Ángeles y un coloso de Muscle Beach. Tiene el pelo castaño, más bien largo y alborotado, un poco como Kit Harington en *Juego de tronos*, y un estilo de vestir muy informal. Edward Eden, por otro lado, lleva traje durante toda la película; de hecho, las únicas veces en las que no lleva traje, está completamente desnudo (al menos eso es lo que he leído... Estoy considerando la posibilidad de verificarlo por mí misma). Su pelo es mucho más oscuro, prácticamente negro, y siempre lo lleva engominado hacia atrás. Tiene una especie de aura melancólica e introspectiva, mientras que Freddie casi siempre tiene una sonrisa adorable en la cara.

Me encanta estar hablando de ellos como si fueran dos personas diferentes, cuando en realidad es solo una persona actuando. Debe de ser un buen actor, porque cuando ayer entró en mi *suite* y me besó en la mejilla delante de Daniel, pensé de verdad que se había dado un golpe en la cabeza en la piscina o algo parecido.

—A ver, puede ser una putada que apareciera tu ex, pero al menos nos ha servido para conseguir esta cena esta noche —dice Freddie desde el otro lado de nuestra mesa iluminada por velas.

Ah, casi me había olvidado de esto. Por supuesto, esta es nuestra cena gratis, y no algo que Freddie haya organizado porque (todos a coro, por favor): esto no es una cita de verdad.

—Sí —respondo—. El lado positivo.

—Por cierto, estás absolutamente deslumbrante —dice.

Me miro mi vestido de cóctel negro con escote Bardot y cordones en la parte delantera. Otro vestido que me compré solo para la luna de miel, y que adquirí con una fantasía muy concreta en mente. Habrá quien opine que ponérselo para cenar con una estrella de cine americana supercachas es mucho más una fantasía que ponérselo con tu flacucho marido del norte, pero a mí solo me recuerda todo lo que he perdido.

—No hace falta que me piropees, no hay nadie cerca —le recuerdo, aunque supongo que es una buena costumbre a la que habituarse, para cuando sí tengamos público.

—Tal vez lo decía en serio —apunta él.

Tal vez sí, pero lo más probable es que no.

Por la noche, el ambiente en el Sabatini es completamente distinto. Pasa de ser una cafetería italiana fresca e informal a un restaurante italiano romántico. Todo sigue igual, desde las mesas de mármol blanco hasta las frondosas plantas verdes repartidas por toda la sala. Lo único que cambia son la música y las luces. Suena una música italiana tan romántica que parece irreal, lo bastante alta para que la oigas, pero lo bastante baja como para permitir mantener una conversación en condiciones; y las luces son tenues (la mayor parte de la iluminación proviene de las velas de las mesas y de las lucecitas de hadas que se esconden entre las hojas de las plantas). Con la disposición de las mesas, más separadas de lo normal entre sí, y la iluminación situada justo en el punto perfecto para que cada mesa exista bajo su propio y pequeño haz de luz, es fácil olvidar que hay alguien más aquí. Hasta que el camarero se acerca a la mesa, por supuesto.

Hablando del rey de Roma, el camarero nos sirve los entrantes. Freddie se ha pedido unas albóndigas milanesas servidas en salsa de tomate con queso Gran Moravia. Cuando el camarero se las pone delante, se le iluminan los ojos.

—La verdad es que es la cuarta vez que las pido desde que llegué —me cuenta—. Es que están buenísimas.

Deben de estarlo, si se ha obsesionado tanto con ellas. Me pregunto cuánto tiempo llevará aquí, y por qué decidió venir precisamente a Valentine Island, completamente solo.

Siento un poquito de envidia por las albóndigas de Freddie, pero solo hasta que me ponen delante mis *arancini* sicilianos. Bolitas de *risotto* hechas a mano, con *mozzarella* y guisantes, rebozadas en pan rallado y servidas con una *tapenade* de pimiento rojo; huelen absolutamente increíble. A duras penas consigo esperar a que el camarero se vaya antes de lanzarme a por el tenedor.

—Al menos podemos charlar mientras hacemos esto —dice Freddie.

—Es verdad —coincido, aunque me entusiasma mucho más el tema de comer que el de hablar.

Mientras Freddie le hinca el diente a sus albóndigas, se me ocurre algo.

—¿Eres italiano? —le pregunto.

—¿Yo? —responde. Parece un poco confundido por mi pregunta —. Ah, no. ¿Lo dices por mi apellido? No, no soy italiano. Mi verdadero nombre es Freddie Wells.

—Freddie Wells suena a nombre de actor —digo entre bocados de lo más entusiastas.

—Y lo es —contesta—. Porque así es; ya hay un Freddie Wells famoso. Así que, a la hora de elegir un nombre nuevo, decidí hacerle un homenaje a alguien que siempre había creído en mí: la señorita Bianchi, mi profesora de teatro.

—Vaya, qué bonito —digo.

—Sí, se emocionó un montón cuando se lo conté. Siempre ha estado muy orgullosa de mí. Dice que soy su mejor obra.

—Bueno, es que ahora mismo no hay nadie más importante que tú —respondo.

—Si tú ni siquiera sabías quién era —dice con una carcajada incontrolable, una que deja a la vista sus dientes blancos y perfectos, sus adorables hoyuelos y ese brillo en la mirada.

—Ya lo sé... Qué corte.

—No te preocupes —insiste—. Me gusta. Las cosas han sido una locura últimamente... Demasiado locas. Nadie sabía quién era antes de la película de Eden y, aunque sabía que las cosas cambiarían, no me imaginaba hasta qué punto. No puedo ir a ninguna parte. No puedo hacer nada. Cosas como ir a tomar un café o a la tienda a por papel higiénico... No puedo hacerlas, no sin que acabe saliendo en TMZ. Todo el mundo quiere saber qué me pongo y con quién salgo, y, sencillamente, no aguantaba más.

—Fíjate, eso de ser famoso parece muy atractivo para las plebeyas como yo. Pero tú haces que suene horrible...

—No es horrible —dice—. O, al menos, no lo es siempre. Es increíble conseguir por fin un papel en una película que la gente quiere ver. El dinero es fantástico, y el trato especial no viene nada mal... Pero necesitaba un respiro. Que la prensa esté constantemente intentando averiguar con quién sales, cuando en

realidad no sales con nadie, llega a cansar bastante. No se creen que estés soltero, sino que estás ocultando algo. A veces es sencillamente demasiado, que es precisamente la razón por la que he acabado aquí.

Saboreo mi último bocado de *arancini*, desolada por estar acercándome al final de mi entrante, pero emocionada por mi plato principal. Siento como si ahora estuviera comiendo por placer, y por disfrutar de los sabores, en lugar de por querer engordar por despecho; porque eso le daría una lección a Daniel, ¿verdad? (Falso, no serviría absolutamente de nada).

—Entonces, ¿por qué decidiste venir aquí? —le pregunto—. A Valentine Island...

—¿Por qué lo hiciste tú? —responde, devolviéndome la pregunta.

—Esto, porque ya lo había pagado —le digo—. Y porque quería huir lejos, rápido, y ya tenía esto reservado justo para la fecha en la que me venía de perlas tener un sitio al que escapar.

—Eso tiene sentido —responde él—. En mi caso... Supongo que también quería escapar, pero no sabía muy bien a dónde. Pensé en intentar buscar una isla privada, pero lo que de verdad quería era paz. No quería estar completamente solo.

—Ya me imaginaba que acabarías en plan Tom Hanks en *Náufrago* —bromeo.

—Pues por suerte he acabado aquí, contigo haciendo las veces de mi Wilson, en lugar de estar por ahí tirado solo, intentando abrir cocos a base de golpes.

Me río.

—Pero ¿por qué elegiste este sitio en concreto? ¿No sabías que era para parejas?

—La verdad es que sí —responde—. Es una especie de camuflaje a simple vista. Supuse que todos los que estuvieran aquí estarían demasiado embobados de amor como para fijarse siquiera en mí.

—¿Y qué tal te está funcionando? —pregunto.

—Si me pongo las gafas de sol y llevo el pelo revuelto, no sé, parece que a la mayoría de la gente le cuesta ubicarme porque solo me conocen por la película. Pero luego hay gente como tu..., esto, tu examiga, que te reconoce al instante.

—¿Les traigo algo más de beber? —nos pregunta el camarero.

—Sí, ¿me pone un *porn star martini*, por favor? —respondo.

Freddie pide una Peroni.

—No puedo beber muchos cócteles —me explica—. Son demasiado dulces.

—Y si en realidad no eres camarero, ¿cómo es que se te da tan bien prepararlos?

—Fui barman durante un tiempo —me confiesa—. Justo hasta que conseguí el papel de Eden, todavía curraba en bares mientras compaginaba mis pequeños papeles. Los papeles pequeños la verdad es que no dan dinero.

—¿Y los grandes? —pregunto como quien no quiere la cosa, quitándole importancia en tono de broma.

—Sí, esos pagan bastante mejor —dice entre risas.

—¿Qué fue lo primero que te compraste? —le pregunto con curiosidad—. Siempre me he preguntado cuál sería la primera gran compra que haría si algún día me hiciera de oro de verdad.

—Ah, no fue nada guay —dice, jugueteando con los cubiertos mientras se le enrojecen las mejillas.

—Oh, ahora tengo muchísimas ganas de saber qué fue —digo, emocionada.

Mi mente va a mil por hora, preguntándose qué cosa para nada guay podría haberse comprado con su primer gran cheque. Tal vez sea un fanático de los trenes a escala, o igual colecciona algo que no sea tan emocionante, como sellos o monedas.

—¿Segura que quieres saberlo?

—Oh, segurísima —respondo.

—Pagué la hipoteca de mis padres —confiesa—. No es que sea algo muy rocanrol que digamos, ¿eh?

Me quedo boquiabierta.

—Me esperaba alguna cutrez —le digo—. Eso es una pasada. A mí me encantaría hacer algo así por mis padres. ¡Me encantaría poder hacerlo por mí misma!

—¿Dónde tienes tu casa?

—Está en Londres. Aunque no en la parte bonita. Tienes que alejarte bastante para encontrar algo medianamente asequible. Nos compramos una casa para reformar.

—¿Tú y tu ex?

—Sip —respondo—. Aún no tengo ni idea de qué va a pasar con eso. Me da miedo hasta pensarlo.

El camarero me salva de una conversación difícil al ponernos las bebidas delante.

—¿Han terminado con los entrantes? —pregunta. Le decimos que sí.

Mientras el camarero nos retira los platos, doy un sorbo a mi bebida y él nota en mi cara una expresión de la que yo ni siquiera era consciente.

—¿Va todo bien con la bebida? —pregunta.

—Oh, sí, perdone... Está deliciosa.

No parece muy convencido.

—¿Va todo bien con la bebida? —pregunta Freddie.

Me río.

—Es solo que... no está tan rica como la que me preparaste tú —admito.

—Es bueno saber que no he perdido el toque —responde con orgullo, pero luego se le ensombrece el rostro.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Me hace un gesto hacia la izquierda con una mirada fugaz. Miro y veo a Daniel y a Eva sentándose a nuestro lado. ¡Oh, maravilloso! Me pregunto cuáles serán las probabilidades, pero estas son las mesas de lujo, reservadas para los huéspedes de las villas de lujo. No me puedo creer que esté aquí, con ella, usando un dinero que se suponía que era un regalo para los dos. No me puedo creer que se haya quedado con el dinero; debería devolverlo, como todos los demás regalos.

Mientras Eva parece bastante ocupada intentando ver a través de la camisa de Freddie a base de pura fuerza de voluntad, Daniel nos fulmina con la mirada.

Noto que Freddie los saluda con la mano y me doy cuenta de que es en respuesta a Eva, que parece creer que ya tienen la confianza suficiente para saludarse así.

—No sé qué más hacer —me dice entre dientes.

—No pasa nada —digo en voz baja—. No dejemos que nos arruinen la cena.

—Nada va a arruinar mi calzone —responde—. Sienta bien tomarse un descanso de la dieta sana.

Les echo un vistazo rápido, pero ya no miran hacia aquí; están mirando la carta y riéndose juntos. Algo tan sencillo, pero que me da muchísima envidia.

—Oye —dice Freddie intentando desviar mi atención de ellos—. ¿Estás bien?

—Estoy... bien.

No sueno ni remotamente bien; se me nota en la voz. No puedo ocultarlo.

—Perdona, ¿me pones un *porn star martini*, por favor? —le pide Freddie al camarero.

Le dedico una sonrisa de desconcierto.

—Todo va a salir bien —me dice mientras me tiende la mano para cogérmela. Cuando Freddie me acaricia la mano con la suya, siento un escalofrío que me recorre el brazo y baja por todo el cuerpo, pero entonces me doy cuenta de que lo hace en beneficio de Daniel y Eva, por el bien de nuestro *showmance*, así que corto de raíz mi entusiasmo.

—Gracias —le digo gesticulando solo con los labios.

—Te prometo que vas a pasar unas vacaciones increíbles, pase lo que pase —insiste.

Sonrío.

—Eso espero.

El camarero deja el cóctel de Freddie delante de él. Él coge el vasito de chupito de champán.

—Coge el tuyo —dice.

—¿Mi bebida?

—Sí, vamos a brindar —responde—. Eso es lo que dijiste que solíais hacer, ¿verdad? Con la minibebida gratis.

—Ay, Dios, eso fue lo que dije, ¿no? —respondo con una risa incómoda.

—Eso dijiste, así que venga —insiste levantando la copa.

Hago lo que me dice.

—¿Por qué brindamos?

—Por nosotros —dice—. Y por nuestra etapa de luna de miel.

—Por nuestra etapa de luna de miel —repito.

Noto que la sonrisa se me ensancha tanto que me temo que se me va a salir de la cara. Mientras Freddie me acaricia la mano, siento que las mejillas me arden... Espero que no se me note.

Solo tengo que recordarme a mí misma que está actuando... y además lo hace de maravilla, porque nunca he visto a Daniel tan celoso.

Capítulo 17

Día 7

Me he despertado de un humor excepcionalmente bueno, lo cual no es algo que me esperara, teniendo en cuenta que estoy en mi luna de miel sin marido y con mi ex y su nueva piba en la habitación de al lado.

Anoche, Freddie y yo terminamos de cenar y nos fuimos del restaurante lo antes posible. Les sacábamos un plato de ventaja a Daniel y a Eva, lo que significaba que podíamos largarnos de allí antes que ellos.

Disfrutamos de un agradable y tranquilo paseo de vuelta a la villa y nos detuvimos en el mirador, a mitad de camino, para admirar el paisaje. No importa qué hora del día sea, ni qué tiempo haga; este lugar siempre es precioso, mires en la dirección que mires.

Al llegar a nuestras puertas, mi ánimo decayó un poco. La idea de entrar sola y saber que Daniel y Eva volverían juntos me pesaba mucho. Sin embargo, Freddie no pudo ser más lindo: hizo la broma de que tenía que llevarme a casa antes de la hora límite impuesta por mis padres, y que sería mejor no besarme por si mi padre nos estaba mirando. Fue el final perfecto (pero irreal) para una cita perfecta (pero irreal).

Fue agradable caminar con Freddie y conocerle un poco mejor; o, al menos, conocer más detalles de los que descubrirías viendo su entrevista con Jimmy Kimmel. Vale, sí, busqué unas cuantas entrevistas suyas al llegar a casa anoche, por pura curiosidad y porque podía.

He de decir que el Freddie de la tele y el Freddie real son prácticamente la misma persona. Incluso en las entrevistas, con un público lleno de fans incondicionales y un presentador famoso preguntándole por su descomunal éxito, sigue teniendo los pies en la tierra. Es casi como si aún no supiera ser una estrella de cine, como si no hubiera recibido el memorándum que dice que se supone que tiene que ser un gilipollas: un gilipollas egocéntrico que viste ropa de diseño y se tira a las modelos.

Por eso, cuando escuché a Daniel y a Eva llegar anoche, me mantuve distraída con vídeos de Freddie un buen rato y, tras oírle hablar de la película *Edge of Eden*, me tienta mucho verla. Visualmente, Freddie da el perfil para el papel, pero me cuesta imaginar a alguien tan dulce y un tanto tímido interpretando a un abogado *playboy* aficionado al sadomasoquismo.

Esta mañana estoy sentada fuera, en mi terraza, tomando un poco el sol en bikini. Aún es temprano, así que tampoco hace un calor sofocante ni el sol aprieta demasiado, pero estoy aprovechando al máximo mi momento de soledad.

Me esforcé muchísimo para estar guapa en mi vestido de novia (y en mi bikini de luna de miel), pero sigo sintiendo que no es suficiente. Por supuesto, como mujeres, sufrimos mucha presión por culpa de Instagram y las revistas, pero creo que la mayor parte de esa presión nos la imponemos nosotras mismas y por esta creencia de que tenemos que encajar en un determinado aspecto físico. ¿Cuándo fue la última vez que miraste a una mujer en la playa y pensaste: «Joder, estaría perfecta si solo perdiera un par de kilos»? No, yo tampoco.

Sospecho que no necesito perder peso, sino ganar confianza, pero no siempre es tan sencillo, ¿verdad?

Me encanta cómo huele aquí, aunque no sabría describir exactamente a qué. Tengo la sensación de que, da igual dónde esté, incluso si estoy en uno de los bares, siempre huele a aire libre, como a una mezcla de océano y árboles. Ojalá pudiera meter ese olor en un frasco y llevármelo a casa, aunque me juego lo que sea a que solo me daría depre posvacacional cada vez que lo oliera.

El sonido de una llamada en el interior atrae mi atención; pero no es mi móvil, sino el teléfono de la suite. Es la primera vez que lo oigo sonar, así que entro a toda prisa y contesto con precaución.

—¿Sí?

—*Buongiorno, signora* —dice la voz de un hombre—. Soy Lorenzo, llamo del hotel. Solo para informarle de que tiene una visita.

Se me tensa el rostro por la confusión.

—¿Una visita?

—*Sì*, una visita.

—Ehm, de acuerdo. Voy enseguida...

¿Cómo narices voy a tener una visita? ¡Si estoy en Italia..., en una isla!

Cojo un maxivestido negro y me lo pongo a toda prisa por encima del bikini, antes de bajar la colina hacia el hotel. Movida por la curiosidad, por primera vez, no pierdo el tiempo admirando las vistas como haría normalmente.

¿Podría ser esta la retorcida forma que tiene Daniel de pillarme a solas para que podamos hablar? En circunstancias normales, nunca habría pensado que pudiera ser tan taimado, pero resulta que tiene una faceta manipuladora de la que yo jamás había sido consciente.

No hay ni rastro de Daniel en el bullicioso vestíbulo del hotel, pero, al echar un vistazo por la sala, sí distingo una cara conocida, aunque, para ser totalmente sincera, no es la cara lo primero que me llama la atención...

—¡Hola! —grita Ali a pleno pulmón en cuanto posa los ojos en mí.

Lleva un bañador de una pieza dorado, aunque llamarlo de una pieza me parece ser muy generosa; quizá sea más bien un tercio de pieza, gracias a que tiene más recortes que un copo de nieve de papel. Lleva la mitad inferior cubierta por unos pantalones bombachos negros; imagino (o, al menos, espero de todo corazón) que habrá llevado algún tipo de camiseta para el viaje y que se la ha quitado nada más llegar.

Mientras Ali se acerca a toda prisa arrastrando su maleta, hace girar la cabeza a todos los hombres de la sala. Un señor de unos sesenta y tantos se queda embobado mirándole el pecho: las mejores tetas operadas que la República Checa puede ofrecer, me dijo ella un día al volver a casa tras unas vacaciones y presentarse con ellas. Bueno, lo único que me dijo fue que se iba de vacaciones; se le olvidó mencionar que eran unas vacaciones de cirugía estética.

—Tranquilo, abuelo, recoge la mandíbula del suelo —le dice ella mientras pasa pavoneándose por su lado.

—Ali —digo, con una mezcla de sorpresa, confusión y deleite, exactamente la misma combinación de sentimientos que les provoca a sus ligues.

—Hola, Lila —dice mientras me estruja.

—Ali, estás en Italia, no en España —le recuerdo—. Ay, Dios mío, estás en Italia... ¿Por qué estás en Italia?

—He venido a verte —dice—. ¡Obvio, tía!

—Te pasas por la casa de alguien para verle, no por sus vacaciones —me río—. No es que no esté loca de contenta por verte.

—Bueno, cuando dijiste que había aparecido Daniel, pensé que podrías necesitar algo de apoyo moral. Despejé mi agenda, reservé un vuelo y aquí estoy.

—¿Es nuevo? —le pregunto refiriéndome a su bañador.

—Las gemelas también necesitan apoyo —responde ella.

Tampoco creo haberle visto antes esas gafas de sol, ahora que lo pienso.

—¿De verdad has venido hasta aquí solo porque estabas preocupada por mí con Daniel rondando cerca?

—Por supuesto —responde—. Y le di plantón al heredero de los grandes almacenes con el que había quedado. Debería estar doblada como un *pretzel*, teniendo mi cuadragésimo quinto orgasmo, y, en cambio, aquí me tienes, cuidando de ti.

Le clavo la mirada; una mirada que le penetra hasta el alma.

—Y, bueno, también es que el tío era un adefesio y me apetecían unas vacaciones. ¡Unas vacaciones con mi mejor amiga!

Me abraza de nuevo.

—Venga, vamos a que te enseñe la villa —digo.

Ali da unos pasitos de baile en el sitio, emocionada. Es un milagro que los pechos se le queden dentro del bañador... Bueno, a mí me parece un milagro que se le queden dentro. A los hombres del vestíbulo les parece una auténtica desgracia.

Me hace mucha ilusión tener aquí a mi mejor amiga. Ali me conoce mejor que nadie y sabe exactamente por lo que he pasado con Daniel, así que sabrá lo que pienso y siento antes incluso que yo

misma. Es el hombro sobre el que necesitaba llorar desde hace días, aunque supongo que ahora ya he dejado de llorar.

Me muero de ganas de enseñarle la villa y la piscina, y todo lo demás que ofrece la isla. Ahora que está aquí, ojalá la hubiera invitado desde el principio, aunque estoy segura de que le habría dolido en el alma perderse la oportunidad de humillar a Daniel el día de su boda.

—No me hace nada de gracia tener que subir esta colina bufando y jadeando —se queja Ali—. Este bañador se me está metiendo hasta el fondo del culo.

—Es un paseo precioso —le digo—. Solo que es más fácil hacerlo con zapato plano.

—Nunca he conocido un zapato plano que me gustara —me dice, como si yo no lo supiera ya—. Uy, esto es una monada.

Hace una pausa para recuperar el aliento y admirar los arcos.

—Debe de ser bonito estar aquí con alguien a quien quieres.

—¿Me estás diciendo que no me quieres, zorra? —bromea ella.

—Te quiero más que a nadie —le digo.

—*Ciao* —dice una voz masculina que nos saca de nuestra conversación.

Doy un respingo que casi me saca del pellejo. Es la primera vez que me cruzo con alguien en este camino.

—Ah, hola —digo.

—*Ciao* —repite él, pero solo mira a Ali. Aunque estoy acostumbrada a esto: Ali acapara la atención de los hombres vaya donde vaya.

Ali sonríe, pero no dice nada. Es un movimiento estratégico que nunca le falla. Los hombres la desean de todos modos, pero la

desean aún más si finge que no le interesan.

El hombre es alto y de piel aceitunada; sin duda, es italiano. Lleva su lustroso pelo negro azabache engominado hacia atrás y viste una camisa negra, lo que es señal inequívoca de que trabaja aquí. Hay algo innegablemente atractivo en el acento italiano. Podría estar diciendo cualquier cosa y yo estaría suspirando por él..., incluso si se limitara a repetir «*ciao*» con la mandíbula por los suelos mientras mira embobado a mi amiga.

—¿Va todo bien? —pregunto para intentar que la cosa avance.

—*Sì* —dice—. Estoy repartiendo champán a las otras parejas.

Uf, esos serán Daniel y Eva... Un momento, ¿se cree que Ali y yo somos pareja?

—Oh... —empiezo a decir, pero Ali no me deja terminar.

—Qué maravilla —dice ella—. A lo mejor nosotras también tenemos que hacer lo mismo, ¿verdad, cari?

¿Me está hablando a mí?

—Ehm, claro —digo.

Con una insólita mezcla de abatimiento y entusiasmo, el hombre reemprende la bajada de la colina en su carrito.

—¿Acabas de hacerle creer que somos pareja? —le pregunto.

—Sí —responde con total naturalidad—. Trabaja aquí. No me voy a follar a uno que trabaja aquí.

—Noticia de última hora, nena —empiezo con tono burlón—. Esto es Valentine Island. La pista está en el nombre: todo el mundo está ya enamorado. Así que cuando te subas por las paredes dentro de un par de días, no te pondrás tan tiquismiquis.

—Estaré bien, siempre y cuando sigas teniendo a Barry.

—¿A Barry? —pregunto.

—Sí, ya sabes, el polizón de tu maleta...

Arquea las cejas de forma sugerente.

—Ay, Dios, ¿eso? Lo tiré al mar.

—¿Lo tiraste al mar?

—Bueno, no, no lo tiré al mar: me daba miedo que un delfín se atragantara con él.

—No, si sabe lo que se hace —bromea.

—Oye, venga ya —digo riéndome mientras la cojo de la mano y tiro de ella en el último tramo de camino hacia la villa.

Observo cómo se gira para mirar al empleado del hotel, que le está clavando los ojos en el culo con descaro. Ella le dedica un disimulado y seductor saludo con la mano por encima del hombro. Ali es una auténtica maestra. Podría aprender tantísimo de ella..., si no fuera por mi absoluta falta de confianza en mí misma.

—Hala, guau —dice al posar la vista en la villa—. Este sitio es la hostia.

—Lo es —respondo con una carcajada. No me puedo creer lo encantada que estoy de tenerla aquí. Me siento como una niña asustada a la que se le acaba de aparecer su hermana mayor guay para enseñarle a pintarse la raya del ojo y para espantar a los abusones—. Probablemente debería decirte que Daniel y Eva se alojan en la suite de al lado.

—Por supuesto que sí —responde—. A ver si tienen cojones de salir mientras yo esté aquí. Venga, enséñame dónde voy a dormir.

Me fascina la idea de que se haya presentado aquí de repente para quedarse conmigo. Dice mucho de nuestra relación el hecho de que sienta que puede hacerlo... y que yo me alegre tanto de su visita.

—Hay una cama *king size* arriba y un sofá enorme y supercómodo aquí abajo —respondo.

—Me pido el sofá —dice echándole el ojo—. Por si acaso pillo cacho, así no tendré que despertarte.

—Ah, como en los viejos tiempos, cuando nos cambiamos de habitación en el piso para que la tuya estuviera más cerca de la puerta principal y del baño.

Lo digo con un tono de lo más nostálgico, pero, en su momento, fue una auténtica pesadilla. A mí me gustaba una noche de desenfreno tanto como a cualquiera, pero no al nivel de Ali. Ali está siempre a tope, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. A mí de vez en cuando me gustaba acostarme temprano, y sus llegadas con sus amigos o sus acompañantes masculinos eran muy ruidosas y siempre de madrugada.

La gota que colmó el vaso fue cuando, nada más cruzar la puerta principal, se abalanzó sobre su ligue en el pasillo, justo delante de la puerta de mi cuarto. La otra habitación estaba al otro lado de la cocina, así que nos cambiamos. Como mínimo, atenuó los efectos de sonido.

—Bueno, tenemos que ir a comprar —dice ella—. Necesitamos patatas fritas, refresco de limón, algo de alcohol y, ay, Nutella. Y luego podemos relajarnos en la piscina a charlar, y a ver si Daniel y Eva tienen huevos a asomar la cabeza.

—Suena de maravilla —respondo—. Hay un montón de tiendas, así que, si quieres ponerte unos pantalones, podríamos dar un paseo hasta abajo.

—¿Volver a bajar la colina?

—Sí.

—¿Solo para tener que volver a subir? —se queja.

—Así es como funcionan las colinas.

—Vale, de acuerdo, pero así voy bien, ¿no? Estamos de vacaciones..., no necesito pantalones.

—Tampoco crees que necesitas pantalones en Londres —le digo para pincharla.

Llaman a la puerta.

—Si es el chico mirón de antes, dile que no me interesa —dice.

—¿No? Pues era guapo.

—Me interesa un poco, a un nivel del que él aún no tiene por qué enterarse —responde.

—Entendido.

Abro la puerta, preparada para soltarle uno de mis discursos a uno de los amantes rechazados de Ali; a veces opto por la vía amable del «no eres tú, es ella»; otras veces me pongo un poco creativa y digo que Ali se ha mudado al extranjero para hacer obras benéficas o que la van a enviar al espacio para ver si logra comunicarse con los alienígenas. Si me siento especialmente poco creativa, pero busco algo efectivo, le digo a la gente que está en el ginecólogo.

—Anda —digo al abrir la puerta. No es uno de los admiradores de Ali (aunque probablemente lo será pronto, porque es un hombre); es uno de mis admiradores de mentira.

—Bueno, esa no es la reacción que esperaba —ríe Freddie.

—Perdona, hola —digo—. Se me había olvidado por completo que habíamos quedado hoy.

—Hostia... puta —oigo decir a Ali a mis espaldas.

—Buenos días a ti también —dice Freddie con descaro, saludándola con la mano.

—Hooo-o-o-ostia... puta...

—Para que te sirva de referencia, así es como la gente suele reaccionar al conocerme —se inclina Freddie y me dice en voz baja —. No me piden que les prepare una copa.

—Ja, ja —respondo—. Freddie, esta es Ali. Ali, este es...

—Edward Eden —dice ella con un grito ahogado.

—Solo los fines de semana —bromea él mientras le tiende la mano a Ali. En su lugar, Ali corre hacia él y lo abraza, como si lo conociera íntimamente.

—¿Sabes cuántas veces me he tocado viendo tu película?

Vaya, parece que sí que lo conoce íntimamente.

—Ahora entiendo por qué te escondes en una isla —le digo.

Él se echa a reír. Supongo que está acostumbrado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta ella—. ¿Por qué estás hablando con ella?

Ahora soy «ella», ¿eh? Era «cariño» cuando nos cruzamos con el empleado del hotel.

—He venido a mi cita con Lila. Nosotros...

—Ay, no, no te preocupes, es mi mejor amiga, Ali —balbuceo—. Puedes decirle que no es una cita de verdad. Freddie me ha estado ayudando a fastidiar a Daniel fingiendo que estamos juntos. Pero no estamos juntos.

—No estamos juntos —repite Freddie.

—¿Puedo apuntarme? —pregunta ella—. Me encanta fastidiar a Daniel.

—Lo siento, Fred, ¿podemos dejarlo para otro momento? No tenía ni idea de que Ali iba a aparecer, pero...

—De dejarlo para otro momento, ni hablar —insiste Ali—. Vete a tu cita. Yo iré familiarizándome con la piscina.

—¿Me das cinco minutos? —le pregunto a Freddie.

—Claro —dice él—. Te espero fuera. Mi mánager me ha pedido que lo llame. Encantado de conocerte, Ali.

—Cásate conmigo —le grita ella a modo de broma mientras se aleja. Espera a que nos quedemos a solas antes de decir nada más —. ¿«Fred»? ¿Estás en plan de ponerle apodos a Freddie «fóllame» Bianchi?

No sé si eso es una referencia a la película o solo algo que mi amiga está deseando.

Nunca lo llamo Fred. No sé por qué me ha salido con tanta naturalidad.

—Sí, es mi vecino. Hemos estado pasando el rato juntos. Fingió ser mi... amante, supongo, para cabrear a Daniel cuando apareció con Eva. Fue tan vergonzoso, la verdad es que me salvó la vida.

—¿Por qué no me lo habías contado? —me pregunta.

—Porque acabas de pedirle que se case contigo —le recuerdo—. ¿Te interesa?

—Uy, estoy más interesada de lo que lo he estado en toda mi vida —responde—. Pero nunca te haría algo así.

—No somos una pareja de verdad —le señalo—. Es imposible que yo le interese. No soy el tipo de una estrella de cine. Tú sí.

—Cariño, yo soy el tipo de todo el mundo —me recuerda—. Pero el Código de chicas es el Código de chicas. Ya es tuyo.

—Finge ser mío —le digo.

—Código de chicas —dice simplemente, encogiéndose de hombros—. Ahora ve y fóllatelo en la playa.

—Creo que solo vamos a dar un paseo —le digo—. ¿Cenas conmigo luego?

—Claro —responde—. Me daré un baño, tomaré un poco el sol y luego me arreglaré.

—Genial —contesto—. Qué ganas.

Ali se acerca y me mira a los ojos.

—¿Me estás diciendo en serio que no te gusta?

—Solo somos amigos —le digo.

—Mmm —responde con suspicacia—. Vale, ve y disfruta de tu cita diurna.

—No es una cita —le recuerdo—. Hasta luego.

Me da vergüenza que cualquier mujer que no sea yo reconozca a Freddie y caiga rendida a sus pies. Yo lo único que hice fue tenerlo de recadero. Y, peor que avergonzada, me siento rara. Decirle a Ali que fuera a por él me ha parecido lo más natural del mundo, pero en cuanto lo he dicho, he deseado no haberlo hecho. Es una estupidez, la verdad, porque solo me está haciendo este favor porque está aburrido y se siente solo.

—Bueno —digo, saliendo y cerrando la puerta tras de mí.

Freddie está sentado en el porche con los pies en alto, esperándome. Lleva pantalones cortos y una camiseta de tirantes que deja a la vista los músculos de sus brazos, y, por supuesto, ahora lleva puestas las gafas de sol, ya que vamos a salir en público. Supongo que el hecho de que Ali lo haya reconocido le ha demostrado lo mucho que las necesita para pasar lo más desapercibido posible.

—Hola, amiga —dice—. ¿Lista para nuestra no cita?

Bueno, si en algún momento necesitaba un recordatorio de en qué punto estamos, aquí lo tengo. Aunque él solo está diciendo las cosas como son, igual que yo. Esta relación es puro teatro. Y todo para que podamos montar en las bicicletas para dos sin matarnos.

Capítulo 18

—Necesitamos una palabra de seguridad —dice Freddie.

Me río con tantas ganas que me atraganto con el capuchino.

—¿Perdona? —digo tras recuperar la compostura—. ¿Que necesitamos una palabra de seguridad?

—Sí —responde él—. Por si la cosa se desmadra.

—Hala, madre mía, me siento como si estuviera en tu guarrísima película —digo soltando una carcajada.

Freddie sonríe con picardía mientras moja otro *biscotti* en el café.

—En realidad tenemos una palabra de seguridad en la película —admite.

—¿Cuál era? —pregunto con curiosidad.

—Furgón de cola.

—Anda ya —me río—. Es imposible que esa fuera la palabra de seguridad.

—¿Por qué no?

—No es sexy.

—Se supone que las palabras de seguridad no deben ser sexis —me dice—. Se supone que deben ser seguras. Cuando las cosas se salen de madre, es algo que dices para salirte del momento.

Noto que empiezo a acalorarme un poco.

—¿Para qué necesitamos una nosotros? —pregunto.

—Bueno, cuando finjamos ser pareja, nos vendrá bien tener una palabra para decirle al otro que frene un poco... Soy actor, no quiero dejarme llevar...

—Bueno, eso es distinto. Nosotros no vamos a estar «en el momento» —señalo—. Así que nuestra palabra de seguridad podría ser algo sexy... ¿No sonaría rarísimo que de pronto soltara «furgón de cola»?

—Buen apunte —concede—. Vale, pues... a lo mejor nuestra palabra de seguridad puede ser «cariño». Si uno de los dos llama «cariño» al otro... ¿Es natural, no?

—Vale, claro —respondo—. Creo que no he llamado a nadie «cariño» en mi vida (excepto a Ali antes).

—Yo tampoco —responde él—. Es perfecta.

Llevamos ya media hora sentados en Coco's, una cafetería, estableciendo límites. Lo sé, parece sacado de *Edge of Eden*, pero nuestros límites son menos íntimos... aunque no menos físicos.

Tenemos desplegado delante un mapa de Valentine Island. No solo muestra cómo orientarse por la isla, sino también dónde están todas las actividades.

Desde que decidimos formar equipo, tenemos acceso a todas las actividades... pero nosotros no estamos abiertos a todo tipo de ideas.

—Vale, volvamos a la lista de lo que queremos hacer —digo.

—Me encantaría probar el *parasailing* en pareja —dice.

—Palabra de seguridad —digo rápidamente.

—No se dice «palabra de seguridad», se dice la palabra de seguridad en sí —me indica.

—Cariño, cariño, cariño, cariño, cariño.

—¿No es lo tuyo? —pregunta.

—Estaría aterrorizada, en serio.

—Es solo un poco de agua —dice—. Al agua no hay que tenerle miedo.

—Para mí es un no —digo con firmeza, antes de beberme lo que me queda de café.

—Vale —dice—. Contra eso no puedo discutir. ¿Qué te apetece hacer?

—Me apetece montar a caballo —digo—. Recorrer el sendero por el bosque.

—Ahora me toca a mí decir que no —dice él—. Me dan pánico los caballos.

—¿Te estás burlando de mí? —le pregunto.

Freddie niega con la cabeza.

—Para nada —confiesa—. De verdad les tengo miedo.

—Es solo montar un poquito a caballo —le digo, imitando su comentario de antes.

—Entendido —dice—. Ni *parasailing* ni montar a caballo. ¿Qué más?

Suspiro.

—¿Sabes? Se supone que debería estar trabajando —confieso—. Vine aquí con el portátil y la intención de terminar mi libro. Pero cuando me senté delante de lo que llevaba escrito, fui incapaz de seguir.

—¿Qué tal si pido otro par de cafés y me lo cuentas todo? —sugiere.

—Me parecería genial —digo, aunque no tengo muy claro lo de hablarle de mis libros. No sé por qué, simplemente me da corte.

No me malinterpretes, me encanta escribir novelas, pero hablar con alguien sobre ellas, sobre todo en voz alta, me da un poco de

reparo. Incluso cuando hablo con mi editora sobre mis historias siempre rezo para que no me llame. Supongo que es porque, cuando te has inventado una historia, te sientes un poco ridícula hablando de ella en voz alta. Sientes como si te estuvieras exponiendo de verdad, hablando de unos personajes que son fruto de tu imaginación, contándole a la gente lo que andan haciendo, como si creyeras que son reales... Y vaya si parecen reales, para la autora. Existen en nuestras cabezas.

Al menos, como Freddie es actor, tendrá muy claro el concepto de ficción, algo que muchos no parecen pillar. No hablo del lector medio, hablo de gente como tu tía, que se lee tus libros como si fueran tu diario, convencida de que cada personaje es real y cada escena es algo que tú misma has hecho.

Le explico todo esto a Freddie antes de empezar.

—Y sí que me gusta inspirarme en la vida real —le digo—. Así que, si incluyo algo auténtico, la gente lo usa como ancla de la verdad y saca conclusiones precipitadas para rellenar los huecos.

—Te entiendo perfectamente —dice él—. La gente se cree que soy Edward Eden, que soy un millonario amargado que quiere darles azotes. Es horrible cuando interpretan tu trabajo así.

—Lo es —le doy la razón—. Ojalá fuera tan sencillo como hacerle un pedido directo al cosmos, en plan, si escribo algo, se hace realidad. Si eso fuera verdad, sería millonaria, estaría casada con Henry Cavill, viviría en una mansión con al menos cinco perros... y como mínimo, mi prometido no me habría puesto los cuernos con la amiga que peor me cae.

—Henry y yo somos amigos —me suelta Freddie.

Me quedo boquiabierta.

—Él también se presentó para el papel de Edward Eden. No me podía creer la suerte que tuve cuando se lo quité.

Me quedo sin palabras. Me paso la vida haciendo bromas sobre casarme con Henry Cavill, y ahora estoy sentada frente a alguien que lo conoce.

—Así que, técnicamente, podría facilitarte todo lo anterior —me asegura.

Llegados a este punto, Ali ya le habría pedido el número. Pero yo no soy Ali, así que aquí lo que toca es una broma autodespreciativa.

—No creo que puedas facilitar que Henry Cavill me encuentre atractiva —le hago notar.

Mmm, a lo mejor no es una broma, a lo mejor es que es verdad.

Freddie se echa a reír.

—Pero si tienes el número de Tom Hardy, seguro que Ali se lo queda —digo.

—Ali parece genial —me dice—. ¿Ha venido hasta aquí solo para apoyarte?

—Sí —respondo—. Se empeñará en decir que es por las vacaciones gratis, pero... es una mujer fuerte, ha pasado por mucho. Entiende perfectamente por lo que estoy pasando. Algún día escribiré un libro sobre ella.

—Deberías. Es una manera preciosa de honrar a una amiga. ¿Cuál es tu nombre de autora? —me pregunta.

—Lila Rose.

—Es un nombre estupendo para una novelista. ¿Es un seudónimo?

—Es mi nombre real. Simplemente tuve suerte.

—Entonces, Lila Rose, háblame de esa próxima novela —me dice.

Se come un *biscotto* mientras espera expectante, como si estuviera en algún tipo de sala de cine elegante y yo fuera la protagonista de un monólogo.

—Eh, bueno, ya la he descartado —le recuerdo—. Pero iba sobre una mujer y su prometido, y sobre cómo pasan por una mala racha mientras planean su boda, y luego llega el gran día y surgen contratiempos por todas partes. Al final todo se soluciona y son felices y comen perdices...

—Te toca demasiado de cerca, entonces —dice él.

—Exacto —respondo—. La escena por la que iba es una en la que ella se cree que su prometido le está poniendo los cuernos. Resulta que en realidad le está consiguiendo el vestido de novia de sus sueños, pero...

—Ah, vale. Entiendo perfectamente por qué ya no quieres escribir este libro.

—Lo peor es que sí quiero escribirlo. Lo que quiero es cambiar de género y hacer que sí le esté poniendo los cuernos de verdad, porque así es la vida. Esas cosas pasan.

—O sea que nada de cambiar al género de terror, ¿eh? —bromea.

—Podría hacer que ella lo asesine a mitad de la historia...

—Me preocupa que esto te esté gustando demasiado, así que voy a desviar rápidamente la conversación hacia otra dirección —dice él —. Ahora tengo una imagen pública en la que pensar. No me puedo ver involucrado en un asesinato.

—Me refería en el libro —le recuerdo con una sonrisa.

—Ya lo sé, ya lo sé —dice—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Empezar de nuevo —digo—. Con algo completamente distinto. Pero ¿el qué...?

Abandonar mi borrador anterior para empezar de cero significa que voy a tener que ponerme a escribir sí o sí durante mi no del todo luna de miel, o van a ser unas semanas realmente estresantes antes de mi fecha de entrega. De verdad que no necesito esta presión ahora mismo. Esto no es como tener un trabajo normal de oficina en el que puedes cogerte vacaciones o pedirte una baja por enfermedad. En este mundillo no existen esos lujos. Da igual lo que esté pasando en mi vida personal o lo desastrosa que sienta mi cabeza, tengo que escribir un libro para una fecha determinada.

Por un momento, nos quedamos en silencio.

Echo un vistazo por el local en busca de inspiración. El delicioso olor a café, las tartas y pastas con una pinta exquisita, los rústicos muebles de mimbre llenos de comida y bebidas... En lo único que me siento inspirada es en tener hambre.

Agarro un *biscotto* y le doy un mordisco lleno de intención, con frustración.

—Es un bloqueo de escritor de lo más singular —le digo—, porque todo lo que está pasando me hace imposible escribir sobre cualquier otra cosa.

Freddie se inclina hacia delante en su silla y endereza la espalda.

—Vale, tengo una idea para ti —dice—. ¿Lista?

Asiento. Me pasa a menudo: la gente me da sus grandes ideas y quiere llevarse el mérito. Aunque casi siempre son malísimas.

—A ver, para tomar un poco de tu propia idea, tienes a esta chica, ¿no? Y está a punto de casarse, y sospecha que su prometido le está siendo infiel, y así es. La chica se entera en la mañana de su boda, y decide irse sola a su luna de miel.

—Me da la sensación de que eso ya se ha hecho antes —bromeo.

—Llega al hotel donde conoce a una estrella de cine, a la que confunde con el camarero... y entonces aparecen su ex y la novia de su ex...

—Vale, eso es lo que me está pasando a mí —señalo, aunque sé que él lo sabe.

—Exacto —responde él—. Dices que te gusta poner un pedacito de la vida real en tus obras. Esto solo es un poquito más de lo habitual. Piénsalo: es una historia estupenda.

—Supongo que sí que es un muy buen planteamiento para una novela —admito—. No es mi autobiografía, va a ser cien por cien ficción. Probablemente cambiaría bastantes de las cosas que han pasado...

—Yo desde luego omitiría todo el asunto del consolador.

—Pues, la verdad, me parece una idea buenísima —reconozco.

—Por supuesto que lo es —responde—. Pruébalo a ver qué tal te sientes. Cuando me atasco con una escena, intento distraerme con otra cosa para ver si así me sale mejor.

A lo mejor Freddie tiene razón. Tal vez si trabajo en una idea diferente me daré cuenta de que es mucho mejor. Tampoco es tan distinto de lo que ocurre en mi vida real. Pasar el rato con Freddie me ha hecho darme cuenta de algo sobre Daniel: nunca le interesó mi trabajo, ni se molestó en ayudarme.

Resulta que puedo aspirar a algo mejor, y no solo en mi trabajo. Me estoy empezando a dar cuenta de que, tal vez, Daniel nunca fue la persona adecuada para mí.

Capítulo 19

Ahora mismo estoy tan fuera de mi zona de confort que un poco más de incomodidad apenas me hace pestañear.

En cierto sentido, estoy siendo bastante predecible. Vuelvo a estar en el restaurante Sabatini, volviendo a comer *arancini*, bebiendo un *porn star martini*... otra vez. Claro, me gusta probar cosas nuevas. Pero cuando algo es tan bueno y está a mi alcance por tiempo limitado, ¿por qué no aprovecharlo a tope mientras pueda, verdad?

Esta vez estoy aquí con Ali y, a diferencia de mi cita con Freddie, no me ha dicho que estuviera guapa al arreglarme. En su lugar, me ha convencido para que le pida prestado un vestido. Un vestido rosa fucsia, supercorto y con una malla en la parte delantera, desde el cuello hasta el ombligo. Ya se lo he visto puesto a Ali antes y a ella le queda muchísimo mejor. No solo porque está en mejor forma que yo, sino porque sus pechos falsos no necesitan ayuda para mantenerse en su sitio; los míos, que son reales, no se sostienen por sí solos, así que me he visto obligada a llevar sujetador debajo. Aun así, no me queda tan mal, pero no me siento yo misma con él. Es demasiado sexi para mí. Aunque no es tan revelador como el top palabra de honor azul que Ali intenta hacer pasar por un vestido. Está increíble, como siempre, pero está atrayendo un montón de miradas masculinas, y lo que hay que recordar de este lugar es que todos los hombres están pillados.

Nos dejan dos bebidas nuevas en la mesa, pero no nos las trae nuestro camarero, sino un barman... aunque ya me he equivocado antes.

Enseguida me doy cuenta de que es el hombre con el que nos cruzamos hoy más temprano, el que no podía quitarle los ojos de encima a Ali. Y sigue sin poder hacerlo.

—Anda, hola de nuevo —digo.

—*Ciao* —dice. Me pregunto si su nivel de inglés será limitado, pero entonces vuelve a hablar—: ¿Estáis juntas?

—Desde luego que sí —dice Ali. Alarga la mano y coge la mía, de forma no muy diferente a como lo hizo Freddie anoche. No me puedo creer la cantidad de acción que estoy teniendo en mi luna de miel, y nada de ella con mi marido.

—Eres una mujer muy afortunada —me dice.

—Oh, ya lo sé —respondo.

—Adiós —suelta Ali, animándolo a irse.

—Bueno, al menos ahora sabrá que no te interesa —digo mientras mojo un trozo de pan en el cuenco de riquísimo aceite de oliva y vinagre balsámico que hay en la mesa.

—Oh, claro que me interesa —responde, soltándome la mano para coger su bebida.

—¿Ah, sí?

—Ya te digo.

—Sabes que ahora se piensa que somos pareja, ¿verdad? —señalo.

—Sí, eso a los hombres los vuelve locos —responde—. Ahora me deseará todavía más.

—Ay, Ali —río—. Nunca te entenderé.

—¿Tú nunca me entenderás a mí? Yo nunca te entenderé a ti.

—¿Y eso? —pregunto con la boca llena de pan.

—Bueno, para empezar, estás jugando a las casitas con una estrella de cine y no vas a intentar tirártelo.

—Claro —respondo—. Porque solo lo hace por lástima.

—¿Me estás diciendo que no te pone?

—Bueno, sí, pero en plan estrella de cine, un cuelgue inalcanzable. Apenas lo conozco.

—¿Y a quién le importa? —replica—. Puede que no lo conozcas, pero sabes que es tu tipo.

—No se parece en nada a Daniel —le hago notar.

—Ya, pero es que Daniel no era tu tipo —me recuerda—. ¡Alto, moreno, de ojos azules y con unos abdominales de infarto! Y esos hoyuelos... sé que te gustan esos hoyuelos.

—Técnicamente, los hoyuelos son solo un defecto genético, por si no lo sabías —le digo, cambiando de tema con un dato curioso—. Es increíble, la verdad, que nos resulten atractivos.

—Mmm —es lo único que tiene que decir al respecto—. Entonces, ¿tenéis Hoyuelos y tú planeadas unas buenas vacaciones juntos?

—Más o menos —respondo—. Aunque, ahora que estás aquí, quiero pasar tiempo contigo.

—Lila, pasas muchísimo tiempo conmigo —señala—. Estaré bien si te vas con Freddie. Ya le he echado el ojo a un par de objetivos.

—Prométeme que son objetivos solteros —le pido.

Me remuevo incómoda en mi asiento y no estoy segura de si es porque me preocupa Ali o por el vestido.

—Estoy segura de que antes eras más divertida —responde haciendo un puchero.

Que Ali esté aquí, en Valentine Island, es algo que nunca debería haber pasado. Mi amiga, a la que le encantan los hombres y hace

que todos se giren a mirarla, aquí, donde supuestamente todos los tíos son felices... y Ali dice que siempre lo son, hasta que la conocen... no, no, no. Va a ser una auténtica mosca cojonera, lo veo venir.

Normalmente le diría que no hay que follar donde una come —literalmente, hay restaurantes en Londres a los que nunca podremos volver—, pero es preferible a que esté tonteando con hombres casados, aunque solo lo haga por deporte.

—Oh, ya ha picado en el anzuelo, el pobre chico —dice, echando un vistazo a la barra.

—¿Cuántos años crees que tiene? —pregunto con curiosidad.

—Mmm, ¿quizá veinticinco? —dice.

—¡Si es un crío!

—Justo la edad perfecta para mí —dice—. Los más mayores no tienen aguante, ya no.

—Los hombres de una edad apropiada ya no son lo que eran —bromeo.

Miro mi bebida y pienso en Freddie. Sus *porn star martinis* son una pasada; ninguno de los que hace el personal de verdad se le acerca siquiera. Pero así es Freddie, multitalentoso. Mírame, hablando de él como si lo conociera de toda la vida.

Decidí cenar pasta esta noche, ya que anoche comí pizza y no quería parecer demasiado predecible... al fin y al cabo, estoy bebiendo exactamente lo mismo y comiendo el mismo entrante.

Después de unos deliciosos y cremosos espaguetis a la carbonara —que por algún milagro no me tiré por encima del vestido—, pensé que estaría demasiado llena para el postre, pero Ali me convenció para compartir unos *cannoli* con ella. He comido *cannoli* en casa,

pero nada se compara con comerlos en Italia; tienen algo que los hace auténticos. Dulce queso *ricotta* dentro de una crujiente masa cilíndrica. Ali propuso que nos comiéramos un extremo cada una, como *La dama y el vagabundo*, puramente por el teatro, me aseguró. Yo le dije que estaba bastante segura de que el barman estaba totalmente convencido de que éramos pareja, simplemente porque estábamos de vacaciones, juntas, en el lugar más romántico del mundo.

Tras unos cuantos cócteles más, decidimos volver a casa, subiendo de nuevo la colina, lo que no le hace mucha gracia a Ali.

—Esto es cardio —se queja—. Me estás engañando para hacer cardio en vacaciones.

—Lo necesitamos —le hago ver—. Después de todo lo que acabamos de comer.

—Y beber —añade Ali, con un hipo muy oportuno.

Nos paramos a coger aire en el mirador que da a la parte poblada de la isla. Todos los edificios —las villas, los restaurantes y las tiendas— se asientan a diferentes niveles, lo que le da un aspecto increíblemente encantador. Se llega a vislumbrar la playa, ahí abajo del todo. Todavía no he ido, pero esta noche parece rebosante de vida, con luces, gente y música. Se respira la diversión en el ambiente, y viene precisamente de allí.

—Tendremos que ir a echar un vistazo mañana —sugiero.

—¿Mañana no te ves con Freddie? —pregunta en tono insinuante.

—Estás obsesionada con él —respondo—. ¿Por qué no vamos los tres? Así podrás pasar más tiempo con él.

—Vale, claro —responde—. Pasaremos el día con él, para que yo pueda pasar más tiempo con él.

No creo que mi amiga se crea que no me interesa, pero es la verdad. Es un hombre increíblemente atractivo y con un gran corazón, pero somos como el agua y el aceite. Freddie es como un Ferrari: un coche precioso, sí, pero ¿podría ir con él al súper a comprar leche? ¿Me quedaría tranquila dejándolo aparcado, sin vigilancia, o estaría constantemente preocupada por si alguien lo raya o lo roba? Y luego está el hecho de que yo no me podría permitir un Ferrari...

—Venga, llévame a la cama —insiste Ali.

Por fin fuera de la villa, apenas puedo distinguir a dos personas sentadas en el frondoso y verde porche. Observo cómo brindan chocando sus copas de vino. No se han percatado de nuestra presencia, y Ali no se ha fijado en ellos. Si se me ocurriera alguna forma de entrar sin que nos vean, o sin que Ali los vea a ellos...

—¡Ali! —chilla Eva emocionada. Se pone en pie a toda prisa para recibir a Ali con un abrazo.

—Ahórratelo, zorra —responde Ali—. Ninguna tía que le falte al respeto al Código de chicas es amiga mía. ¿De verdad pensabas que podríamos seguir siendo amigas?

A Eva le tiembla el labio inferior, sobresaliendo como el de una niña pequeña a la que sus padres acaban de echar la bronca.

Lo del Código de chicas puede que suene a tontería de adolescentes, y a lo mejor lo es, pero no me importa. A simple vista, parece un término tonto e infantil, pero yo apoyo cualquier cosa que haga que las mujeres sean un poco más amables las unas con las otras. En serio, ya nos enfrentamos a bastantes cosas, no podemos ir apuñalándonos por la espalda, y mucho menos por un hombre. Así que, claro, yo me adhiero al Código de chicas, si eso hace del

mundo un lugar mejor. Y de todos modos, ¿quién quiere una amiga que podría robarle el novio? Freddie solo es mi novio de mentira, y Ali ni siquiera se pararía a mirarlo dos veces. Eso es una amiga; eso es una mujer.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta Daniel refiriéndose a Ali.

—¿*Qué hace ella aquí*? —repite, imitando su basto acento—. ¿*Qué hace ella aquí*?

Hace un gesto con la cabeza hacia Eva.

—Ali está aquí de vacaciones —le digo—. Se aloja en el hotel.

De repente se me ocurre que si digo que se queda conmigo arruinaré la tapadera de mi historia con Freddie, destapando la mentira que, para empezar, ni siquiera inventé yo. Más que no querer quedar como una mentirosa, la seguridad del cuento de Freddie me da una confianza que no tendría si estuviera aquí sola, con ellos dos de parejita enamorada en la puerta de al lado.

—Me encantaría que los tres pudiéramos volver a salir por ahí, como hacíamos antes —dice Eva—. Ahora que todo ha salido a la luz, ¿no podemos ser maduros y arreglarlo?

—Para empezar, antes tampoco queríamos salir contigo —le suelta Ali con desprecio.

Normalmente, Ali no sería tan cruel, y no es en absoluto cierto que no quisiéramos salir con ella; simplemente no la veíamos mucho porque no éramos tan amigas... ah, y supongo que porque se estaba tirando a mi prometido.

Es duro verlos a los dos aquí juntos, pareciendo tan enamorados, disfrutando de unas vacaciones estupendas, sabiendo todo el tiempo lo que han hecho y a quién han hecho daño. Si alguien le hubiera hecho esto a Ali, yo también estaría furiosa, y de ninguna manera

seguiría siendo amiga de alguien capaz de hacer algo así. Si alguien está dispuesto a robarle el hombre a otra persona, ¿cómo sabes que no volverá a hacerlo?

—¿Tú también te has ligado a algún desconocido en el avión, entonces? —le pregunta a Ali con rabia.

—Esta vez no —contraataca ella.

—Ali está saliendo con uno de los barmans de aquí —digo.

—¿Desde antes de que llegaras? —pregunta Eva—. ¿Cómo lo conociste?

—Se lo robé a mi amiga —dice Ali. Veo cómo la ira la consume, hinchándole el pecho más allá de lo que cualquier cirujano checo podría lograr.

—Lo conoció en Tinder —intervengo—. Le gusta poner su ubicación en sitios bonitos, para ver a quién puede conocer.

Eso es totalmente cierto, por norma general. Simplemente no es cierto esta vez.

—No me puedo creer la cara dura que tienes —le dice Ali a Daniel, acercándose a él poco a poco. El cuerpo de él se tensa de miedo. Me da la sensación de que acaba de recordar quién es Ali—. ¿No te dije en la boda que te mantuvieras bien lejos de mi amiga?

—Ah, sí, cuando me pusiste en evidencia delante de todo el mundo —le recuerda él.

—Sí —dice ella, asumiendo toda la responsabilidad de la situación —. Entonces. Y, sin embargo, aquí estás.

—Ali, ¿quieres entrar a tomar algo rápido mientras Freddie está en el gimnasio? —le pregunto con la mayor naturalidad posible. Sin duda, no soy ninguna actriz.

Me encantaría ver cómo se ensaña con ellos, cómo los hace pedazos, cómo los fulmina con su lengua viperina (por no hablar de sus uñas, afiladas como garras), pero no quiero montar un numerito. Es lo único que me repito constantemente: que por mucho que quiera gritarles hasta quedarme sin voz y darles bofetadas, maldecir, dar puñetazos y patadas, no puedo hacerlo, ¿verdad? Solo me arrepentiría de haberme puesto en evidencia, o de haber publicado cosas en internet para que todo el mundo las viera, dándoles todos los detalles. Siempre me dan mucha pena esas personas que cuentan demasiado en las redes, porque a la gente le encanta el drama ajeno, ¿a que sí? Estas cosas resultan fascinantes cuando les ocurren a otros.

—Me encantaría —dice—. Siempre y cuando no retrase tu maratón de sexo con Freddie.

—Oh, se pasaría toda la noche dándole si le dejara —le digo mientras abro la puerta—. Tomar algo rápido no supondrá ninguna diferencia.

Una vez cerrada la puerta tras nosotras, nos partimos de risa.

—Tiene que sentar de maravilla quedar por encima de esta manera —dice Ali.

—Sí y no. Es genial demostrarle que he pasado página y que no me importa..., pero no he pasado página, y sí me importa.

—Lo pillo —dice, abrazándome con fuerza—. Oye, ¿quieres que vacilemos un poco más al barman? ¿Podríamos meternos en la cama juntas, pedir unas copas, a ver si nos las trae él?

—No te voy a ayudar a calentar al barman —le digo—. Ni siquiera te hace falta.

—No ahora que me has enredado en tu telaraña, diciendo que estoy saliendo con él.

—De nada —le digo—. Ahora tienes una excusa para lanzarte a por él.

—Antes no entraba en mis planes —miente—. Pero ahora te estoy haciendo un favor...

—No te quejarás tanto cuando caigas rendida a sus pies.

—Oh, te aseguro que gemiré —responde.

Sonrío. Me alegro mucho de que esté aquí.

—Entonces, ¿vamos a ir a la playa con Freddie por la mañana?

—¿Tú quieres? —respondo.

—Mmm, ¿que si quiero pasar el rato con una estrella de cine? —reflexiona en voz alta mientras se deja caer de espaldas en el sofá—. Sip.

—Vale, entonces, eso haremos.

—Siempre y cuando no me esté entrometiendo en tu cita.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —suspiro—. No es una cita en absoluto.

Capítulo 20

Día 8

Es difícil decir si el agua es azul o verde; es ambas cosas, dependiendo de cuándo y desde dónde la mires. Sea cual sea su color, brilla bajo el tórrido sol de verano. Resulta tan tentadora, como una cálida manta de terciopelo en la que me apetece envolverme.

La playa de este lado de la isla es inmensa. En un extremo parece desierta y salvaje, con una franja de arena casi blanca que separa el mar del bosque. A medida que caminas por la orilla, se va transformando hasta revelar poco a poco la zona que parece más de complejo vacacional. Hay un gran edificio, incrustado en la roca, que creo que está lleno de más restaurantes y tiendas. Justo debajo, prácticamente sobre la arena, hay un chiringuito. Además de una barra grande y bien surtida, tiene un amplio escenario y una pista de baile, de donde supongo que venía todo el jaleo de anoche.

Elijas la zona de la playa que elijas, está a rebosar, con parejitas enamoradas por todas partes, tomando el sol tan relajadas como si estuvieran en su propia cama, o flotando en el mar cogidas de la mano, como un par de nutrias marinas.

Todas las tumbonas van en parejas, pero, como yo me he sentado con Freddie y Ali ha venido sola, nos sobra un asiento completamente inútil que hemos cubierto de picoteo y bebidas.

Es genial tener a Ali aquí, aunque solo sea porque con ella me siento cómoda pidiéndole que me eche crema solar en las zonas de la espalda a las que no llego. Dudo que me hubiera atrevido a

pedírselo a Freddie, y falta me hace. Ali me ha convencido para ponerme el biquini; creo que no lo habría hecho sin su charla motivacional. No dejo de cruzar el brazo sobre el abdomen, acomplejada, pero luego me doy cuenta de que me va a quedar una gran marca blanca atravesándome la barriga, así que lo quito.

Hay muy buen rollo aquí; hay gente de todas las edades, tallas, nacionalidades y orientaciones sexuales. De verdad parece una utopía para parejas. Si el mundo se acabara y yo tuviera a alguien a quien le importara, podría atrincherarme aquí encantada. Además, con todas estas camas inmensas y tantos afrodisíacos, la gente no tardaría mucho en repoblar la Tierra.

Los tres hemos estado pasando el rato, disfrutando del sol, comiendo y bebiendo mientras escuchábamos a la banda que toca en directo en el chiringuito. También nos hemos estado conociendo, y con eso quiero decir que Ali ha acribillado a Freddie a preguntas personales y, a cambio, ha aportado un montón de detalles íntimos que nadie le había pedido.

Es una maravilla estar aquí tumbada, con el cálido sol acariciándome la piel y buena música en los oídos. ¡Y los olores! El mar, el olor a coco de mi crema solar... incluso el olor a las patatas fritas que estamos comiendo; todo forma parte de la experiencia de las vacaciones de verano.

Todo es maravilloso hasta que algo arroja una oscura sombra sobre el día. Literalmente, incluso con los ojos cerrados, noto que el sol ha desaparecido de golpe. Abro los ojos y veo a Daniel de pie junto a mí, observándome desde arriba.

—Hola —dice.

—¿Qué quieres? —pregunto, sin tiempo para cortesías con el hombre que me ha arruinado la vida.

—¿Os podemos pedir un favor, porfa? —empieza, al tiempo que Eva asoma por detrás de él, con un cóctel en cada mano—. ¿Nos podéis dejar esa tumbona? Es la única libre en toda la playa y ya tenemos las bebidas... Nos conformamos con poder usar la mesita, al menos...

Me muero por mandarlo a paseo, por decirle que se vaya a sentar al mar si le apetece, me da igual. Pero esas no suenan a las palabras de alguien a quien le da igual su ex, ¿verdad? Sonaría muy resentida si dijera eso, o como mínimo, mezquina. Estoy intentando ser la persona madura de la situación, o al menos parecerlo.

Miro de reojo a Ali. Se levanta las gafas de sol y me clava una mirada entrecerrada, suplicándome telepáticamente que diga que no. Freddie, por otro lado, me dedica una sonrisa de ánimo.

—Claro —contesto—. ¿Por qué no?

—Es un detalle que todos podamos seguir pasando el rato juntos —dice Eva.

Si soy sincera, creo que está siendo más cabeza hueca que mala. Siempre ha tenido pocas luces, y su absoluta falta de comprensión de esta situación no hace más que demostrarlo. Si yo fuera ella, estaría muerta de vergüenza, y si viera la cara que tiene Ali, probablemente temería por mi vida. Quizá le da confianza conocerme, saber que yo jamás le haría daño físico... aunque, sin duda, le proporcionaría una coartada a Ali.

—Oye, Lila —dice Freddie para captar mi atención.

Lo miro mientras se incorpora en su tumbona. Lleva un bañador bastante pequeño que se le ha subido por las piernas, dejando al

descubierto sus enormes muslos. Al inclinarse hacia delante, los marcados músculos de su torso parecen aún más definidos de lo normal. Desvío los ojos de su cuerpo para encontrarme con su mirada.

—Siéntate conmigo —dice, dando unas palmaditas en el espacio que queda entre sus piernas—. Así Daniel y Eva pueden tener una tumbona cada uno.

Me quedo mirándolo un momento. Dios mío, es un genio. Al sugerir que me acurruque con él, no solo va a volver loco a Daniel, sino que, al dejar dos asientos libres, significa que no tendré que ver a Daniel y a Eva acaramelados. Es listísimo.

—Vale —digo, intentando sonar indiferente, en lugar de eufórica y ligeramente aterrorizada.

Me siento en el borde de la tumbona de Freddie. Al acercarme un poco, él me agarra con uno de sus fuertes brazos y me tumba de lado entre sus piernas, de modo que la parte superior de mi cuerpo queda apoyada sobre el suyo..., acurrucada contra él.

Ali observa como un halcón por encima de las gafas de sol. Para ella, me imagino que esto está ocurriendo a cámara lenta, con música cargada de pedales *wah-wah* sonando de fondo.

El cuerpo de Freddie es sorprendentemente cómodo, teniendo en cuenta que parece estar duro como una piedra de la cabeza a los pies. Su piel, cálida, suave y con olor a coco, es una delicia contra la mía. Entre su minúsculo bañador y mi biquini diminuto, casi cada centímetro de nuestros cuerpos se está rozando. Él se pone una mano en la nuca y juega con mi pelo con la otra. Si no hiciera ya tanto calor aquí fuera, me estaría asando.

—¿Estás cómoda? —me pregunta.

Me imagino que me lo pregunta para saber si me siento cómoda con el numerito que estamos montando, más que por mi postura física.

—Mucho —respondo, lo cual es la respuesta a ambas cuestiones. Mi primer pensamiento, cuando me he tumbado encima de él, ha sido que probablemente parezco una morsa esparramada sobre un iceberg, pero me siento tan a gusto con Freddie, lo que supongo que demuestra lo buen actor que es. Casi me tiene convencida, y eso que sé que es teatro.

Mientras Daniel y Eva se ponen cómodos en sus respectivas tumbonas, los dos me lanzan miradas asesinas. Entiendo por qué lo hace Daniel, pero no Eva. Creo que está celosa porque salta a la vista que le gusta Freddie. Puede que no seamos una pareja de verdad, pero ella no lo sabe, y si intenta robarme a este también... Supongo que podría dejar que lo intente, distraerla con Freddie mientras yo recupero a Daniel. Me da rabia siquiera considerarlo. No quiero volver con Daniel... Es solo que cuesta deshacerte de alguien con quien has pasado cuatro años de tu vida.

¿Le estoy dando celos para intentar recuperarlo o solo para joderlo? No soy tonta..., pero no sé... Es difícil tirar a la basura a alguien con quien has estado tanto tiempo. Ahora estoy enfadada y no quiero ni mirarlo, pero cuando se me pase el cabreo, ¿voy a querer que vuelva? Es muy fácil ver a otras personas que perdonan a sus parejas infieles y pensar *madre mía, qué pringada, yo nunca lo haría*, pero cuando te pasa a ti...

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunta Eva a Freddie. Tiene todo el cuerpo orientado hacia nosotros y se nota que se muere por hablar con él. No la culpo. Aun así, me acurruco aún más contra su

pecho, solo para fastidiarla. Lo siento, pero estemos saliendo, prometidos, casados o simplemente fingiéndolo, no me va a quitar a todos los hombres que me cruce en la vida.

—De maravilla —le dice Freddie—. Es que esta chica es de otro mundo.

Cuando me aprieta contra él, me siento envalentonada.

—Es una pena que no estemos haciendo ninguna de las actividades que nos apetecían —digo—. Nos cuesta horrores salir de la villa.

—A nosotros también —añade Daniel enseguida—. Hoy nos hemos tenido que obligar a venir. Si no nos hubierais dejado los sitios, nos habríamos vuelto a la cama.

¡Ja! Me cuesta creerlo. Daniel Tyler no es precisamente Mr. Boombastic en la cama.

Nunca habría dicho que nuestra vida sexual fuera para tirar cohetes, pero pensaba que era algo que venía con la rutina de establecerse con alguien. Si te acuestas con la misma persona el tiempo suficiente, lo normal es caer en la monotonía, ¿verdad? ¿Pero a quién le importa? Prefiero ser feliz con alguien a quien amo que estar sexualmente satisfecha con alguien que, por lo demás, sea una persona horrible por la que no siento nada.

Simplemente nunca tuvimos chispa en ese aspecto; ¿quizá la tenga con Eva? Aunque dudo mucho que su falta de aguante y su incapacidad para encender fuegos artificiales tengan que ver conmigo en concreto... No creo... No sé si es preferible pensar que el mal sexo lo empujó a buscar en otra parte; de lo contrario, el problema soy yo: mi aspecto físico o, peor aún, mi personalidad.

Nunca he presumido de ser una estrella porno, pero me gusta pensar que soy buena persona.

—Eh —me dice Ali, arrancándome de mis pensamientos (¡es como si lo supiera!)—. ¿Os apetece una cita doble luego?

—¡Sí! —chilla Eva.

—Vosotros dos no —replica ella—. Freddie, Lila, yo y mi chico. Doble. ¿Qué sentido tendría una cita con cinco personas?

—Seguro que tú lo sabes —bromeo.

Ali mueve las cejas de arriba abajo.

—*Ciao, bonjour*, hola, *hello* —dice un hombre. Es un veinteañero de piel aceitunada y pelo oscuro con las puntas decoloradas. Me recuerda a cuando iba al instituto y un montón de chicos probaban el espray *Sun-In* para darse ese rollo de *boy band* que todas las chicas buscábamos. Lleva una camiseta roja brillante de San Valentino, al igual que la mujer alta y rubia que lo acompaña.

—Hola —se dirige a nosotros, dejando al descubierto su acento americano. Siento que Freddie se remueve un poco incómodo, pero ella no parece reconocerlo; no me refiero a reconocerlo porque fueran al mismo instituto, ya sé que Estados Unidos es muy grande, pero podría ser una fan. Su mirada sí se detiene en él una fracción de segundo más que en el resto, pero podría ser simplemente porque es guapísimo y da gusto mirarlo. Con su pelo revuelto y sus gafas de sol, sigue pareciendo «alguien»...; es solo que no siempre es fácil decir quién.

—Yo soy Matteo y ella es Zoey —empieza a decir el chico. El entusiasmo le corre por las venas, haciendo que mueva los brazos y las piernas en todas direcciones—. Y nuestro trabajo es asegurarnos de que os lo paséis en grande.

Eva se remueve emocionada en su asiento, pero los demás nos mantenemos bastante indiferentes. No hemos venido aquí esperando estar en Disney World, con Mickey y Minnie entreteniéndonos durante toda la estancia. Como la mayoría, imagino, hemos venido a relajarnos.

—Habéis venido en un momento muy especial —dice Zoey—. Esta noche arranca nuestro Mr & Mrs Valentine.

—¿Mr & Mrs Valentine? —pregunta Ali, prácticamente escupiéndole la palabra. Ali tiene paciencia cero para las cursiladas —. ¿Como el cutre programa de la tele?

—¡Sí! —continúa Matteo, sin que su entusiasmo decaiga ni un segundo. Por su reacción, no estoy del todo convencida de que haya oído hablar del programa, pero se le ve emocionado—. Nuestro trabajo es encontrar parejas que participen. ¿Os apetece jugar a algunos juegos y tal vez ganar algunos premios?

No es que nos lancemos todos a la vez.

—¿Premios? —indaga Ali.

—Sí —responde él—. Premios sorpresa.

—Paso muchísimo —dice Ali, mientras se vuelca en la boca lo que queda de una bolsa de patatas fritas—. Los premios sorpresa probablemente no valgan la pena.

Matteo y Zoey nos miran expectantes.

—¿Qué tipo de juegos? —pregunta Eva.

—Juegos divertidos —responde Matteo.

—Algunas rondas tratan sobre lo bien que funcionáis en equipo como pareja, haciendo pruebas físicas. Otras se basan en lo bien que os conocéis; la verdad es que es muy divertido. Es un gran

evento. No todo el mundo quiere participar, ya que se hace con público, pero a todo el mundo le encanta venir a verlo.

—Vamos a hacerlo —le insiste Eva a Daniel, tirándole de la mano como una niña pequeña.

—Ja —suelto, sin poder evitarlo.

—¿Qué? —pregunta Daniel.

—Perdón, es solo que... me parecería interesante veros participar en algo que requiera que os conozcáis, teniendo en cuenta la naturaleza, estoooo..., clandestina de vuestra relación.

Zoey se encoge de hombros y sonríe. Está claro que no tiene ni idea de por dónde voy.

—¿Entonces os apunto?

—Sí, apúntanos —dice Daniel—. Se nos daría mil veces mejor que a vosotros dos. Básicamente sois un par de desconocidos.

—Uy, aquí hay pique —dice Zoey—. ¿Vais a consentir que os digan eso?

Me doy cuenta de que me está hablando a mí directamente. He aguantado cosas mucho peores de ellos.

—Apúntanos a nosotros también —dice Freddie.

—¿De verdad? —chillo.

—De verdad —responde—. Creo que se nos dará bien.

Daniel no se equivocaba: Freddie y yo somos básicamente unos desconocidos..., pero no sé, ¿supongo que podría ser divertido?

—Sí, apúntanos —digo.

—¡Perfecto! Una rivalidad amistosa —dice Zoey—. Así que la primera ronda es esta noche...

Mientras Zoey nos explica cómo funciona el concurso y toma nuestros datos, casi me da pena. Con Freddie y conmigo, y Daniel y

Eva participando, esta rivalidad va a ser de todo menos amistosa.

Capítulo 21

Resulta que todo el mundo está bastante emocionado con el concurso de Mr & Mrs Valentine Island. Las parejas participantes formarán parte de una serie de pruebas a lo largo de esta semana. Parece que aquí siempre hay algún tipo de evento para mantener a los huéspedes entretenidos. No sé si habría un momento mejor o peor para estar aquí, pero no suena nada mal. Solo un determinado número de parejas pasa a la siguiente ronda, lo que significa que para cuando llegas al evento final, solo quedan los mejores de los mejores. No me imagino a Freddie y a mí, ni a Daniel y Eva, coronándonos como los mejores, no cuando competimos contra parejas convencionales y reales, pero si al menos logramos llegar más lejos que nuestros rivales...

Freddie parece entusiasmado. Dice que ha estado muy aburrido y solo, encerrado en su apartamento durante tanto tiempo, antes de venir aquí para sentirse aún más solo. Supongo que, al menos cuando te sientes solo en tu propia casa, estás rodeado de tus cosas. No es que las cosas te hagan compañía, pero la familiaridad sí, hasta cierto punto. Aquí, sin embargo, sin estar rodeado de nadie a quien conozca ni nada que reconozca, Freddie debe de sentirlo aún más. Creo que por eso se ha aferrado a mí con tanta fuerza como yo a él. Soy como un proyecto para él, alguien a quien puede cuidar. Y ahora tenemos esta competición.

—Solo quiero ganar esta ronda —le digo—. Y luego nos retiramos, diciendo que estamos enfermos, que nos da vergüenza o algo así. Con darles en las narices una vez me conformo.

—¿Darles en las narices una vez y no darles la oportunidad de empatar? —pregunta Freddie.

—Exacto —respondo—. En el amor y en la guerra, todo vale.

Freddie se echa a reír.

El bar de la playa es un espacio abierto, amplio y circular. Hay un gran escenario a un lado, con un espacio libre para una pista de baile justo delante. El resto está lleno de mesas y sillas, todas orientadas hacia donde transcurre la acción.

Unas guirnaldas de lucecitas cuelgan por el borde del recinto, creando la ilusión de una especie de muro a nuestro alrededor, y en el centro de cada mesa hay una botella de vino de cristal transparente repleta de más lucecitas en su interior. Creo que lo que más me gusta de Valentine Island es la temática recurrente de luces parpadeantes y plantas de hojas verdes. Sin duda, siento como si estuviera en una especie de utopía de ensueño, a un millón de kilómetros de mi vida habitual en la gran ciudad contaminada.

Sigue haciendo bastante calor, pero, sin el sol dándonos de lleno, es una temperatura más agradable. Llevo un vestido palabra de honor, pero ahora, tras un día tomando el sol, tengo en los hombros las marcas blancas de los tirantes del biquini, lo que me delata como una «típica guiri». Creo que, tal vez, Freddie lleva más tiempo que yo trabajando en su bronceado, o quizá como casi siempre va sin camiseta, coge color de forma más uniforme que yo. Esta noche lleva una camiseta con cuello de pico que se le ciñe a los músculos y unos pantalones chinos bastante ajustados. No sé si su ropa está diseñada para ser ajustada o si, en cuanto a volumen muscular, sencillamente no da más de sí. Me regaño a mí misma cada vez que me sorprendo mirándolo fijamente, admirándolo.

Ali decidió no venir a mirar, porque «le parecía una cutrez» y «podía darle arcadas». También nos soltó que, si yo iba a ir por ahí diciendo que «se estaba tirando a un camarero», pues «lo mismo le daba tirarse de verdad a un camarero», así que se ha ido a buscar al del restaurante de anoche.

Esto está a reventar, así que no veo a Daniel y a Eva. Igual se han acobardado.

Matteo y Zoey suben al escenario. Ambos llevan micrófonos de diadema que les asoman por delante de la cara, lo que me hace preguntarme qué demonios vamos a tener que hacer para que necesiten las dos manos libres. Zoey toma la iniciativa y lo dice todo en inglés. Matteo va apenas unos segundos por detrás de ella, repitiendo en italiano todo lo que dice.

—¡Ha llegado la hora de la primera ronda de Mr & Mrs Valentine Island! —anuncia ante una marea de aplausos—. Así que, que suban nuestras parejas al escenario y descubramos cuánto saben el uno del otro.

—Mierda —digo en voz baja—. No es que vayamos a arrasar en esta prueba precisamente, ¿verdad?

—Vamos a intentarlo —dice Freddie—. Si no somos los primeros, y parece muy difícil, nos largamos.

Nos abrimos paso hacia el escenario a regañadientes, junto al resto de las parejas. Por fin me fijo en Daniel y Eva. Puede que no se conozcan tan bien, pero seguro que saben el uno del otro más que Freddie y yo. ¿Por qué no podía haber sido algo en lo que yo fuera mejor que ellos, como poner bien las comas o no ser un adúltero?

Matteo retira una gran tela de terciopelo rojo para dejar al descubierto una estructura. Es una especie de cabina telefónica ancha, dividida en dos, con una ventanita en la parte superior. Es toda roja y brillante, lo que me hace pensar que está hecha a medida. En ese caso, la verdad es que se toman esto muy en serio.

—Bien, en la primera ronda descubriremos hasta qué punto se conocen nuestras parejas; la prueba definitiva de toda relación. Para algunas rondas hay que ser fuerte, pero para esta, vuestra relación debe ser a prueba de bombas. Las parejas se sentarán en secciones separadas de la cabina y una de las personas responderá a preguntas sobre la otra. Si las respuestas de las tarjetas coinciden, es un punto. Es hora de ver quién está irremediablemente enamorado y quién, simplemente, no tiene remedio...

Freddie y yo vemos a las primeras parejas enfrentarse a las preguntas y respuestas. Es increíble la cantidad de parejas que fallan en algunas de las preguntas que parecen más sencillas. Y eso que son parejas de verdad, no unas de mentira que solo se conocen desde hace un par de días.

Los siguientes son Daniel y Eva. Ambos toman asiento en la cabina y Eva elige responder a las preguntas sobre Daniel. Tiene sentido; Daniel es tan egocéntrico que dudo que le haya hecho jamás a ella una pregunta personal.

—Pregunta número uno —empieza Zoey—. ¿De qué color son los ojos de tu pareja?

Bueno, esa es fácil: tiene los ojos marrones. No hace falta conocer a Daniel tan a fondo para saber eso; hasta Freddie podría haberla respondido.

—Y tu respuesta es... —le pide Zoey a Eva.

Eva levanta su pizarra borrable. Ha escrito «marrones» con una caligrafía de niña, exageradamente redondita y llena de florituras. Se muerde el labio mientras espera a oír si ha acertado.

—Y tu respuesta es... —le dice a Daniel.

Daniel gira su pizarra para revelar que ella ha acertado.

El público aplaude disciplinadamente, como hace con cada pregunta que se responde bien. Oh, sabe de qué color tiene los ojos, menuda hazaña.

—Pregunta número dos —continúa Zoey—. ¿Qué guarda tu pareja en la mesita de noche?

—Obviamente esa me la sé —le digo a Freddie, entre dientes—. Porque también es mi dormitorio. Tiene una luna que se ilumina.

Mi lado de la cama está desordenado. Siempre tengo un par de libros a medias, apretujados ahí con la lámpara, los cargadores y cualquier otra cosa que haya dejado, como cacao para los labios o una botella de agua. El lado de Daniel siempre está recogido; lo único que hay en su mesita es su lámpara de luna.

Eva levanta la pizarra, que dice «luna», y siento como si me hubieran dado un puñetazo en la cara. Freddie me rodea con el brazo para apoyarme, lo que le agradezco más de lo que se imagina. Siento que me voy a desmayar.

Ha estado en mi dormitorio. Eva ha estado en mi dormitorio. Mi dormitorio. No sé cuándo ni dónde estaba yo, pero sé que jamás la he llevado allí. Sabía que se había estado acostando con mi prometido, pero, llámame ingenua, nunca llegué a creer que lo hubieran hecho en mi casa, en mi dormitorio, en mi cama.

Daniel levanta la pizarra, y su respuesta coincide.

Me toco la mejilla con el dorso de la mano. No sé si es que hace calor esta noche, si me he quemado un poco con el sol o si es porque echo humo por las orejas, pero siento que la cara me irradia calor.

—Pregunta número tres —dice Zoey.

Llegados a este punto, ya ni siquiera quiero estar aquí. No solo por el hecho de participar en este concurso, es que ni siquiera quiero estar en la misma isla que ellos.

—¿Dónde estabais la primera vez que os dijisteis que os queríais?

Freddie me aprieta más fuerte.

Supongo que me lo tengo merecido por pensar que podía pasarles la mano por la cara jugando a un juego estúpido.

Si me tocara responder a mí, mi respuesta sería el parque. Cuando salíamos juntos, a medida que él empezó a abrirse un poco más, Daniel dijo que quería que fuéramos a dar un paseo. Nunca habíamos ido a pasear antes, no era algo que hiciéramos para divertirnos, pero yo estaba tan feliz de pasar tiempo con él que me daba igual dónde estuviéramos o qué hora fuera. Me llevé una grata sorpresa durante nuestro primer paseo juntos al atardecer, cuando de repente soltó sin más que me quería. Supe al instante que yo también lo quería.

Eva levanta su pizarra, en la que se lee «parque».

¿Me estás jodiendo? ¿Esto es lo que hace? ¿Lleva a las chicas al parque, las pasea un rato y luego les dice que las quiere? Oh, debe de creerse todo un donjuán, paseando entre los árboles con una mujer tras otra, antes de sentarlas en la hierba frente al atardecer, y apartarles un mechón de pelo detrás de la oreja para susurrarles su falsa declaración de amor. En aquel momento, pensé que era

maravilloso. Ahora me parece un baboso de manual, y en cuanto a Eva... No solo se está metiendo en mi relación y en mi dormitorio, sino que ahora también está invadiendo mis recuerdos, manchándolos, reclamándolos como suyos, igual que hace con todo lo demás.

Por supuesto, su respuesta es correcta.

Zoey está sacando las preguntas de una caja, así que no tiene ni idea de lo que viene después. Ojalá lo supiera yo; esto es una tortura. Cada pregunta parece sacarme de mis casillas todavía más que la anterior.

—Pregunta número cuatro... ¿Cuál fue el primer motivo por el que discutisteis?

Eva da saltitos de emoción en su asiento. Esta se la sabe.

Por algún motivo, me fastidia aún más saber que discuten; los legitima como pareja. Es normal que las parejas discutan, y me molesta que ellos lo hagan, incluso más que la idea de que intercambien «te quiero».

—Bueno, no me imagino a esos dos discutiendo de política —me susurra Freddie.

—No, ni siquiera me los imagino conversando —respondo—. Él solo habla de fútbol, y ella solo habla de sí misma.

Eva levanta su pizarra, en la que pone «se perdió el primer San Valentín» junto a una carita triste. Cuando Daniel revela que su respuesta coincide, el público lo abuchea en tono de broma.

—Oh, no —dice Zoey—. Espero que tuvieras una buena excusa.

—Lo pasó con su prometida —le susurro a Freddie—. Esa es su excusa.

—Bueno, Daniel y Eva llevan cuatro de cuatro, que hasta ahora es nuestra puntuación máxima compartida. Si aciertan esta, se colocarán en cabeza. Así que...

Hasta ahora, nadie ha acertado su quinta y última pregunta. Las últimas preguntas salen de una caja distinta y se supone que son más difíciles que las anteriores.

—¿A qué le tenía miedo Daniel cuando era pequeño? —pregunta Zoey.

Eva se rasca la cabeza de forma teatral antes de escribir algo. Levanta la pizarra para revelar la palabra «payasos».

—Uuuuh, a los payasos —dice Zoey—. ¿Vemos qué ha escrito Daniel?

—A los perros —le digo a Freddie.

Cuando Daniel tenía siete años, estaba jugando con su primo en la calle donde vivía, cuando un perro se les acercó y mordió a su primo. Daniel recuerda que el perro le mordió a él, pero su madre insiste en que fue a su primo a quien mordió. Aquello dejó a Daniel con un miedo paralizante a los perros, un miedo que yo le ayudé a superar cuando nos conocimos presentándole a los pomeranias de mis padres. A ver, ¿quién podría tenerle miedo a un pomerania? Básicamente son nubes pequeñitas que ladran si no les haces suficiente caso.

—Oh, qué mala suerte —dice Zoey—. La respuesta era a los perros. Pero la buena noticia es que seguís empatados en cabeza, así que pasáis directos a la siguiente ronda.

—Tengo una idea —me susurra Freddie—. Tú respondes a las preguntas sobre mí. Nadie podrá ver lo que estás haciendo dentro

de esa cabina; solo se ven las caras. Haz como que estás escribiendo la respuesta, y la buscas rápidamente en internet.

—¿Que lo busque en internet? —respondo.

—Nunca deja de sorprenderme la cantidad de información aleatoria pero precisa que hay sobre mí en la red —dice con una risita perpleja—. Así que búscalo en internet.

Daniel y Eva salen de sus cabinas y se abrazan victoriosos. Mientras Freddie y yo nos acercamos, nos cruzamos con ellos en el escenario.

—Buena suerte —me susurra Daniel con una sonrisa de petulancia.

Es completamente imposible que yo sepa tanto sobre Freddie como lo que sabe Eva sobre Daniel. Da igual cuánto tiempo haya durado su aventura, se conocen desde hace años. Yo a Freddie lo conozco desde hace unos días, y nuestra relación es toda una farsa.

—Nuestra última pareja de la noche son Freddie y Lila —le dice Zoey al público, leyendo nuestros nombres en una tarjeta.

Freddie sigue llevando sus gafas de sol, lo que parece surtir efecto para preservar su anonimato. Aunque parece un poco fantasma, dado que ya es totalmente de noche.

Nos indican que entremos en nuestras respectivas cabinas. Agarro mi pizarra y le quito el capuchón al rotulador, antes de sacar a escondidas el móvil del bolsito que llevo cruzado.

Necesito borrarle a Daniel esa sonrisita de la cara. No puedo dejar que gane esta vez.

—Pregunta número uno —empieza Zoey—. ¿Cuánto mide tu pareja?

Escribo rápidamente «Estatura Freddie Bianchi» y, en cuestión de segundos, la tengo. Escribo «1,90 m» en mi pizarra.

Zoey comprueba la respuesta de Freddie con la mía, y he acertado.

—Pregunta número dos —continúa—. ¿Cuál es la película favorita de tu pareja?

Solo tardo unos segundos en encontrar una entrevista donde Freddie menciona que su película favorita es *Casablanca*.

Y ¿os lo podéis creer? Tenemos otra coincidencia.

Consigo salir del paso (léase: busco en internet) en el siguiente par de preguntas, acertando de lleno el color favorito de Freddie y el instituto al que fue. Me resulta asombroso que a gente que no lo ha conocido en la vida le importe su color favorito; a mí no me importa ni siquiera mi propio color favorito. Aun así, creo que he tenido mucha suerte de poder buscar las respuestas correctas. Esto significa que estamos empatados con Daniel y Eva, lo cual está bien. Quería ganar con todas mis fuerzas, pero me conformaré con no perder.

A continuación, llega la quinta y última pregunta, la que se supone que es difícil. Aunque no creo que importe si es difícil o fácil, para mí todas lo son, porque Freddie es prácticamente un desconocido... Un desconocido con el que estoy pasando las vacaciones, con el que me acurruco y al que he visto fugazmente desnudo y él a mí. En serio, qué luna de miel más jodidamente rara.

—Hasta ahora ninguna de nuestras parejas ha logrado responder bien a la última pregunta. ¿Serán Freddie y Lila diferentes? Allá vamos... Lila, si Freddie ganara la lotería, ¿qué es lo primero que haría con el dinero?

Este es el tipo de pregunta que me daba pánico, porque no puedo buscarla y no hay una respuesta obvia. Algunos se fundirían el dinero en una casa o un coche; otros se irían de vacaciones o montarían una fiesta. No conozco a Freddie lo suficiente y no puedo meterme en su cabeza...

Sin embargo, el caso es que me sé la respuesta a esta pregunta. Lo sé porque se lo pregunté yo. Los dedos de una mano sobran para contar las conversaciones serias que hemos tenido, y ya le había hecho esta pregunta, solo que de una forma ligeramente distinta. ¿Qué probabilidades había?

Escribo mi respuesta con una sonrisa de oreja a oreja. Apuesto a que Daniel está ahí fuera, dando palmas con las orejas de la emoción porque sabe que no conozco a Freddie desde hace mucho. Pensará que es imposible que sepa esto.

Lo busco con la mirada, pero los focos del escenario brillan demasiado para distinguir a la gente; todo el mundo está en la penumbra. Sin embargo, apuesto a que él sí puede verme a mí, y apuesto a que piensa que me estoy tirando un farol.

—Vale, ¿qué tenemos? —me pregunta Zoey.

Doy la vuelta a mi pizarra para enseñar mi respuesta.

—Lila ha escrito que... Vaya, vale. Cree que su media naranja pagaría la hipoteca de sus padres. No me lo esperaba. A ver qué ha puesto Freddie...

Me da la sensación de que tarda una eternidad en dar la vuelta a su pizarra. Es como si la música se detuviera, todo el mundo se quedara callado e incluso el mar dejara de romper en la orilla. Se podría oír caer un alfiler.

—¡Coinciden! —chilla Zoey, seguida al instante por Matteo, que grita lo mismo en italiano.

Siento como si la sonrisa me fuera a partir la cara por la mitad; estoy encantada conmigo misma. Sí, es una victoria pequeña y mezquina, que no iguala las cosas precisamente, pero, a menos que esté dispuesta a acostarme con uno de los amigos de Daniel para vengarme (ni de puta coña), esto es lo mejor que puedo hacer.

Primera ronda: Lila. Bueno, Lila y Freddie.

Cuando nos liberan de nuestras cabinas separadas, por fin le veo la cara a Freddie y parece tan satisfecho como yo. Me levanta en vilo y me hace dar vueltas. Cuando por fin se detiene, reclamo mi premio: las caras de amargados de Daniel y Eva.

—Nos están mirando —me susurra Freddie—. Agárrame el culo o algo así.

—Agárramelo tú —respondo, dándome demasiada vergüenza hacerlo.

—Vale —dice él, y me agarra.

Suelto un gritito de alegría, sobre todo por el bien de nuestro público. Puedo ver la furia en la cara de Daniel y me produce muchísimo placer. A ver qué tal le sienta.

—Eso significa que, a la cabeza de nuestra clasificación, tenemos a Freddie y a Lila —anuncia Zoey ante un estruendo de aplausos—. Acompañadnos mañana, cuando las parejas que siguen en pie volverán a competir por la oportunidad de ganar el premio sorpresa, que ya puedo revelar que son... 5000 euros.

Me quedo helada y ladeo la cabeza poco a poco, como un perro que acaba de oír un silbato. Perdona, ¿qué?

Freddie también parece desconcertado.

—¿Acaba de decir...?

—Sí que lo ha dicho —responde él—. Vamos a por algo de beber para celebrarlo.

Capítulo 22

Es una noche perfecta para pasear. Por un lado, tienes la isla entera iluminada y llena de vida; por otro, solo el mar negro bajo la luz de la luna y un cielo estrellado. Me encanta mirar hacia fuera, a la nada, concentrarme en el sonido de la marea. Es como si me sacaran del mundo real y me soltaran de golpe en un oasis de relajación.

Por muy relajada que me sienta ahora mismo, también estoy emocionada.

—No me puedo creer que haya un premio de 5.000 euros —suelto con voz chillona—. Y vamos ganando.

—Hicimos trampas —me recuerda.

—Cierto —le respondo—. Pero eso fue antes de saber que había dinero de por medio. Solo pensábamos que le estábamos tocando las narices a mi ex.

—Eso también es verdad —contesta.

—Imagina lo que podría hacer alguien con 5.000 euros —digo, dando vueltas en la arena. Entonces recuerdo que lo más probable es que Freddie sea millonario. Que Freddie gane 5.000 euros equivale a que yo me encuentre un billete de veinte libras en un bolso que hace tiempo que no uso—. Bueno, desde luego, yo podría hacer muchas cosas con ese dinero. Podría pagar lo que me queda de la boda, para empezar, y así borrar el error por completo. Podría usar parte para comprarle a Daniel su mitad de la casa, si es que eso es posible siquiera... Supongo que tendré que buscar un sitio para mí sola...

Me estoy dejando llevar.

—Pues vamos a ganarlo —dice Freddie como si nada—. Bueno, a ganarlo juntos, pero te lo quedas tú.

—¿Qué?

—Vamos a jugar en serio, sin hacer trampas, y vamos a ganar. Si nos lo tomamos en serio, creo que tenemos bastantes probabilidades. Ya hemos superado la parte de contestar preguntas... Tenemos una oportunidad real, Lila.

—Pero... si ni siquiera somos una pareja de verdad.

—¿Y qué? —Se echa a reír—. ¿Qué diferencia hay? Somos dos personas que, de todos modos, iban a pasar las vacaciones juntas. La única diferencia real entre los demás y nosotros es que ellos comparten cama.

—Así que te refieres a que somos más como un matrimonio de los de toda la vida —bromeo—. ¿De verdad crees que podríamos ganar?

—Claro que sí —contesta—. Y, si no, nos lo pasaremos bien intentándolo. ¿Acaso no ha sido divertido lo de esta noche?

—Desde luego que lo ha sido. Verles las caras a Daniel y a Eva... Dios mío.

—Entonces...

—Si acabáramos ganando juntos, no podría quedarme con todo el premio —le digo.

—Lila, voy bien de dinero —responde él—. La industria del cine paga bastante bien.

Sonrío.

—Vale, claro, cuenta conmigo —digo.

Noto la emoción corriéndome por las venas, insuflándome vida. Estar así de eufórica, después de haberme sentido tan hundida en la miseria... casi hace que todo haya valido la pena.

Me abrazo a mí misma cuando una brisa fría recorre la playa. No sé si es el aire del mar, las emociones del día o una combinación de ambos, pero me invade una oleada de cansancio. Bostezo.

—¿Volvemos? —sugiero—. Estoy bastante cansada y está empezando a hacer un poco de frío, ¿no?

—Claro —responde—. Te ofrecería mi chaqueta si llevara una.

—Qué caballero —le digo con una sonrisa.

—La gente nunca cree que lo sea —dice—. Todos se piensan que voy a ser el pervertido arrogante y adicto al sexo que interpreto en la película.

Vale, voy a tener que ver esa película. Necesito ver a esa versión de Freddie por mí misma. Me cuesta imaginar que este hombre dulce y encantador que tengo delante sea un salido de cuidado, por mucho que solo esté actuando.

Freddie me ofrece el brazo para caminar de vuelta a la villa, lo que me arranca una sonrisa.

—¿Oyes eso? —pregunta Freddie, deteniéndose en seco.

Escucho con atención y oigo esos gritos familiares que ya oí hace unos días.

—Oh, Dios mío, son mis amiguitos —le digo, corriendo hacia los arbustos.

—¿Tus qué? —me pregunta Freddie, siguiéndome de cerca.

Aparto las ramas con cuidado para enseñarle a los gatitos que viven ahí.

—Hala —dice—. Suelo ser más de perros, pero estos pequeños son una monada.

Hoy su madre está con ellos. Viene corriendo hacia nosotros para ver si tenemos comida.

—Hola, preciosa —le dice Freddie, agachándose para acariciarla —. Guau, es muy mansa para ser callejera.

—Lo es —digo. Aunque, por otro lado, ¿quién no se tiraría a los brazos de Freddie, ya sea persona o felino?

Hay algo tremendamente atractivo en los tíos grandes y sexis acariciando animales o cogiendo bebés, ¿verdad? Ver a Freddie hacerle caso a la gata solo consigue que sea todavía más cautivador.

Mientras continuamos el camino de vuelta a la villa, uno esperaría que la noche se volviera cada vez más silenciosa. Pero esta vez, a medida que nos acercamos a la puerta de mi suite, oigo algo. Es un sonido muy conocido y viene del interior de mi cuarto. Es...

—Oh, Dios.

—¿Eso es...? ¿Oigo a alguien...?

—Sip —respondo.

Conozco el sonido del orgasmo de mi mejor amiga con una familiaridad que resulta incómoda, después de haber vivido tanto tiempo con ella. Sus gemidos rítmicos siempre lograban dejarme agotada. Nunca entenderé cómo puede hacer tanto ruido durante tanto tiempo seguido. No sé si es una ilusión auditiva porque me estoy centrando en ello, o si el ruido es cada vez más fuerte.

—Supongo que ha congeniado bastante bien con el camarero ese que me dijiste que iba detrás de ella —comenta Freddie.

—Dios, eso espero —contesto con una carcajada—. Con Ali nunca se sabe, a lo mejor solo estaba sola y aburrida. Oh, no, hay un hombre haciendo ruidos también. Puedo oírle. Dios, se le oye a la perfección. A lo mejor por fin ha encontrado la horma de su zapato. Si es así, va a ser como un partido de tenis entre dos profesionales. Seguirá, y seguirá, y seguirá.

—¿Quieres pasar a tomar algo? —sugiere Freddie.

—No, es tarde, no te preocupes, vete a la cama. Conociendo a Ali, esto va a durar toda la noche —le digo con un suspiro.

—Vale, bueno, pues vente a dormir conmigo —sugiere. Noto cómo se arrepiente de sus palabras al instante, antes de intentar encauzar la oferta con torpeza—. Quiero decir, vente a dormir a mi cama esta noche; yo dormiré en el sofá.

No sé qué cara pongo, pero Freddie reacciona.

—Ya sé que es un poco violento, pero... —Como si le hubieran dado pie, Ali suelta un chillido digno de una lechuza en la noche. No me extrañaría que también estuviera dándole la vuelta a la cabeza—. Peor va a ser entrar ahí.

—¿Estás seguro?

—Claro —responde—. No te voy a dejar aquí fuera, ¿verdad?

Sonrío. No me puedo creer lo bueno que es este hombre conmigo cuando apenas soy una desconocida para él (y encima una desconocida bastante ridícula).

—Gracias —le digo.

Dentro de la suite de Freddie (que, por lo visto, es más grande que la mía), aún se sigue oyendo a Ali y a su nuevo amiguito dale que te pego como conejos, pero la pared que nos separa amortigua sus efectos de sonido lo suficiente como para intentar fingir que no está pasando.

—Puedes quedarte con la cama —dice—. Las limpiadoras han cambiado las sábanas esta mañana. Yo dormiré en el sofá. Te acompaño arriba; de todas formas, necesito coger una manta.

Es un poco violento subir al dormitorio de Freddie con él, algo que resulta todavía más incómodo por los ruidos sexuales que vienen de

la habitación de al lado. Por un momento, siento que mis pasos se acompasan con los gruñidos y me siento rara, como si estuviera participando.

—Tienes el dormitorio recogidísimo —le digo, pasando la mirada por la inmensa cama perfectamente hecha, las mesitas de noche despejadas y el suelo de baldosas sin ropa desperdigada, a diferencia del mío.

—Sabía que hoy venían las chicas a cambiar la cama, así que me aseguré de que todas mis cosas estuvieran recogidas —dice—. No quiero que se piensen que soy un capullo que lo deja todo tirado por ahí y que espera que recojan lo que yo ensucio.

Ay, ¿por qué tiene que ser un hombre de ensueño?

—Toma, una camiseta limpia para que duermas —me dice, echándome una.

—Gracias de verdad —repito.

—De nada. Bueno, te dejo que duermas un poco.

—Sí, crucemos los dedos para que el ruido de Ali no nos lo impida —respondo.

—Como hagan más ruido, daré un golpe en la pared.

—Seguramente eso es lo que están haciendo ellos —bromeo—. Se pensarán que nos hemos unido a la fiesta.

Las mejillas me arden con el fuego de mil soles. ¿Por qué he dicho eso?

Freddie se echa a reír al darme las buenas noches y bajarse a la planta de abajo. Me ha dejado a solas. Y ya sabéis qué voy a hacer ahora, ¿a que sí?

Me quito el vestido y lo dejo exactamente donde cae. A lo mejor Freddie es ordenado, pero yo no; y, de todas formas, pienso volver a

ponérmelo antes de que alguien me vea.

Saco el móvil del bolso antes de meterme en la cama y cargo un vídeo. Antes de darle a reproducir, escucho atentamente, esperando a que Freddie deje de moverse de un lado para otro. Si me espero a que se instale y dejo el volumen bajo, no tendrá ni idea de lo que estoy haciendo. Además, el manto de los orgasmos múltiples de Ali me proporcionará un plus de privacidad.

Pongo el dedo en el botón de bajar el volumen, preparada para machacarlo en cuanto empiece el vídeo. No tardo nada en encontrarlo en la pantalla de inicio de Netflix... *Edge of Eden*, la película de Freddie.

Nunca he sido muy fan de los libros de porno para mamás que tanto furor han causado en los últimos años, así que tampoco me he molestado en ver ninguna de las adaptaciones a la gran pantalla. Es algo raro, ¿no creéis? Porque para mí ir al cine es una actividad de lo más social, y eso de ir a ver una peli guarra con mis amigos (aunque las escenas de sexo sean actuadas) es algo que me cuesta imaginar. Y, total, ¿para qué pagar cuando mi mejor amiga intenta surtirme de mi dosis completamente gratis?

Supongo que cualquier cosa que haga que las mujeres hablen de sexo y sean más abiertas sobre su sexualidad está genial. Nos han condicionado de forma rarísima para que pensemos que el sexo es para los hombres y que las mujeres no deberían hablar de ello, de la misma manera que se supone que no debemos hablar de la regla, y que lo único a lo que debemos aspirar en la vida es a procrear. Todo un chiste, la verdad, dado lo estrechamente relacionados que están el sexo, la regla y el tener hijos.

A veces simplemente no te apetece ver una película, no hasta que te cruzas y entablas amistad con uno de los protagonistas mientras estás de luna de miel sola. Ya sabéis, el clásico de toda la vida.

Ahora que conozco a Freddie, y con lo que sé sobre la película, tengo que verla. Por pura obligación.

Completamente segura de que no hay moros en la costa, le doy a reproducir. Solo necesito ver un trocito para saciar mi curiosidad. Después dormiré un poco.

Capítulo 23

Día 9

Hay ese tipo de luz rara que se queda a medio camino entre la puesta y la salida del sol.

Tengo los sentidos a flor de piel. Puedo oler las hojas de los árboles, la tierra húmeda del suelo, la lluvia en el aire... y entonces Freddie se acerca a mí, y al único que huelo es a él. Lo único en lo que puedo pensar es en él, en cuánto lo deseo.

—¿Qué? —le pregunto nerviosa cuando se acerca a mí.

A medida que va acercando su cuerpo al mío, yo me apoyo contra el árbol que tengo detrás.

—Te deseo —me susurra al oído—. Te necesito.

Al principio, me coge el lóbulo de la oreja entre los labios, mordisqueándolo con suavidad antes de bajar besándome por el cuello. Pongo los ojos en blanco mientras gimo, hasta que recuerdo dónde estamos.

—Espera, alguien podría vernos —digo—. Por aquí pasa gente constantemente.

—Me da igual —dice, sin aliento—. ¿A ti te importa?

—No —respondo. Me sorprende hasta a mí, pero es la verdad, no me importa nada. Lo único en lo que pienso es en Freddie y en lo mucho que lo necesito yo también.

Freddie me coge ambas muñecas con una de sus manos enormes y fuertes, manteniéndolas firmemente juntas antes de clavarlas contra el árbol, por encima de mi cabeza. Con la mano que le queda

libre tira del cordón de la parte de arriba del bikini y, de un rápido movimiento, la hace desaparecer.

La brisa me acaricia levemente la piel desnuda mientras me quedo ahí, esperando y preguntándome qué va a hacer Freddie a continuación.

Parece que pasa una eternidad hasta que al fin mueve ficha. Freddie me levanta en vilo con una mano y aprieta el cuerpo contra el mío, inmovilizándome contra el tronco del árbol. Le rodeo las caderas con las piernas mientras me besa apasionadamente.

Resulta tan morboso estar aquí fuera, en medio del bosque. Cualquiera podría pasar en cualquier momento, pero esa es la mitad de la gracia; una emoción que nunca supe que deseaba experimentar.

El cielo se abre y un chaparrón cae sobre nosotros. Pero no sirve para aguarnos la fiesta, ya que nuestras bocas abiertas se llenan de agua y nuestros cuerpos se vuelven resbaladizos. Me agarro todavía con más fuerza.

—Mmm, eres una chica mala, Lila —me dice Freddie entre beso y beso—. Lila, Lila, Lila...

Abro los ojos.

—Lila, ¿estás bien? —me pregunta Freddie—. Estabas haciendo unos ruidos muy raros.

Me siento en la cama de un salto. Oh, Dios, estaba soñando. ¿Ha sido todo un sueño? Parecía tan real.

—Sí, eh, sí, estoy bien —digo, pero me cuesta mirarle a los ojos. Me tapo la cara fingiendo que me molesta la luz, pero no es el sol lo que me ha dejado acalorada y sudando—. He tenido una pesadilla.

—¿Qué pasaba? —pregunta con curiosidad—. ¿Estabas corriendo? Parecía que te faltaba el aire.

Ay, Dios mío, desde luego que me faltaba el aire.

—¿Qué hora es? —le pregunto para cambiar de tema. Desbloqueo el móvil, que se abre directamente en la pantalla de Netflix con su película. Lo cierro corriendo, lo que da la sensación de que estoy en un estado de histeria aún mayor que en el que ya estaba cuando me pilló teniendo un sueño erótico con él.

Todo es culpa de su maldita película; la estuve viendo justo antes de quedarme dormida. Esa escena, en el bosque, bajo la lluvia, estaba sacada directamente del manual de *Edge of Eden*. Muchas de las escenas eran el típico rollo sadomasoquista, justo lo que me esperaba. Pero esta escena del bosque... Trataba enteramente sobre cómo Edward Eden intentaba complacer a Hannah, su interés amoroso, en lugar de utilizarla, que de eso va el noventa y nueve por ciento de la película.

No sé por qué esa escena, entre todas las escenas de la peli, es la que se me metió bajo la piel y se coló en mis sueños, pero así fue. Hoy siento como si estuviera viendo a Freddie bajo una luz completamente nueva; una luz que me resulta casi demasiado deslumbrante como para soportarla. Es que no puedo mirarle, no después de las cosas que le he visto hacer (aunque estuviera actuando). Edward no tiene nada que ver con Freddie; él es muy poderoso, egocéntrico, sexual... pero era Freddie el que estaba haciendo todas esas cosas y diciendo aquellas palabras.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Pareces un poco agitada...

—Estoy bien.

—Vale, me alegro —dice—. Oye, pues quiero llevarte a comer, ¿te apetece?

—¿A comer?

—¿No has visto la hora? —pregunta, haciendo un gesto con la cabeza hacia mi móvil.

Vuelvo a mirar. Es casi mediodía.

—Dios mío, sí que se me han pegado las sábanas —digo.

—Eso suele ser señal de que has tenido un buen sueño en vez de uno malo —dice con una sonrisa pícara—. Entonces, ¿qué me dices de la comida?

Freddie ya está levantado y vestido. Tiene buen aspecto, con sus pantalones cortos y su camiseta, y lleva el pelo un poco más domado de lo habitual. Supongo que estando a solas conmigo no tiene por qué esconderse, así que se siente con la confianza de poder peinarse el pelo hacia atrás.

—Me encantaría —respondo—. Solo necesito ir a la habitación de al lado y cambiarme... si no hay peligro.

—Al final acabaron cansándose —me tranquiliza.

—Si conozco mínimamente a Ali, lo más probable es que empiecen otra vez —le digo.

—Bueno, pues será mejor que te des prisa, para que no pierdas tu oportunidad. —Se echa a reír—. Yo te espero aquí, estaré listo cuando lo estés tú.

—¿No quieres venir conmigo? —digo con una sonrisa.

—Ni de broma —contesta—. Suena a que tú ya estás acostumbrada; yo solo soy un chico inocente.

Anoche vi una película de dos horas que demuestra todo lo contrario.

Me pongo el vestido y me limpio un poco el maquillaje corrido (que me debería haber quitado antes de ir a dormir, y mira que normalmente soy muy estricta con eso, pero en mi defensa diré que no llevaba desmaquillante encima). Aunque tampoco me lo limpio del todo, porque estoy ruborizada a más no poder.

Salgo a hurtadillas de la suite de Freddie, asegurándome de que no haya nadie por ahí antes de ir corriendo hacia la mía. Siento como si estuviera haciendo el paseo de la vergüenza; no por culpa del sueño (no soy tan ilusa), sino porque, si me ven Daniel o Eva, tendré que dar explicaciones; total, ellos se piensan que compartimos habitación. Que los dos crean que estoy aquí con Freddie es mi manta de seguridad; me da algo bajo lo que esconderme y aleja la sensación de frío. Sé que no es real, os juro que lo sé, pero es lo único que tengo ahora mismo mientras espero que el paso del tiempo consiga arreglarme. Que no esté a solas no significa que no me sienta sola en estos momentos. Tengo a Freddie para pasar el rato, y Ali está aquí, pero Daniel y yo teníamos algo que no puedes conseguir de una simple amistad: se suponía que iba a pasar el resto de mi vida con él. Lo único que duele más que el hecho de que me la haya pegado por la espalda con Eva es la pasmosa facilidad con la que me ha reemplazado por ella.

Nada más cerrar la puerta de la suite a mis espaldas, me creo a salvo, pero la verdad es que habría estado mejor fuera.

—*Ciao* —saluda con torpeza el italiano alto y desnudo que está de pie en mi cocina.

—Hola —es lo único que consigo balbucear.

Más preocupante que el hecho de que esté desnudo es que está cubierto de algo... algo que, de corazón, espero que sea Nutella.

Está sorprendentemente cachas para ser camarero, así que debe de cuidarse mucho. Aunque claro, no me imagino que absorbas demasiadas calorías de la comida si a lo único que te dedicas es a untártela por los abdominales.

Ali sale del baño envuelta en una toalla blanca del hotel. Espero de verdad, con todas mis fuerzas, que mantenga la toalla alejada de la Nutella: las camareras de piso creen que la ropa que están lavando es mía.

—Lila —dice, acercándose a mí a toda prisa—. Ahí estás. Estaba preocupadísima.

—Ya se nota —respondo, devolviéndole el abrazo.

—Este es Massimiliano —me dice, refiriéndose al hombre desnudo que está en mi suite. Qué detalle que me mantengan informada.

—Llámame Max —dice. Cuando se acerca para darme un beso en la mejilla, levanto las manos a modo de escudo protector frente a mí.

—Oh, relájate, solo es chocolate —dice Ali.

—No quiero que se me quite el hambre antes de comer —bromeo.

Es como si hubiera un elefante en la habitación, en muchos, muchísimos sentidos. En psicología, te dicen que no pienses en un elefante rosa para demostrarte lo difícil que es sacarte algo de la cabeza en cuanto lo intentas. Así es más o menos como me siento ahora mismo. Intentar no pensar en el hecho de que Max tiene a su pequeño Max al aire, colgando de cualquier manera, hace que me cueste cada vez más y más (y no me refiero a que la cosa se ponga dura, aunque, ahora que lo menciono...) apartarlo de mi mente. Siento como si me persiguiera con la mirada por toda la habitación.

—Voy a cambiarme y me vuelvo a ir —les digo, dirigiéndome hacia las escaleras y forzándome a mantener la mirada lo más alta posible.

—No tan deprisa —dice Ali—. ¿Dónde te metiste anoche?

—¿Por qué no me acompañas mientras me visto y te lo cuento? —sugiero.

Ali mira a Max y luego vuelve a mirarme a mí.

—Mmm, vale, este puede esperar —dice.

Subimos las escaleras para hablar más cómodamente..., sin el ojo indiscreto presente en la misma habitación.

—Venga, suéltalo —exige Ali, mientras rebusco en un montón de ropa en el suelo, buscando mi vestido de verano bonito. Freddie estaba impresionante, así que yo también quiero arreglarme todo lo posible.

—Bueno, Freddie y yo ganamos el concurso anoche..., o, al menos, la primera ronda, así que vamos a seguir jugando para ver si podemos ganar.

—Qué fuerte —dice—. ¿Entonces, tuvisteis una buena noche?

—Hasta que volvimos aquí y os oímos... Así que Freddie me dijo que podía dormir con él. —Me arrepiento al instante de mi elección de palabras—. En su cama. Sin él.

—¿Has pasado la noche con Freddie el Macizo?

—He pasado la noche en su cama —la corrijo—. Él ha pasado la noche en su sofá.

—Nosotros solo hemos pasado la noche en tu sofá —dice Ali—. Bueno, encima y por los alrededores.

Me aterroriza pensar qué pasaría si ahora mismo encendieran una luz ultravioleta en ese salón.

—Así que habéis congeniado —digo, apresurándome a quitarme un vestido y ponerme otro. Me muero de ganas de volver con Freddie para ver qué nos tiene preparado para hoy.

—Ese es mi tipo, el tal Max —dice Ali, con ese descaro tan inconfundible de Essex—. Está hecho a mi medida.

—Parece que... hacéis buena pareja. Desde luego, sonar, sonaba así.

—¿Hemos hecho tanto ruido? —pregunta.

—Os han oído desde Londres.

—Ups —dice, sin sonar como si le importara demasiado.

—Qué suerte he tenido de que Freddie me dejara quedarme con él.

—¿Crees que te dejaría volver a quedarte con él esta noche? —pregunta—. Habíamos hablado de volver a vernos cuando acabe el turno de Max, y no me dejan entrar en los cuartos del personal.

No me sorprende en absoluto.

—Mmm, puedo preguntárselo —digo—. Pero tienes que prometerme que no usaréis mi comida.

—Trato hecho —dice Ali, tendiéndome la mano para que se la estreche.

—Demasiado pronto —le digo, mirándole la mano como si supiera exactamente dónde ha estado.

Me siento mal imponiéndome a Freddie, y me parecerá que tengo mucha cara dura si le pregunto si puedo quedarme con él otra vez... No es propio de mí en absoluto, pero me da igual. Quiero volver a quedarme con él, aunque no sea exactamente igual que en mis sueños.

Capítulo 24

Mientras Freddie me guía hacia el bosque, esta vez de verdad, noto que me ruborizo. No puedo dejar de pensar en mi sueño, y esto no ayuda en absoluto. Y, por supuesto, mi estúpido cerebro de escritora se está dejando llevar, preguntándose qué hacemos aquí.

Al salir de nuestra villa, puedes seguir el camino de entrada hacia la parte principal de la isla o, como acabo de descubrir, puedes tomar un pequeño sendero que rodea un lateral y se adentra en el bosque.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto. Sueno casi desconfiada, pero no lo estoy. En el fondo, tengo la secreta esperanza de que sea mi sueño hecho realidad, y estoy nerviosa.

—Ya casi hemos llegado —me dice, abriendo la marcha—. He pensado que tal vez te gustaría ver esto antes de comer.

Me pregunto qué podría ser «esto».

—Pensé que sería algo chulo para meterlo en tu libro —dice—. Por si estás escribiendo sobre tu historia.

Dios, ojalá estuviera escribiendo algo..., cualquier cosa. La verdad es que creo que es buena idea plagiar mi propio y trágico cuento, pero no me veo capaz de sentarme a hacerlo. Ahora mismo no me siento especialmente romántica ni cómica, y de eso es de lo que están hechos mis libros, básicamente.

—Este es el camino secreto de la villa hacia la playa —explica—. Casi nadie sabe que está aquí. Y lo que también hay aquí es... esto.

Me doy cuenta de dónde viene el sonido del agua corriendo en cuanto nos acercamos a una cascada. Es grande, pero no es una

caída en picado. El agua ruge al descender sobre las rocas de abajo, que se extienden más allá de lo que alcanza mi vista.

—Eso llega hasta la playa —me cuenta—. Puedes caminar junto a ella.

—Es impresionante —admito, contemplando el agua cristalina. Hay algo sumamente hipnótico en mirarla. Es la ducha de agua fría que necesito para curarme de mis pensamientos sobre Freddie dándome el tratamiento de Edward Eden contra un árbol.

—Vale, hora de comer —dice—. Está un poco más adelante.

—¿Más adentro en el bosque? —respondo.

—Sí... Pareces preocupada. ¿Qué crees que te voy a hacer? —pregunta soltando una risita.

Dios, si él supiera.

—Nada, nada —me apresuro a insistir—. Pero no me imagino que haya muchos restaurantes en el bosque.

—Hay un restaurante exclusivo dentro de una cueva al otro lado de la isla —me cuenta—. Tendremos que ir; no me apetecía ir solo. Solo tiene cinco mesas.

—Guau, suena increíble —le digo—. Como sacado de...

Al acercarnos a un claro en el bosque, la voz me falla. Han decorado los árboles con flores y farolillos, y en el suelo hay una manta extendida con una cantidad inconcebible de comida y bebida con una pinta deliciosa.

—Un cuento de hadas —digo, terminando la frase por fin.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Freddie... es increíble... ¿Cómo has...?

—Lo he organizado con el hotel —dice—. Pensé que sería una buena escena para el libro y, ya sabes, si escribes un personaje

como yo en él, quiero quedar bien.

Me dedica esa sonrisa pícara suya, luciendo hoyuelos.

Vale, así que solo lo hace como amigo, para darme ideas para mi libro, no es un almuerzo romántico, pero es una pasada.

—Ven, siéntate, vamos a atacar —dice.

No hace falta que me lo diga dos veces. Apenas me ha rozado el culo en la manta cuando ya le estoy dando un bocado a un sándwich de jamón de Parma, mozzarella y tomates secos, servido en pan *focaccia* recién hecho.

—Ay, Dios mío, creo que es el mejor sándwich que he probado en mi vida —digo con la boca llena.

No sé si son los auténticos ingredientes italianos, el impresionante lugar o la fantástica compañía..., puede que sea todo eso junto.

—Me alegro de que te guste —responde, antes de meterse una aceituna en la boca.

—Esto es sin duda como sacado de una novela romántica —le digo, intentando asimilarlo todo—. Es que es... increíble. No creía que estas cosas pasaran en la vida real.

Freddie saca una botella de champán de una cubitera y quita el corcho antes de servirnos una copa a cada uno.

Doy un sorbo y está tan frío y burbujeante... Me siento como si estuviera en el cielo.

—Cuéntame más sobre tus libros —dice.

—Mmm... —Dios, odio hablar de mis libros. Siempre me siento tan tonta, como si le contara a alguien un sueño rarísimo que he tenido. Dicho esto, prefiero hablar de mis libros que del sueño que tuve anoche—. Son comedias románticas. Aunque me da la sensación de que están a punto de tener más de comedia que de

romance, teniendo en cuenta lo patética que es mi vida amorosa ahora mismo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —pregunta, sacando el móvil del bolsillo.

—Lila Rose —digo—. ¡Espera, no me busques delante de mí!

—Solo quiero ver qué has escrito —dice. Espera a que le dé el visto bueno antes de mover un solo músculo.

—Agh, vale, claro, adelante —digo.

Si antes no me estaba comportando de forma escurridiza con Freddie, ahora desde luego que sí. A veces, dar a alguien unas pinceladas sobre lo que escribo es como dejarle asomarse a mi alma.

—Anda, guau —dice—. ¿Eres la Lila Rose que escribió *Spanked*?

—¿Qué? —respondo—. ¡No!

—Lo dice aquí mismo en Google, es el primer resultado...

—¿Qué? Desde luego que no he escrito yo eso. Los azotes son más tu rollo, señor Eden.

No sé por qué me pongo tan a la defensiva. Es como si pensara que, si consigue conectar de algún modo con mi lado sexual, me calará por completo. Sabrá que me interesa esa faceta suya, que tuve un sueño clasificado X con él...

—Ajá —dice, en plan pillada—. Creía que habías dicho que no habías visto la película ni leído los libros.

Levanta las cejas y frunce los labios con complicidad.

—No lo he hecho —digo, corrigiéndome rápidamente—. Bueno, no lo *había* hecho. Tenía curiosidad, así que la vi... ¿Cómo lo sabías?

—Porque hoy apenas puedes mirarme a los ojos. —Se ríe—. A mi pobre madre le pasó exactamente lo mismo; le advertí que no la

viera, pero estaba tan orgullosa de que hubiera conseguido un papel tan importante..., durante unos quince minutos de la película.

Abro mucho los ojos al recordar la escena de la que habla. No me imagino a mi madre viéndome actuar en una escena de sexo; ni siquiera le dejo leer las partes subiditas de tono de mis libros.

—Además —continúa—, la vi abierta en tu móvil esta mañana. ¿La viste anoche?

—Sí —confieso—. Solo quería ver qué es lo que hacías.

—No me importa —responde—. Eso sí, voy a tener que leerme uno de tus libros, para nivelar la balanza.

—Puedes leerte el nuevo, si es que llego a escribirlo alguna vez.

—Siento que, de momento, soy la única persona que está intentando escribirlo —se burla—. En cualquier caso, no te vas a librar tan fácilmente. ¿Qué te pareció?

—¿Los sándwiches? Voy por el tercero.

—De la película. —Se echa a reír—. De *mi* película... ¿Qué te pareció?

No me está dando ni un centímetro de margen para escaquearme.

—Es raro, porque no es el tipo de cosas que suelo ver. No la habría visto si no salieras tú en ella —insisto, pero luego me ablando un poco—. La verdad es que supe apreciarla.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondo—. Ha sido un buen cambio. Curiosamente, estás aportando tu granito de arena al feminismo, aunque estés azotando a una mujer.

—A una mujer que consiente —puntualiza.

—Bueno, a eso es exactamente a lo que me refiero —continúo—. La mirada masculina existe al cien por cien... Ha sido... refrescante ver una película completamente distinta. Estaba pensada íntegramente para el público femenino. Estuvo bien ver cómo se cosificaba a un hombre para variar.

Freddie se ríe.

—No me esperaba un análisis tan profundo —dice—. Pero tienes razón. Creo que esa es parte de la razón por la que les gusta tanto a las mujeres.

Esa es parte de la razón, pero imagino que tiene mucho que ver con lo sumamente delicioso que es Freddie. Su personaje es tan magistral y dominante..., y resulta que me encanta. La única forma en la que Daniel era dominante en el dormitorio era cuando acaparaba el edredón por las noches.

—No hay muchas películas que retraten con precisión lo que las mujeres consideran sexi —digo, sacando mi mente de la alcantarilla.

—Bueno, me alegro de que lo apruebes —dice, alzando su copa —. Salud.

—Salud —respondo, chocando suavemente mi copa con la suya.

Me cuesta asimilar lo increíblemente perfecto que es este momento. Es una pena que lo haya desperdiciado conmigo.

—En serio, Freddie, esto es absolutamente asombroso —digo.

—¿Asombroso? —replica—. Ya es asombroso y ni siquiera he mencionado que hay pasteles en esta caja.

Da unos golpecitos a una caja rosa que tiene al lado y que me está pidiendo a gritos que la abra.

—Oye, hablo en serio —digo, pero, desde luego, en un momento voy a hincar el diente al contenido de esa caja. Esto es exactamente

como quería que fuera mi luna de miel..., bueno, esto y estar casada, claro. Sin embargo, es imposible que Daniel hubiera organizado algo así, y, si lo hubiera hecho yo, él habría pensado que era una «estupidez» y yo me habría sentido ridícula. Casi me siento como un fraude escribiendo romance cuando carezco de él tan profundamente en mi vida. Supongo que no me di cuenta hasta que di un paso atrás y vi el panorama general.

—Si esto fuera una escena de uno de tus libros, ¿qué pasaría a continuación? —pregunta con curiosidad.

—Mmm... —Me muerdo el labio—. Si esto fuera una escena y no una relación falsa para ganar un concurso...

Resulta tan forzado recordarle ese detalle. Por supuesto, él sabe que de eso trata esto...; supongo que quiero que sepa que yo lo sé, por si acaso cree que estoy viendo cosas donde no las hay con sus esfuerzos. Yo solo soy una solución a su soledad y aburrimiento, y él es solo una manera de dar celos a mi ex y, con un poco de suerte, hacerme ganar 5.000 euros.

—Este es el tipo de escena en la que alguien da el primer paso —le explico—. Por lo general, la persona que lo ha preparado todo; para eso lo hace. Para cortejar a la otra persona. Hacer algo así..., un gran gesto romántico, pero a fuego lento, te da la oportunidad de evaluar la situación. ¿Le interesa a la otra persona o parece incómoda? Y lo que es más importante, ¿va a devolverme el beso? Es una buena forma de tantear el terreno.

Freddie se limita a mirarme, sonriendo, escuchando con atención.

—Así que, ¿siempre es así? —pregunta—. ¿Siempre es la persona que prepara estas cosas la que da el primer paso?

—Bueno, sí —respondo—. Si alguien hace todo esto por ti, ¿tal vez lo tiene todo planeado? Deja que lo haga. Además, no quieres lanzarte encima de alguien solo porque haya tenido un buen detalle contigo; podría parecer que lo haces solo por gratitud. Y si entras en ese territorio en el que te acuestas con la gente por agradecimiento...

—Estás en una de mis historias —dice con una risa nerviosa—. Vale, lo pillo.

—Nuestros géneros son como el día y la noche —insisto—. La gente que lee mis libros quiere el típico «fueron felices y comieron perdices». La gente que lee los libros de *Edge of Eden* quiere...

—Un final feliz —bromea.

—Exacto —respondo.

Freddie se acerca un poco a mí.

—Vale, así que un personaje va a dar el paso. ¿Qué haría? ¿Se acercaría a ti de esta manera? —Freddie sitúa el rostro junto a mi oreja—. ¿Quizá encontraría una excusa para susurrarte algo, solo para estar más cerca?

Siento que los pelos de la nuca se me ponen de punta. Cada centímetro de mí contiene la respiración, esperando a ver qué hace Freddie a continuación. Noto cómo la punta de su nariz me roza la mejilla y eso envía una onda expansiva tan fuerte por mi cuerpo que me pongo en pie de un salto.

—Oh, vale, guau —balbuceo—. Está, mmm..., muy bien pensado. Es una buena idea para una escena. ¿Sabes qué? Voy a ir a escribirla ahora mismo, mientras la tengo fresca en la cabeza.

—Anda, ¿ahora mismo?

—Ahora mismo.

—¿Segura que no quieres un poco de postre?

—Ya soy lo bastante dulce —respondo, encogiéndome de vergüenza por dentro. Odio cuando la gente dice cosas así.

—Vale, si necesitas escribir, no dejaré que sea yo quien te lo impida. ¿Nos vemos luego para jugar más a Mr & Mrs Valentine Island?

—No si yo te veo primero —respondo. Otra punzada de vergüenza —. Sí, nos veremos luego... Te veré luego.

Solo necesito dejar de hablar.

—Vale, adiós —digo agitando la mano. Agitando la puñetera mano de verdad, para despedirme de alguien que está a un par de metros de mí.

Me apresuro de vuelta hacia la villa, propulsada por la vergüenza.

Eso ha sido incómodamente parecido al sueño que tuve con él anoche. Sé que solo intenta inspirarme, pero no necesito escribir, lo que necesito es darme una ducha de agua fría. Y aprender a mirarle a los ojos otra vez, antes de que llegue la hora de la siguiente ronda del concurso.

Capítulo 25

La educación física nunca fue mi punto fuerte en el colegio. De hecho, el único récord que batí en las clases de gimnasia fue el del mayor número de reglas en un solo año, porque llevaba una cantidad tremenda de justificantes para librarme de participar, y en todos figuraba mi ciclo menstrual como excusa. Si a mi profesora le hubiera importado lo más mínimo su trabajo, probablemente se habría dado cuenta de que casi siempre estaba con la regla o tenía algún tipo de tirón muscular (aunque tirón de qué, no tengo ni idea, porque evitaba el ejercicio a toda costa).

Lamentablemente, mi pasión por el deporte (o la falta de ella) me ha acompañado hasta la edad adulta y, aparte de alguna visita desganada al gimnasio cada vez que empiezo a desarrollar culo de escritora (un culo más gordo de lo habitual), me las he apañado bien para evitar casi cualquier tipo de actividad física. Esto me ha dejado un poco en baja forma, de una manera que solo me supondría un problema si quisiera practicar algún deporte o levantar algo pesado, pero la verdad es que nunca ha importado demasiado... hasta esta noche, porque al parecer esta noche la cosa se va a poner física.

Estamos todos rondando por el chiringuito de la playa, a la espera de que empiece el concurso. Aún no sé en qué consiste, solo sé que es algo físico. Espero de verdad que Freddie pueda cargar conmigo, porque yo voy a ser una inútil.

Eva está pletórica esta noche. Resulta tan empalagosa e intensa...; probablemente por eso no éramos tan amigas. Es una especie de cruce entre una jipi y una niña pequeña, con esa

excentricidad inexpresiva que estoy casi segura de que finge porque se cree que la hace parecer mona. Se pone a dar saltitos en el sitio, como un niño zombi de ocho años bailando el *floss* después de pasar demasiado tiempo jugando al *Fortnite*, pero incluso cuando se queda quieta, tiene un cierto contoneo. Es como si sus extremidades no pesaran nada y flotaran en todas direcciones. Tiene una forma similar de mover los labios: si el concurso de esta noche consistiera en hablar todo lo posible, le echarían un vistazo y le darían directamente el cheque.

—Madre mía, ¿te imaginas que Freddie Bianchi me invitara a una copa? —dice, a modo de indirecta—. Sería rarísimo.

Mmm. ¿Sería más raro que estar en la luna de miel de otro hombre con él? No estoy tan segura.

Freddie capta la indirecta que acaba de soltar.

—Lila, ¿me acerco un momento a la barra y nos pido algo a los cuatro? Hay tiempo, ¿verdad?

—Claro —respondo, tranquilizándolo con una sonrisa.

Estoy segura de que la mayoría de las preguntas que me hace no son tan literales como parecen. No creo que me esté pidiendo permiso para ir a la barra, sino que me está preguntando si me importa que invite a Daniel y a Eva a una copa. La verdad es que no me importa... O, al menos, actuar como si no me importara hace que parezca que no me importa, lo cual me deja en mejor lugar que si lo hiciera... Vaya lío de pensamiento más ridículo.

—Ay, madre mía, te acompaño —dice dando saltitos en el sitio, a punto de salirse por los laterales de su top de cuello *halter*.

—Vale, claro. —Freddie se ríe y aparta la mirada.

Eva se toquetea rápidamente los tirantes antes de seguirlo hasta la barra. Por cada paso que da Freddie, Eva da como cuatro para seguirle el ritmo.

—Intenta no tirártelo —digo en voz baja, únicamente para que me escuche Daniel. Me giro hacia él—. Estoy segura de que para esa chica es como memoria muscular.

—Dios, déjala en paz, Lila —me espeta Daniel—. Es más, déjanos a los dos en paz.

Me revuelve el estómago tener que hacerme la simpática con ellos. Si no fuera por el premio en metálico, haría todo lo posible por mantenerme lo más lejos de ellos que pudiera.

—¿Estás de coña? Yo no te he invitado. Yo no he pedido pasar el rato contigo. Es Eva la que me persigue a todas partes como una paloma, echándole el ojo a mis patatas fritas. Se le echa encima a Freddie y eres un idiota si no te das cuenta.

¿Soy yo la idiota por no haberme dado cuenta de que pasaba algo entre Daniel y Eva? Sinceramente, ni siquiera creía que se cayeran muy bien. Supongo que hicieron un esfuerzo deliberado para despistarme.

—Estás paranoica —me suelta.

—¿Y te extraña? —pregunto—. ¿Después de lo que me hiciste? Y si Eva cree que a ella no le vas a hacer lo mismo, bueno, entonces también es idiota.

—Tú eres igual de mala que yo —replica Daniel bruscamente.

—Vaya, esto promete —murmuro. Siento que por mis venas corre la avalancha de descaro que siempre acompaña a mi mal genio. Mi instinto de lucha o huida siempre suele decantarse por la «lucha», aunque mi arma preferida siempre es el ingenio. Bueno, yo lo llamo

ingenio, pero mis frases lapidarias pueden convertirse rápidamente en el tipo de discurso que esperarías de un adolescente cabreado en un parque que se ha tomado demasiados cubatas—. ¿En qué sentido soy igual de mala que cualquiera de vosotros?

—Pasaste página el mismo día de nuestra boda.

Pongo los ojos en blanco teatralmente. La hipocresía es abrumadora.

—Tú pasaste página antes del día de nuestra boda —le recuerdo —. Me estuviste engañando en los meses previos a nuestra boda y el mismo día de la boda. ¡Y encima tienes la desfachatez de presentarte aquí con ella, en nuestra luna de miel! Cuando te diste cuenta de que yo estaba aquí, ¿por qué no te fuiste a casa, en lugar de continuar con tu extraña aventurilla delante de mis narices y restregármelo por la cara?

—¿Y tú no me estás restregando a Freddie por la cara? —responde él.

—Cuidado, Daniel, suenas celoso —replico—. Freddie y yo ya estábamos juntos antes de que llegaras.

—Está claro que solo estás con él porque es famoso, porque crees que eso me molestará —dice.

—Para tu información, no tenía ni idea de quién era cuando lo conocí.

—¿No tenías ni idea de quién era? Todo el mundo sabe quién es Freddie Bianchi.

—No, no todo el mundo —le suelto—. Tú desde luego que no. No sabes nada de cultura de famosos. Pensabas que Armie Hammer era una marca de dentífrico.

—O sea que habrías pasado página igual de rápido con cualquier tío, ¿no? —pregunta.

—Pasé página cuando procedía hacerlo.

Sé que, técnicamente, no pasé página el día de mi boda; y sigo sin hacerlo. Todavía estoy muy enfadada y obsesionada con ellos dos, preguntándome cómo pasan aquí los días juntos, y tan indignada de que Eva se haya apropiado de mi vida y de que Daniel no solo se lo haya permitido, sino que haya facilitado todo esto con alevosía.

—Podrías mostrar un poco de respeto por el hecho de que estoy en la villa de al lado —escupe, furioso—. Os oí dale que te pego anoche...; toda la noche, obviamente para fastidiarme.

Tardo un par de segundos en asimilar de qué demonios está hablando. Aunque tiene sentido: si yo podía oír a Ali y a Max desde mi lado de la pared, él y Eva habrán podido oírlo desde el suyo.

Así que Daniel se cree que era yo la que gritaba, aullaba y golpeaba las paredes... Bueno, no pienso sacarle del error.

—No hice nada para fastidiarte anoche —insisto, lo que técnicamente no es mentira, solo estoy dejando que siga por el camino equivocado.

—Y un cuerno —responde—. Nunca te había oído hacer esos ruidos.

—Bueno, entonces supongo que igual es que Freddie sabe lo que hace mucho más que tú —le digo—. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo?

Antes de que tengamos la oportunidad de continuar, Freddie y Eva regresan. Freddie trae una bandeja con copas. Señala con la cabeza mi habitual *porn star martini*.

—¿Te han dejado prepararlo? —le pregunto.

—No ha habido suerte, lo siento —responde—. El personal de aquí se pone muy quisquilloso cuando los clientes intentan hacerle el trabajo.

Me río, lo que hace que Daniel eche humo. Tiene la cara casi tan roja como el tinte de bote de Eva.

—Caray, qué calor hace esta noche —comenta Eva para cambiar de tema.

Creo que uno de los motivos por los que me enfurece tanto es que no actúa como si me hubiera robado el novio, actúa como si estuviéramos en una cita doble. En lo que respecta a Eva, ella simplemente está disfrutando de unas vacaciones estupendas con su novio, su amiga y el nuevo novio de su amiga. A nadie le gusta que haya tensión, y yo no aceptaría sus disculpas ni aunque me las pidiera, pero ella se comporta como si todo estuviera fenomenal.

Me pregunto si me sentiría mejor si se disculpara. Supongo que, en cierto modo, aunque no quisiera aceptar sus disculpas, el hecho de que me las ofreciera al menos demostraría que sabe que ha hecho algo mal y que se siente culpable por ello. Si Ali me hubiera hecho esto —mi mejor amiga desde hace, oh, no sé, la cantidad de años que no nos haga sonar viejas—, ¿estaría tan dispuesta a tirar nuestra amistad por la borda? Probablemente no, pero claro, una amiga de verdad como Ali jamás haría algo así.

Tampoco creo que pueda perdonar a Daniel. Cuatro años son muchos para tirarlos a la basura, pero él no se ha liado una noche estando borracho y ahora se arrepiente. Incluso si hubiera sido así y hubiera durado, qué sé yo, siete minutos, teniendo en cuenta la resistencia media de Daniel, son siete minutos para darte cuenta de

que estás cometiendo un error. Ponte un temporizador de siete minutos y pásate ese tiempo imaginando que le haces algo horrible a alguien que quieres. La verdad es que siete minutos es un periodo bastante largo para pensar en lo mismo. Sin embargo, a mí me da la sensación de que Daniel y Eva llevan mucho tiempo liados, lo que implica múltiples ráfagas de siete minutos y todo lo que ocurría entre medias. Todo un tiempo que se podía haber pasado recapacitando o arrepintiéndose. Es imposible que haya dedicado un solo segundo a ninguna de esas dos cosas, de lo contrario habría parado..., o como mínimo, me habría dejado para estar con ella.

He pensado mucho en ello —es casi en lo único que pienso— y, da igual desde qué ángulo lo mire, sencillamente no me cabe en la cabeza la magnitud de lo que han hecho... y siguen haciendo. ¿Por qué traerla a nuestra luna de miel? ¿Por qué quedarse cuando se dieron cuenta de que yo estaba aquí? De verdad que no les importa absolutamente nadie salvo ellos mismos. ¿Por qué iba a querer perdonar y olvidar con gente así? Él es una mierda de novio y ella es una mierda de amiga.

Matteo y Zoey irrumpen en el escenario al ritmo de «Physical» de Olivia Newton-John. Llevan puestas camisetas de tirantes de San Valentino con pantalones cortos a juego, además de cintas para el sudor en cualquier parte del cuerpo en la que quepa una cinta para el sudor. Están haciendo una especie de versión coreografiada y exagerada de *footing*, perfectamente acompasada con el ritmo de la música. No estoy segura de que esto sea del todo necesario, pero aunque lo fuera, se alarga unos dos minutos más de lo que debería.

—¡Buenas noches y bienvenidos a Mr & Mrs Valentine Island! —brama Zoey por el micrófono—. Todas nuestras maravillosas parejas

están de vuelta y listas para la ronda de esta noche del concurso, ¡y esta noche la cosa se pone física!

Es increíble la cantidad de público que atrae Mr & Mrs Valentine Island. Todos los asientos están ocupados y todo el mundo anima con entusiasmo. Si yo estuviera aquí de luna de miel, no estoy segura de que me atrajera mucho esto de ver cómo otras parejas podrían ponerse en ridículo. A ver, Freddie y yo no tenemos nada que perder exactamente; no es que nuestra relación vaya a sufrir un duro golpe si él no sabe cuándo es mi cumpleaños. Pero si estuviera haciendo todo esto con mi pareja real, me moriría de miedo. Daniel y yo ni siquiera podíamos montar muebles de Ikea sin pelearnos, y eso que no competíamos contra nadie. Como buen aficionado a los videojuegos, Daniel es muy competitivo e, incluso sabiendo que esto no es el *FIFA*, me preocupa que esta noche vayamos a ver esa faceta suya.

Hace calor esta noche. Ya lo sé, estamos en el sur de Italia, pero esta es la noche más calurosa que hemos tenido hasta ahora. Está bochornoso..., una palabra que suena lo bastante asfixiante como para representar con precisión lo que se siente. El aire se nota denso, cuesta respirar, lo que no hace más que aumentar esa sensación cálida, sofocante, de suplicar por una brisa y de querer tirarse al mar. Por supuesto, tenía que hacer este calor abrasador justo en la noche en la que nos toca «ponernos físicos».

—Esta noche pondremos a prueba el aguante de nuestras parejas —dice Zoey, con un tono sugerente que provoca una oleada de «uuuuuh» entre el público. Oigo a un hombre, especialmente ruidoso, soltar un grito gutural; suena como si fuera de mi tierra. Resulta reconfortante escuchar un pedacito de casa.

Un par de empleados del hotel nos guían a todos hacia la pista de baile delante del escenario, que esta noche está despejada para prepararnos para lo que demonios vaya a pasar. Me preocupa que estemos todos aquí en la pista al mismo tiempo. Me preocupa lo que nos van a hacer. Dios, espero que no implique bailar. Definitivamente soy más del «no puedo-no puedo» que del cancán. De hecho, la última vez que intenté bailar en público, un hombre pensó que me estaba atragantando e intentó hacerme la maniobra de Heimlich.

Zoey anuncia que esta ronda pondrá a prueba nuestra fuerza física (yo no tengo ninguna), nuestra fuerza como pareja (no lo somos, apenas conozco al tipo) y nuestra cabezonería... Bien, por fin, una cualidad (aunque no estoy segura de que lo sea) que sí tengo. Es increíble lo terca y rencorosa que puedo llegar a ser cuando me enfado. Daniel también es el tipo de persona a la que le gusta tener la última palabra, así que nuestras discusiones iban a ser divertidas. Para ser justos, en realidad nunca tuvimos tantas discusiones, y siempre pensé que eso era un testimonio de lo fuertes que éramos como pareja..., cosa que supongo que no éramos. Viéndolo desde fuera, quizá nunca le importé lo suficiente como para luchar por nada.

—Así que nuestras encantadoras parejas decidirán quién va a ser la fuerza bruta en su relación y quién va a ser el apoyo moral —continúa Zoey—. Aquí en Valentine Island somos muy partidarios de la igualdad de oportunidades, así que depende de vosotros decidir quién hace qué; pero el objetivo del juego es que la persona más fuerte coja a su pareja en brazos y la sostenga todo el tiempo que pueda. Chicas, podéis levantar a vuestros chicos si lo preferís...,

aunque esta noche veo por ahí a unos muchachos estupendos y con aspecto de ser muy fuertes.

Me doy cuenta de que su mirada se detiene en Freddie por un momento. Eso hace que sienta un poquitín de celos, por algún motivo. Es una tontería, la verdad, porque —ya sabéis lo que voy a decir, así que ahora todos juntos— no es mi novio de verdad.

—A ver, podéis sostener a vuestra pareja como queráis —explica Zoey—. Cualquiera que suelte a su pareja, ya sea por accidente o a propósito, quedará eliminado. El primer puesto se llevará la mayor cantidad de puntos, seguido por el segundo, el tercero, etcétera. Así que, ¿estáis listos?

No parece que vayamos a tener tiempo para discutir ninguna estrategia; se supone que debemos arrancar en cuanto suene el silbato. Desde hace un rato la situación con Freddie ha sido un poco incómoda. Cuando llamó a mi puerta para acompañarme hasta aquí, Ali vino con nosotros de camino a merodear por la barra donde trabaja Max. Luego, al llegar, Eva y Daniel se nos echaron encima directamente.

Y ahora, sin ni siquiera una charlita para aclarar las cosas (antes yo estaba supertensa, tiene que haberse dado cuenta), Freddie va a estar, literalmente, sosteniéndome en volandas.

—Vale, te cogeré en brazos de frente, enrollas las piernas alrededor de mi cintura y los brazos alrededor de mi cuello, ¿entendido?

—¿Estás seguro de que esa es la mejor manera? —pregunto, pero en cuanto suena el silbato y llega el momento de empezar, hago exactamente lo que Freddie me dice.

En una fracción de segundo, estoy en sus brazos, aferrada a su cuello, con las piernas cruzadas alrededor de su cintura. Todo ocurre en un abrir y cerrar de ojos; mientras me coloco en posición, siento cómo el vestido se me sube por los muslos y se me arremolina en la cintura. Sé que, sin necesidad de mirar, llevo el culo al aire... ¡Gracias a Dios que me puse bragas!

—¿Así está bien? —le pregunto a Freddie—. Mierda, creo que todo el mundo puede verme las bragas.

—Bueno, yo no las veo, así que no todo el mundo puede —me tranquiliza en tono de broma—. Al menos llevas bragas.

Sí... Pero son gigantes. Estoy segura de que eso debería ser mejor, porque unas bragas más grandes equivalen a que te tapan más, pero son tan poco sexis que igual resulta más vergonzoso que si no llevara nada en absoluto.

—Lo tenemos en el bote. Puedo aguantar en esta posición toda la noche —me asegura Freddie.

—Eso será gracias a tu entrenamiento para *Edge of Eden* —respondo.

—¿Te refieres al entrenamiento en el gimnasio, para conseguir el físico que se supone que tiene Edward, o al de rodar escenas de sexo durante horas y horas sin parar?

—Vale, presumido. —Me río—. ¿Qué más da cuál de los dos?

—Supongo que no da igual —responde.

Echo un vistazo a Daniel y a Eva. Puede que Daniel no sea muy fuerte, pero es que Eva, básicamente, no pesa nada. Yo, en cambio, ojalá no hubiera comido tanto mientras he estado aquí. Ya de por sí soy mucho más alta que ella y de complexión más grande, así que a la fuerza tengo que pesar más, incluso sin contar el atracón de

carbohidratos que me he estado pegando últimamente. Sin embargo, todo el mundo se da un capricho en vacaciones, ¿no? Normalmente, una no se plantea que vaya a tener que estar ligera para un concurso.

—Agárrate fuerte —dice—. Te bajaré el vestido.

—¿Puedes hacerlo? —pregunto—. ¿Sin soltarme?

Miro a mi alrededor, hacia las demás parejas. Algunas de ellas ya lo están pasando fatal.

—¿Te preocupa que te deje caer o que perdamos la competición? —responde él con una sonrisa cómplice.

—¿Pasa algo si son ambas cosas?

Cuando Freddie sonríe, sus hoyuelos se marcan más y le brillan los ojos. Enroscada a su cuerpo de esta manera, con él abrazándome tan fuerte, no podríamos estar más pegados ni aunque lo intentáramos. Hay una cierta incomodidad que surge al estar tan encima de alguien. Por lo general, no nos vemos obligados a mirarnos a los ojos —con un contacto visual casi constante— a unos escasos centímetros de distancia. Sin embargo, esta incomodidad no solo proviene de una proximidad tan íntima; el calor sofocante de la noche tampoco ayuda. Las partes donde mis brazos se rozan están resbaladizas por el sudor, lo que me dificulta aguantar. Por suerte, Freddie lo tiene controlado y, con un rápido movimiento de brazo, restaura mi pudor (como si a estas alturas me quedara alguno).

A medida que los brazos de las otras parejas se cansan y la paciencia se agota, los competidores empiezan a caer poco a poco.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos? —le pregunto a Freddie.

Me siento en la obligación de seguir dándole conversación, como si actuar como compañeros de trabajo civilizados que comparten oficina hiciera que esto fuera un poco menos incómodo.

—¿Por qué no miras el reloj? —le pregunta Daniel a Freddie.

Daniel y Eva siguen en juego, pero Daniel ni siquiera puede ocultar la tensión en su voz. Eva se ha escurrido por su espalda, convirtiendo su agarre a cuestas en algo que parece desesperadamente incómodo. Está tan abajo que su trasero apunta hacia el suelo, y tiene los brazos completamente rectos y los codos tensos mientras se aferra a su cuello. Creo que la voz extraña y casi robótica de Daniel es producto del esfuerzo por soportar el peso de Eva, cuando casi toda la presión debe provenir de las manos de ella alrededor de su cuello. Tiene gracia, casi parece que lo esté atacando por la espalda, intentando estrangularlo. Y desde luego, él parece estar siendo atacado; tiene pinta de que la va a soltar en cualquier momento.

—Buen intento —responde Freddie, antes de susurrarme—: ¿De verdad se cree que soy tan estúpido?

—Se cree que todo el mundo es estúpido —le digo.

Sin duda, a Freddie le está resultando mucho más fácil que a los demás. Diría que no está sudando ni una gota, pero esta noche todo el mundo suda, incluso sin hacer actividad física.

Aunque, en realidad, no es desagradable estar tan cerca de él. Puedo oler su loción para después del afeitado, masculina pero dulce, el champú que ha usado, que reconozco de los baños de las suites, y luego algo más, algo que no puedo explicar... algo innegablemente atractivo.

Hay algo en Freddie que resulta tan tentador que te hace desear acercarte e intimar con él, hundir la cara en su cuello, enredar tus extremidades a su alrededor. A pesar de lo incómoda que es esta situación, nunca me he sentido más a gusto. Me siento muy segura y protegida. Freddie no solo me sostiene en alto en la competición, sino que mantiene mi cabeza bien alta cuando yo no sé cómo hacerlo por mí misma. Me está cargando en más sentidos de los que se imagina... y sin pedir absolutamente nada a cambio.

—Aúpate de una vez —le espeta Daniel a Eva.

Me quedo un poco desconcertada. Puede que Daniel sea un poco cascarrabias a veces, pero esta faceta tan irascible suya es nueva. Me pregunto si será porque se siente mal, aunque parece tener aún más ganas de ganar esto que yo.

—No puedo —responde ella—. Tengo los bracitos muy cortos.

Su cursilería es como comerse una cucharada de polvos picapica. De alguna manera es empalagosa y, al mismo tiempo, intolerablemente ácida. Me hace llorar los ojos y me duelen los dientes.

—Solo quedamos nosotros y ellos —me susurra Freddie al oído—. ¿Intentamos sacarlo un poco de sus casillas?

—Sí —digo, con los ojos muy abiertos por la emoción.

Freddie reajusta su agarre sobre mi cuerpo, sosteniéndome con firmeza antes de ponerse a bailar conmigo al ritmo de sea cual sea la música pop italiana que está sonando en el bar. El público, al que le resulta imposible no dejarse encantar, lo vitorea y suspira.

—Está funcionando —me susurra Freddie.

Miro hacia Daniel, que se tambalea hacia un lado como si intentara volver a casa después de tomarse unas copas de más. Eva

se ha escurrido y está prácticamente a la altura de las corvas.

—Solo aguanta —gruñe. Jadea como una mujer embarazada en la sala de partos, y la diminuta mujer que cuelga a medias entre sus piernas no ayuda a disipar esa comparación.

—No puedo —dice Eva, jadeante pero con tono desenfadado. No parece importarle demasiado ganar la ronda. Supongo que sabe que pasarán a la siguiente etapa independientemente de si ganan o no.

Daniel y yo estamos atrapados en este duelo silencioso, ambos tan desesperados por ganar, por quedar por encima del otro. Por suerte para mí, elegí a alguien más fuerte con quien competir.

Harta de todo, y que le den a las consecuencias, Eva simplemente suelta el cuello de Daniel. Por supuesto, Daniel sigue aferrado a sus piernas como si le fuera la vida en ello, así que, cuando Eva cae, aterrizando de espaldas en la pista de baile con un golpe seco que me hace estremecer, solo pasa una fracción de segundo antes de que Daniel caiga hacia atrás, aterrizando encima de ella. Me estremezco de nuevo.

Se hace un instante de silencio antes de que absolutamente todos los veraneantes del público estallen en carcajadas. Bueno, este es su entretenimiento, una versión chabacana del Coliseo. Y es una risa tan contagiosa que Freddie tarda muy poco en empezar a reírse también. Al poco rato me contagio yo, incapaz de mantener la cara seria mientras se ponen en pie a toda prisa, con Daniel gritándole a Eva por dejarlo en evidencia.

Mientras Zoey nos anuncia como los ganadores, Freddie me levanta en el aire como si fuera un trofeo antes de dejarme suavemente en el suelo a su lado. Un indignado Daniel se acerca a grandes zancadas hacia nosotros.

—¿De qué os reís, eh? —pregunta. Suena tan tosco cuando está enfadado. Creo que Freddie tarda un segundo en darse cuenta de lo que está pasando—. He dicho que de qué te ríes, chaval.

Mientras mi ex, bajito y furioso, se encara con mi montaña de novio falso delante de toda esta gente, tomo la iniciativa de interponerme entre ellos.

—Es solo una broma, Dan, cálmate —insiste Freddie, mientras su diversión se esfuma.

—No me llamo Dan —dice Daniel con enfado.

—Y yo no soy tu chaval —responde Freddie—. Así que estamos en paz.

Me distraigo momentáneamente cuando una luz me llama la atención. El collar de Eva ha salido por debajo de su top y está reflejando uno de los focos directamente en mi ojo. Estoy a punto de desviar la mirada cuando me doy cuenta de que el collar me resulta familiar.

—¿Ese es mi collar? —pregunto.

—¿Qué? —responde ella—. No. Por supuesto que no.

Se lo vuelve a meter rápidamente por el escote, pero es demasiado tarde, ya lo he visto.

Una cuidada piedra rosa engarzada en un halo de diamantes sobre una cadena de oro rosa. Daniel me lo compró como regalo previo a la boda. No era para nada mi estilo, pero después de encontrármelo por accidente, cuando él planeaba darme una sorpresa con él, me sentí mal.

—Oh, Dios mío... —suelto de sopetón.

Miro a Daniel. Parece petrificado. Sabe que lo sé.

—Encontré este collar en tu cajón de los calcetines cuando estaba guardando la ropa limpia... me dijiste que era un regalo de bodas anticipado, que te lo estabas guardando para el día antes del enlace. Era para ella, ¿verdad? Así que me lo diste a mí y le compraste otro igual a ella. Ya me pareció raro que me compraras algo tan hortera. Ahora tiene sentido. Era para esta Barbie de pacotilla.

—No es culpa mía que le guste comprarme cosas —protesta Eva.

Creo que es posible que de verdad sea idiota.

Freddie me pasa un brazo por los hombros.

—Olvídate de este cabrón —me dice Freddie.

Daniel se ciega de rabia.

Cuando Daniel intenta apartarme de un empujón para llegar a Freddie —aunque Dios sabe qué habría hecho si lo hubiera logrado —, me da un codazo accidental en las costillas.

—Ay —suelto involuntariamente.

Lo siguiente que sé es que Freddie tiene a Daniel inmovilizado en el suelo.

—Tienes que calmarte —le dice Freddie con firmeza—. Acabas de hacerle daño a Lila. ¿Siquiera te has dado cuenta o estabas demasiado ocupado abalanzándote sobre mí?

—Suéltame, pedazo de cabrón —murmura Daniel desde el suelo.

Oigo sollozos y me vuelvo para ver a Eva.

—¿Por qué intenta todo el mundo arruinarme las vacaciones? —grita ella.

—¿Tus vacaciones? —digo, furiosa.

Matteo, junto con dos corpulentos guardias de seguridad, invade nuestro espacio personal.

—Tenéis que acompañarnos de inmediato —ordena Matteo.

Mientras nos sacan a los cuatro a empujones del bar, me fijo en el público, que está en silencio, boquiabierto, mientras asimila nuestra pequeña actuación. Apuesto a que no pueden creerse la suerte que han tenido de conseguir un espectáculo mucho mayor del que esperaban.

Mientras nos conducen hacia el edificio del hotel, Freddie me coge de la mano. ¿Por qué tengo la sensación de que estamos metidos en un lío enorme?

Capítulo 26

Día 10

—Veo que has vuelto a pasar la noche en casa de Freddie —bromea Ali mientras nos dirigimos a la cafetería donde ha organizado nuestra comida—. Golfa.

—¿Me estás tomando el pelo? —le pregunto. Estoy tan estupefacta que mi voz sube varios tonos más de lo que creía posible—. ¡Tuve que volver a quedarme con Freddie porque cuando volví anoche, Max y tú estabais dale que te pego otra vez!

Ali arruga la nariz.

—Esperamos una eternidad antes de ponernos a ello, pero como no volvías, supuse que te habías ido al *Edge of Eden*.

Ali mueve las cejas de arriba abajo y sacude los atributos por los que pagó un buen dinero.

—Supongo que volvimos bastante tarde, pero no vas a creerte lo que pasó —le digo.

Veo cómo el simple asomo de algo jugoso enciende los motores de Ali, iluminándole los ojos. El cotilleo la mantiene viva.

—Espera, no me lo cuentes —insiste—. Espera a que nos sentemos, cuando tenga una copa en la mano. Quiero disfrutar de esto.

Tal y como me ha pedido, espero a que estemos sentadas en la cafetería Rosso.

—¿Pedimos primero? —pregunto antes de arrancar.

—Ya está todo arreglado —me informa Ali—. Pensé que nos merecíamos algo especial.

—Oh, vale —respondo—. Qué detalle.

—Lo sé —dice Ali, agitando la mano con ademán despectivo—. Ahora, suéltalo todo.

—Vale, pues... —Hundo un poco el culo en el asiento acolchado, asegurándome de estar en la postura ideal para contar historias—. Anoche fue la segunda ronda de Mr & Mrs Valentine Island.

Hago una pausa para que Ali me recuerde lo patético que es esto, pero no lo hace. Tiene la barbilla apoyada en el dorso de la mano y los ojos clavados en mí.

—A ver, el objetivo del juego de anoche era que los hombres alzaran a sus mujeres a cuestas y ver quién aguantaba más tiempo —explico.

—Seguro que Freddie arrasó con eso, ¿no? —responde Ali.

—Por supuesto —contesto, sintiéndome extrañamente orgullosa de mi chico (que no es mi chico).

—¿Cómo les fue a Eva y a Daniel? —pregunta ella.

—Quedaron segundos.

—Uf. Supongo que la viborilla esa simplemente se le enroscó al cuello —sugiere Ali.

No anda muy desencaminada.

—Fue extrañamente divertido, ¡y me alegró un montón que ganáramos Freddie y yo! Pero a Daniel no le hizo gracia... se cabreó mucho. Se encaró con Freddie. ¡Y me dio un empujón sin querer!

—Ese imbécil enclenque —responde Ali, justo cuando un camarero se acerca a nosotras. Ella se vuelve hacia él—. No te lo digo a ti, encanto.

El camarero italiano, optando por no darse por aludido, coloca una serie de platos frente a nosotras, junto a una botella de

champán. Nos llena las copas antes de desearnos *buon appetito* y marcharse, dejándonos a solas, rodeadas de velas y pétalos de rosa.

—Ali, ¿estás tirándome los trastos? —bromeo—. Esto es muy romántico.

—Es su almuerzo romántico de chocolate —me dice—. Pero, por desgracia, tú ya estás en la *friendzone*.

Un almuerzo romántico de chocolate incluye una fuente de chocolate que bombea rítmicamente un chocolate de aspecto sedoso y aroma intenso, acompañada de una variedad de cosas para mojar: nubes, *biscotti*, pequeños *bomboloni* (los dónuts italianos que, tras una inspección más exhaustiva —me he comido uno en el segundo en que tocaron la mesa—, están rellenos de una deliciosa y brillante crema pastelera amarilla). Todo lo que alguna vez hayas soñado con cubrir de chocolate (excepto quizás a Freddie, aunque esa podría ser solo yo... bueno, yo y los 7,2 millones de seguidores que anoche descubrí que tiene en Instagram) está justo aquí, en esta mesa.

—Venga, sigue, ¿qué pasó? —pregunta Ali mientras se mete en la boca una fresa entera cubierta de chocolate.

—El caso es que se armó el belén (todo esto delante de un montón de público), y creo que Freddie se piensa que engaña a todo el mundo con sus gafas de sol, pero, aparte de mí, estoy bastante segura de que todos saben quién es, así que teníamos a una multitud inmensa mirando. Vienen los tíos de seguridad, nos sacan a la fuerza y nos llevan a una pequeña oficina en el hotel. Parecía que estábamos en el colegio, esperando a descubrir cuál era nuestro castigo.

—Si Edward empezó a darte azotes, definitivamente esto es solo un sueño erótico que tuviste anoche —dice—. Aunque es raro que

hayas incluido a tu ex.

—Ehm, querrás decir Freddie, no Edward —le recuerdo—. Estoy aterrada de que, desde que vi la película, vaya a llamarlo Edward sin querer... pero no, ese no fue nuestro castigo. Aunque sí que hay castigo.

—¡No jodas! —La copa de champán de Ali se queda suspendida frente a su boca mientras espera probar algo aún más jugoso—. ¿Cuál es el castigo?

—Atiende a esto —empiezo, con la esperanza de prepararla mentalmente todo lo posible—. Resulta que Valentine Island no es solo para aquellos que están locamente enamorados, también es para parejas que están atravesando dificultades. Tienen múltiples programas de terapia para parejas... y quieren que Freddie y yo asistamos a un par de sesiones.

—Pero si ni siquiera sois una pareja de verdad —me recuerda Ali, aún con la copa inamovible.

—Lo sé —respondo—. Mañana hay una sesión de grupo (a la que irán Daniel y Eva) y luego tenemos que ir a una sesión individual... bueno, técnicamente creo que es una sesión de dos contra dos.

—Qué morboso —dice Ali.

—Dos terapeutas —señalo—. Un hombre y una mujer. Para que ninguno de los sexos se sienta atacado.

Ali por fin se permite estallar en carcajadas. Ruge, golpea la mesa, echa la cabeza hacia atrás. Está montando todo un espectáculo para los demás (parejas de verdad) que intentan disfrutar de una comida romántica.

—Pero, ¿pueden obligaros a hacerlo? —pregunta—. No pueden, ¿verdad?

—Supongo que no, no —respondo—. Pero nos han dicho que, si queremos seguir participando en la competición, tenemos que resolver nuestros problemas. Así que...

—Así que, si quieres borrarles la sonrisa de la cara a Daniel y Eva...

—Y ganar suficiente dinero para pagar las deudas de mi boda —añado—. Entonces sí, tengo que ir a terapia.

—Ay, Dios mío, de verdad que esta es la mejor cita que he tenido en mi vida —bromea—. Es graciosísimo.

—Sin duda es mejor que la última cita a la que fuimos juntas —le indico.

—Oh, Dios, sí... No sé si alguna vez te di las gracias de verdad por aquello.

—Desde luego, me debes una —le recuerdo—. Fue la peor cita de mi vida.

Hace años, antes de conocer a Daniel, acabé yendo a una cita doble con Ali... mi primera y única cita doble.

Ali había conocido a un chico llamado Gareth (creo que era algún tipo de cirujano, lo que probablemente explica por qué Ali estaba tan interesada en él). Que Ali saliera con un cirujano sería como si yo saliera con alguien que vendiera chocolate... solo que con consecuencias opuestas. Estaba a punto de «cerrar el trato» con Gareth, como ella misma lo expresó en su momento, hasta que el hermano de Gareth se presentó en la ciudad y él le avisó de que tendría que cancelar. Ali estaba tan segura de que, si no se lo tiraba esa misma noche, nunca lo haría, así que le dijo a Gareth que trajera a su hermano a la cita, porque conocía a alguien que sería perfecta para él... yo.

Howard, el hermano de Gareth, era desde luego un personaje peculiar, pero yo no era en absoluto perfecta para él, y él no podía haber sido más inadecuado para mí. Al principio supuse que simplemente no teníamos demasiadas cosas en común, pero tampoco importaba mucho; solo estaba allí por mi amiga. Howard no paraba de hablar de la tesis doctoral que estaba escribiendo en ese momento (algo sobre animales). El problema de los doctorados es que siempre profundizan tanto en un tema en particular que, para un profano en la materia, resultan imposibles de asimilar. Si hubiera estado escribiendo sobre algo más cercano a mi área de especialización —por ejemplo, un análisis de los constructos sociales hegemónicos en *Gossip Girl*—, habríamos podido debatir, pero tal y como estaban las cosas, me limitaba a escuchar con educación.

Por último, Howard cometió un pecado garrafal de las citas cuando nos fuimos a dar un paseo después. Era una noche fría, pero cuando Ali señaló lo helada que estaba (una estratagema para conseguir que Gareth la tocara) y yo me apresuré a decir que no tenía nada de frío (para que Howard no se sintiera obligado a pasarme el brazo por los hombros), él empezó a explicarme cómo el exceso de grasa de mi barriga (esas mollecitas que todos tenemos si no vivimos en el gimnasio) funcionaba como la grasa de las ballenas, manteniéndome abrigada. Incluso sugirió que me metiera la mano por debajo de la camiseta y me tocara el estómago, diciéndome que si notaba la piel fría, era que mi grasa de ballena estaba haciendo su trabajo... Para cuando Gareth intervino hablando de liposucciones (yo no necesitaba una liposucción en absoluto), Ali les dio una bofetada a los dos y cada uno se fue por su lado. Una noche muy extraña y, fiel a su promesa, Ali no ha vuelto a pedirme que salga

con ninguno de los amigos o parientes de sus amantes desde entonces.

—Algún día te lo compensaré —dice Ali.

—¿Quieres ir a esta sesión de terapia de grupo por mí? —sugiero.

—No creo que el cambio de actriz pasara desapercibido —señala —. ¿De verdad vas a ir?

Examino el dónut que tengo en la mano un segundo antes de metérmelo en la boca.

—Sí —digo por fin—. Si quiero ganar el concurso y patearles el culo a Daniel y a Eva...

—Y si quieres seguir pasando el rato con Freddie —señala—. También está eso.

Frunzo los labios y me encojo de hombros. Ahí me ha pillado. La terapia de pareja suena como una auténtica pesadilla, pero, con Freddie... No sé, creo que va a ser divertido.

Capítulo 27

Freddie y yo somos una de las varias y muy diferentes parejas reunidas en una de las grandes salas de terapia.

Es un espacio muy relajante, con colores claros, iluminación tenue y sonidos ambientales fluyendo por los altavoces.

Estamos todos sentados en sillas formando un círculo: yo, Freddie, Daniel, Eva, una terapeuta que dirige la sesión y un montón de parejas más.

Por un segundo pensé que quizá Daniel y Eva no se presentarían, pero supongo que están tan decididos a ganar como yo.

Cada pareja se turna para hablar un poco de su vida en común y de por qué ha acabado dándole una oportunidad a la terapia conversacional. Estamos en una de las sesiones en inglés, así que todos los presentes son del Reino Unido o de Estados Unidos. Supongo que facilita las cosas que todos hablemos el mismo idioma. Victoria, nuestra terapeuta de hoy, no tiene un acento demasiado marcado, pero noto un sutil deje de Yorkshire. Aquí, en esta sala, casi podría pensar que estoy en casa, en Inglaterra, si no hiciera tantísimo calor. Por suerte, el aire acondicionado nos mantiene frescos; aunque no hace mucho por calmar los ánimos.

—Soy Jen y este es mi marido, Kevin —dice una mujer que parece rondar los cuarenta. Me cae bien al instante porque, aunque suena bastante tímida, tiene mi mismo acento y es alta. Me veo muy reflejada en ella.

—¿Y qué os ha traído a Valentine Island? —pregunta Victoria.

—Mentira tras mentira —se burla Kevin.

—¿Ah, sí? —lo anima Victoria. He notado que hace mucho eso de animar a la gente. Otra cosa que hace es esperar una eternidad antes de hablar, dejando que la gente hable y hable y, al quedarse ella en silencio, hable un poco más. Siento que intenta exprimirnos para sacarnos toda la información. La gente habla lo que tiene sentido hablar, pero luego ella usa sus trucos de terapeuta para que diga más de lo que debería. Bueno, a mí no me va a engañar para que comparta mis sentimientos.

—Mi querida esposa —con la que llevo siete años casado— me dijo que me llevaba a un lugar especial de vacaciones —explica él—. ¡Organizó que su madre cuidara de los niños, nos llevó al aeropuerto en coche y luego me trajo aquí!

—¿No crees que este lugar es especial? —pregunta Victoria.

—Mira, Jen sabe que solo quiero ir a un sitio. A Hobbiton, en Nueva Zelanda. Cuando me dijo que me llevaba a un lugar especial, sabía perfectamente lo que insinuaba.

Victoria no puede aguantar ni un segundo para hacer la siguiente pregunta.

—¿Hobbiton?

—Es de *El Señor de los Anillos* —le dice, con mucha naturalidad—. Puedes hacer esas peregrinaciones por la Tierra Media.

—¿Eres un gran fan de *El Señor de los Anillos*? —pregunta Victoria.

La mujer de Kevin, Jen, se sonroja de vergüenza.

—¿Es Bilbo Bolsón un hobbit? —responde él; me imagino que retóricamente.

—¿Le engañaste? —le pregunta Victoria a Jen.

—Sabía que nunca aceptaría ir a unas vacaciones de terapia, así que, es verdad, no le dije a dónde íbamos..., pero no pensé que se fuera a decepcionar.

—Sabes que lo único que quiero es ir a Nueva Zelanda —responde él, inclinándose hacia delante—. No hablo de otra cosa. Es ridículo que digas que no pensaste que yo asumiría que íbamos allí.

—Lo que es ridículo es un hombre hecho y derecho llorando en una playa preciosa y llevando puestos unos pies de hobbit.

—Ah, claro, yo soy el chalado —le espeta él—. Tú eres la que me metió en una sesión de terapia con dos terapeutas que pensé que también eran huéspedes. Y yo pensando: «Joder, estos dos cotillas hacen muchas preguntas personales».

—Vale —interrumpe Victoria a toda prisa, deteniendo la discusión antes de que vaya a más—. Ahora todos entendemos mucho mejor por qué estáis aquí. ¿A quién tenemos después?

—Somos Eva y Daniel —dice Eva, toda sonrisas, con la cabeza asintiendo de arriba abajo como un perrito de salpicadero. Tiene la mano de él bien sujeta entre las suyas—. Hace poco celebramos nuestro primer aniversario.

Me zumban los oídos y se me nubla la vista. Me siento tan abrumada por la impresión y la rabia que creo que me voy a desmayar. Siento un brazo rodeándome; es Freddie, atrayéndome hacia él desde el otro lado. Me frota el hombro para tranquilizarme, lo que me hace sentir un poco más calmada, pero sigo estando furiosa y muy alterada.

—Enhorabuena —dice Victoria—. ¿Y qué os trajo a Valentine Island?

—Hace poco pasamos por unas pequeñas turbulencias —explica Eva, mientras Daniel asiente con énfasis. Victoria también asiente mientras escucha. Todos mueven la cabeza de arriba abajo como si estuvieran en un concierto *indie*—. Pero seguimos adelante con nuestro viaje y estamos más fuertes que nunca.

Escuchar a Daniel y a Eva hablar de su relación es una auténtica experiencia extracorpórea. Daniel estaba conmigo. Actuaban a mis espaldas. Y, sin embargo, me siento tan desconectada de todo, como si fuera una mosca en la pared viendo un *reality show*. Ambos son personajes que reconozco y no me puedo creer lo escandaloso de lo que están haciendo ahora..., pero, por muy disgustada que esté, me siento al margen. Siento como si me hubieran arrebatado mi vida cotidiana y, sin tener ni idea de qué va a pasar después, lo único que conozco ahora es esto. Valentine Island es mi nueva normalidad. Sé que son solo unas vacaciones, y no digo que quiera vivir en un estado perpetuo de posruptura, con ellos dos viviendo en la puerta de al lado, tonteando con Freddie para intentar demostrarles lo superado que lo tengo..., pero aquí, las cosas son más fáciles. No tengo que volver a mi rutina diaria, trabajar, hacer la compra, pagar facturas, compartir casa con Daniel. Aquí sí que estoy de vacaciones —y Freddie es una distracción fantástica—, pero en casa voy a tener que enfrentarme a todo. Al menos, mientras esté aquí, no son solo unas vacaciones. Es un descanso de la realidad. Una realidad a la que me aterra volver.

—Qué bonito —dice Victoria.

Victoria debe saber por qué estamos aquí los cuatro, lo que me hace preguntarme por qué le pareció buena idea sentarnos juntos.

Una palabra equivocada y este círculo de sillas podría convertirse en la barrera de un foso de lucha.

—Y, por último —dice Victoria, volviéndose hacia Freddie y hacia mí.

Estoy a punto de hablar cuando Freddie toma la iniciativa. Se quita las gafas de sol antes de empezar.

—Me cago en la leche —suelta Jen de golpe.

—¿Qué pasa? —le pregunta Kevin.

—F... F... F...

—Suenas como un tren de vapor —le dice él—. Suéltalo de una vez.

—Freddie Bianchi..., de *Edge of Eden*...

—¿Las pelis guarras para mujeres? —pregunta Kevin, mirando a Freddie de arriba abajo—. Te felicito, tío. Creo que mi mujer se acuesta contigo más que conmigo.

Hago una mueca. Me siento como si estuviera viendo a mis padres discutir, atrapada en medio intentando comerme mis varitas de merluza sin quedarme traumatizada de por vida.

—Soy Freddie —continúa él, desviando rápidamente la atención de las riñas de Jen y Kevin—. Esta es Lila. Aún estamos en esa fase de luna de miel en la que no nos cansamos el uno del otro.

—Eso es precioso —responde Victoria—. ¿Algún problema hasta ahora?

—Solo en el dormitorio —responde Freddie.

Su respuesta me pilla por sorpresa. Se está saliendo del guion y el hecho de no tener ni idea de lo que va a decir me hace sentir vulnerable.

—¿Te gustaría dar más detalles? —lo anima Victoria. Juro que la acabo de ver morderse el labio. Parece que de verdad todas las mujeres están locas por Edward Eden; hasta las terapeutas.

—Bueno, estamos aquí en estas maravillosas vacaciones..., pero nos cuesta mucho salir de la cama. Queremos aprovecharlas al máximo y hacer turismo, pero..., ya sabes.

—Bueno, hay problemas mucho peores —responde Victoria—. Tengo entendido que anoche tuvisteis un altercado con Daniel durante Mr & Mrs Valentine Island.

—Daniel es mi ex —explico. Lo tengo en la punta de la lengua, a punto de soltar cada detalle devastador de lo que ha pasado, pero ¿me hará sentir mejor? Probablemente no. Seguro que solo me daría vergüenza y podría deslegitimar mi *showmance* con Freddie. Si de verdad empiezo a discutir con Daniel, sí que voy a necesitar una terapeuta.

—Vaya —responde Victoria—. Daniel, ¿crees que quizá estabas celoso de que Freddie esté ahora con Lila?

—No —espeta él rápidamente, mientras sus ojillos escurridizos van de un lado a otro—. Por supuesto que no.

—¿Quizá te sientes menos hombre al lado de Edward?

—Freddie —la corrige Freddie. Se ríe con cierta incomodidad. Parece que esto le pasa a menudo.

—Perdona, Freddie —responde ella, ruborizándose.

—Por supuesto que no me siento menos hombre... por su culpa —insiste Daniel, poco convincente.

—No hay nada de qué avergonzarse, amigo —interviene Kevin—. Espera a llevar juntos siete años; te alegrarás de que a tu mujer le

interese otro. Joder, es que con las mujeres nunca se acierta. O quieres follar demasiado con ellas o no les das lo suficiente...

—No me siento amenazado por él —espeta Daniel.

—Mmm, qué interesante —dice Victoria—. Nadie ha dicho «amenazado»... ¿Crees que te sientes amenazado?

—¿Qué? —responde él—. No. Acabo de decir que no me siento amenazado por él. Solo es un cachas al que contrataron para salir en una peli basura. No es mejor que yo.

—Daniel, cállate —le suelto.

—No pasa nada —me tranquiliza Freddie—. Déjale hablar, es divertido.

—¿Te parece divertido? —pregunta Daniel, poniéndose de pie de un salto.

—A mí sí —dice nuestro hobbit residente, antes de que su mujer le dé un codazo en el brazo.

—Vale, vale, vale —dice Victoria—. Todo el mundo a sus asientos. Necesito recuperar el control de esta sesión. Basta de juicios, vamos a intentar un poco de positividad.

Daniel, que mira a Freddie con el ceño fruncido, enfurecido por su sonrisa tranquila, vuelve a sentarse de mala gana.

—¿Puedes dejar de actuar como si te afectara? —apenas consigo escuchar que le susurra Eva.

—Quiero que todos se turnen para decirle al grupo algo positivo sobre su pareja, ¿de acuerdo? —sugiere Victoria—. Claire y Simon, id vosotros primero.

Claire y Simon, aparte de presentarse, han estado bastante callados durante todo el caos de los demás. Ambos pronuncian

rasgos que les gustan del otro que son perfectamente razonables, pero por lo demás pasan desapercibidos.

—Jen es una buena madre —ofrece Kevin, tras unos segundos de pensarlo.

—¿Lo más bonito que puedes decir de mí es que soy una buena madre? —repite ella, enfadada—. Para eso, más me valdría ser la niñera.

—No sé para qué coño me molesto —responde él.

Al verlos discutir, queda clarísimo por qué están los dos aquí..., pero siguen juntos y lo están intentando. Eso es lo que haces cuando eres infeliz con tu pareja, ¿verdad? Lo intentas y trabajas en la relación, aunque te esté volviendo loca. No te tiras a una de sus amigas.

—A mí pasadme —insiste Jen.

—Eva —le da paso Victoria.

—Mmm, bueno..., es muy generoso. Me compra muchas cosas —responde, sonando un poco como una niña pequeña hablando de por qué le gusta su cumpleaños.

—De acuerdo —responde Victoria.

No voy a afirmar que puedo psicoanalizar a una persona que se gana la vida psicoanalizando a la gente, pero está claro para todos que Victoria puede detectar las grietas en la relación de Daniel y Eva. Bueno, se lo tienen merecido. Eso es lo que pasa cuando intentas forjar una relación con trozos de la de otra persona. Sería como intentar construirte una casa con lo que sea que tengas en el cobertizo y la mitad de una caravana robada. Es simplemente una pesadilla caótica que no se va a sostener.

—Me gusta que Eva no sea una pesadilla como algunas mujeres con las que he salido —dice Daniel—. No es desordenada, no me da la brasa, no es una dramática.

Eva ahoga un grito teatralmente.

—Ay, Daniel, te quiero muchísimo —dice, cerrando los ojos mientras se aferra con fuerza a su brazo.

No, qué va, no es dramática en absoluto.

—Vale —dice Victoria—. Pero intentad que vuestros comentarios sean completamente positivos. ¿Lila?

—Me encanta que Freddie haga lo que haga falta para hacerme sonreír —digo—. Es como si nada fuera demasiado esfuerzo para él.

Puede que estemos aquí fingiendo ser pareja, pero cada palabra que acabo de decir es totalmente cierta. Quiero decir, miradlo: es una estrella de cine de vacaciones, y sin embargo está aquí sentado conmigo en esta sala tan calurosa, recibiendo terapia, fingiendo ser mi novio, dejando que Daniel lo insulte... No me puedo creer que siga aquí sentado.

—Precioso —responde Victoria—. Para terminar, Freddie..., ¿qué es lo que más te gusta de Lila?

Freddie me mira un momento. A medida que sus hoyuelos se acentúan, yo le devuelvo la sonrisa. Con los ojos intercambiamos una mirada que reconoce lo ridículo que es todo esto. Intento disculparme con él simplemente ajustando mi sonrisa, convirtiendo mi gesto en una especie de mueca incómoda, con cara de estreñida, para hacerle saber lo mucho que siento que le hayan puesto en un compromiso así. Espero que se dé cuenta.

—¿Qué me encanta de Lila? —empieza—. Me encanta que nunca se rinde con el amor. Después de todo lo que ha pasado y de cómo

la han tratado todos, se le podría perdonar a cualquiera en su situación que perdiera la esperanza..., pero a Lila no. Es una persona brillante, romántica, maravillosa, y tengo tanta suerte de que no renunciara al amor antes de conocerme.

—Dios, eres bueno —dice Kevin—. Deberíais ir a tomar algo con nosotros.

—Oh, sí —añade Jen rápidamente.

—Nos encantaría —dice Freddie—. ¿Verdad, preciosa?

—Así es —añado, pero eso es más o menos todo lo que puedo decir. Estoy atónita ante la increíble respuesta de Freddie. Supongo que tiene razón, no he renunciado al amor, por mucho que probablemente debería haberlo hecho. Solo ojalá todo lo que ha dicho fuera verdad porque, ahora que lo pienso, creo que no es solo amor lo que quiero... Creo que es a Freddie.

Capítulo 28

No estoy segura de que nuestra sesión de terapia de pareja haya ido demasiado bien, se mire por donde se mire. Yo no me siento mejor por haber sido el centro de atención, Daniel solo parece estar más enfadado, la pobre pareja que acabó sentada al lado de Jen y Kevin probablemente esté traumatizada de por vida, y no me sorprendería que nuestra terapeuta estuviera ahora mismo actualizando su currículum en busca de trabajo en un entorno menos estresante, como una prisión o una unidad de artificieros.

Por un momento me preocupó que no nos permitieran seguir compitiendo en Mr & Mrs Valentine Island, pero resulta que, tras el espectáculo de anoche, al público le encanta ver a Freddie, y creo que el personal se ha dado cuenta de que sería estúpido echarlo del concurso. Por asociación, esto significa que puedo seguir compitiendo con él y, para evitar que Daniel y Eva monten un pollo por el trato de favor, a ellos también se les ha permitido continuar.

Puede que me importara si no fuera porque acabábamos de patearles el culo otra vez en la tercera ronda. Supongo que esta noche ha sido fácil. Nos vendaron los ojos a todos y nos llevaron a la pista de baile, donde nos dijeron que el objetivo del juego era encontrar a nuestra pareja usando únicamente las manos. Yo ya tenía los ojos tapados, pero oí al público hacer «uuuuh» cuando lo anunciaron; creo que era el intento del resort de hacer algo medio subido de tono, aunque supongo que la cosa solo es tan picante como tú la hagas, y entre bastidores nos dijeron categóricamente que, pasara lo que pasara durante esta ronda, no debíamos «tocar a

nadie donde no quisiera ser tocado», unas palabras que, antes de saber de qué iba el juego, me aterrorizaron por completo.

Aunque no estuvo tan mal. No me topé con demasiadas manos perdidas (ni agarré sin querer nada que preferiría no haber tocado), y, por supuesto, ganamos, porque como Freddie es muchísimo más corpulento que todos los demás, no me costó nada ponerle las manos encima enseguida. Desde luego, esa es una idea que no me puedo quitar de la cabeza ahora mismo, así que supongo que era de esperar que me pareciera pan comido.

Daniel y Eva quedaron segundos, pero no me importa, porque el segundo lugar no es más que el primero de los perdedores, y además, encontrar a Daniel fue casi tan fácil como encontrar a Freddie... tal vez incluso más, dado que Daniel es el único hombre aquí con una larga barba hípster.

Antes me gustaba la barba de Daniel. Bueno, me gustaba lo que representaba. Me encantaba que tuviera su propio estilo y que le gustara verse bien. En general, las barbas nunca me han llamado mucho la atención, pero me subí al carro con la de Daniel. Ahora, viéndola desde fuera, la verdad es que no sé qué le veía. Supongo que la belleza es puramente superficial y, si alguien te gusta, acabas queriendo todo de esa persona. Ahora que paso tiempo con Freddie, aprecio su cuidada barba de tres días muchísimo más que cualquier barba larga.

Tras saborear nuestra victoria, cogimos un par de cócteles y nos sentamos en una de las mesas libres a esperar a que se nos unieran Ali y su macizo camarero, Max. Parece que a Ali le gusta de verdad Max, aunque a ella le gusta todo el mundo en las primeras fases del deseo. Aun así, si quiere que le conozcamos, nosotros encantados...

Me sorprendo hablando de Freddie como si fuéramos una pareja de verdad y me recuerdo a mí misma que no lo somos; y gracias a Dios que no lo somos, porque si no esto sería una cita doble, y ya sabemos lo que opino de eso, ¿verdad?

Cuando nos sentamos no quedaban muchas mesas libres. Poco después de ocupar nuestros sitios, Daniel y Eva se sentaron en la mesa de al lado. El local seguía lleno cuando llegaron Ali y Max, así que los seis estamos en una proximidad bastante incómoda. Dudo que Ali le haya contado a Max lo de mi *showmance* con Freddie, así que tampoco es que fuéramos a hablar del tema.

Ahora que se hace tarde y el bar está casi vacío, me muero por encontrar una excusa para cambiarnos de sitio. Ojalá Daniel y Eva se vayan pronto a la cama; unas palabras que jamás pensé que diría.

—¿Ves? A veces hacemos cosas al aire libre —dice Ali en referencia a un comentario de antes, cuando le dije que ella y Max solo tenían cosas en común cuando estaban en horizontal... o bueno, el equivalente de Ali a estar en horizontal, porque las piernas de esa chica se conocen el Kamasutra como la palma de su mano.

—Ya lo veo —bromeo, y entonces recuerdo que Daniel puede oírnos—. Nosotros también.

Freddie se inclina para susurrarme al oído y se tapa la boca con la mano para que nadie pueda saber lo que dice.

—No mires, pero Daniel te está clavando la mirada —me dice—. Así que estoy fingiendo susurrarte algo divertido o sexi al oído.

—¡Madre mía, Freddie! —chillo, dándole un empujoncito juguetón.

No puedo resistirme a mirar de reojo a Daniel para ver cómo reacciona. Parece enfermo de ira. Desde aquí puedo ver las gotas de

sudor resbalándole por la cara.

—Uuuuh, Max, cuéntales lo de esta noche —dice Ali, pasándole un dedo de arriba abajo por el brazo de forma seductora. Puede que estén al aire libre, pero es evidente que ahora mismo se encuentran en plenos preliminares.

—¿Lo de esta noche? —pregunto entre bostezos. No quiero sonar vieja, pero la noche se ha acabado; ya estamos entrando en territorio matutino.

—Todos los años, cuando organizamos Mr & Mrs Valentine Island, hacemos nuestra propia versión después de que todo el mundo se haya ido —explica Max.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Freddie.

—A lo que se refiere es a que, cuando termina vuestra versión descafeinada, Max organiza su propia versión *after-hours* —aclara Ali, con un brillo particular en los ojos.

—¿Que organiza su propia versión de Mr & Mrs Valentine Island? —pregunto riendo, tratando de entender el motivo.

—Sí, como una versión divertida y picante... para los niños mayores —explica—. ¿Os apetece a los dos?

Miro a Freddie. No estoy muy segura de a qué nos están invitando exactamente, pero me da un poco de miedo que implique meter nuestras llaves en un cuenco en el centro de la mesa.

—Yo me apunto si tú te apuntas —dice él.

—Ehm... Vale, claro —respondo—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—*Fantástico* —dice Max—. Gunnar, el fotógrafo de la isla, va a jugar. Le he dicho que traiga a una mujer.

—Ay, qué ganas —chilla Ali—. Max dice que así es como debería ser Mr & Mrs Valentine Island en realidad, pero que la mayoría de las parejas no son lo bastante valientes.

—¿Podemos jugar nosotros? —pregunta Eva.

—¿Qué? —oigo decir a Daniel detrás de mí—. No.

—No estoy segura de que sea lo vuestro —le dice Ali con mucho tacto—. Max dice que es solo para parejas aventureras.

—Es un juego sexi —apunta Max. Dios sabe qué querrá decir eso.

—Nosotros somos aventureros y sexis —insiste Eva.

—No, no lo somos —replica Daniel por lo bajo.

—Sí que lo somos —dice ella entre dientes.

—Por mí bien —dice Max.

—Sí —añade Ali—. Cuantos más, mejor.

No estoy muy segura de que lo diga en serio.

—Ali, vamos a por unas bebidas antes de que cierre la barra —digo, haciéndole un gesto para que me siga.

—Vale, claro.

Mientras caminamos hacia la barra, me engancho a su brazo.

—¿De verdad tenemos que dejarles jugar? —pregunto—. Parece que no me dan un respiro.

—¿Te están complicando el tirarle los tejos a Freddie?

—¿Qué? ¡No! Quiero decir, no es por eso. Simplemente estoy harta de verlos. Los detesto profundamente a los dos.

—Vale, relájate —ríe Ali—. No hace falta ponerse a la defensiva.

—No me estoy poniendo a la defensiva —digo, probablemente a la defensiva.

Me encanta el optimismo de Ali y admiro su seguridad, pero yo no soy ella. Los hombres caen a sus pies al instante, y si no lo hacen,

ella pone algo para que tropiecen, asegurándose de que caigan. Pero yo no soy Ali, no soy encantadora ni segura de mí misma; soy torpe y disfrazo mi timidez con chistes malos. Además, incluso sin las tetas grandes, los rellenos en los labios y el bótox, Ali es un pibón espectacular. Yo soy un poco blandita, con estos mofletes regordetes de querubín cuando sonrío, y me imagino que mi forma de moverme refleja mis inseguridades. Ali podría ligarse a una estrella de cine, pero yo no.

—Bueno, tú no te preocupes —dice mientras volvemos con nuestras bebidas—. Max me lo ha contado todo sobre este Mr & Mrs Valentine Island para adultos. Voy a ayudarle a presentarlo. Es bastante verde, Eva va a flipar.

—¿Cómo de verde? —pregunto desde el instinto de supervivencia.

—Tú no te preocupes —insiste—. Pero yo, Max, tú, Freddie y el fotógrafo ese... todos estamos solteros. Nada de esto nos va a escandalizar. Pero Daniel y Eva son pareja, y encima son un par de sosos de narices. Se van a echar atrás y entonces todos podremos divertirnos sin ellos.

—¿Y si no se echan atrás? —pregunto, porque ahora mismo parecen empeñados en demostrar algo.

—Bueno, entonces veremos lo fuertes que son en realidad, ¿no te parece?

—¿A qué hora empezamos? —oigo que le pregunta Eva a Max cuando llegamos.

—Empezamos aquí dentro de treinta minutos —dice Max—. Ahora que se está vaciando la barra, voy a prepararlo todo.

—Vale —dice Eva muy ilusionada—. Solo voy a acercarme a la villa a coger una rebeca. Ahora hace fresquito.

—Sí que hace —responde Max—. Dicen que esta noche va a haber tormenta.

Visto lo que me han contado sobre estos juegos *after-hours* de Mr & Mrs Valentine Island, y sabiendo quiénes van a competir, no lo dudo en absoluto.

Capítulo 29

Esta noche hay algo en el ambiente. Una densidad que hace que cueste respirar.

No dejo de oír hablar de esa tormenta que se acerca, pero no creo que sea eso. Es la atmósfera que se respira aquí, en el Mr & Mrs Valentine Island *after-hours* que ha sido, hasta ahora, para mayores de dieciocho.

Es una sensación extraña que se debe a una mezcla de varias cosas. Aquí hay cierta tensión entre todos nosotros. El Mr & Mrs Valentine Island normal solo es competitivo, pero lo que estamos haciendo ahora... es una mezcla de terror y excitación. Me siento supernerviosa; es esa horrible sensación que te revuelve el estómago cuando sabes que podría pasar algo malo, pero a la vez siento ese hormigueo de emoción de cuando parece que se avecina algo increíble.

Aquí estamos diez personas, emparejadas en el chiringuito desierto de la playa a altas horas de la madrugada. Max y Ali son nuestros amables anfitriones, y compiten juntos siempre que sea posible, y, por supuesto, estamos Freddie y yo, y Daniel y Eva.

Luego tenemos a las dos parejas que no conozco: Gunnar y Rosa, y Phillip y Annie. Tanto Gunnar como Rosa trabajan aquí. Gunnar es el fotógrafo de la isla, un islandés alto y rubio que se pasea sacando fotos en los eventos y también trabaja en el estudio fotográfico donde van las parejas a hacerse retratos cursis. Rosa es una de las chicas nuevas del hotel. Su inglés es tan bueno que es normal que pienses que lo ha hablado toda su vida. Da la sensación de que,

como una especie de tétrica tradición de bienvenida, Gunnar está intentando acostarse con ella.

Y por último tenemos a Phillip y Annie, una pareja encantadora de casi cuarenta años que estoy absolutamente segura de que aceptó jugar a esto por error, y ahora son demasiado educados para marcharse. Son muy agradables, con sus pulcros acentos de Oxfordshire y ropa de lo más sensata. Está claro que no encajan aquí jugando con gente como nosotros.

Mis sospechas sobre Phillip y Annie comenzaron cuando nos asignaron los nombres de los equipos: una combinación de nuestros nombres de pila. Max y Ali pasaron a ser Mali; Freddie y yo nos convertimos en Frila; Daniel y Eva, en Deva; Rosa y Gunnar, en Runnar, y a Phillip y a Annie… les tocó Phannie. A todo el mundo le hizo una gracia tremenda, menos a ellos. Sí, es una chiquillada, pero hasta ahora esto solo ha sido la punta del iceberg.

La primera ronda fue una especie de versión sexi del juego de las películas. Enseguida se hizo evidente que no era una partida normal cuando nos dimos cuenta de que todos los títulos daban margen para una interpretación subida de tono a la hora de describirlos con mímica. Así que jugábamos en equipo, adivinando películas, programas de televisión, canciones y libros con títulos como *Moby Dick, Kiss Kiss Bang Bang, Blow* y *Commando*. No solo teníamos a Phillip y a Annie escandalizándose con algunos de los gestos más sexuales..., sino que Daniel la tomó con Eva delante de todos porque ella no paraba de decir *Liberad a Willy* cuando la respuesta era en realidad *Moby Dick*. Creo que la puntilla para él fue cuando, justo después, nos tocó el turno a Freddie y a mí y la tarjeta que sacamos ponía *Liberad a Willy*, así que lo adivinamos en tiempo récord.

La segunda ronda, que ahora mismo estamos intentando terminar, consiste en que todos llevemos el nombre de un famoso pegado en la frente. Luego tenemos que hacer preguntas de sí o no para intentar averiguar quiénes somos. Ali y Max repartieron los nombres, asegurándose de que a la gente solo le tocaran celebridades de las que hubieran oído hablar, según de dónde fuesen. Freddie no tardó mucho en adivinar que llevaba pegado en la frente a Leonardo DiCaprio (Ali tardó incluso menos en preguntarle si tenía el número de Leo; resulta que sí, pero se resiste a darlo), y yo tampoco me quedé muy atrás averiguando que mi frente estaba adornada con el nombre de Beyoncé. A Annie y a Phillip les tocaron Britney Spears y Elton John; a Gunnar, George Clooney, y a Rosa, una estrella del pop italiano de la que yo jamás había oído hablar. Todo el mundo ha adivinado el nombre que tiene en la frente, menos Daniel y Eva.

Miro a Ali de reojo y sonrío. Ha sido un poco perversa con las elecciones para estos dos.

—O sea que soy una mujer estadounidense, castaña —se recuerda a sí misma Eva—. No soy cantante ni actriz. Soy una persona real... ¿Me dedico al mundo del espectáculo de alguna manera?

—No —responde Ali.

—Mmm... —Sigue pensando.

Estamos todos sentados alrededor de la mesa, esperando a que Daniel y Eva acierten para poder pasar al siguiente juego. No hay duda de que van en el último puesto, pero son demasiado tercos para rendirse. Diría que la cosa se está poniendo aburrida, si no

fuera porque me muero de ganas de que descubran qué nombres tienen en la frente.

—Soy un actor estadounidense treintañero —recapitula Daniel—. No salgo en películas de acción, no salgo en ninguna serie de televisión. Estoy soltero... ¿soy un *sex symbol*?

—Dios mío, sí —dice Eva.

—Desde luego que lo eres —confirma Ali.

—¿Salgo en las noticias? —pregunta Eva.

—Has salido —responde Ali—. Te viste envuelta en un gran escándalo.

—Oh, no, ¿es algo de política? —pregunta.

—Sí —contesta Ali.

—Vale, pues entonces no lo voy a adivinar en la vida —dice Eva, despegándose la etiqueta de la frente para examinarla—. ¿Monica Lewinsky? No he oído hablar de ella en mi vida.

Me río por lo bajo ante el hecho de que Ali le haya pegado a Eva en la frente el nombre de, probablemente, la otra más famosa del mundo. A Freddie tampoco se le escapa la indirecta, y me da un codazo disimulado para indicármelo.

—A ti te parecerá bien rendirte, pero a mí no —insiste Daniel. Se rasca la barba de forma frenética mientras se devana los sesos en busca de la respuesta—. Estadounidense, treintañero, actor, películas, un *sex symbol*... ¿Rubio?

—No —responde Ali.

—¿Castaño? —continúa Daniel.

—Sip —confirma Freddie.

Una lenta oleada de comprensión se apodera de Daniel, haciéndole pasar por un montón de emociones. Confusión,

incredulidad, estupor y, por fin, ira, a medida que llega a la conclusión obvia.

—¿Soy él? —pregunta, asintiendo con la cabeza hacia Freddie.

—Yupi, lo has adivinado, felicidades —dice Ali, como si estuviera hablando con un niño de tres años que acaba de conseguir comerse las alubias sin mancharse el pelo—. Cero puntos, por desgracia.

Es un torneo informal y no hay premios, pero las parejas que quedan en primer, segundo y tercer lugar reciben treinta, veinte y diez puntos respectivamente. En este concurso, a nadie le importan los premios, porque no hay mayor premio que borrarles la sonrisa de la cara a los que te caen mal. Estoy decidida a ganar este concurso (y el Mr & Mrs Valentine Island de verdad) y a demostrarle a Daniel de una vez por todas que no le necesito, que soy una mejor versión de mí misma sin él (y si eso resultara ser verdad, sería genial).

—Vale, a continuación, tenemos la tercera ronda —anuncia Max—. En este juego los hombres tienen que quitarse la camiseta.

—¿Qué? —suelta Daniel—. Ni de coña.

Freddie se quita la suya sin pensárselo dos veces, lo que cabrea aún más a Daniel.

—No todos nos ganamos la vida quitándonos la ropa —señala Daniel en un claro ataque hacia Freddie.

—Es actor, no estríper —le recuerdo, asombrada de lo rápido que salto en defensa de Freddie sin pensar.

—Entonces, los chicos se quitan la camiseta y las chicas se pintan los labios y tienen que besar al hombre por todo el torso. Para ganar, hay que tener el mayor número de besos cuando se acabe el tiempo.

—Es una pena que Max y yo no podamos competir en condiciones —dice Ali. Los dos tienen que quedarse fuera en cualquier ronda que requiera un juez, alguien que lleve el tiempo, un maestro de ceremonias, etc.—. Llevo toda la vida entrenando para esto.

Phillip se acerca a Ali y le habla en voz baja.

—Annie no se encuentra muy bien —dice—. Voy a llevarla a casa.

—No pasa nada —responde Ali—. Ha sido un placer conoceros a los dos.

A juzgar por la cara de Annie, no creo que sienta lo mismo.

—Vale, entonces en esta ronda solo competimos tres parejas —dice Ali, y nos da un pintalabios a mí, a Eva y a Rosa.

—Negro —anuncia Eva, a modo de queja por el color del pintalabios que le ha tocado.

—A juego con su corazón —me dice Ali en voz baja, pasándome un sugerente tono carmesí.

—Esto es denigrante —dice Daniel.

—No hace falta que participes —le recuerda Ali—. Ya os dijimos que era solo para parejas atrevidas.

—Vale —dice Daniel, quitándose la camisa—. Pero que conste que no me hace ni pizca de gracia.

Daniel es de complexión delgada, un poco tonificada, pero poca cosa. Está blanquísimo, salvo por las partes que tiene de un rojo chillón por las quemaduras del sol. Gunnar tiene la típica complexión islandesa, grande y de aspecto vikingo, con el tipo de bronceado que cabe esperar de alguien que trabaja aquí todo el año. Freddie tiene cuerpo de estrella de cine, con la piel tostada por el sol y unos músculos perfectamente definidos; de esos que crees que no existen en la vida real. Los tres hombres tienen cuerpos completamente

distintos, y me pregunto cuál supondrá una ventaja en esta competición.

Eva, Rosa y yo nos embadurnamos de pintalabios. Me quedo con el mío en la mano para poder retocarme si se me va la primera capa.

—Dios, qué envidia me dais ahora mismo —dice Ali—. Vale, preparados..., listos..., ¡a besar!

No se me ocurre ninguna técnica especial para esto, aparte de lanzarme sin más y besar a Freddie por todos sus abdominales, sus pectorales, sus abultados bíceps... Madre mía, noto que me estoy ruborizando. Pero no pasa nada, intentaré disimularlo como si fuera pintalabios rojo restregado por las mejillas.

Echo un vistazo rápido a la competencia. A Eva le cuesta llegar a Daniel, así que él se tumba en el suelo. Una estupidez, si me preguntan a mí, porque eso significa que solo puede besarle la parte de delante. A Rosa parece irle bien con Gunnar, pero da la impresión de que se contiene un poco. Supongo que apenas se conocen, no como Freddie y yo, que ya llevamos más de una semana a nuestras espaldas.

Puedo ganar esto si me lo propongo. Solo tengo que olvidar que es Freddie el que está ahí de pie, devolviéndome la sonrisa, oliendo a las mil maravillas, a manteca de cacao y loción para después del afeitado. Si simplemente ignoro que es él, y dado que tiene el cuerpo bastante firme, debería ser fácil plantar beso tras beso tras beso. Solo tengo que concentrarme.

Estoy tan metida en mi burbuja que a duras penas escucho a Ali iniciar la cuenta atrás desde cinco.

—Cinco..., cuatro..., tres...

Paso a su cuello para plantarle un par de besos finales donde sobra espacio, justo cuando el tiempo está a punto de agotarse.

—Dos..., uno... ¡Vale, tiempo!

Cuando Ali anuncia que se ha acabado el tiempo, no sé qué me pasa, pero le planto a Freddie un último y firme beso en los labios. Es solo un pico, pero no puedo evitarlo. En cuanto me doy cuenta de lo que he hecho, entro en pánico por dentro. Miro a Freddie a los ojos, con el rostro desprovisto de cualquier emoción. Él parece casi tan sorprendido como yo.

—He visto eso —me susurra Ali mientras se acerca para contar nuestras marcas de besos.

Intento restarle importancia con una risita. Dios, ¿en qué estaba pensando? No me puedo creer que haya hecho eso; yo no hago ese tipo de cosas. Nunca he hecho nada parecido. Ni siquiera con un hombre normal de mi liga, y mucho menos con una estrella de cine. Mierda, ¿por qué lo he hecho? ¿Qué le diré si saca el tema? Le diré que lo he hecho por Daniel, para darle celos. Seguro que se lo cree, ¿verdad?

—Lila y Freddie son nuestros ganadores —anuncia Ali.

—Claro que sí —se queja Daniel—. ¿No lo son siempre?

—¿Hemos ganado? —chillo.

—Queda una ronda —dice Max—. Para esta ronda, señoritas, tenemos que vendaros los ojos.

—Ay, Dios mío, ahora sí que me da rabia de verdad no participar —gruñe Ali antes de morderse el labio.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Rosa con curiosidad. Me da la sensación de que puede que hayamos llegado a su límite.

—Es mejor que sea una sorpresa —dice él.

—No me canso de deciros que esto es solo para las parejas más valientes —dice Ali.

Me hace mucha gracia que Daniel y Eva sean la única pareja de verdad aquí. Para los demás, apenas hay nada en juego.

—Vale, creo que yo también me voy a la cama —dice Rosa.

—Nena, quédate —suplica Gunnar.

—No, no, es mi hora de dormir —insiste ella, riendo para quitarle hierro.

—Voy a acompañarla —dice Gunnar, con aspecto de estar un poco decepcionado—. Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —nos despedimos todos.

Y entonces quedamos seis. Tres parejas. Solo dos siguen en la competición.

—Lila, Eva, ¿os apuntáis a lo de los ojos vendados? —pregunta Ali.

—Claro, ¿por qué no? —respondo con falsa confianza.

—Sí, claro, ¿por qué no? —suelta Eva después de mí, con un tono menos convincente.

Ali estira el elástico de un antifaz, se lo pone a Eva por encima de la cabeza y lo suelta de cualquier manera. Me coloca el mío con un poco más de cuidado.

—Esto te va a gustar —me susurra al oído.

—¿Qué está pasando?

—Tú no te preocupes —responde en voz baja mientras me abraza —. Todo esto es por ti.

Al tener los ojos tapados, todos mis otros sentidos se agudizan. El aire huele cálido y salado, la brisa me hace cosquillas en los brazos

descubiertos. Cuando un inesperado trueno rasga el aire, pego un bote del susto.

—Será mejor que vayamos terminando —dice Ali—. Debe de ser esa tormenta que venía de camino.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Eva.

—Vale, a ver —oigo empezar a Ali. No la veo, pero me puedo imaginar los gestos con las manos que acompañan a sus palabras. Si las acciones dicen más que las palabras, los frenéticos movimientos de manos que siempre acompañan a las palabras de Ali son probablemente lo que le da tanto volumen.

—Nuestras damas llevan los ojos vendados. Chicos, tenéis que besar a las dos chicas, y luego la chica elige al mejor. Si es su pareja, os lleváis cincuenta puntos extra.

—¿Nos vamos a besar? —digo, incrédula—. ¿Todos nosotros?

—Tú no tienes que besar a Eva —oigo que dice Ali—. Aunque me imagino que ella no le haría ascos.

—Ejem, yo no beso a mis amigas —le oigo replicar a Eva bruscamente.

—No, solo a sus prometidos —contesta Ali—. Bueno, chicos, ni una palabra. Cuando os toque, besad a una chica y luego a la otra. Si creéis que, por lo que sea, alguna chica podría no querer besaros, no lo hagáis.

Me pregunto si este concurso de Mr & Mrs Valentine Island a deshoras es algo que pasa todos los años, o si es algo que ha orquestado Ali. Pega mucho con ella, y está claro que lleva la batuta. Todo esto parece la forma innecesariamente retorcida de Ali de conseguir que Freddie y yo nos besemos. Agradezco lo que intenta hacer, pero se equivoca de medio a medio. Esto es una relación de

pega para ganar dinero. Se lo digo y se lo repito, pero no hay forma de que me escuche.

—Vale, el primer chico, te toca —dice.

Con los ojos cerrados, oigo con mucha más claridad. Oigo besos en dirección a Eva. Aprieto los ojos con fuerza debajo del antifaz, como si eso fuera a mejorar mi audición, para intentar descifrar qué está pasando. La idea de que Freddie esté besando a Eva me produce unas náuseas de puros celos. Supongo que ya ha besado a mi hombre de verdad, y no quiero que le eche el guante también al falso.

—Vale, a por la siguiente chica —indica Ali.

No tengo mucho tiempo para ponerme nerviosa antes de sentir un par de manos agarrándome de los hombros y atrayéndome hacia sí. Cuando sus labios se encuentran con los míos, me inunda una sensación de familiaridad. Reconocería los movimientos de Daniel en cualquier parte. Al rozar su barba contra mi cara y con sus manos apretando firmemente mis hombros, lo siento como estar en casa. Como mi pijama calentito favorito y mi propia y maravillosa cama... y, sin embargo, se siente tan mal. Es como si algo fingiera ser algo mío; puede parecer familiar, pero es una copia de algo que solía tener. Solo tardo unos segundos en adaptar mi lenguaje corporal para mostrar rechazo y me lo quito de encima.

Hay una cosa que me molesta más que lo mal que ha estado el beso, y es por qué me ha besado: me ha besado de verdad. Me ha besado como cada uno de los besos apasionados que me ha dado en los cuatro años que hemos estado juntos. ¿Por qué me hace esto ahora, con su nueva novia de pie justo a nuestro lado?

—Y el segundo chico —avisa Ali.

Sé que ese era Daniel, así que este tiene que ser Freddie. Escucho atentamente para oír su beso con Eva.

Oigo un «mua» sonoro y exagerado. Freddie está repartiendo picos, lo cual es un alivio tremendo. No solo porque no quiero que bese a Eva, sino porque, después de haberle dado un pico yo antes, es como si igualara las cosas. Ya sé cómo va lo del pico.

—Y la segunda chica —dice Ali.

Pasan unos segundos, pero no ocurre nada. Puedo oír mi propia respiración, rugiendo en mis oídos, más fuerte que el océano lamiendo la orilla.

Siento a alguien... no físicamente, pero noto que está invadiendo mi espacio personal. Es una sensación extraña poder saber que alguien está tan cerca de mí sin tocarme de verdad.

Primero, sus manos se posan suavemente en mis mejillas. Luego, se deslizan poco a poco por mi cuello, donde se apoyan sus palmas, con los dedos subiendo sigilosamente por mi cabeza, perdiéndose en mi pelo. Mientras su cuerpo avanza hacia el mío, presionándose suavemente contra él, parece que pasa una eternidad hasta que nuestros labios por fin se encuentran. El pico que esperaba no llega nunca. En su lugar, Freddie me toma el labio inferior y lo chupa suavemente durante una fracción de segundo. Cuando su boca se separa de la mía, mis labios cobran vida propia y siguen a la suya, como si estuvieran bajo algún tipo de hechizo. Nuestros labios se buscan de nuevo y nos besamos; pero con un beso de verdad, y el hecho de tener los ojos tapados lo hace todo aún más intenso. Deslizo las manos por los costados de Freddie y por su espalda desnuda, que sigue descubierta tras la última prueba.

De repente, nuestro beso se interrumpe cuando trombas de agua caen en cascada sobre nosotros. No puedo evitar pensar que es una verdadera lástima, porque estaba empezando a pillarle el gusto a este juego.

Capítulo 30

Me quito el antifaz, pero no hay ni rastro de mis vacaciones de verano por ninguna parte.

Con la lluvia azotándonos, se puede afirmar sin miedo a equivocarse que la tormenta con la que todos nos llevaban amenazando por fin ha llegado.

—¡Se acabó el tiempo, ganan Freddie y Lila! —grita Ali—. ¡Buenas noches a todos!

Todos salen corriendo en la misma dirección, pero Freddie me detiene.

—Vamos por el atajo —grita por encima del siseo de la lluvia—. Por los árboles, junto a la cascada.

Trago saliva con dificultad antes de poder responder.

—Vale —suelto.

Atravesamos a toda prisa el chiringuito de la playa en dirección al camino secreto que conduce a la villa. Oculta tras un muro de hojas hay una verja secreta, por la que Freddie me hace pasar antes de abrir camino.

Es un juego de equilibrio especialmente complicado: subir a toda prisa por este sendero, luchando contra la lluvia, esquivando árboles en tacones y, al mismo tiempo, ser incapaz de pensar en otra cosa que no sea cómo acaba de besarme Freddie.

El beso de Daniel ha sido simplemente incómodo y desconcertante. ¿Te imaginas qué diría Eva si se enterara? Estaría horrorizada. Pero el beso de Freddie... ¿Acabo de intensificar el *showmance* por haberle dado ese pico en los labios? Ni siquiera lo

estaba haciendo de cara a la galería (la verdad es que no sé en qué estaba pensando), ¿pero quizá eso le haya hecho pensar que quería montar más espectáculo? ¡Pero, Dios mío! ¡Menudo espectáculo ha montado! Sé que es actor, pero... ¡madre mía! Las manos, la forma en que usa los labios, el toque de su lengua. Le paguen lo que le paguen por protagonizar *Edge of Eden*, lo vale. Vale cada céntimo.

Le doy palique para distraerme.

—¿Es un atajo seguro? —pregunto—. ¿Con este tiempo?

—Claro —responde—. Llevaba aquí casi dos semanas antes de que llegaras tú. Conozco este camino como la palma de mi mano.

—Hala, ¿dos semanas?

—Sí. No te preocupes, los rayos todavía están lejos y al menos los árboles más grandes nos protegen de la lluvia.

Me sorprende el tiempo que va a pasar Freddie aquí, teniendo en cuenta que viene solo. Esperaba que dijera algo más...

En el instante exacto en que oigo un fuerte desgarro, siento que mi cuerpo se frena en seco. Caigo de bruces al suelo, que por suerte resulta ser un aterrizaje bastante suave.

—¡Mierda! —suelto, con esa boca tan sucia que suelo tener cuando meto la pata.

—¡Lila! —Freddie se agacha en el suelo para ayudarme a levantarme—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondo—. Solo un poco avergonzada.

Mientras Freddie me ayuda a ponerme de pie, vuelvo a oír ese sonido de desgarro. Para cuando me incorporo, me doy cuenta de que estoy ahí parada en ropa interior. Mi vestido palabra de honor, tras haberse enganchado firmemente en una rama especialmente

puntiaguda, se ha quedado atascado, se ha roto y, al levantarme, como no tiene tirantes, se me ha escurrido hasta los tobillos.

—Cambia eso por «muy avergonzada» —me corrijo. No sé qué más decir, ahí plantada, empapada por la lluvia, con mi sujetador rosa que no pega ni con cola con las bragas negras.

—Te quito el ojo de encima un minuto y ya estás desnuda —se ríe él—. ¿Por qué siempre acabas desnuda o enseñándolo todo?

Intento restarle importancia con actitud bromista, pero el hecho de que tenga razón me hace sentir aún más vergüenza.

Freddie me guía para que me cobije bajo las ramas protectoras de uno de los árboles grandes.

—Yo te cojo el vestido —insiste.

—Gracias —respondo—. Me moriría de vergüenza si alguien más me viera así. Tendría que dar muchas explicaciones.

Miro cómo Freddie intenta desenganchar mi vestido de la rama. Está encorvado sobre él, tan empapado que le gotea agua del pelo sobre los ojos. Al final, se acerca a toda prisa con él.

—No creo que te lo puedas poner —dice, levantándolo para enseñar un buen desgarro.

—Oh, no —chillo—. Ese era mi vestido de verano favorito.

Freddie me mira durante un instante. Noto un destello de algo en sus ojos una fracción de segundo antes de que sus hoyuelos se marquen más. A continuación, se abre la camisa de un tirón, haciendo saltar botones en todas direcciones.

—Esa era mi camisa favorita —me dice, encogiéndose de hombros de forma juguetona.

Luego se quita los pantalones.

—¿Qué estás haciendo? —Me río.

—Has dicho que te morirías de vergüenza si te viera alguien. Tómatelo como una muestra de... solidaridad —responde.

—Tengo la sensación de que, si estamos los dos en ropa interior, habría que dar todavía más explicaciones.

—Bueno, al menos puedo crear una distracción —dice—. Desviar la atención mientras tú corres a ponerte a cubierto.

—Mi héroe —bromeo.

El olor a árboles mojados me golpea como un tren. Me sorprendo a mí misma distraída, observando cómo ruedan las gotas de agua por los músculos de Freddie mientras retrocedo hacia el árbol que tengo a la espalda.

—Ay —me quejo.

—Cuidado —insiste Freddie, dando un rápido paso hacia mí para salvarme de caer otra vez—. ¿Estás bien?

Y, de buenas a primeras, estamos en posición, como en la película y como en mi sueño. El decorado perfecto para una obra perfecta.

—Estoy... —empiezo, pero no termino. Hay una tensión tan espesa entre nosotros que apenas podemos movernos dentro de ella. Ninguno de los dos se aparta del otro. De hecho, nos acercamos por momentos. Es solo de milímetro en milímetro, pero está pasando.

—El beso de antes... —empiezo. No lo puedo evitar. En lo único que puedo pensar es en volver a besarlo—. ¿Ha sido... ha sido porque Daniel estaba mirando? ¿Era solo de cara a la galería?

—¿Tú crees que era de cara a la galería? —me pregunta.

—Yo, esto..., pues sí.

—No pareces muy convencida —dice—. ¿Qué te parece si te beso ahora, sin que nadie nos vea, y luego tú decides qué es real y qué

es para el público?

Abro la boca para hablar, pero no sale nada. Ni un comentario ingenioso, ni una broma autocrítica. Me he quedado sin palabras.

Chocamos como los polos norte y sur de un imán; de la cabeza a los pies, cada centímetro de nuestros cuerpos se toca. No sé cómo voy a ser capaz de soltarme.

Nos besamos, igual que antes, pero con una diferencia. Esta vez nos besamos como si nadie mirara. Hay una auténtica urgencia en ello, como si el hambre que ha ido creciendo en mi interior fuera correspondida. Siento que Freddie me necesita tanto como yo a él, y eso solo hace que me excite más. Puede tener a la chica que quiera, en serio. Hay mujeres (y probablemente también algunos hombres) en la isla que dejarían a su pareja en un abrir y cerrar de ojos por él (he conocido a gente que ha hecho daño a sus parejas por mucho menos). ¿Qué demonios hace conmigo?

Como si me leyera el pensamiento, Freddie se detiene.

—Lo siento —me disculpo. No sé por qué ni de qué.

Freddie me coge en brazos y me vuelve a besar durante unos segundos para demostrarme que no pasa nada.

—Deja que te lleve de vuelta a la villa —dice.

—Me encantaría —respondo.

Freddie me lleva en brazos por el sendero, a salvo. Yo diría que no corro peligro de caerme, pero nada más lejos de la realidad. Creo que sí estoy cayendo. Estoy cayendo rendida ante Freddie.

Capítulo 31

Día 11

Me despierto de un sobresalto y resoplo. He vuelto a soñar y mis sueños cada vez son más subidos de tono.

Me froto los ojos con el dorso de las manos antes de pasarme los dedos por el pelo. En algunas partes sigue húmedo; en otras, el agua de lluvia ha hecho que triplique su volumen. En cuanto me acuerdo de la lluvia, me acuerdo del beso... De los dos.

Freddie está acostado a mi lado en la cama, completamente desnudo. Miro bajo las sábanas mi propio cuerpo. También desnuda. No lo he soñado; de verdad nos acostamos anoche.

Me muerdo el labio al revivir cada increíble momento. Nunca había estado con nadie tan atento, tan fuerte, tan poderoso y, a la vez, tan sensual. Olvídate de los truenos y relámpagos, los fuegos artificiales lo ahogaron todo.

Después de ver esa estúpida película, no sé por qué, pero todas mis fantasías con Freddie implicaban recrear escenas... Supongo que era lo único en lo que basarme. Pero no se lo montó conmigo contra un árbol, ni me dio azotes, ni me puso una correa para hacerme ladrar como un perro. Me trajo de vuelta a su cama y, de alguna manera, siguió pareciendo algo sacado de una película. No sabía que el sexo increíble existiera de verdad. Creía que era un mito que nos vendían para intentar garantizar la continuación de la raza humana.

Cuando vuelvo a recostarme en la almohada, Freddie se despierta.

Mientras sus ojos se acostumbran a la luz, su cerebro recuerda lo que hicimos anoche. Siento un enorme alivio cuando se le iluminan los ojos.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —contesto—. ¿Has dormido bien?

—Al final, sí —responde con una sonrisa—. ¿Y tú?

—He dormido mejor que nunca en muchísimo tiempo —admito.

—Deberíamos desandar nuestros pasos —sugiere—. Averiguar qué pudo haber sido lo que te hizo descansar tan bien.

—Creo que me hago una buena idea —contesto, bajando la mano lentamente desde su pecho hasta su abdomen.

Me siento envalentonada por su interés en mí. No suelo tener la iniciativa, a menos que esté con mi novio y sepa que es una apuesta segura. Pero con Freddie me siento llena de confianza —porque él me hace sentir que debería estarlo—, y al mismo tiempo embriagada por el riesgo que estoy asumiendo.

—¿Otra vez? —bromea.

—Otra vez —insisto.

Freddie tiene un repentino arranque de energía para saltar encima de mí. Apenas hemos empezado a besarnos cuando nos interrumpe alguien llamando a la puerta.

—¿Puede ser Ali? —pregunta Freddie.

—Lo dudo, me habría llamado —contesto.

Quienquiera que sea, llama de nuevo.

—Voy a deshacerme de quien sea —insiste, saltando de la cama, poniéndose un albornoz y dirigiéndose al piso de abajo.

—Vuelve pronto —insisto con mi mejor intento de mirada de «ven a la cama».

Me revuelco en la cama de alegría. No me puedo creer que Freddie y yo nos hayamos acostado. Y, lo que es aún más sorprendente, de repente siento un impulso abrumador de escribir mi libro; aunque, bueno, ya sabes, después de que volvamos a hacerlo.

El móvil me vibra en la mesita de noche. Abro un mensaje de Ali diciendo que se pasará por aquí en diez minutos... Y, sin duda, vamos a necesitar más de diez minutos. Justo cuando estoy a punto de escribirle una respuesta para ganar algo más de tiempo, oigo voces alzadas en la planta de abajo.

—¡Freddie Bianchi! —oigo que una voz con acento estadounidense de la costa este retumba por toda la suite.

—Marty —le oigo contestar—. ¿Qué haces aquí?

La voz de Freddie es mucho más difícil de escuchar que la de Marty —y nunca he aprendido la lección en lo que se refiere a escuchar a escondidas las conversaciones de los demás—, así que cruzo el dormitorio de puntillas para coger mi albornoz, intentando pisar el suelo lo más suavemente posible.

—He venido a llevarte a casa —dice Marty.

—Estoy de vacaciones —señala Freddie—. Tengo derecho a irme de vacaciones.

—Claro que sí —responde Marty—. Pero tienen que acabar. No puedes simplemente desaparecer, no decirme cuándo vas a volver, no responder a mis llamadas ni a mis mensajes. Así que he venido a arrastrarte de vuelta a la realidad, pataleando y gritando si hace falta. Tienes que volver a la vida real ya... A ver, venga, tampoco es que tengas que volver a la vida real *real*. La vida real *real* es una mierda: trabajar todo el día, llegar a casa y encontrarte con tu mujer

y unos niños gritones que no te valoran. Tú eres una estrella de cine. Eres el puto Freddie Bianchi.

Sinceramente, es la peor charla motivacional que he oído en mi vida, y eso que Ali me preparó para mi primera depilación de ingles diciéndome que moriría sola si dejaba que la cosa «se cubriera de maleza» por ahí abajo. Quiero echarle un vistazo a este tío, este personaje escandaloso y odioso que le está diciendo a Freddie que se tiene que ir.

Bajo las escaleras de puntillas y me asomo a la zona del salón. Marty es un hombre de mediana edad, con una barriga de hombre de mediana edad, que intenta ocultarse bajo un traje de diseñador. Tiene un espeso pelo entrecano, con un par de cejas a juego que suben y bajan mientras expone sus argumentos.

Debe de sentir mi mirada clavada en él, porque gira la cabeza y me descubre merodeando al pie de las escaleras. Deja de hablar y se acerca a mí.

—*Ciao* —dice, con su acento estadounidense tan marcado como siempre.

—Hola —contesto.

—Genial, hablas inglés, eso lo hace más fácil —dice mientras saca la cartera de la chaqueta. Extrae un fajo de dólares que me entrega partido en dos—. Vale, gracias por tu tiempo. Esto es por la noche y esto por tu discreción. Eres libre de irte.

Miro el dinero que tengo en las manos y entonces me doy cuenta de lo que está pasando. Se cree que soy una prostituta.

—Marty, Marty, no —dice Freddie, acercándose a toda prisa e interponiéndose entre nosotros—. Venga, tío, otra vez no. Ella es Lila, somos amigos.

No voy a pararme a pensar en que se refiera a nosotros como amigos, ya que, sin duda, es un gran paso adelante en comparación con prostituta, pero sí que hay algo que me preocupa.

—¿Otra vez no? —pregunto.

—Ya ha hecho esto antes: entrar en mi apartamento a zancadas e intentar comprar el silencio de la primera mujer que vio... Era mi tía, que había venido de visita.

—A ella le hizo gracia —se defiende Marty, levantando las manos, con una enorme sonrisa de idiota en la cara.

—Claro —contesto—. Pasamos de cero a prostituta en un abrir y cerrar de ojos, entonces.

—Me dijo que se iba de vacaciones. Que quería descubrir quién era en realidad o alguna mierda así. Ya sabes cómo son los actores. Así que supuse que sí, prostitutas.

—Bueno, eso lo explica todo —replico con sarcasmo, ajustándome el albornoz.

—Lo siento, Lila, este es mi representante, Marty Caruso. Marty, ella es Lila.

—Bueno, ahora ya sé que te puedo estrechar la mano —bromea él, ofreciéndome la suya. Se la doy a regañadientes.

Freddie desaparece cinco segundos; se mete de un salto en el baño para ponerse unos pantalones cortos.

—¿Puedes volver más tarde? —le pregunta Freddie a Marty.

—¿Para que vuelvas a darme esquinazo? Ni de coña.

—Me he ido de vacaciones, ya te lo dije —recalca Freddie.

—Y ahora toca que se acaben las vacaciones y vuelvas a Los Ángeles a hacer tu trabajo. Tengo productos con los que necesito que salgas en Instagram, y tengo un par de citas apalabradas con

las que te tienen que pillar por ahí. Es el momento, Bianchi. Va a llegar otro cachas que te va a robar el dinero, la fama y a las chicas.

Dios, odio las charlas motivacionales de este tío.

Por suerte, Freddie solo se ríe.

—Aún no puedo volver a casa. Estamos en mitad de un concurso —le dice Freddie.

Marty nos mira alternativamente a los dos.

—Freddie, sabes que hay esa cláusula en tu contrato —dice Marty de forma críptica—. No puedes hacer nada que... te busque la ruina.

Los ojos de Freddie se abren de par en par antes de soltar una risa incómoda.

—No sé qué te crees que estamos haciendo —de hecho, no quiero saberlo en absoluto—, pero no se parece en nada a lo que estás pensando. Es un concurso para las parejas alojadas en la isla. Son solo cosas divertidas, como responder preguntas y ver quién aguanta en brazos a su pareja más tiempo.

—¡Eso es aún peor! —insiste Marty—. Tío, no puedes andar haciendo esta mierda sin que yo esté cerca para representarte. La gente tiene cámaras y sacará su propia interpretación de lo que estás haciendo. Tenemos que controlar la narrativa.

—No hay ninguna narrativa. Es solo para pasar el rato —responde Freddie.

Marty se masajea las sienes un momento para recomponerse.

—Odio sonar como tu madre, pero tengo que hacerlo... Ya te has divertido bastante, ahora te toca volver a casa.

Llaman a la puerta.

—Probablemente sea Ali —le digo a Freddie—. Voy yo.

—¿A esta también tengo que sobornarla? —me grita Marty a mis espaldas.

—Probablemente, si es que quieres seguir viviendo —me digo a mí misma en voz baja.

Al abrir la puerta, la cálida bofetada de sol del exterior se abre paso hacia dentro. Con el aire acondicionado encendido, es fácil olvidar el calor que hace fuera. Ali entra casi al instante.

—¿Cuál es el plan para hoy, ricura? —me pregunta mientras se abre paso empujándome un poco.

Lleva otra vez ese bañador ridículamente obsceno lleno de aberturas, de esos que, por lo general, solo ves en las modelos de Victoria's Secret en Instagram, y tienes la absoluta certeza de que no los aguantan puestos mucho tiempo. Si yo fuera a nadar con ese chisme, saldría del agua con una teta asomando por cada agujero. Supongo que las de Ali están hechas de una pasta más dura; ella no tiene que competir con que la naturaleza les haya dado voluntad propia.

—Tú y ese pibón de Freddie, ¿queréis ir a picar algo?

Ali se da cuenta de que Freddie y Marty también están en la habitación.

—Oh, hola —dice.

—Hola —suelta Marty con una voz muy lenta y entrecortada. Se le cae la mandíbula al suelo mientras se queda embobado mirando a mi amiga.

—¿Este es tu padre? —le pregunta ella a Freddie.

Freddie se parte de risa.

—No, es mi representante, Marty —le dice.

—Qué bien. —Se gira de nuevo hacia mí—. Entonces, ¿comemos? Max me ha preguntado si quería ir a picar algo con él antes del trabajo, pero... creo que eso ya ha dado todo lo que tenía que dar de sí, ¿no te parece?

—A juzgar por los tiempos, yo diría que sí; a estas alturas ya sueles estar aburrida de ellos, pero vosotros dos parecíais llevaros genial —contesto.

—Qué va —me corrige—. Además, volvemos a casa en unos días, ¿verdad?

—Sí. Bueno, yo puedo ir a comer, pero no sé si...

—Lila —oigo que me llama Marty por la espalda.

—¿Sí?

—¿Tienes un minuto? —pregunta Marty con movimientos rígidos de cabeza, haciéndome señas para que me acerque.

Siento que se me arruga la cara de desconcierto pensando en qué podría querer de mí.

—Dame un minuto —le digo a Ali.

—¿Qué pasa? —les pregunto en el tono de voz bajo que parece requerir la situación.

—¿Quién es tu amiga? —me pregunta Marty.

—Ali —contesto sin más. No estoy segura de qué más quiere saber.

—Quiero tener una cita con ella —me dice.

—Eh, ¿no estás casado? —le recuerda Freddie.

—Separado —insiste, enseñándonos el dedo anular libre... O más bien no, todavía lleva puesta la alianza. Se la quita deprisa y corriendo—. La fuerza de la costumbre. Freddie, dile que estoy

separado. Solo estoy intentando conseguir un acuerdo de divorcio que no implique entregar mis testículos.

—Por lo que yo sé, eso es cierto —dice Freddie, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Ali es lo bastante mayor y lo bastante aterradora como para cuidarse sola y tomar sus propias decisiones —digo yo, midiendo también mis palabras; si me oyera llamarla «mayor», me mataría—. Pídeselo tú si quieres.

—¿Sí?

—Sí —contesto.

—Vale —dice emocionado, y respira hondo antes de ir a hablar con ella. Se acerca mientras Ali se está mirando el reflejo en el dorso de una cuchara. Casi me da pena el pobre.

—Hola, princesa —le dice... Hacedme caso, es un comienzo terrible.

—No —responde de buenas a primeras—. Ni en un millón de años.

—¿Qué? —pregunta él con una carcajada avergonzada—. ¿Qué quieres decir?

—Tú y yo —contesta ella, dándole un toquecito en la nariz con la cuchara antes de volver a dejarla en la encimera—. Jamás de los jamases.

—¿Por qué no?

—No eres mi tipo —le dice con firmeza—. Tu hijo, sí —continúa, señalando a Freddie.

Auch.

—Ay, vamos —insiste Marty—. ¿Qué quieres de mí? Soy un hombre de negocios de éxito, tengo dinero, puedo ser encantador y

soy italiano... Somos las personas más románticas del planeta.

Ali frunce los labios, como si estuviera sopesando las cosas. Pero no lo está haciendo: le veo girar los engranajes en la cabeza y ese brillito que siempre asoma a sus ojos antes de ponerse creativa con sus rechazos.

Me agarro a uno de los brazos de Freddie, encogiéndome antes de tiempo del repelús.

—Esto no va a ser agradable para nadie —le digo—. No hay nada que la enfade más que alguien que no sepa aceptar un «no» por respuesta.

—Vamos a desgranar eso poco a poco, ¿te parece? —empieza ella —. Primero: tu dinero no sirve de nada aquí, jefe. Puede que a veces seas encantador, pero ahora mismo no lo estás siendo. Y, por último, eso de «ay, soy italiano» puede colar en Estados Unidos, pero ahora estás en Italia. *Mi fai impazzire*.

—¿Qué significa eso? —le pregunta.

—¿Lo ves? —Ignora su pregunta—. Aquí solo eres un simple y llano estadounidense, cariño. Así que ese rollo barato de Mickey Ojos Azules no va a colar conmigo.

—Puedo hacerte famosa —dice Marty en un intento a la desesperada por darle la vuelta a la tortilla. Me imagino que esa frase a veces le funciona... aunque sospecho que solo en Los Ángeles, donde todo el mundo quiere ser una estrella.

—Ni de coña —responde Ali con firmeza—. No voy a volver a caer en esa. No después de todo el tiempo y el dinero que me costó conseguir que bajaran aquel vídeo de aquella página web alemana.

Freddie se me queda mirando, con los ojos abiertos de par en par por la curiosidad.

—Ay, Dios, no preguntes —le susurro—. No preguntes y, por lo que más quieras, no pidas verlo.

Marty se queda mirando a Ali un segundo. Sumido en un silencio atónito, se limita a parpadear por un momento. Finalmente, retrocede hacia donde estamos Freddie y yo.

—Estoy enamorado —nos dice.

—¿Qué? —chillo, incrédula—. Acaba de hablarte como si fueras una mierda.

—Lo sé, y me pone a mil —afirma entusiasmado—. Quiero convertirla en mi tercera mujer. ¿Podrías hablar con ella? —me pide —. Convéncela de que es una buena idea.

No quiero ser maleducada con una persona a la que acabo de conocer —incluso si no ha hecho más que ofenderme a mí y a los que me rodean—, pero no puedo convencer a Ali de que es una buena idea, porque lo único que tengo son pruebas de lo contrario.

—Lo siento, parece que lo tiene muy claro.

—Yo lo dejaría estar, tío —le aconseja Freddie. Suena como si ya le hubiera cogido la medida a Ali. Sabe que masticará a este tío y lo escupirá una y otra y otra vez.

Marty se rasca la nuca un momento.

—Tú quieres quedarte aquí y terminar tu jueguecito raro —dice Marty—. Convence a esa chica para que tenga una cita conmigo y te dejaré terminar tus vacaciones en paz.

Freddie y yo nos miramos. Él no quiere irse a casa todavía. Yo no quiero retirarme del concurso (digo eso porque no estoy preparada ni para plantearme si, en el fondo, tampoco quiero que Freddie se vaya a casa) ...

—Dame un minuto —le digo.

—Hooo-la —saludo, con mi tono más dulce de «necesito un favor».

—Ay, no, ¿qué quieres? —contesta Ali. Seguro que fruncería el ceño si pudiera moverlo.

—Lo primero de todo, ¿qué es eso que has dicho antes en italiano? —le pregunto, para hacerle la pelota—. Muy impresionante.

—Uy, no lo sé, es algo guarro que me enseñó Max —contesta—. Venga, suéltalo ya.

—¿Recuerdas cuando fuimos a comer el otro día y dijiste que me debías una, después de que fuera contigo a esa horrible cita doble?

—Sí —responde ella—. Espera, no... ¿Quieres que vaya a una cita doble con él?

Ali no hace ningún esfuerzo por bajar la voz para no herir los sentimientos de nadie.

—No, por supuesto que no. Quiero que tengas una cita a solas con él.

—A ver, entiendo que te debo una, pero obviamente no voy a hacer eso... —Se queda pensando un momento—. ¿Hay algún motivo por el que quieras que lo haga?

—Es el representante de Freddie —le digo en voz baja, con la esperanza de que mi tono tranquilizador se le pegue y también baje la voz—. Y está intentando que Freddie se vaya y vuelva al trabajo, pero nos quedan un par de rondas de Mr & Mrs Valentine Island y, si gano, me llevaré un buen pico. Puedo usar el dinero para la carísima suite de hotel que pagué, pero en la que, en realidad, ni he estado durmiendo...

—Porque yo la he expropiado —dice. Lo piensa por un momento —. ¿Estás segura de que esto no es un intento de aferrarte a Freddie

unos días más? Porque, si te gusta, unos cuantos días extra no harán que sea más fácil cuando se marche...

—Es por el dinero —insisto.

Sinceramente, ni siquiera puedo plantearme la alternativa ahora mismo. Tengo la cabeza hecha un lío...

—Y ni siquiera te lo pediría si Marty no fuera tu tipo —añado—. Mayorcito, guapo, con éxito.

—¿Meterías una futura cita doble en el trato? —pregunta—. Por si acaso alguna vez me hiciera falta.

—Vale, hecho —contesto. Nunca podría ser tan mala como la última.

—Uf, vale, de acuerdo, me sacrificaré por el equipo —dice, lo bastante alto para que Marty la oiga.

—¡Sí! —exclama él, dando una palmada—. ¿Nos vamos a comer algo?

—Vale, claro —dice ella—. Pagas tú, señor italiano de éxito, rico y, a veces, encantador.

—Lo digo en serio... Estoy enamorado —me dice Marty al pasar por mi lado—. Cuidaré bien de ella.

Toma a Ali del brazo, a pesar de ser un par de centímetros más bajo que ella con sus tacones —algo que sé que la va a cabrear muchísimo—, y la saca afuera.

No puedo evitar reírme al oír a Marty decir que cuidará de Ali; es él quien va a tener que andarse con ojo.

—El vivo retrato de los jóvenes enamorados —dice Freddie con un suspiro fingido—. Hablando de eso..., ¿no habíamos dicho que íbamos a volver a la cama?

Sonrío.

—Eso dijimos.

—Pues más vale que nos demos prisa, porque esta tarde tenemos otra ronda de Mr & Mrs Valentine Island que ganar —dice—. ¿Sabes? He echado cuentas, y podríamos quedar los últimos en esta prueba y aun así llegar a la final.

—Qué maravilla —respondo—. Hacemos muy buen equipo, ¿verdad?

—Desde luego —contesta.

Me atrae hacia él y me besa. Siento que me derrito en sus brazos y es una sensación maravillosa, pero, al mismo tiempo, aterradora. Ali tiene razón: si me estoy enamorando de él, ¿qué más da si se vuelve a casa hoy, mañana o pasado? Sea el día que sea, él va a volver a su vida y yo a la mía.

Por ahora, solo tengo que sacarme eso de la cabeza, disfrutar al máximo... ¡y asegurarme de mantener la concentración para ganar este concurso!

Capítulo 32

¡Cómo cambian las cosas en una semana!

No parece que haya sido ayer (porque en realidad ha pasado poco más de eso) cuando estaba destrozada, cornuda, llorando a mares y muerta de miedo por estar sola.

Hoy, en un extraño e impactante giro de los acontecimientos, Freddie y yo estamos cocinando juntos.

No en nuestra cocina; no es que hayamos decidido meternos de lleno en el papel de pareja y pasarnos el resto del tiempo jugando a las casitas. Estamos en una cocina montada para la ocasión en el chiringuito de la playa, compitiendo en las semifinales de Mr & Mrs Valentine Island.

Freddie y yo llevamos tanta ventaja en lo más alto de la clasificación que ya nos hemos clasificado para la gran final. Aun así, siempre es bueno darlo todo, y eso es lo que estamos haciendo, enfrentándonos a otras cuatro parejas.

Daniel y Eva siguen en la competición, pisándonos los talones. Antes les eché un vistazo y me di cuenta de que estaban discutiendo por algo, así que no estoy segura de hasta qué punto serán una amenaza hoy.

Hoy nos toca preparar pasta, y los platos que hagamos serán evaluados por uno de los mejores chefs del hotel. Todo lo que he comido en Valentine Island ha estado increíblemente delicioso, así que, como es lógico, siento la presión.

Freddie, en cambio, está fresco como una lechuga, porque tiene la seguridad de saber lo increíblemente bien que cocina.

En casa, normalmente me tocaba cocinar a mí, en gran parte porque Daniel confundía lo de «trabajar desde casa» con ser «ama de casa». Sé cocinar, pero no soy ninguna experta. Sin embargo, parece que Freddie sabe lo que se hace.

—No me puedo creer lo increíble que eres —me maravillo, viéndolo lavar unas hojas de albahaca.

—¿Cocinando? —responde.

—Bueno, ahora mismo cocinando, pero en todo —admito—. Es que no dejas de sorprenderme.

—Pruébalo primero —dice—. Luego ya discutiremos lo increíble que soy.

Me encanta su sonrisita pícara cuando suelta una broma.

—De todos modos, es solo pasta —añade—. Casi todo el mundo sabe hacer pasta, ¿no?

—Yo seguramente la habría comprado ya hecha —señalo.

Sonríe.

—¿Sabes qué le falta a esto? Un poco de nata para la salsa de tomate —dice—. ¿Puedes mirar a ver si hay en la zona de ingredientes? Si no, igual puedes preguntar en la barra.

—Sí, claro —respondo, feliz de poder ayudar. Tomo nota de qué tipo y cuánta necesitamos, cosa que a Freddie le hace gracia. Solo quiero ponerle tanto cuidado y atención a esto como le está poniendo él.

Me acerco a toda prisa a la mesa donde están todos los ingredientes. Antes, Freddie, el chef residente de esta falsa relación, ha cogido todo lo que necesitábamos, así que ni siquiera me he fijado en lo que hay.

Al no ver rastro de la nata, pillo una de esas perlas de *mozzarella* que tienen una pinta deliciosa. Tiene el tamaño perfecto para metérmela en la boca sin que nadie se dé cuenta. Para cuando llego a la barra, ya no hay pruebas del delito.

Por suerte, un camarero muy amable accede a traerme un poco de nata. Me siento muy orgullosa de mí misma. Nuestra pasta va a tener un toque especial que ninguna otra tendrá. No solo por la nata, sino por la pericia de Freddie.

—Lila, tenemos que hablar —dice Daniel, sentándose en el taburete de la barra que hay a mi lado.

—Seguro que sí —respondo—. Sobre nuestra casa, nuestro coche, las facturas que hay que pagar, cómo nos vamos a repartir la colección de Blu-rays... pero hoy no, colega.

—No soy tu colega, soy tu prometido —replica.

Lo fulmino con la mirada.

—No, no lo eres. Estar prometido es algo puramente verbal. Estábamos prometidos porque dijimos que lo estábamos, porque nos íbamos a casar. Ya no nos vamos a casar, así que no estamos prometidos, ergo no eres mi prometido.

Es increíble, de verdad, que tenga que explicarle esto.

—No quería hablar contigo de esto —continúa—. Es sobre Freddie.

—Ni se te ocurra hablarme de Freddie —le espeto—. Mi vida amorosa ya no tiene nada que ver contigo.

—Vale, pero...

—No, déjalo ya —insisto—. Déjame en paz. Soy feliz, me lo estoy pasando bien... ¿Por qué intentas arruinarlo? ¿A qué vino ese beso tan asqueroso de anoche?

—Solo estaba siguiendo el juego.

—No, qué va —replico—. Fuiste a por todas.

—Solo quería demostrarte... recordarte... lo que teníamos —dice.

—¿Por qué? —pregunto—. Mejor dicho, no me contestes. Me da igual. No necesito que me recuerdes lo que teníamos; pienso en ello cada vez que te veo.

—Bueno, ¿eso es bueno? —dice.

—No, no lo es —le corrijo—. Te veo a ti, y a Eva, y me recuerda lo que hiciste y lo que estabas dispuesto a arriesgar por..., ¿para qué exactamente?

—No lo sé —admite. Me pone una mano en la parte baja de la espalda—. No creo que...

—Daniel —le espeto—. Quítame la mano de la espalda y déjame en paz. Vuelve con Eva.

—Pero Freddie...

No le dejo terminar, simplemente le doy las gracias al camarero por la nata y vuelvo con Freddie para ayudarle a terminar de cocinar.

—Ahí estás —dice, inclinándose hacia delante para darme un beso en la mejilla—. Pensaba que te habías ido a Nápoles a por ella.

—Qué va, solo a la barra —respondo—. Madre mía, esto huele que alimenta.

—Gracias —responde mientras echa la nata, haciendo que la salsa pase de un rojo intenso a un naranja cremoso—. Matteo ha estado pasando por las mesas para ver qué tal iba todo. Me ha dicho que, cuando los jueces prueben la comida, nos la podemos comer nosotros.

—¡Sí!

Freddie se ríe.

—Sabía que te iba a gustar eso —dice.

Ayudo en lo que puedo, pero Freddie se está encargando prácticamente de todo, así que mis tareas son sobre todo cosillas pequeñas que me mantienen al margen del meollo culinario.

Freddie emplata la comida. No estoy muy segura de qué es, pero tiene una pinta increíble. Creo que jamás me he topado con un plato de pasta que no me gustara. Una salsa de aspecto cremoso (nuestra arma secreta para ganar esto), hojas de albahaca fresca y perlas de *mozzarella*. Parece un plato de los que servirían aquí mismo; no podría estar más orgullosa.

El chef encargado de juzgar no habla inglés, así que Matteo le hace de traductor mientras prueba cada plato.

Cuando el chef llega a nuestra mesa —los últimos, pero no por ello menos importantes—, nos mira de arriba abajo. Por la expresión de su cara se nota enseguida que no espera gran cosa de nosotros y, aunque puede que tenga razón en lo que a mí respecta, sé que se equivoca con Freddie. La prueba está en el postre... bueno, en la pasta, mejor dicho.

—Pregunta que dónde has aprendido a cocinar —traduce Matteo.

—De mi madre, supongo —responde Freddie.

—El chef quiere saber si tu madre es italiana —continúa Matteo.

—No —contesta Freddie—. Estadounidense.

El chef murmura algo más en italiano. Su expresión es inescrutable, casi de enfado, sin revelar absolutamente nada.

—Dice que esta pasta es la mejor —nos comunica Matteo—. Dice que él mismo cocinaría esta pasta.

—¿Estás seguro? —río.

—Dice que esta pasta es la ganadora —nos confirma Matteo, antes de anunciárselo al resto de los presentes.

El chef nos da la mano a ambos a modo de felicitación; tiene que estar impresionado. Después, Freddie me coge en brazos y me da vueltas en el aire. Ya lo ha hecho un par de veces y siempre pensé que era puro teatro (supongo que sigue siéndolo), pero, aun así, me hace vertiginosamente feliz.

—Me daba mucho miedo probarla antes —me dice—. ¿La catamos?

—Creía que nunca me lo pedirías —respondo.

—Mmm, la verdad es que está muy buena —dice Freddie—. Aunque esté mal que yo lo diga.

Freddie pincha un par de piezas de pasta (*fusilli*, dice que se llama). Parecen unos sacacorchos muy monos, lo cual hace que tengan la forma perfecta para atrapar un montón de salsa.

Me inclino hacia él y abro la boca, esperando a que Freddie me dé de comer.

—Espero que te guste, cariño —dice.

Cariño. Nuestra palabra de seguridad. La que dijimos que usaríamos si la situación se nos iba de las manos y necesitábamos rebajar la tensión. ¿Me estoy volviendo demasiado empalagosa para él? ¿Se le está haciendo todo un mundo desde que nos acostamos juntos? Casi me enfada que me suelte esto así de sopetón.

Mientras me acerca la pasta para que la pruebe, no sé qué otra cosa hacer más que catarla, aunque ahora mismo estoy tan disgustada que se me han quitado las ganas de comer (algo que no es propio de mí en absoluto). Antes de que la pasta llegue a rozarme los labios, algo me tira al suelo de un empujón.

Levanto la vista y veo a Daniel encima de mí, inmovilizándome contra el suelo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le pregunto.

Antes de que le dé tiempo a explicarse, Freddie lo levanta agarrándolo por la camiseta, como un mago que saca un conejo de la chistera. Lo sostiene en el aire un instante, a la vista de todos, manteniéndolo apartado de mí.

—¡Suéltalo! —grita Eva.

—¿Qué pasa? —pregunta Zoey, acercándose a toda prisa—. ¿Tenemos que volver a llamar a seguridad?

Mientras ocurre todo esto, me pregunto con qué frecuencia acaban necesitando llamar a seguridad de verdad. Yo habría pensado que nunca; de ser así, estamos a punto de batir un nuevo récord haciéndolo dos veces en el mismo torneo. Quizá, justo por ser un lugar tan agradable, no quieren que nadie dé la nota ni arruine el romanticismo con dramas. No hay nada como una pareja (o varias) discutiendo a gritos para cortarte el rollo.

—¡Se ha abalanzado sobre ella! —exclama Freddie, furioso.

—No, espera, lo puedo explicar —dice Daniel, retorciéndose mientras Freddie lo agarra, luchando por hablar—. La pasta... lleva marisco.

Me llevo las manos a la boca.

—¿Y qué? —replica Freddie.

—Que es alérgica, imbécil —le suelta Daniel.

Freddie lo suelta.

—Lila, lo siento, no tenía ni idea.

—Claro que no, ni siquiera la conoces —le grita Daniel—. Podrías haberla matado.

—Freddie, no tenías por qué saber que era alérgica —le digo—. Daniel..., gracias. Menos mal que te has dado cuenta.

—Sí, menos mal —contesta él—. Te podría haber matado.

—Vale, ¿puedes dejar de repetir eso? —le pide Freddie—. Ya me siento bastante mal.

Freddie me ayuda a levantarme y me abraza con fuerza.

—Lo siento muchísimo —me susurra al oído—. Lo siento tanto... Yo..., no tenía ni idea. Ni se me pasó por la cabeza que pudieras tenerle alergia a nada.

—No es culpa tuya. Debería haber prestado atención cuando estabas cocinando —respondo.

—Bueno, pues parece que Daniel nos ha salvado la papeleta a todos —anuncia Zoey.

La multitud que se ha reunido a nuestro alrededor vitorea y aplaude.

Tengo el corazón en un puño; siento que acabo de esquivar una bala. El marisco es uno de esos manjares de los que todo el mundo habla maravillas, pero no tengo ni idea de a qué sabe. Sé que tengo alergia desde que tengo uso de razón. No me acuerdo de cuándo me enteré, pero desde entonces sé perfectamente de qué tengo que mantenerme alejada. No me puedo creer que haya estado a punto de comer marisco... Ni siquiera me atrevo a pensar en lo que podría haber pasado.

—Daniel, en serio, gracias —le digo.

—De nada —responde—. Siempre voy a cuidarte las espaldas. No como este tipo, este desconocido, que ha intentado envenenarte.

—Vale, en serio, ya basta —le corta Freddie—. Ha sido un error sin mala intención.

—¿O qué? —le increpa Daniel, encarándose con él, plantándosele a un palmo de la cara—. ¿Intentarás matarme a mí también?

Ante esto, Freddie le da un empujón a Daniel para alejarlo de él. No creo que lo haga con intención de hacerle daño, creo que solo intenta apartarlo, pero no controla su propia fuerza, y Daniel pesa mucho menos de lo que parece.

—¡Freddie! —chillo mientras me agacho instintivamente en el suelo junto a Daniel.

—Estaba intentando provocarme —protesta Freddie. Parece tremendamente avergonzado.

—Pues lo ha conseguido —replico furiosa, antes de girarme hacia Daniel—. ¿Estás bien? —le pregunto.

—Solo intentaba ayudarte —insiste Daniel.

—Lo sé —empiezo.

—¿Qué? —me interrumpe Freddie—. Estaba intentando meterse entre nosotros.

—Yo no le eché marisco a la pasta —le grita Daniel—. Se lo echaste tú. Yo conozco a mi prometida, tú no.

—Sé perfectamente lo que estás haciendo —dice Freddie, y una rabia de lo más real empieza a burbujear en su interior—. Veo lo que haces, y Lila también. Solo estás usando esto para ganarte unos puntos. ¿Por qué no me dijiste que era alérgica cuando me viste con las gambas?

—Te vi echarlas cuando Lila se fue a la barra —replica Daniel—. Y no sabía que ella fuera a comerse eso.

Da la sensación de que Daniel se trae algún jueguecito entre manos para intentar quedar de héroe. Estoy a punto de cabrearme, pero Freddie se me adelanta.

—Además, ya no es tu prometida, ¿verdad? —añade.

—No, no lo es —interviene Eva con indignación.

—Vale, todos sabemos que no lo soy —digo, antes de ser consciente de repente del público que tenemos. Bajo la voz—. Vamos a dejarlo ya, ¿queréis?

Ayudo a Daniel a ponerse en pie antes de intentar calmar los ánimos.

—Mira, gracias por avisarme —le digo otra vez.

—Me importas —dice Daniel, y me da un abrazo inesperado. Por el rabillo del ojo, noto cómo Eva se marcha hecha una furia.

—Tienes que estar de coña —suelta Freddie.

—Freddie, ¿por qué no nos das un minuto? —sugiero con tacto—. Tenemos esa reunión dentro de media hora. Nos vemos allí.

No quiero decir «terapia de pareja» delante de toda esta gente, aunque tampoco creo que les sorprendiera. Tenemos nuestra sesión doble, la segunda condición que nos pusieron para seguir compitiendo en Mr & Mrs Valentine Island tras el numerito del otro día. Tenía la esperanza de que pudiéramos escaquearnos, pero después de la repetición de la jugada que acabamos de montar, creo que será mejor que nos aseguremos de asistir.

—¿En serio? —pregunta él, incrédulo—. Vale, muy bien.

—¿Nos vemos allí? —sugiero.

—Tal vez —responde, antes de largarse.

Capítulo 33

Me considero afortunada de que Freddie se haya presentado a nuestra terapia de parejas, aunque sospecho que habría sido mejor que no apareciera, ya que al menos así habría podido inventarme algo (porque ¿qué importa una mentira más en el gran esquema de las cosas?) y decir que estaba enfermo, que había tenido que atender una llamada de trabajo o que se había caído al mar. Cualquier cosa habría sido mejor que esto.

Estamos sentados uno al lado del otro en un sofá, pero hay suficiente espacio entre nosotros como para hacerle sitio al elefante que hay en la habitación.

Sentados en sillones individuales frente a nosotros están nuestros terapeutas: Victoria, que dirigió la sesión de grupo, y un estadounidense llamado Arnold al que estamos conociendo por primera vez. Supongo que tiene sentido y, como Victoria es inglesa y Arnold estadounidense, la verdad es que da la sensación de que estamos en equipos contrarios. Es el equipo británico contra el equipo estadounidense.

—¿Lo habéis estado pasando bien desde la última vez que hablamos? —nos pregunta Victoria—. ¿Qué tal va la competición?

—Bueno, vamos ganando —señalo.

—No pareces muy feliz al respecto —apunta Arnold—. ¿Freddie?

Freddie está un poco enfurruñado. Entiendo que se sienta mal por lo que pasó y sé que Daniel es un capullo integral —yo no soy precisamente su mayor fan en este momento—, pero la verdad es que me salvó. Así que yo estoy enfurruñada porque él está

enfurruñado. Parecemos dos niños traviesos a los que han llamado al despacho del director para echarles la bronca, y ninguno de los dos está dispuesto a admitir ni un gramo de culpa.

Freddie se encoge de hombros.

—¿Tu ex os sigue causando problemas? —me pregunta Victoria.

—Ja —suelta Freddie.

—Freddie, ¿hay algo que te gustaría decir? —le pregunta Victoria.

Hasta ahora, el lenguaje corporal de Freddie ha dicho mucho más que él. Brazos cruzados, piernas cruzadas, el cuerpo inclinado y apuntando en dirección opuesta a mí.

Se echa hacia delante y empieza a jugar con una pequeña bandeja de arena que hay en la mesa, dibujando patrones en ella con el rastrillo en miniatura que descansa a un lado.

—Su ex está siempre por todas partes —dice Freddie—. Y, a veces, creo que ella todavía piensa en él. Hoy ha intentado dejarme en ridículo por un error tonto, y ella no abrió la boca para defenderme.

—Eso no es justo —insisto—. Ya sé que no te gusta la idea, pero me salvó la vida. Y sé que lo que tú hiciste fue un accidente, pero las consecuencias podrían haber sido terribles.

—¿Qué pasó? —pregunta Arnold.

—Intenté matarla —dice Freddie.

En perfecta sincronía, Victoria y Arnold se quedan boquiabiertos.

—Cosas típicas de parejas —digo, totalmente inexpresiva, antes de aclararlo rápidamente para que no llamen a los *carabinieri*—. Casi me da de comer accidentalmente algo a lo que soy alérgica.

En el instante en que esas palabras salen de mis labios, me doy cuenta de lo absurdas que suenan.

—No me puedo creer que creas que todavía pienso en Daniel —le digo a Freddie.

—Estamos participando literalmente en una competición contra él solo para poder ganarle —me recuerda.

—En la cual tú has estado más que encantado de participar —señalo.

—Y luego, hoy... «Oh, Daniel. Oh, Daniel. Daniel, eres mi héroe».

—¿Se supone que esa es mi voz? —le pregunto—. Suenas como Dick Van Dyke.

—Igual que tú —replica él.

—Eso es algo muy cruel que decir solo por celos —apunto, aunque no estoy segura de creerlo de verdad. La idea de que yo pueda hacer algo para poner celoso a Freddie es irrisoria.

—Vale, vamos a ir un poco más despacio, ¿de acuerdo? —sugiere Victoria—. Freddie, tú crees que puede que Lila no haya superado lo de su ex y que está pasando demasiado tiempo pensando en él o cerca de él.

—Sip —responde.

—Lila —continúa ella—. ¿Crees que Freddie está exagerando estos problemas porque quizá tiene el ego herido o porque está celoso?

—Creo que has dado en el clavo —contesto.

—¿Cuánto tiempo diríais que lleváis teniendo estos problemas en la relación? —nos pregunta Arnold.

—Diría que alrededor de una hora y media —respondo.

Arnold empieza a apuntar esto de forma casi robótica, pero a la mitad se da cuenta de que es una cantidad de tiempo increíblemente corta.

—O sea, ¿que habéis tenido una discusión? —confirma Arnold—. ¿Hoy?

—Sí —respondo, sintiéndome un poco tonta.

—¿Hay algún otro problema en vuestra relación? —pregunta.

Freddie y yo nos miramos.

—No —le dice a Arnold, sin dejar de mirarme.

—De acuerdo, os voy a contar una historia —empieza Arnold.

Arnold es un caballero que, yo diría, ronda el final de los cincuenta. Lleva unas gafitas en la punta de la nariz por las que solo mira cuando escribe. Mientras que Victoria, mucho más joven, parece una terapeuta progresista, Arnold es el típico psiquiatra de manual; es como esa representación visual que sale en las películas para que sepas al instante qué estás viendo. Me imagino que Valentine Island es la última parada en su viaje antes de jubilarse. Desde luego, hay lugares peores para trabajar, incluso si tienes que lidiar todo el día con los problemas ridículos de las parejas.

—Otra de las parejas con las que trabajamos... Debo aclarar que el anonimato es clave en este sector, así que no os puedo decir sus nombres ni ningún detalle específico sobre ellos. Sin embargo, sí puedo contaros sus problemas. Se conocieron en el instituto, se enamoraron perdidamente y, por esas cosas que tiene la vida, dejaron a un lado sus sueños personales para centrarse en construir una vida juntos. Se casaron, tuvieron hijos, viven en una buena casa..., pero, ahora que lo tienen todo, no se valoran, y lo hacen porque se guardan rencor. Él podría haber sido jugador de fútbol profesional y ella podría haber viajado por el mundo. En lugar de eso, él tiene un trabajo que odia para poner comida en la mesa y ella tiene que recoger sus calzoncillos sucios, mientras que lo único

que hace él al llegar a casa es ver películas. Están en un punto de sus vidas en el que desearían haber hecho más cosas, y están enfadados el uno con el otro porque sienten que ha sido la otra persona la que los ha frenado.

—¿Estaba ese tipo obsesionado con *El Señor de los Anillos*? —pregunto.

El rostro de Arnold se contorsiona en una expresión entre conmocionada y molesta. Me mira como si acabara de abrirle la cabeza y meterme en su cerebro. Por lo visto, a los terapeutas no les gusta que les den la vuelta a la tortilla. Por supuesto, no le estoy leyendo la mente, es solo que la historia suena a que podría tratar sobre Jen y Kevin, la pareja que conocimos en la última sesión.

—Eso no importa —se apresura a decir Arnold—. Lo importante es que no se han frenado el uno al otro en absoluto. A la hora de la verdad, cuando eran más jóvenes y podrían haber hecho lo que quisieran —y escuchadme bien: podrían haber tenido lo que quisieran—, lo que más deseaban era estar juntos, casarse y formar una familia. Así que eso es lo que hicieron.

—¿Y entonces, qué? —pregunta Freddie.

—Ahora necesitan recordar por qué decidieron hacer eso —nos dice Victoria, añadiendo rápidamente un descargo de responsabilidad—: Esta pareja completamente ficticia que estamos usando de ejemplo.

—¿Y por qué nos contáis esto? —pregunto.

—Porque —empieza Arnold— ambos necesitáis haceros una pregunta: ¿hay algo más importante que la otra persona? ¿Es un ex más importante? ¿Es más importante el orgullo? Si la respuesta es no, no tenéis nada de qué preocuparos. Pasad el resto de vuestras

vidas juntos, o hasta que sintáis que os estáis distanciando. E incluso si creéis que es así, haceos una pregunta más: «¿Habría tenido una vida más feliz si la hubiera pasado con otra persona?».

—Sé que no intentabas envenenarme —le digo a Freddie—. Y sé que no podías saber que no puedo comer marisco. Creo que simplemente estaba en *shock*. Fue muy aterrador haberme salvado por los pelos. No sabía qué más hacer aparte de darle las gracias a Daniel...

—Lo sé —responde Freddie. Se acerca más a mí en el sofá y me pasa un brazo por encima de los hombros—. Es solo que estaba avergonzado y disgustado por haberle podido hacer daño, aunque fuera sin querer, a alguien que me importa muchísimo.

Sus palabras me provocan un escalofrío por la espalda, aunque ya no estoy segura de qué es parte de la actuación y qué es real. O sea, estábamos fingiendo ser pareja, pero luego nos acostamos. Dos veces. Y no nos estaba mirando nadie (espero), así que no es como si estuviéramos fingiendo entonces... Y ahora estamos en terapia de parejas, hablando como si fuéramos un viejo matrimonio, sacando a relucir problemas que apenas tienen un par de horas, y que ni siquiera son problemas reales.

—Tú a mí también me importas muchísimo —le digo, por si acaso lo decía en serio—. Creo que me molestó más que usaras nuestra palabra de seguridad que el hecho de que intentaras matarme.

—No usé nuestra palabra de seguridad —insiste.

—¿Tenéis una palabra de seguridad? —pregunta Victoria.

—Sí —le digo—. Es «cariño» y él me la ha dicho antes.

No pierdo el tiempo dándole explicaciones.

Freddie suelta una risa incómoda.

—Yo, esto, no estaba usando nuestra palabra de seguridad —dice —. Yo... supongo que solo te estaba llamando cariño.

—Ah —respondo.

—Todo esto suena muy complejo..., pero vuestra relación puede ser tan sencilla como vosotros queráis —señala Victoria.

Supongo que es una muy buena forma de verlo. Si simplemente os amáis y os respetáis mutuamente, entonces ¿qué podría salir mal? Pero si mientes y engañas, vas a romperle el corazón a alguien, le vas a generar problemas de confianza de por vida y vas a destrozar por completo la infraestructura de tu relación, y sin ella, sencillamente se vendrá abajo.

—¿Qué pasará con la otra pareja? —pregunto, refiriéndome a Jen y a Kevin—. La..., eh..., la pareja inventada que habéis usado en vuestro ejemplo.

—Eso depende de ellos —dice Arnold—. Tal vez se den cuenta de lo mucho que significan el uno para el otro, dejen de molestarse por las cosas pequeñas, dejen de pensar en el camino que no eligieron... o tal vez ya estén demasiado lejos de salvarse. Nadie puede arreglar una relación de la que no forma parte, y ninguna de las partes de la relación puede arreglarla por sí sola. Las relaciones dan trabajo. ¿Estáis dispuestos a esforzaros?

—Esta semana, nuestra relación ha sido una serie de desafíos —dice Freddie—. También de forma bastante literal, al participar en Mr & Mrs Valentine Island. Pero parece que todo merece la pena. Parecía merecer la pena desde el primer día.

—¿Cuándo fue el primer día? —pregunta Victoria con interés.

—La semana pasada —respondemos Freddie y yo en el mismo instante exacto.

Por fin dados de alta de terapia, y con un certificado de salud mental intachable para participar en la ronda final de Mr & Mrs Valentine Island, la verdad es que siento que he aprendido algo.

Puede que Freddie y yo no seamos una pareja de verdad, pero todos los consejos que nos dieron Victoria y Arnold tienen una base muy sólida. Tienen razón sobre hacer que las relaciones funcionen, y sobre cómo hace falta un esfuerzo por ambas partes. No estoy muy segura de que ese fuera el espíritu de la conversación, pero sí que me hace preguntarme si le estaba dando a Daniel lo suficiente; no cabe duda de que pensar eso es preferible: pensar que me engañó porque yo no le prestaba suficiente atención, en lugar de porque creyera que Eva era mejor que yo o porque simplemente la quisiera más a ella.

Sin embargo, lo más importante es que todo lo que nos dijeron me ha hecho pensar en lo primordial que es estar con alguien que te hace feliz, y si hay algo que sé a ciencia cierta (confirmado por el hecho de que este está siendo el periodo más deprimente de mi vida hasta la fecha) es que nunca me he sentido más feliz con un hombre de lo que me siento cuando estoy con Freddie.

Ahora solo me queda averiguar cómo decírselo...

Capítulo 34

—¿Alguna vez te sientes como un extra en una peli porno? —le pregunto a Freddie con una sonrisa.

Me refiero al hecho de que gran parte de nuestros días viene acompañado por el telón de fondo auditivo de los múltiples orgasmos de Ali.

—Como si no supieras a qué me dedico —responde Freddie entre risas, dándole un buen trago a su botella de cerveza.

—A ver, la verdad es que no lo sabía cuando nos conocimos —replico en mi defensa.

En este momento, Freddie y yo estamos acurrucados en el sofá de exteriores que hay frente a la puerta trasera de su *suite*. Está tan oscuro que parece que puedes ver todas las estrellas del firmamento. Es una noche bastante fresca, pero tengo a Freddie para mantenerme caliente, así como una taza de chocolate caliente italiano muy espeso (tan espeso que me lo tengo que comer con cuchara en lugar de beberlo) y una agradable manta abrigada.

—Supongo que Ali ha vuelto a encontrar el camino hacia Max. Me sorprende que él no esté agotado, después de sus largas jornadas de trabajo —señalo—. Ali dice que cree que él se acostaría con cualquiera con tal de pasar unas cuantas noches fuera del área del personal. El otro día me contó que, antes de liarse por primera vez, él se la llevó allí..., a tener sexo en su litera, con su compañero de cuarto en la cama de abajo. Así fue como perdí mi *suite* y acabé en la tuya.

—Y luego dicen que el romanticismo ha muerto —se ríe Freddie—. Me pregunto qué habrá hecho con Marty...

—¿Te refieres a su cadáver? —replico—. Probablemente esté en el fondo del mar.

—Por lo menos, eso significa que puedo quedarme de vacaciones un poco más —bromea—. Al menos hasta que lo encuentren.

—Seguro que está bien —digo—. Incluso si ella lo ha masticado y escupido.

—Oh, Marty siempre cae de pie —me dice Freddie—. Estará decepcionando a alguna otra pobre mujer.

Me acurruco aún más en el abrazo de Freddie. Nunca me he sentido tan segura... y, al mismo tiempo, tan frágil. Siento como si nada malo pudiera pasarme mientras Freddie esté cerca. Parece imposible que alguien pueda hacerme daño..., excepto él, por supuesto. Podría estrujar mi corazón entre sus manos.

—Por favor, no te ofendas por esto —empiezo con precaución, a pesar de que es la típica frase que suelta alguien cuando está a punto de ofender muchísimo a otra persona—. No te imagino viviendo la vida de una estrella de cine.

—¿Eso sería ofensivo? —pregunta con curiosidad.

—Bueno, fíjate en Marty, por ejemplo —comienzo—. Estoy segura de que es un tipo genial...

—Es mi mánager, no mi hermano, ni mi padre, como tan maravillosamente bromeó Ali. Puedes decir sin tapujos lo que piensas de él.

—Bueno, pues que él se comporta más como yo hubiera esperado que lo hicieras tú. Se cree que puede tener a las chicas que quiera, las trata como prostitutas...

—Puedo tratarte como a una prostituta si quieres —bromea Freddie.

—Si eso significa que me vas a pagar, adelante —replico.

Bromas aparte, Freddie es tan increíblemente guapo, encantador y divertido que de verdad siento que debería estar enviándome una factura. Por el trabajo de actor que está haciendo para mí, no por el sexo. Aunque yo, desde luego, cobraría un sueldo mucho más alto por esa actuación si fuera él. El Freddie que se ve en la gran pantalla, el personaje de Edward Eden, es casi demasiado sexi. Irrealmente, inalcanzablemente sexi. Pero el Freddie real, el tipo con el que me he acostado..., tiene algo que es infinitamente más sexi.

Freddie me aparta el pelo de la cara, me coge la barbilla entre el pulgar y el índice y me da un beso en los labios. De alguna manera, está aún más delicioso que mi chocolate caliente.

Sentada aquí, envuelta en él, contemplando las estrellas y charlando, parando tan solo para comer, beber o besarle, no me puedo creer la suerte que tengo. De alguna manera, lo peor que me ha pasado en la vida se ha convertido en lo mejor que me ha pasado nunca. Bueno, más o menos. Viviendo el presente, todo es increíble, pero mi corazón ha cogido este pequeño arrebato de alegría y ha salido huyendo con él. Sé que es una de las cosas más aterradoras que puedes hacer, pero me estoy enamorando de Freddie. Necesito saber qué cree que nos depara el futuro.

—Sé lo que se supone que debería estar haciendo —dice Freddie, retomando nuestra conversación después de otra pausa más para besarnos—. Debería estar conduciendo coches caros, llenos de drogas y modelos de Victoria’s Secret, hacia mi inmensa casa en las colinas.

Me río para mis adentros, porque mi vida consiste más bien en conducir el Ford Fiesta que comparto con Daniel, lleno de la compra y de la abuela a la que acabo de llevar al súper, de camino a su residencia de ancianos en South Croydon. Madre mía, cómo vive la otra mitad.

—¿Qué te lo impide? —le pregunto.

—Me hice actor porque quería actuar. Puede que *Edge of Eden* no fuera mi primera opción, pero tengo muchísima suerte de haber conseguido el papel y todo el mundo tiene que empezar por algún sitio. Sé que, si hago esto, después podré elegir los papeles que yo quiera.

—¿Aún no gozas de ese privilegio? —pregunto con curiosidad.

—Contratos —me cuenta—. He aceptado hacer la trilogía de Eden, así que tendré que esperarme hasta que termine con ella.

—No me puedo creer que seas Edward Eden —digo, riéndome por lo bajo—. Eres la fantasía de cualquier mujer.

—No es tan maravilloso como lo pintan —dice él—. Es un poco abrumador para mí. No estoy acostumbrado. Todavía estaba sirviendo copas el día antes de recibir la llamada para decirme que el papel era mío. Prácticamente desde el momento en que anunciaron mi nombre, supe que mi vida ya no sería la misma. Solo que no me di cuenta de hasta qué punto iba a ser diferente.

Freddie hace una pausa para dar un sorbo a su bebida. Me da un beso en la cabeza antes de continuar.

—Estoy muy agradecido por el papel y por tener estabilidad económica para mí y para mi familia, pero nunca imaginé lo solo que me iba a sentir.

—Estás de vacaciones tú solo —le recuerdo.

—Estar solo y sentirse solo son dos cosas muy distintas —me dice —. Mi vida ya no me pertenece. No puedo ir a por un café sin que me acosen; la gente me habla en las duchas del gimnasio. Las mujeres no están interesadas en mí al cien por cien; se creen que están flirteando con Edward. Supongo que por eso congeniamos tan rápido. Al principio, creí que no te importaba quién era..., pero luego, cuando me di cuenta de que no tenías ni idea, sentí por primera vez que podía ser yo mismo y que, tanto si me amabas como si me odiabas, sería por mí, no por mi trabajo.

—Y yo fui horrible contigo al principio —señalo—. Bueno, a partir del día siguiente, al menos. Lo siento muchísimo.

—No eras tú misma —me recuerda—. Estabas dolida. Y también desnuda.

—Ya, es que me moría de vergüenza —admito—. Pero lo sigo sintiendo.

—No pasa nada —responde—. Bien está lo que bien acaba.

Mientras me termino el chocolate caliente, sus palabras me rebotan en la cabeza. Bien está lo que bien acaba... ¿Es este el final? El final del principio, tal vez. Pero ¿qué pasa ahora?

—¿Te has fijado en cómo Arnold estaba hablando descaradamente hoy de Jen y Kevin, la pareja de *El Señor de los Anillos*? —le recuerdo.

—Como para olvidarme de esos dos. —Se ríe—. Pero sí, sigue.

—¿Qué quieres hacer? ¿Cómo ves tu futuro? Me refiero a la versión que no acaba contigo enfadado con tu mujer por no llevarte de vacaciones a Mordor.

—Uno no se va simplemente de vacaciones a Mordor —bromea Freddie, imitando un acento del norte de Inglaterra mucho más

convincente que su *cockney*—. ¿Cómo era eso que dijo Arnold? ¿Que estaban obsesionados con el camino menos transitado? Pues a mí el que más me atrae es el camino más transitado. Mujer, niños, un perro, una casa y un monovolumen familiar.

—¿Las estrellas de cine pueden tener eso? —pregunto—. ¿No te pasarás la vida viajando por el mundo?

—Bueno, he estado teniendo problemas para conocer a chicas que no se me acerquen y me pidan que las estrangule —bromea, aunque sospecho que hay bastante de verdad en ello—. No sé. Así es como acabé aquí. Me entró el pánico y hui. Le dije a Marty que necesitaba unas vacaciones; él me dio dos semanas, y supongo que por eso está aquí ahora, intentando llevarme a rastras de vuelta. No sé, cuando apareciste tú... se me quitaron las ganas de irme. Me haces sentir normal.

—Hala, gracias. —Me río.

—No por comparación —insiste, pero eso ya lo sabía. Resulta extraño, pero, por muy surrealista que sea todo esto, él también me hace sentir normal.

—¿Qué quieres tú? —me pregunta—. ¿Qué camino vas a tomar?

—Creía que iba por el camino más transitado —digo—. La ruta segura que coge todo el mundo. Pero entonces Eva me pinchó las ruedas y Daniel le prendió fuego al coche.

—Metáforas de una auténtica escritora —dice Freddie—. Precioso.

—Gracias —respondo—. Yo quería casarme. Daniel y yo ya habíamos comprado una casa y habíamos hablado de llenarla de niños. Me imaginaba pasando los días escribiendo libros, cuidando de mi casa y de mis hijos, preparando cenas familiares con una pinta fantástica por las noches... Por supuesto, tendría que aprender a

cocinar antes de llegar a ese punto, pero ahora mismo eso me parece el menor de mis problemas. Quería disfrutar de la pura felicidad doméstica, pero en una versión en la que también fuera una mujer fuerte e independiente con mis propios ingresos.

—Suena bien —dice Freddie.

—Demasiado bueno para ser verdad —replico.

—Parece que queremos cosas parecidas, ¿no? —señala.

—Ya, es una pena que vivamos en continentes distintos —respondo. No sé por qué me lo tomo a broma, cuando lo único que quiero es decirle que creo que me estoy enamorando de él y que no quiero volver a mi miserable vida sin él. Pero soy incapaz de reunir el valor para decírselo. Menuda mujer fuerte estoy hecha.

—Bueno, ahora mismo estamos en el mismo continente —dice Freddie, rozándome ligeramente el brazo desnudo con el dorso de la mano.

—Es verdad —contesto.

Contagiada de la inexplicable confianza que me infunde Freddie, me descubro deslizando la mano por su cuerpo.

En un movimiento rápido, Freddie se tumba de espaldas en el sofá, me arrastra sobre él y nos echa la manta por encima. Una coreografía digna de película.

Este momento, aquí bajo las estrellas, con este hombre increíble cuya atención estoy segura de no merecer, bien podría ser el más perfecto de mi vida... al menos si no fuera por el sonido de los gruñidos de Ali y su acompañante.

Capítulo 35

Día 12

—¿Te has fijado alguna vez en que el tiempo pasa mucho más rápido cuando te lo estás pasando bien? —pregunta Freddie.

—Huy, sin duda. Y también he notado lo contrario: lo lento que avanza cuando estás aburrida en el trabajo o te encuentras mal.

—Ya, a veces cuando estoy en el plató, me toca esperar mucho y se puede hacer eterno —continúa—. O cuando se supone que tengo que estar aprendiéndome el guion. Llevo el de la secuela de *Edge of Eden* escondido en la maleta. Se supone que debería estar leyéndolo —le dije a Marty que necesitaba este descanso justo para eso—, pero parece que nunca avanzo nada.

Me pego a Freddie en el sofá. Me pasa un brazo por encima y me acerca a él, aunque esta mañana ya hace un calor abrasador.

—Te entiendo perfectamente —lo consuelo—. Me pasa lo mismo con el libro que estoy intentando escribir. En ningún momento quise trabajar durante mi luna de miel. Al principio me convencí de que sería una buena distracción, algo para mantenerme ocupada, pero luego me di cuenta de que tenía que empezar de cero, lo que no hizo más que ponerme la soga al cuello. Todo el mundo se cree que debo vivir genial con mi trabajo. Sin un jefe que me vigile, sin una oficina a la que tener que arrastrarme cada día al salir de la cama... Ojalá fuera así de simple. Nadie se para a pensar que, en realidad, ser autónoma es una pesadilla. Nunca sé cuánto dinero voy a ganar de un mes para otro; nunca sé si el último libro que he firmado será el último de mi vida. Y luego está el hecho de que, pase lo que pase,

no me queda otra que seguir trabajando. Por muy destrozada que tenga la cabeza o lo enferma que esté —momentos en los que ser creativa es lo más difícil de imaginar—, sé que no tengo más remedio que obligarme a trabajar. Y no hay días festivos, ni bajas por maternidad. Solo estoy yo, sola, sabiendo que tengo que terminar el trabajo sea como sea. Nadie me cubre las espaldas.

Respiro hondo, porque me parece que he soltado todo eso de un tirón.

Miro el ceño fruncido de Freddie y me doy cuenta de que me he puesto demasiado pesimista muy rápido.

—Entiendo por qué te sientes tan estresada —responde.

—Gracias —digo—. Creo que solo necesitaba soltarlo.

—Pues el tiro me ha salido por la culata por completo —admite—. La intención no era para nada hacerte pensar en el trabajo; esta era solo mi rebuscada forma de conseguir que miraras a qué día estamos.

—¿A qué día estamos? —replico. Ahora es mi turno de fruncir el ceño. Miro mi reloj—. A día diez.

Freddie se me queda mirando inexpresivo.

—A día diez —repito—. El... Ay, Dios mío.

Freddie se echa a reír.

—Bueno, me siento como una idiota —confieso, sintiendo que las mejillas empiezan a arderme con el fuego de un millón de soles.

—No te fustigues —me dice—. Todos nos hemos olvidado de nuestro propio cumpleaños al menos una vez.

—¿De verdad? —pregunto.

—Ehh... —Freddie se ríe de forma torpe—. A ver, has pasado por mucho, y nadie sabe en qué fecha vive cuando está de vacaciones;

nadie sabe ni qué día de la semana es. Y mucho menos si es su cumpleaños.

Asiento pensativa hasta que se me ocurre una cosa.

—Espera, ¿tú cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Eché un ojo cuando te escondí el pasaporte —bromea—. O a lo mejor me lo dijo Ali.

Sonrío. La idea de celebrar mi cumpleaños aquí sola fue una de las principales cosas que me hicieron dudar cuando decidí huir.

—Ya veo —respondo con una sonrisa.

—Así que nos vamos de *brunch* —dice—. Tú, yo, Ali y Marty... De hecho, ha sido Marty el que lo ha organizado. Ideamos el plan juntos y él hizo las reservas anoche.

Puede que empezáramos con mal pie, pero Marty no parece tan mal tipo. No estoy segura de cuánta gracia le hará a Ali; espero que no se piense que le estoy colando una cita doble a traición. Sin embargo, estoy impresionada; lo del *brunch* suena de maravilla.

Mientras me arreglo, noto que camino con muchísima más energía, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta lo que me duelen los músculos de los muslos. Aunque es un dolor bueno, como el que sientes después de haber ido al gimnasio. Es incómodo, claro, pero sé que es porque me lo he pasado genial.

La verdad es que nunca pensé que Daniel y yo fuéramos aburridos en la cama, pero ahora que tengo esta chispa con Freddie, es fácil darse cuenta de lo que me faltaba antes entre las sábanas.

Hoy camino por las nubes. Aunque con mucho cuidado.

No es solo la situación con Freddie y mis planes de cumpleaños lo que me tiene mareada de felicidad; hoy también es el último día de Mr & Mrs Valentine Island y tengo un buen presentimiento. Lo

hemos hecho tan bien hasta ahora que creo que somos muy capaces de lograrlo. Nunca antes he ganado nada, ni un miserable euro en un rasca y gana, y, dado que esto se basa en la habilidad, me siento especialmente orgullosa de mí misma por haber llegado tan lejos. Incluso si vuelvo a casa como una perdedora, diciéndome a mí misma que lo importante es participar, sé que lo he hecho bien. Al ser una ronda final en la que «el ganador se lo lleva todo», si pierdo, me resultará a la vez reconfortante y frustrante saber que Freddie y yo ganamos todas las demás pruebas.

Al salir de la villa y recibir la luz del sol, nos damos de bruces con Ali y Marty besándose en la puerta de mi *suite*.

—Buenos días —anuncia Marty con un bostezo presumido.

—Buenos días —respondo, antes de volverme hacia Freddie y bajar la voz—. Voy a preguntarle a Ali en qué demonios estaba pensando.

—Sí, mándale un saludo parecido de mi parte —dice él entre los dientes apretados de una sonrisa falsa.

Paso a toda prisa por el lado de Marty, metiendo a empujones a mi mejor amiga de vuelta en la habitación. Cierro la puerta tras nosotras.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Besarme —responde con total naturalidad—. Por cierto, ¡feliz cumpleaños! Tu regalo se ha quedado en casa.

—Me refería a un nivel más general —aclaro—. No cambies de tema. Dijiste que no te gustaba... pero muchas gracias, es todo un detalle por tu parte.

Me cuesta mantener la severidad en la voz.

—Y no me gustaba —responde Ali. Se abraza a sí misma, pensativa—. En cierto modo no me gusta, pero... no sé. Tenía razón, supongo. A veces es encantador. Tiene labia, y me mantuvo alerta toda la noche.

—Ya, eso es exactamente lo que parecía oírse desde la habitación de al lado —bromeo.

—Lo siento —se disculpa—. No sé... ¿Sabes cuando conoces a alguien y piensas al instante: «Ese es mi tipo»?

—Sí. Lo mismito que dijiste de Max hace un par de días —le recuerdo.

—Eso fue algo físico —se defiende—. Supongo que, físicamente, Marty puede que no sea mi tipo, porque es un poco mayor..., pero...

Veo algo en Ali que creo que nunca antes le había visto. Mueve los pies con incomodidad, las mejillas se le sonrojan un poco... Le da vergüenza.

—Te gusta de verdad —señalo—. A veces ni siquiera estoy segura de si te caigo bien yo, y eso que soy tu mejor amiga, pero este tío... es que te gusta.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie —me ruega—. Y ni se te ocurra decírselo a él. Aún no sé qué hacer con todo esto.

—Claro que no lo haré —le aseguro.

—La culpa es tuya —me suelta, sonando un poco mosqueada de repente—. Te has pillado por Freddie y ahora me lo has contagiado. Me he pillado por Marty.

—El pillarte por alguien no es algo que se contagie —le digo—. Pero... si se pudiera..., sí, yo desde luego me he pillado por Freddie. ¿Qué narices voy a hacer?

—Está claro que le gustas —me asegura—. Además, es muy buena persona. No tiene una esposa en secreto ni lleva un minitrípode en el bolsillo para hacer películas porno caseras...

—De verdad espero que no estés hablando de Marty, pero estoy casi segura de que sí.

—¿Sabes qué? Que en realidad está separado de su mujer —me cuenta Ali en voz baja—. Anoche estuvimos hablando un rato de que ya no están juntos, de lo mucho que echa de menos a sus hijos. Se puso muy emotivo, y lo normal sería que eso me cortara todo el rollo, pero, no sé, lo único que me apetecía era consolarlo, conseguir que dejara de llorar.

—No eran llantos precisamente lo que oí yo anoche —insisto.

—No, lo que tú oíste fue lo que pasó después —admite—. Es la única manera de verdad que conozco de animar a los hombres.

Me siento mejor al ver que vuelve a asomar mi amiga la descarada. Me preocupo mucho por Ali porque no es tan dura como aparenta. Toda esa bravuconería es solo una fachada para intentar evitar que le hagan daño. Se ha creado esa imagen de devorahombres como sistema de seguridad, de modo que, si la cosa se tuerce o si alguien intenta romperle el corazón, tiene ese escudo, esa vía de escape: finge que no le importa, aunque le importe.

Ali me hizo jurar que nunca se lo contaría a nadie —de hecho, me hizo jurar que ni siquiera volvería a pensarlo en mi intimidad—, pero una noche, cuando llevábamos unos años siendo amigas, me confesó una cosa: había estado casada. Casi le escupo mi cóctel encima cuando me lo soltó, y estoy bastante segura de que solo me lo contó porque iba borracha, pero se había casado y divorciado para cuando llegó a los veintitantos, y el motivo fue que su marido le

puso los cuernos. Por eso se escuda ahora en esa fachada; por eso no quería que me casara con Daniel. No es muy fan del matrimonio porque considera que es el mayor error que ha cometido nunca. Para haber congeniado así con Marty, tiene que estar sintiendo algo muy fuerte.

—Vale, pues entonces, experta en sentimientos, ¿qué hago con Freddie? —le pregunto.

—Habla con él —me insta—. Dile lo que sientes. Me apuesto lo que sea a que él siente lo mismo.

—Mmm —mascullo, pensativa.

¿Qué tengo que perder por decírselo? Si no le digo nada, me pasaré la vida preguntándome qué podría haber pasado si tan solo hubiera sido lo bastante valiente.

No puedo hacerlo ahora mismo porque nos vamos a ese *brunch* de cumpleaños del que no tenía ni idea, y tampoco quiero arruinar nuestras posibilidades en el concurso de esta tarde... Tal vez solo esté dándole largas al asunto, pero a lo mejor es que necesito un poco más de tiempo para mentalizarme.

Lo haré, pero esta noche..., con un poco de suerte, después de que hayamos ganado Mr & Mrs Valentine Island. Le diré a Freddie lo que siento por él. Si él siente lo mismo, genial. Y si no, bueno, tampoco es como si fuera a tener que verle la cara nunca más, ¿no? A menos que encienda la tele.

Capítulo 36

Antes de mi boda fallida, sabía que pasaría el cumpleaños en mi luna de miel y estaba muy emocionada. Me preguntaba qué haríamos para celebrarlo, si iríamos a un restaurante o compraríamos ingredientes italianos auténticos antes de cocinar juntos. Tal vez pasearíamos por la playa o nos abrazaríamos bajo las estrellas para quedarnos dormidos el uno en los brazos del otro. Pasara lo que pasara, me hacía ilusión mi primer cumpleaños como mujer casada. No hace falta que os recuerde cómo acabó la cosa.

Supongo que, al llegar aquí, sin contar con lo difícil que es acordarse de la fecha cuando estás de vacaciones, sencillamente aparté de mi cabeza cualquier idea de celebración. Incluso cuando mi suerte cambió y empecé a pasármelo bien, supongo que, simplemente... me olvidé de volver a pensar en mi cumpleaños.

El detalle ya me había dejado de piedra incluso antes de saber de qué se trataba. Nada de esto estaría pasando sin Ali, Marty y Freddie, y no puedo agradecerles lo suficiente el esfuerzo de hacer que mi cumpleaños sea especial. Estoy segura de que, en su contexto, mi primer cumpleaños con mi nuevo marido de luna de miel habría sido difícil de superar, pero esto... esto es otro nivel.

En cuanto nos pusimos nuestras mejores galas (y después de mi videollamada de cumpleaños por FaceTime con mi familia en casa), llegaron unos carritos para llevarnos al muelle, donde embarcamos en un pequeño barco privado. No tenía ni idea de adónde íbamos, lo que no hacía más que aumentar la emoción. Pregunté si íbamos a volver a tierra firme o a visitar Capri, pero mis amigos se limitaron a

sonreírme, negándose a arruinar la sorpresa en los últimos momentos antes de llegar.

Se podría pensar que me decepcionaría cuando, de hecho, el barco no nos alejó de la isla en absoluto. En vez de eso, simplemente nos transportó al otro lado, pero estuvo bien verla a cierta distancia, de día. Admirar el paisaje cambiante, desde las playas hasta los árboles y las paredes de los acantilados.

Tras atracar en un diminuto embarcadero, que te pasaría totalmente desapercibido si no supieras que está ahí, subimos por un estrecho sendero que nos va elevando poco a poco por la pared del acantilado.

Hago todo lo posible por intentar disimular que estoy reventada por la caminata. Resulta que no es que sea especialmente larga ni empinada, es que estoy en una forma física penosa. Desde luego, no voy a volver a ponerme a dieta cuando vuelva a casa —eso de matarme de hambre para embutirme en un vestido por un hombre es cosa del pasado—, pero probablemente sí que deba empezar a ir más al gimnasio para poder subir cuestas sin morir en el intento y usar mis músculos sin que me duelan durante días enteros.

—Señoras y señores —empieza nuestro piloto y guía—. Bienvenidos a la Grotta Biancofiore.

Al llegar a lo alto del sendero y ser conducidos al interior de nuestro destino, siento que la mandíbula se me cae hasta golpear el suelo. Estamos dentro del restaurante del que me habló Freddie, el que está construido en el interior de una cueva en la pared de un acantilado.

Dentro hace una temperatura agradable y fresquita y está algo oscuro, pero, al mirar hacia el exterior de la cueva, es como

asomarse a otra dimensión, a un portal hacia un lugar cálido y soleado con un océano que rompe contra la orilla rocosa muy por debajo de nosotros.

Solo hay una mesa montada en la cueva abovedada de piedra caliza, que de algún modo tiene exactamente el aspecto que imaginarías que tiene una cueva, pero al mismo tiempo también consigue parecer un restaurante absolutamente impresionante.

No suena ninguna música, no hay ningún aire acondicionado ruidoso, solo el sonido de las olas y la suave brisa para refrescarnos. Nuestra mesa está justo en el borde de la cueva, con vistas al mar. Solo una pequeña valla se interpone entre nosotros y el precipicio.

—Este sitio es increíble —digo mientras me siento—. ¿Somos los únicos aquí?

—Lo hemos alquilado para el *brunch* de tu cumpleaños —me cuenta Marty—. El local es aún mejor de noche, con todas esas luces por todas partes, pero estaba todo reservado y trabajábamos con poco margen, así que supongo que si le das a la gente el dinero suficiente, te abren un restaurante cuando tú quieras.

—No es que el dinero importe —añade Freddie rápidamente.

—Es que... no me lo puedo creer... ¿Esto es la vida real? —pregunto mientras miro a mi alrededor—. En serio, creo que podría estar en el cielo.

A medida que los camareros van cubriendo nuestra mesa con una gran variedad de platos dulces y salados —mucha más comida de la que imagino que podemos llegar a comernos entre los cuatro—, me doy cuenta de que debo de tener razón.

—Sí, me he muerto.

—Por mí bien —dice Ali—. Si esto es el más allá, me parece perfecto vivir aquí toda la eternidad. Siempre pensé que me iría, ya sabéis, al piso de abajo.

—Todos lo pensábamos —bromeo entre risas.

Para beber hay una gran variedad de zumos de fruta —el de melocotón es mi favorito indiscutible— y el camarero nos toma nota de los cafés. Sinceramente, no creo que vuelva a tener otro cumpleaños tan increíble como este en toda mi vida.

—Chicos, de verdad que no me puedo creer que me hayáis traído aquí —digo después de tragar un bocado de *sfogliatella*, un dulce hojaldrado en forma de cola de langosta absolutamente rebosante de Nutella—. Esto es solo... esto es perfecto.

—Eres el amor de mi vida —me dice Ali, inclinándose para apretarme el hombro—. Te mereces el mundo entero.

—Qué suerte tengo de tenerte —le digo, antes de girarme hacia los hombres—. Freddie, apenas hace un mes que me conoces, y Marty, nos conocimos ayer, ¡y me habéis organizado la fiesta de cumpleaños!

—Ah, olvídate del tema —dice Marty con la boca llena de *frittata* —. Cualquier amigo de Freddie es amigo mío.

Levanto las cejas por una fracción de segundo.

—Sí, vale, sé que ayer no empezamos con buen pie, y sabía que no eras una prostituta, solo me estaba haciendo el gracioso, intentando asustarte para que este se viniera a casa y volviera al trabajo.

—¿Disculpas aceptadas? —respondo. Suena más a pregunta que a afirmación, pero en realidad no estoy segura de si se está disculpando o no.

—En serio —dice—. Parece que os lo estáis pasando genial juntos y yo he tenido el placer de conocer a Ali, así que brindaré por todo eso.

Marty levanta su taza de *espresso*.

—Por Lila —dice—. La cumpleañera.

Todos se unen a Marty para brindar por mí con sus bebidas.

—Y bien, ¿consiguió casi asustarte? —me pregunta Freddie.

—Qué va —respondo como si nada—. Aunque me tentó cogerle el dinero.

—Qué graciosa —responde Marty—. Sabéis, pensé que podría funcionar, hacerte creer que Freddie era una especie de chico malo, pero como cliente, tío, es un poco de pesadilla.

—Vaya, gracias. —Freddie se ríe sarcásticamente.

—No tiene nada de malo, es un tío genial, pero... en lo que respecta a ser cliente...

—Soy aburrido —escupe Freddie—. Eso es lo que intenta decir. Soy un tío aburrido. No tengo exnovias locas. No he tenido ningún romance salvaje con las actrices o modelos con las que intenta emparejarme. Solo soy un tipo soso al que le gusta ver películas y jugar a videojuegos, y protagonizar de vez en cuando alguna que otra película BDSM.

—A ver, esta última parte no suena nada aburrida —interviene Ali —. Pero, si te sirve de consuelo, el hecho de que haya una falta total de información sobre ti por ahí —nada de trapos sucios, ni ex, ni trapos sucios de tus ex— puede que sea porque no eres más que un tipo soso, normal y corriente. Pero, para gente como yo, pareces misterioso. Hace que me pregunte cosas sobre ti. Que me cuestione qué clase de secretos sucios debes de estar escondiendo.

—¿Eso es bueno para el negocio? —le pregunta Freddie a Marty.

—Eh, supongo que sí —responde—. Prefiero que la gente se pregunte si te va o no el intercambio de parejas que saber que te pasas las tardes jugando a *Red Dead Online*.

—Entonces me lo apunto —dice Freddie alegremente—. Otro brindis. Por ser aburrido.

—Por ser aburrido —respondo, chocando las tazas con él—. Siempre me ha venido bien.

—Bueno, ahora nos toca ser aburridos juntos, ¿no? —dice.

Dios, eso espero.

Capítulo 37

—Sabes, creo que podríamos estar perdidos —le digo a Freddie mientras miro a la izquierda, luego a la derecha, sosteniendo mi brújula frente a mí, como si tuviera la más mínima idea de lo que estoy mirando.

La ronda final de Mr & Mrs Valentine Island es la búsqueda del tesoro, en la que hay que seguir las pistas por la isla para encontrar más pistas y pasar a la siguiente.

Cada pareja tiene una serie de pistas diferentes para que no nos limitemos a seguirnos los unos a los otros si nos atascamos. Eso significa que esta ronda solo se puede ganar a base de trabajo duro y en equipo, pero ahora mismo la competencia es mucho menor, según nos hemos enterado antes. Solo quedamos nosotros y otras dos parejas. Por motivos no revelados, Daniel y Eva han abandonado. ¿Y sabéis qué es lo mejor de todo? Que me da igual. Ya no me importa ganarles. Lo único que me importa es pasármelo bien con Freddie y aprovechar al máximo mi último día entero en la isla.

Está resultando ser una buena distracción para mí, para evadirme de «la charla», esa que voy a tener con Freddie más tarde, en la que voy a decirle exactamente lo que siento por él esperando que no se ría en mi cara. Por supuesto, no se va a reír en mi cara; es demasiado increíble. Por eso no me puedo imaginar que yo le guste tanto como él me gusta a mí.

Llevamos tres pistas y ya solo nos faltan dos.

Estamos en el bosque. No en el que hay cerca de la villa, sino en uno mucho más grande donde están las rutas de senderismo y ciclismo, mucho más adentrados en el corazón de la isla, lejos de la zona edificada donde están todas las tiendas y villas.

Me imagino que todos acabaremos por aquí en algún momento de la búsqueda del tesoro, pero ahora mismo estamos solos.

—Así que estamos buscando un árbol característico —dice Freddie mientras camina a mi alrededor, escudriñando los troncos de los árboles en busca de algo inusual—. Pero todos parecen iguales.

—Y estamos perdidos —le recuerdo.

—Tú estás perdida —me corrige—. Yo sé dónde estamos.

—¿Ah, sí?

—Sí... estamos en el bosque. —Se ríe—. En el bosque pasan cosas.

—Es verdad, pasan cosas —digo con una sonrisa—. Me había olvidado por completo de las últimas dos veces.

Freddie se detiene en seco.

—¿Las últimas dos veces? —pregunta con curiosidad.

—Sí, la otra noche y... —Ay, Dios, me acabo de dar cuenta de mi error—. Perdón, sí, solo esa vez.

¿Por qué no he fingido directamente que me refería a nuestra cita de la comida?

—¿Con quién fue la otra vez? —pregunta, intrigado—. Para mí era la primera vez.

—A no ser que cuente tu película —respondo.

—Mi película no cuenta. No cambies de tema —dice riéndose.

Freddie ha dejado de mirar a los árboles. Ahora me está mirando a mí. Puede que incluso esté viendo a través de mí, porque sabe que

oculto algo.

—Para mí también fue la primera vez —insisto—. Nunca había hecho nada parecido sin un techo encima.

Me encojo de vergüenza.

—Lila —dice Freddie con calma mientras se acerca a mí—. ¿Estás bien? Pareces... muy nerviosa.

—Puf, no estoy nerviosa, no estoy... Sí que sueno nerviosa, ¿verdad?

Freddie asiente.

—Vale, bueno, me gustaría empezar diciendo que la culpa es tuya.

Él abre mucho los ojos.

—Esto tiene que ser bueno —responde—. Si es culpa mía, no puede ser de antes de conocerme.

—Tuve un sueño erótico contigo —suelto de golpe—. Vi tu estúpida película y esa escena debió de darme ideas porque supongo que me las llevé a la cama conmigo. Y luego me llevaste de pícnic al día siguiente y empecé a tener *flashbacks*.

—Ah, vaya, ¿por eso estabas tan rara? Pensé que me había pasado de la raya con la comida romántica.

—No, no, no —digo rápidamente—. La comida fue increíble. Es solo que no podía dejar de pensar en ti apretándome contra un árbol.

Freddie mira a su alrededor, solo que esta vez no busca pistas, busca espectadores. Satisfecho al ver que estamos solos, da un paso hacia mí.

—¿Así? —pregunta mientras se aprieta contra mí.

—Exactamente así —respondo.

Mientras Freddie me besa apasionadamente, decido que podemos tomarnos un pequeño descanso de la búsqueda del tesoro.

—Aunque no es exactamente igual que en el sueño, porque en el sueño tenía las piernas enrolladas alrededor de tu cintura —digo cuando él hace una pausa para coger aire.

—Eso tiene fácil arreglo —responde.

En cuanto me agarra el culo con sus manos grandes y fuertes, miro por encima de su hombro y veo a Daniel plantado detrás de él. Tiene la cara roja y llena de manchas, y los ojos ensombrecidos. Parece como si hubiera estado llorando. Verle ahí plantado es como algo sacado de una película de terror, tanto por el aspecto que tiene como porque acaba de convertir mi sueño favorito en mi peor pesadilla.

—Daniel —chillo, como si acabara de ver un fantasma.

—Vale, esto es incómodo —dice Freddie, bajándome—. Sabes que no soy Daniel, ¿verdad?

—No, es que está detrás de ti —le digo.

—¿Qué? —Freddie se da la vuelta y ve a Daniel detrás de él—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Yo solo...

—¿Nos has seguido? —le pregunto. Es imposible que nos haya encontrado sin más.

—Sí —responde—. Lila, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? —pregunto.

—Sí —repite, y la voz se le quiebra un poco—. Es importante.

—No —respondo con firmeza—. Estamos en medio de la competición.

Daniel cae de rodillas delante de nosotros y rompe a llorar. Es la cosa más aterradora que he visto en mi vida, porque la mayor emoción que se puede esperar de Daniel normalmente viene de que su equipo de fútbol gane o pierda. No suele llorar. Ni siquiera creía que fuera capaz.

—¿Qué hago con él? —le pregunto a Freddie en voz baja.

—Llévatelo de vuelta —insiste Freddie, antes de rectificar rápidamente—. Me refiero a que te lo lleves de vuelta a su habitación. A lo mejor Eva puede ayudarle.

—Le he dicho a Eva que se largue —solloza Daniel—. Nunca debería haberla traído aquí para empezar.

Es agradable ver un poco de remordimiento, aunque no venga acompañado de un perdón, y tampoco es que se haya dado cuenta de su error por el mayor de sus crímenes, ¿no?

Ni siquiera sé qué responder a eso. Miro a Freddie.

—Llévatelo de vuelta de todos modos —me dice—. No podemos dejarle aquí llorando en el bosque.

—¿Y la competición? —digo.

—Yo seguiré —me responde—. Pero vuelve pronto, ¿vale? Llámame cuando termines.

Le doy un beso en la mejilla.

—Eres un buen hombre —le digo.

—Vuelve pronto —repite con una sonrisa.

Me acerco a Daniel y, aunque sigo sintiendo el impulso de ayudarle —al fin y al cabo, no soy un monstruo—, estoy muy enfadada con él por aparecer así y arruinarme el día.

—Venga, vámonos —le digo—. Estoy bastante segura de que, si simplemente bajamos por la colina, saldremos cerca de la villa.

—Vale —dice, levantándose a toda prisa—. Gracias.

Durante los primeros diez minutos, caminamos en silencio. Creo que ninguno de los dos sabe qué decir, pero al menos ha dejado de llorar. Estoy totalmente a favor de que los hombres lloren, muestren sus emociones y compartan sus sentimientos, pero es que Daniel no funciona así. Ni siquiera lloró cuando se murió su abuelo; al menos, yo no le vi.

—Gracias, Lila —dice Daniel, antes de sorberse los mocos para intentar despejarse la nariz.

—No me des las gracias —le contesto—. Hago esto porque me das pena.

—Eres una buena mujer —responde—. La mejor que conozco.

—¿Qué pasa con Eva? —pregunto mientras bajamos por el sendero hacia la villa.

—Le he dicho que se largue —dice—. Hemos tenido una bronca tremenda y me ha dicho que no cree que te haya superado, y me he dado cuenta de que no lo he hecho. Ella estaba disgustada, estaba enfadada. Me ha dicho que no estaba dispuesta a compartirme con nadie, así que le he dicho que se vaya a casa.

Daniel se detiene en seco, así que yo también me paro. Hace demasiado calor para estar quietos ahora mismo y me impaciento.

—¿Se supone que tiene que importarme que la hayas mandado a casa? —pregunto—. Porque, sinceramente, ya me da igual. Espero que seáis muy felices juntos.

Ay, Dios mío, lo digo en serio. No lo digo por aparentar ni por quedar por encima. De verdad que me da igual.

—Cuando nos veíamos a tus espaldas, pasábamos un par de horas juntos, por aquí y por allá —empieza, pero no dejo que

termine.

—Oye, puede que me dé igual, pero te puedes ahorrar esos detalles —le digo.

—No, escúchame —insiste, cogiéndome de las manos—. Era divertido y emocionante, y creía que me hacía feliz. Pero estar con ella en estas vacaciones, tenerla cerca de mí día y noche..., ay, Dios mío, me estaba volviendo loco. Es tan insulsa y estúpida.

Por muy raro que parezca, siento pena por ella, pero él no se equivoca del todo. Lo que está diciendo, de una forma bastante hiriente (la misma forma en que yo hablaba de ella cuando estaba más dolida), es que no están en la misma onda. No comparten intereses. Ella no va a hablar de política con él ni se va a sentar sin hacer nada mientras echan el fútbol. Supongo que, mientras tenían su sucia aventurilla, ella no tenía que aguantarle gritándole a un partido de fútbol mientras despotricaba intermitentemente sobre el Brexit. Del mismo modo, él no habrá tenido que aguantarla hablando de su trabajo como videobloguera de belleza; dudo que Daniel sepa siquiera lo que es un rizo en S, pero durante una conversación especialmente aburrida, una vez escuché a Eva hablar de esa «forma de arte» durante veinte minutos.

No puedo decir que me sorprenda descubrir que una pareja que tuvo una aventura en realidad no tiene nada en común aparte del sexo, y eso solo hace que me dé más rabia que tirara nuestra relación por la borda por eso.

Pero no tanta rabia. Ya no. Me da más rabia que me haya alejado de Freddie.

—Vaya, siento oír eso —le digo—. A lo mejor, cuando volváis a casa, podéis arreglarlo.

Desconecto un poco, tal vez porque estoy pensando en Freddie o porque, joder, hace muchísimo calor aquí fuera.

—Sobre eso —dice, sorbiéndose los mocos—. Estaba pensando que tú y yo podríamos arreglar las cosas.

—Un momento, ¿qué?

Ahora sí que tiene toda mi atención.

—Lila. —Daniel hinca una rodilla en el suelo—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Me quedo mirándolo fijamente.

—Me pusiste los cuernos —le espeto—. Hasta el día de nuestra boda... y el mismísimo día de nuestra boda. ¿Qué te hace pensar que me apetece revivirlo?

—Vale, no te cases conmigo —concede—. Pero volvamos a casa e intentemos arreglar nuestra relación.

—Levántate —le exijo, tirando de él para ponerlo en pie—. Daniel... Ahora estoy con Freddie.

Bueno, o algo así... más o menos... Tenemos que hablar, obviamente, pero aún no he encontrado el momento. Sin embargo, quiero estar con él.

—Solo es un rollo de vacaciones —me dice Daniel—. Para él, solo eres un amorío de verano.

—Es más que eso —insisto.

—¿Y qué pasa después? —me pregunta Daniel—. Tú vuelves a tu vida, él vuelve a la suya. Tú vives conmigo en nuestra casa de Londres. Él se tira a modelos en Hollywood Boulevard. Tú trabajas desde nuestro sofá con tu mono de pijama. Él trabaja en películas a miles de kilómetros de distancia durante meses. Dime cómo funciona eso a largo plazo.

Me quedo mirándolo un segundo. No tengo respuesta para eso.

—No me pondrá los cuernos mientras estemos separados —le digo—. ¿Qué más da lo demás? Haremos que funcione.

—¿Cómo sabes que no te pondrá los cuernos? —pregunta Daniel.

—Porque él no haría algo así —respondo.

—Vale, ¿y creías que yo lo haría? —me pregunta.

Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano. Tengo tanto calor que siento que voy a vomitar.

—Bueno, no —admito.

—Te estuve engañando durante meses —me recuerda—. No tenías ni idea. Freddie va a estar en otros países, con chicas tirándosele al cuello; le pagan por rodar películas con romances y escenas de sexo. Va a estar besando a otras chicas y tú vas a estar viéndolo por la tele, deseando que fueras tú, y ni siquiera podrás llamarle para decírselo por la diferencia horaria.

—Daniel, es actor. Tiene que besar a otras personas... Todos los actores lo hacen. —Dejo de intentar justificar mi relación ante él—. No me puedo creer que este sea tu gran discurso para intentar recuperarme.

—Nada de grandes gestos —dice (aparte de su segunda y desganada proposición de matrimonio, me imagino)—. Nada de juegos. Solo sinceridad y sentido común. Estamos hechos el uno para el otro. Él solo es un tipo al que te has tirado en vacaciones porque estabas cabreada conmigo, y lo entiendo.

—Cuánto me alegro de que lo entiendas —respondo con sarcasmo.

Es él quien no lo entiende. Intentando recuperarme sin un mísero «te quiero» o «lo siento».

—Mira, se acabaron las lágrimas —dice, limpiándose los ojos—. Se acabó lo de suplicar. Tenemos nuestros billetes originales para volar a casa mañana, así que démonos un poco de espacio ahora, hablemos en el vuelo de mañana y averigüemos qué va a pasar luego. No puedes huir del hecho de que tenemos una vida juntos. Puede que haya cometido un error, pero no volveré a hacerlo jamás. Puedes tenerme vigilado para siempre. Pero con Freddie, ¿no estarás siempre preocupada, preguntándotelo todo? Cada vez que bese a una compañera de reparto o lo veas en una alfombra roja con alguna jovencita despampanante. Cada artículo sensacionalista que diga que se está tirando a una Spice Girl o a cualquier otra.

—Vale, vale, vale, vale —estallo—. Por el amor de Dios, ya lo has dejado claro.

—Solo... piénsalo, ¿vale?

Ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en que Daniel todavía se cree que las Spice Girls son relevantes. Con razón él y Eva no tenían de qué hablar. Ella se pasaría horas hablando de Little Mix si la dejaras.

De repente mucho más sereno, Daniel se retira a la villa y me deja aquí fuera sola. Busco un poco de sombra bajo un árbol y me siento, abanicándome la cara con la mano, aunque no sirve de mucho para refrescarme.

Su «no disculpa» me importa un bledo, pero me ha dado mucho en qué pensar. No en lo que respecta a nosotros dos, sino a Freddie... Odio admitirlo, pero tiene razón. Y es muy cruel e injusto porque, por culpa de Daniel, nunca volveré a confiar ciega y alegremente en otro hombre. Siempre tendré la duda. Y también tiene razón en lo duro que va a ser ver a Freddie besando a otras

personas, rodando escenas de sexo y escuchando los rumores sobre con quién se le relaciona románticamente. Me volverá loca, y lo estaré observando todo desde casa, donde estaré completamente sola; tal vez en mi propia casa o tal vez en un piso minúsculo, porque Daniel me habrá echado y será lo único que me pueda permitir.

Tampoco es justo para Freddie. Es una estrella de primera; debería vivir como tal. No estar volando a Londres para visitarme entre película y película. Él vive en Los Ángeles, yo vivo en Londres. Nunca va a funcionar.

Sigo teniendo que hablar con Freddie, pero va a ser una conversación completamente distinta. Tengo que romper con él antes de dejarme llevar; por mi propio bien y por el suyo.

Capítulo 38

En lugar de ir a buscar a Freddie, me he pasado la tarde haciendo la maleta; más concretamente, sacando todas mis cosas de la suite de Freddie y trasladándolas a la mía. Puede que no vuelva a casa hasta mañana, pero no soporto la idea de hacer el equipaje delante de él justo después de decirle que aquí nos despedimos.

Estoy sentada en el porche de la villa. Empieza a oscurecer y los bichos comienzan a salir. Me los espanto de la cara mientras espero a que aparezca Freddie. Podría esperar dentro, pero no quiero que se me pase. Necesito decírselo cuanto antes o perderé el valor.

Al final, lo veo subiendo por el camino de entrada, todo sonrisas mientras se acerca a los arcos. Para cuando llega a mi altura, se da cuenta de la expresión de mi cara y su sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Siéntate —le digo—. Tenemos que hablar.

—Vaya, eso no suena nada bien —dice mientras se sienta a mi lado. Me coge la mano y me la aprieta. No me puedo creer que me esté consolando, incluso cuando estoy a punto de dejarle—. ¿Quieres que entremos?

—No, prefiero tomar un poco el aire —le digo—. He estado pensando, ya sabes, como me vuelvo a casa mañana...

—Yo también —responde.

—¿Has estado pensando o te vuelves a casa mañana? —pregunto.

—Ambas cosas —contesta—. Acabo de hablar con Marty. ¿Dice que Ali se vuelve a casa esta noche?

—Así es —respondo—. Me despedí de ella hace un rato.

—Adiós a nuestra excusa, entonces —bromea—. Nos ha reservado un vuelo a los dos para mañana por la mañana.

—Entonces, se acabó la fiesta —digo—. Solo quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. En serio, te has portado de manera excepcional.

—Te diría que «de nada», pero mentiría si dijera que yo no he sacado nada de todo esto —responde—. Así que gracias a ti también.

Dios, esto es dificilísimo. Pensaba que me iba a costar decirle que sentía algo por él, pero ahora que me he dado de bruces con la realidad, la alternativa es aún más difícil.

Decirle lo mucho que me gustaba habría dado miedo, pero al menos habría sido sincera. Habría sido fiel a mí misma. Pero esto... esto es solo ser práctica, y es una mierda.

—Ha sido un amor de verano divertido —digo—. El más divertido que he tenido nunca. Pero ahora toca volver a la realidad, ¿no?

—Volver a la realidad —repite—. ¿A qué te refieres?

—A que tú vuelves a tu vida y yo a la mía.

—¿Y eso es todo? —pregunta.

—Pues... sí.

Me siento como una auténtica bruja, pero no sé qué más decir. ¿Puedo decirle la verdad? Que me da pánico que me haga daño, y no por nada que haya dicho o hecho, sino porque conozco el mundo en el que vive y no puedo competir. No puedo competir con esas mujeres... y desde luego no puedo competir con su estilo de vida. A Freddie le dolería muchísimo que le dijera que no quiero estar con él solo por el miedo y los celos que sentiría cada segundo que no

estuviéramos juntos. Me hierve la sangre con Daniel por meterse en mi cabeza y plantar todas estas semillas de duda.

—¿Vas a volver con Daniel? —me pregunta Freddie, con sencillez.

Si pensara eso, ¿se tomaría mejor la noticia?

—Vuelvo a casa en avión con él —respondo—. Obviamente, ya tenemos los billetes.

—¿Y cuando lleguéis a casa?

—Bueno, es que vivimos juntos...

—¿De verdad vas a volver con él? —pregunta Freddie, incrédulo —. ¿Porque ha llorado?

—No sé qué voy a hacer —respondo con sinceridad—. Pero sí sé que, sea lo que sea esto que tenemos, no va a funcionar, ¿verdad?

—Podríamos hacer que funcionara —me dice.

—Para ti es muy fácil, con tu vida resuelta. Pero yo tengo una hipoteca y un trabajo que debo mantener para poder pagar las facturas y comer. Tengo plantas que regar y una abuela a la que acompaño a hacer la compra todos los miércoles. Tengo toda una vida esperándome, con o sin Daniel. Y tengo que volver a ella.

Freddie se remueve en su asiento. No creo que sepa qué decir o qué hacer, pero es que no hay nada que pueda hacer.

—Entra —dice—. Hagamos el equipaje mientras hablamos de esto.

—Ya lo he hecho —respondo.

Freddie exhala profundamente.

—¿Por qué siento que mi mujer se ha mudado de casa mientras yo estaba en el trabajo? —pregunta con una risa nerviosa.

Le dedico una media sonrisa.

Lo único que quiero hacer es agarrarlo, besarlo y suplicarle que hagamos que esto funcione cueste lo que cueste, pero sé que no puede ser. Estoy segura de que él lo intentaría, pero sencillamente no puede ser.

—¿Y si te quisiera? —pregunta—. ¿Qué pensarías?

Siento como si todos los órganos de mi cuerpo hubieran dejado de funcionar de golpe. Me siento ingrávida, suspendida en el aire, incapaz de hacer nada. Yo le quiero. Estoy segura de que le quiero. Pero no puedo meterme en otra relación complicada. El breve encontronazo que he tenido con las actividades extracurriculares de Daniel me ha dejado petrificada.

—Pensaría que me alivia que nunca me lo hayas dicho —respondo.

Freddie levanta las cejas de golpe.

—Vale, entonces. —Tose, aclarándose la garganta—. Parece que he malinterpretado la situación por completo.

—Venga ya —empiezo—. Estabas actuando. Los dos estábamos interpretando un papel.

—Lila, no soy tan buen actor —responde—. Para mí todo ha sido real. La atracción estaba ahí desde el momento en que te conocí. Quizá tú seas mejor actriz de lo que crees.

Se da la vuelta y se dirige hacia su puerta, deteniéndose justo antes de llegar. Mientras se demora, quiero más que nada en el mundo decirle que yo también le quiero. Su pausa me hace dudar; tal vez no tenga por qué ser así.

—Ah, antes de que se me olvide —dice, lanzándome un sobre.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Hemos ganado Mr & Mrs Valentine Island —dice, soltando una carcajada—. Ese es tu cheque. Que te vaya bien en la vida.

Y con eso, entra y da un portazo tras de sí.

Me dirijo a mi suite a solas, a punto de terminar las vacaciones de la misma forma que empezaron. Triste, sola y con la certeza de que no voy a pasar el resto de mi vida con el hombre al que quiero.

Capítulo 39

Día 13

He cometido un error.

Visto con perspectiva, sabía que me estaba equivocando incluso mientras lo hacía. Me fui a dormir dándole vueltas, dejándome carcomer por ello, pero al despertar... en el instante en que abrí los ojos, la realidad de lo que había hecho me golpeó de lleno, y en lo único que podía pensar era en arreglarlo.

Salté de la cama, bajé las escaleras a toda prisa y corrí a la villa de al lado, dispuesta a sincerarme, a enmendar mis errores, a decirle a Freddie que lo quiero.

Pero ya se había ido del hotel. Me di cuenta después de aporrear la puerta principal y asomarme a la parte de atrás: no había ni rastro de él.

Así que supongo que se acabó.

Terminé de hacer las maletas y me dirigí al barco que me llevaría de la isla de vuelta a Nápoles, donde cogería un avión para regresar a mi vida de mierda.

Me siento en el lado del barco que da al mar. Cuando llegué estaba oscurísimo; al menos esta vez podré disfrutar de las vistas.

Otra gran diferencia es que esta vez no estoy sola. Tengo a Daniel a mi lado. A la ida deseaba que estuviera conmigo. Ahora, a la vuelta, deseo desesperadamente que no lo esté.

Le he pedido que no me hable y de momento me está haciendo caso.

Estamos a punto de zarpar cuando sube una última pareja. Son Kevin y Jen, pero parecen diferentes.

—Lila —chilla Jen al sentarse frente a mí—, ¿dónde está Freddie?

—Tenía que coger un vuelo más temprano —digo.

Kevin se sienta a su lado.

—¿Todo bien? —pregunta, pero luego pone cara de confusión—. Vosotros estabais con otras personas. No me digas que ahora estáis juntos.

—Kev, no seas descarado —le riñe Jen, dándole un beso en la mejilla.

—Lo siento, nena —dice él, volviéndose hacia ella y acribillándola a besos.

—Se os ve genial —les digo.

—Tuvimos un punto de inflexión —explica Jen—. Fue la noche de la tormenta, tuvimos una bronca tremenda. Acabé diciéndole que quería el divorcio y él me dijo que quería lo mismo. Me fui hecha una furia, muy indignada, y fue entonces cuando el tiempo empeoró y me resbalé en la hierba mojada, me caí y me torcí el tobillo; el momento más bajo de mi vida.

—¿Y luego qué pasó? —pregunta Daniel con curiosidad.

—Justo cuando la cosa pintaba peor, apareció Kevin. Olvídate de tu chico, él parecía sacado de una película —dice Jen—. Me cogió en brazos y me llevó de vuelta a nuestra villa.

—Fue exactamente igual que cuando Sam llevó a Frodo hasta el Monte del Destino —añade Kevin.

—No lo estropees, cariño —dice ella con una carcajada.

Me cuesta creer lo relajados que parecen.

—Pero sí, si quieres a alguien, pase lo que pase, al final todo se arregla —dice Jen.

Vuelven a besarse.

Es genial ver que han solucionado las cosas, sobre todo porque llevan muchísimo tiempo juntos y tienen hijos.

Puede que Freddie y yo no hubiéramos estado juntos mucho tiempo, y puede que no tuviéramos hijos ni grandes vínculos que nos unieran en absoluto, pero lo que teníamos era real, y Jen tiene razón. Si quieres a alguien, lo solucionas. Podríamos haberlo solucionado.

Pero no. En lugar de eso, dejé que Daniel se metiera en mi cabeza, dejé que mis inseguridades camparan a sus anchas y lo alejé de mí.

Cuando por fin embarcamos en el avión y despegamos, la realidad me golpea de nuevo. Lo he echado a perder. Y ahora toca volver a la vida real, o a lo que quede de ella, una vez que Daniel y yo decidamos cómo repartirnos todo lo que tenemos.

—Ah, amor, antes de que se me olvide, necesito que mi ropa de golf esté lavada para mañana —me suelta Daniel mientras lee el periódico.

—¿Qué?

—Mi ropa de golf —repite, pero esta vez más despacio, para que me resulte más fácil entenderlo—. Hay que lavarla. A lo mejor puedes meterla con la ropa de las vacaciones cuando la laves.

Me quedo mirándolo fijamente, incapaz de hacer otra cosa que pestañear. Al final, nota mi mirada sobre él. Me devuelve una mirada inexpresiva.

—¿Qué?

—Solo intento averiguar si estás drogado o si has perdido el juicio —respondo.

—¿De qué hablas? —pregunta con brusquedad.

—No voy a lavarte tu puñetera ropa —le digo—. Y me deja de piedra que esto no sea evidente.

—¿Por qué no?

—Porque ya no estamos juntos —respondo, frustrada. *¿De verdad se pensaba que iba a seguir haciéndole la colada?*

—Pensaba que íbamos a darnos otra oportunidad —insiste.

No sé qué me resulta más perturbador, el hecho de que se piense que voy a darle otra oportunidad o que creyera que íbamos a volver y lo primero que me pidiera fuera lavarle la ropa sucia.

—¿Por qué pensarías eso? —pregunto.

—Porque te vienes a casa conmigo —dice con una sonrisa. Porque una sonrisa lo arregla todo, ¿verdad?

—Estos son los asientos que habíamos reservado —le aclaro—. Ya los habíamos pagado.

Ahora empiezo a desear haber pagado un poco más por otro vuelo, o al menos por unos asientos en la salida de emergencia para poder jugármela con un paracaídas.

—Espera, o sea que, si no me has elegido a mí, ¿por qué has mandado a paseo a Freddie? —pregunta—. Yo estaba fuera de la villa esta mañana, y él también estaba fuera, hablando con su amigo americano. Me sonó a que le habían dado puerta. ¿Por qué ibas a darle puerta tú?

Sinceramente, no tengo ni idea, pero ojalá, de verdad que ojalá no lo hubiera hecho.

Capítulo 40

Cinco meses después

—Haz memoria de hace cinco meses —me exige Ali—. De cuando estábamos en Italia.

—Guau, ¿ya hace cinco meses de eso? —respondo.

¿Dónde demonios ha ido el tiempo?

Si han pasado cinco meses desde que volvimos, entonces hace prácticamente cinco meses que volví a compartir piso con Ali.

Me mantuve firme en que no quería renunciar a mi casa y, menos mal, a Daniel tampoco le importaba demasiado conservarla. Pero, al volver allí después de todo lo ocurrido, de alguna manera supe que las cosas nunca volverían a ser iguales. Era como pasear por el cementerio de nuestra vida juntos. ¿Cómo se suponía que iba a levantarme todos los días y mirarme en el espejo del baño que había colgado Daniel, antes de desayunar en la cocina que habíamos elegido juntos? Y luego estaban esos espantosos azulejos del pasillo que escogió él, que yo odiaba, y que nos acabamos quedando porque me ganó a piedra, papel o tijera, nuestro último recurso a la hora de tomar decisiones.

¿Qué iba a hacer? ¿Gastarme miles de libras en obras? Obras en las que ya nos habíamos gastado miles de libras. Al final, decidimos vender la casa y repartirnos el poco dinero que sacamos de la venta después de liquidar la hipoteca. Borrón y cuenta nueva para todos.

Borrón y cuenta nueva, pero no un nuevo comienzo. Me he quedado fuera del mercado inmobiliario y he vuelto a alquilar una habitación, viviendo con Ali como en los buenos y viejos tiempos. En

cierto modo, es exactamente igual que en los buenos y viejos tiempos porque Ali no suele estar aquí casi ninguna noche, y las noches que sí está, se muestra bastante relajada y callada. Aún no he escuchado ningún revolcón innecesariamente ruidoso, pero tampoco me vais a oír soltar ningún gemido de queja, así que supongo que en eso estamos empatadas.

Me alegro de que Daniel y yo pudiéramos arreglar las cosas de forma amistosa. No me quedaba energía para seguir peleándome con él. Creo que ahora es feliz; él también comparte piso, con un compañero del trabajo. La cosa entre Eva y él no funcionó; de hecho, lo último que me contaron fue que se había mudado para empezar de cero en otro sitio. No creo que ella deseara nunca ser «la otra mujer» o, como mínimo, ser conocida por ello.

—¿Que si me acuerdo de las vacaciones que tuvimos hace cinco meses? —reflexiono en voz alta—. Ah, te refieres a mi luna de miel, a la que me fui sola, pero en la que de repente se presentaron mi ex, su nueva novia/mi examiga, y mi mejor amiga. Ah, y en la que me enamoré de una estrella de cine, gané 5.000 euros, pero aun así me las arreglé para volver a casa con el corazón roto y deprimida... ¿esas vacaciones u otras distintas?

—Muy bien, sarcástica —responde ella—. Bueno, ¿te acuerdas de cuando me pediste que tuviera una cita con aquel chico y dijiste que a cambio me debías una cita doble?

—Ay, Ali, no, por favor —digo—. Todavía no he superado lo de Freddie. Lo último que me apetece es ser la pringada a la que le endosan al amigo rarito y aburrido de tu último «amigo especial». Y tengo muchísimo trabajo de promoción que hacer.

—¿Qué tal va la promoción? —pregunta.

—Bien —respondo, aunque, a decir verdad, es un poco raro revivirlo todo.

Cuando volví de las vacaciones, después de un par de días regodeándome en la miseria y compadeciéndome de mí misma, decidí que lo mejor sería volcarme en el trabajo, y, tal y como Freddie me sugirió, escribí una historia basada en nosotros. Por supuesto, en mi versión, el final es un poco diferente. Cuando lees novela romántica, lo haces buscando el «fueron felices y comieron perdices», no te conformas con otra cosa. De hecho, las lectoras se sienten estafadas si no se lo das.

Así que, más o menos en el momento en que, en mi historia de la vida real, senté a Freddie y le dije que lo nuestro no iba a funcionar, ahí es donde mi libro toma un rumbo completamente distinto. En su lugar, les doy a mis personajes el final por el que ojalá yo hubiera tenido la valentía de apostar. Mi protagonista femenina le confiesa su amor al guapo actor. Él le dice que también la quiere. Él está a punto de pillar un vuelo para irse a rodar una película cuando le pide a la protagonista que lo acompañe. Al fin y al cabo, ella puede hacer su trabajo desde cualquier parte. Así que los dos vuelan juntos hacia el atardecer, llenos de esperanza por su futuro. Cuando se trata de escribir la última escena de un libro, me gusta ser realista; no me paso de empalagosa. Mis historias de amor siempre acaban en el principio: el principio del felices para siempre de la pareja, porque esa es la parte más emocionante. En ese punto, hay años y años de vida feliz en el horizonte, y esa es la nota positiva con la que se debe poner el punto final a una novela romántica. No mucho más adelante porque, en la vida real, ahí es cuando las cosas se empiezan a torcer. Mejor cortar con el público en el punto óptimo de

esperanza, en lugar de cuando tu pareja empieza a discutir sobre si sus primeras vacaciones románticas en años deberían ser o no para visitar el plató de *El Señor de los Anillos*.

Fue bonito darle a mi libro el final que yo nunca tuve. Bueno, bonito no. Tal vez «agridulce» se acerque más a la realidad.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto. Le di a Ali una copia anticipada para que la leyera, ansiosa por conocer su opinión. Siempre he escrito historias inspirándome en la vida real, pero nunca nada tan cercano como esto, y Ali, de hecho, estuvo allí en persona.

—Todavía no lo he leído, lo siento —responde ella. Ahora mismo, Ali se está quitando los rulos calientes de la cabeza. Lleva un vestido rojo ceñido que resalta ligeramente su envidiable figura—. Creo que lo he perdido. ¿Me das otra copia, por favor?

—Claro —respondo—. Supongo que, aunque te parezca una estupidez, ya es demasiado tarde para cambiarlo de todos modos.

—Es verdad. En ese caso, ve a ponerte tu mejor vestido. Ese negro, con rejilla por delante.

—¿El que me regalaste por mi cumpleaños, con el que me siento extremadamente cohibida?

—Ese mismo —dice ella—. ¡Es supersexy!

—¿De verdad vas a obligarme a hacer esto? —me quejo—. Estoy supercómoda en pijama y ahí fuera es invierno.

—Estás *demasiado* cómoda en pijama —me corrige—. Así que ve a arreglarte y yo meteré en la lavadora lo que llevas puesto para quitarle las manchas de té mientras estás distraída. Podrás volver a ponértelo cuando regresemos y no quitártelo durante otros cinco meses si eso es lo que te hace feliz.

—Me hace feliz —respondo con falsa seriedad—. Iré a la cita doble, porque te debo una después de obligarte a salir con Marty, pero que sepas que estaré contando los segundos hasta poder volver a enfundarme el pijama.

—Esa es mi chica —dice Ali con entusiasmo—. Solo necesito ir a maquillarme.

—¿En serio? Pareces ya maquillada. Un poco más de chapa y pintura y tu cita ni te va a reconocer.

—Solo quiero que todo esté perfecto —responde.

La miro con recelo. Sí, Ali está muy orgullosa de su aspecto físico, pero siempre se arregla para sí misma, nunca para un hombre.

—Venga —ordena Ali—. Yo te maquillo a ti también.

—Uy, no lo tengo yo tan claro —respondo.

—¿Por qué no?

—Porque la última vez que me maquillaste alguien me preguntó que cuál era mi nombre de *drag queen*.

—Eso es un piropo para las dos, así que te maquillo yo.

—Qué alegría —digo.

—Esa es la actitud —dice ella.

—¿Sabemos algo de este chico? —pregunto.

—El mío es uno con el que he salido un par de veces, y la cosa va muy bien. Tu chico lleva mucho tiempo soltero, así que estamos intentando que vuelva al ruedo.

—Bieeeen —digo con sarcasmo—. Qué va, no suena en absoluto a que le pase nada raro.

—En algún momento tendrás que pasar página, ya lo sabes —dice.

—Lo sé, lo sé —respondo.

Sé que debería obligarme a arreglarme y salir, pero es que me cuesta encontrar las ganas. Cuando volví de vacaciones tenía todo un libro por escribir, así que me resultó fácil mantenerme distraída. Ahora que me lo he quitado de encima, necesito llenar mi vida con algo. Supongo que bien podría ser embutirme en ropa minúscula y obligarme a salir con gente que me importa un bledo. Eso es lo que hace la gente soltera, ¿no?

Capítulo 41

Imagina al equipo del canal erótico *Babestation* en su fiesta de Navidad de la empresa. Chicas prácticamente desnudas, maquilladas en exceso, caminando por la ciudad con tacones de vértigo, únicamente con su descaro para entrar en calor.

Eso es lo que parecemos Ali y yo ahora mismo. Bueno, sin duda Ali lo parece. Yo parezco la chica en prácticas que intenta encajar a toda costa.

Me hace gracia que este aspecto de intentar esforzarme tanto haya surgido de una total falta de esfuerzo por mi parte. Dejé que Ali hiciera lo que quisiera, y lo que quiso fue hacerme unos rizos enormes, un maquillaje atrevido y ponerme el vestido negro y revelador en el que tanto insistió.

Al entrar en el restaurante San Carlo, el cambio del frío gélido de la calle a la temperatura agradable del interior es muy de agradecer. Y también huele de maravilla. No puedo decir que, al menos por haber reactivado mi vida social, pueda volver a disfrutar de la comida de mis restaurantes favoritos, porque, sin duda alguna, últimamente he estado pidiendo comida de aquí, traída hasta la comodidad de mi (no) propia casa por la maravillosa gente de Deliveroo.

Ali mira el móvil.

—Hemos llegado las primeras —dice—. ¿Nos sentamos en la barra?

—Vale —respondo con cautela.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Llegamos pronto —señalo—. Y tú nunca llegas pronto. Tienes unas reglas estrictas sobre cuánto tienes que llegar tarde dependiendo de lo que quieras conseguir. Y el esfuerzo extra al arreglarnos...

Ali me sonríe, pero, en su intento de poner cara de póker, solo consigue parecer sospechosa.

—Tú siéntate —insiste—. Yo pido las bebidas. ¿Un *porn star martini*?

Asiento con cautela. Es un buen intento de distracción, ofrecerse a comprarme mi bebida favorita, pero la he calado.

Trasteo nerviosa con el móvil para distraerme. Abro Instagram y hago lo de siempre: deslizar el dedo por el muro a conciencia, como si hubiera entrado para eso, antes de teclear el nombre de Freddie en la barra de búsqueda. Tampoco es que me cueste mucho esfuerzo; ahora siempre me sale en sugerencias.

Cotilleo su perfil y veo una foto suya publicada hace una hora, de pie en lo que imagino que es su inmensa e impoluta cocina, blandiendo un bidón de plástico lleno de algún batido de proteínas. Está sonriendo, mirando directamente a la cámara. Siempre siento como si me estuviera mirando a mí, como si supiera que estoy viendo sus fotos, y me asombra que sea capaz de meterse en mi cabeza sin siquiera intentarlo.

Sé que ni siquiera debería estar mirando, pero no lo puedo evitar. Todas hemos espiado por internet a chicos que nos gustaban o a nuestros ex; el problema con Freddie es que, en internet, hay muchísima información sobre él y, al mismo tiempo, nunca es suficiente. Quiero saber cómo está, quiero saber qué hace. Paso demasiado tiempo intentando descifrar si parece feliz, buscando

señales de que tal vez me eche de menos. Una foto suya sin camiseta con un pie de foto promocionando batidos de proteínas está muy bien, pero a mí no me basta.

Me rindo, frustrada conmigo misma tan solo por haber entrado a mirar. Me imagino de anciana, contándoles la historia a mis nietos como hace Rose en *Titanic*... salvo que, de algún modo, «la abuela se tiró a una estrella de cine en vacaciones y luego arruinó la relación sin un motivo real» no suena tan épico ni tan romántico como el cuento de Jack y Rose.

Miro hacia la concurrida barra y veo a un tipo hablándole al oído a Ali. Se nota que es mayor que ella, incluso de espaldas. Tiene la mano en la parte baja de su espalda; me sorprende que ella aún no me haya hecho la señal. Por lo general, si una de las dos quiere que la otra acuda al rescate para salvarla de atenciones no deseadas, nos ponemos la mano derecha en el hombro izquierdo.

Veo cómo la mano del hombre se desliza más abajo por su espalda, agarrándole el culo. Doy un respingo en mi asiento y me acerco a toda prisa.

—¿Estás bien? —le pregunto, susurrándole en el otro oído.

—Estoy bien —dice ella—. Aquí tienes tu bebida.

—¿Dónde está la tuya? —pregunto, al notar que solo hay una copa en la barra, delante de nosotras.

—Nosotros nos vamos a otro sitio —contesta.

—¿Cómo? ¿Tú y...? —Estoy a punto de referirme al hombre cualquiera que tiene al lado, salvo que no es un cualquiera en absoluto—... ¿Marty?

—Lila, ¿qué tal estás? —me pregunta. Me atrae hacia él para darme un abrazo, como si fuéramos viejos amigos y no personas

que solo se han visto dos veces y en una de ellas él intentó pagarme por sexo.

—En estado de shock —respondo—. ¿Qué hay de nuestra cita doble?

—Esta es mi cita —dice Ali.

—¿Qué? —replico—. Estoy muy confundida.

—Somos pareja —me cuenta ella.

Marty levanta la mano derecha y baila como hace Beyoncé en «Single Ladies», demostrándome que no hay ni rastro de su anillo de casado.

—¿Pareja?

—Nos hemos estado viendo a distancia —explica Ali—. Me daba..., bueno, un poco de vergüenza. Ya me conoces, no soy mucho de tener relaciones...

Recuerdo que, cuando estábamos en Italia, Ali dijo que él le gustaba de verdad, pero no volvió a mencionarlo después de aquello, así que nunca le di muchas vueltas. Supuse que era un rollo parecido al de Max, que también le gustaba muchísimo... hasta que dejó de gustarle.

Marty tiene muy buen aspecto. Parece más feliz y mucho más relajado, y también da la impresión de haber estado haciendo ejercicio; o eso, o Ali le ha estado haciendo sudar.

—No me lo puedo creer —digo.

—¿Dónde creías que estuve el mes pasado cuando me fui una semana? —pregunta Ali, entusiasmada, claramente muy orgullosa de sí misma por un engaño tan bien ejecutado.

—Bueno, se notaba que estabas siendo un poco reservada sobre adónde ibas. Solo pensé que te ibas a la República Checa a por otro

aumento de mam... —Ali me fulmina con la mirada, así que reconduzco mi frase—... mamas no, digo, a recaudar fondos para el cáncer de mama.

—Qué va —revela con una carcajada—. Estuve en Los Ángeles, pasando el rato con este chico. Y ahora está aquí por trabajo, así que vamos a vernos mucho más.

—Pues me alegro muchísimo por ti —le digo, y lo digo en serio; es agradable verla tan feliz—. Por los dos. Y me alegro aún más de que en realidad no haya ninguna cita doble programada. La temía. Supongo que cobrarte aquel favor era la única forma que se te ocurrió de sacarme de casa.

—No me puedo creer que te hayan metido el chupito de champán dentro del *porn star martini* —dice una voz a mis espaldas—. ¿Qué se creen que es esto, un *Jägerbomb*?

Su voz me paraliza. Lo único que puedo hacer es mirar al frente, a Ali y a Marty, que están sonriendo de oreja a oreja como idiotas.

«Está detrás de ti», gesticula Ali con los labios.

Tras un momento de vacilación, al fin me doy la vuelta.

—Hola —dice Freddie.

—Hola —respondo.

—Bueno, os dejamos a solas —dice Ali.

Me abraza por detrás, apretándome los hombros.

—De nada —me susurra al oído.

Freddie, que ya tiene un vaso de algo en la mano, se ofrece a llevarme la bebida a nuestra mesa. Una mesa para dos. No me puedo creer lo bien que me la ha jugado Ali.

—Estás...

—Como Ali —digo, terminando su frase—. Me ha vestido Ali.

—Iba a decir que estás increíble —responde.

Nos sentamos a la mesa y durante un momento nos limitamos a reír.

—No me puedo creer que estés aquí —suelto.

Freddie parece muy diferente de la última vez que lo vi. No sé si es porque le he echado de menos o si es verdad, pero está más guapo de lo que recordaba. Tiene el pelo más arreglado y mucho más corto. Parece más grande, como si hubiera encontrado sitios nuevos donde almacenar músculos nuevos. Lleva pantalones y una camisa apropiados para el invierno; supongo que la versión de Freddie que yo conocía estaba bronceada y siempre llevaba ropa de verano.

—¿En Londres o cenando contigo?

—Ah, ¿vamos a cenar? —pregunto; mi voz se vuelve más y más aguda a medida que avanza la frase.

—Si tú quieres... —dice.

—Sí —respondo—. Claro. Yo... Madre mía.

Cuando llegué agradecí el calor. Ahora siento que estoy sudando. Sé que debería mantener la calma ahora, pero no puedo. No me puedo creer que Freddie esté aquí, sentado a la mesa frente a mí. Sinceramente, no creía que fuera a volver a verle nunca.

—Tranquila —me asegura, dándome un breve apretón en la mano sobre la mesa—. ¿Hablo yo un rato, si quieres? Lo siento, creo que... Marty y Ali pensaron que esto sería una buena sorpresa.

—Sorprendida estoy, desde luego —respondo.

Una joven camarera deja una botella de agua en nuestra mesa. Se fija en Freddie y le sonríe. Luego me mira a mí.

—Tranquila —me susurra al oído—. Yo también me ponía nerviosa al ver a un famoso. Intenta recordar que la gente famosa es igual que tú.

Freddie se echa a reír.

—Recuerda, soy igual que tú —bromea cuando volvemos a estar a solas.

—Es que... no me puedo creer que estés aquí —digo probablemente por millonésima vez—. Te acabo de ver en Instagram. Estabas en casa...

—Conque has estado mirando mi Instagram, ¿eh? Esas publicaciones patrocinadas se planifican con mucha antelación; puede que esa foto se hiciera incluso antes de que nos conociéramos.

Ahí queda eso de preguntarme si parecía feliz o si daba la sensación de echarme de menos en sus fotos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, cambiando de tema para alejarlo de mi investigación en Instagram. Supongo que preguntar es una forma mucho mejor de obtener respuestas. Y desde luego supera eso de intentar leer entre líneas los pies de foto de sus imágenes.

—Estoy en Londres unos meses, rodando la segunda película de *Eden* —explica—. Por eso estoy tan repeinado y arregladito. Y por eso bebo refresco dietético. Tenía que volver a ponerme en forma para interpretar a Edward. Me siento como un pringado.

—No puedo creerme que el tú que conocí en vacaciones no estuviera en forma —digo—. Estás genial.

—Tú también —responde—. ¿Cómo van las cosas?

—Eh, no van mal —empiezo a contar—. Ahora vivo con Ali, que es exactamente como lo recordaba..., aparte de los orgasmos a gritos,

pero supongo que eso es porque ha estado teniendo una aventura secreta con Marty.

—Siento que las cosas no salieran bien con Daniel —dice—. Hiciste bien en intentarlo. Siento si pareció que intentaba interponerme en tu camino. Dios, llevo meses queriendo decirte eso.

—Ni siquiera lo intentamos —le confieso—. Nunca íbamos a hacerlo.

—Ah —responde—. Perdón, creí que habías dicho...

—Sí, lo dije. No sabía qué más hacer. Pensaba decirte algo completamente distinto esa noche, pero...

No sé cómo terminar la frase. Todo me suena tan estúpido.

—Bueno, tengo que hacerte una confesión —dice Freddie.

—¿Ah, sí?

—Me he leído tu libro. El nuevo.

Siento que me arden las mejillas de la vergüenza. Nunca se me ocurrió que pudiera leerlo.

—Espera. Si ni siquiera ha salido todavía —digo.

—Ya, mi mánager conoce a una mujer que tenía un ejemplar —bromea.

¡Ali! Tanto decir que lo había perdido.

—Me gustó el final —dice él—. El libro me pareció bastante fiel a la realidad hasta ese punto.

—Tengo que escribir finales felices —respondo—. Y la verdad es que yo estropeé mucho las cosas con nosotros.

—Oye, has dicho que ibas a decir algo distinto aquella noche —empieza Freddie—. ¿Te importa que te pregunte qué era?

—¿Les gustaría escuchar nuestras sugerencias del día? —interrumpe nuestra camarera.

—¿Nos da un par de minutos más, por favor? —le pide Freddie a toda prisa.

—Ah, vale, por supuesto —responde ella, dándose cuenta claramente de que nos ha pillado en medio de algo.

—Te has leído el libro —digo cuando volvemos a estar a solas.

Que se lo haya leído hace que todo sea más fácil. Me ahorra tener que confesarle que iba a decirle que me estaba enamorando de él.

—¿Puedo preguntarte qué te hizo cambiar de opinión?

—Fue Daniel —respondo—. Pero no de la forma que piensas. Simplemente me asusté. No veía cómo podíamos funcionar, viviendo tan lejos el uno del otro, tú viajando tanto...

—Es curioso, ¿no? Es la primera vez que viajo desde entonces, y he venido prácticamente hasta la puerta de tu casa.

—Sí, es una extraña coincidencia.

—Si lo piensas, las coincidencias son lo único que conocemos. Fue una coincidencia que los dos acabáramos solos en el mismo hotel (un hotel para parejas) al mismo tiempo. Fue una coincidencia que yo hubiera trabajado de camarero y me pidieras que te preparara una copa. Todo parecía unirnos y salir a nuestro favor.

—Es verdad.

Es raro; solo conseguimos intercambiar unas cuantas frases antes de que la conversación decaiga.

—Y bueno, ¿cómo va la secuela? —pregunto, cambiando de tema.

—Lila, te quiero —suelta de golpe—. Te quiero, te he echado de menos y no he dejado de pensar en ti. Ya está. Lo he dicho.

—Yo también te quiero —respondo.

Ahí están. Esas tres palabritas que me daba tanto miedo pronunciar hace cinco meses. Hoy salen con muchísima facilidad.

—Uf —suspira Freddie—. Lo hemos conseguido.

—¿Y ahora qué pasa?

—¿Pizza?

—Lo digo en serio. —Me río—. ¿De verdad es así de fácil?

—Una persona muy sabia me dijo una vez que las relaciones son tan fáciles como tú quieras que sean.

—¿De qué película de *El Señor de los Anillos* es eso? —bromeo.

—Dios, aquel día fue divertido, ¿verdad?

—Que sepas que arreglaron sus diferencias —le cuento—. Me los encontré en el barco el día que me fui, y estaban superacaramelados. Ahí fue cuando supe con certeza que había cometido un error.

—Qué bien. Si ellos pueden hacer que funcione, cualquiera puede.

—¿Nosotros podemos hacer que funcione?

—Sé que te preocupa —empieza a decir—. Pero voy a estar aquí unos meses; podemos simplemente pasar tiempo juntos y ver qué pasa.

—Me encantaría —respondo—. No tengo ni idea de qué pasará después, pero siento que podríamos lograr que funcione.

—Creo que ya lo has solucionado tú —señala—. En tu libro... ella es escritora, puede trabajar desde cualquier sitio. Deciden viajar juntos por el mundo, rodando películas, escribiendo libros.

Dios, eso suena maravilloso.

—Siento como si acabáramos de sentarnos a resolver esto como adultos —digo.

—Es lo que hemos hecho. Sé que no es muy romántico. El gran gesto romántico ha sido presentarme sin avisar. Si pudiéramos

haberlo hecho al revés, lo habría hecho. Podría haber puesto a Marty a negociar nuestro contrato.

—No habría tenido nada que hacer contra Ali —respondo.

Freddie se queda pensando un momento y una sonrisa se dibuja en su rostro. He echado de menos esos hoyuelos y ese pequeño brillo en sus ojos de cuando trama algo.

—Puedo arreglar esto —dice—. Dame cinco minutos y luego reúnete conmigo en la barra, ¿vale?

—Eh, vale —respondo.

Le observo marcharse a toda prisa. Me pregunto qué estará tramando...

Nuestra camarera regresa.

—Ay, no, ¿se ha ido? —pregunta—. Seguro que no ha sido por nada que hayas dicho.

—Gracias —digo con una sonrisa.

Vuelvo a la zona de la barra, escudriñando el local en busca de Freddie, pero no se le ve por ninguna parte. No ando muy desencaminada al suponer que se ha dado a la fuga cuando le veo de repente detrás de la barra.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—¿Me acabas de preguntar si la barra está abierta? —responde—. Sí, lo está. Siempre está abierta.

—¿Qué? —Me echo a reír. Pero entonces me doy cuenta: está recreando la noche que nos conocimos.

—¿Me pones un *porn star martini*, por favor? —pregunto, siguiéndole el rollo lo mejor que puedo—. ¿Tienes permiso para estar ahí detrás?

—Es genial ser famoso, la gente prácticamente te deja hacer lo que quieras —susurra—. Ahora no te salgas del personaje.

—Vale, perdón.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Lila —respondo—. ¿Y tú?

—Freddie —contesta, mientras termina de preparar mi bebida—. Sabía lo que ibas a pedir, así que me he adelantado preparándolo. Aquí tienes, un *porn star martini*.

En lugar de dejarlo sobre la barra, sale de detrás de ella y se lo lleva consigo. Luego lo deja a mi lado.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Hacer lo que debería haber hecho la noche que nos conocimos —responde—. Esto.

Freddie me pasa un brazo por la cintura y me atrae hacia él antes de plantarme un beso en los labios, todo en un único y ágil movimiento.

—Dios, te he echado de menos —dice al soltarme—. Solo quiero besarte toda la noche.

—Que sepas que aquí tienen comida para llevar —señalo con falsa inocencia.

—¿Ah, sí? —murmura, besándome de nuevo—. Pues hagamos eso. Solo avísame si va a haber un juguete sexual en tu mesa de centro.

Todo mi cuerpo se queda rígido en los brazos de Freddie.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—El juguete sexual... el que Ali metió en mi maleta, el que viste en la mesa. La gente no paraba de verlo y de pensar que era mío, así que lo lancé debajo del sofá en la villa. Y nunca lo saqué de ahí.

—Vaya —sonríe él—. Bueno, probablemente no lo necesitemos esta noche.

—No, seguro que no. Y probablemente tampoco necesitemos comer.

—Mi apetito ha cambiado —dice, besándome otra vez.

De pronto, soy muy consciente del hecho de que estamos en medio de un bar, y de que Freddie es una celebridad.

—Vámonos —digo, llevándole hacia la puerta.

Es una sensación extraña, la de no saber adónde vamos. A ver, sí sabemos adónde vamos ahora mismo: volvemos a mi piso y no volveremos a salir de allí hasta que uno de los dos no tenga más remedio, pero, en un sentido más general, no tengo ni idea de lo que nos depara el futuro.

Planeé mi boda hasta el más mínimo detalle y mira cómo terminó todo. No hubo planificación en el mundo que pudiera salvarla.

Si hasta los planes mejor trazados siempre salen mal, entonces quizás haya llegado el momento de empezar a improvisar. Podemos escribir nuestro «fueron felices y comieron perdices» día a día.

Primera edición: junio de 2026
Título original: *Honeymoon for one*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Portia MacIntosh, 2019
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Head Design Ltd.
Imágenes de cubierta: Shuttershock
Corrección: Taller de los Libros

Publicado por Odisea Ediciones
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
info@principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16811-36-6
THEMA: FRM

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Odisea le agradece la atención
dedicada a *Luna de miel para uno*, de Portia MacIntosh.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos
en nuestra web, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41